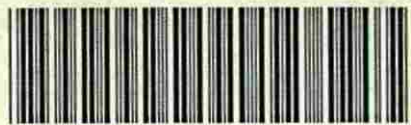


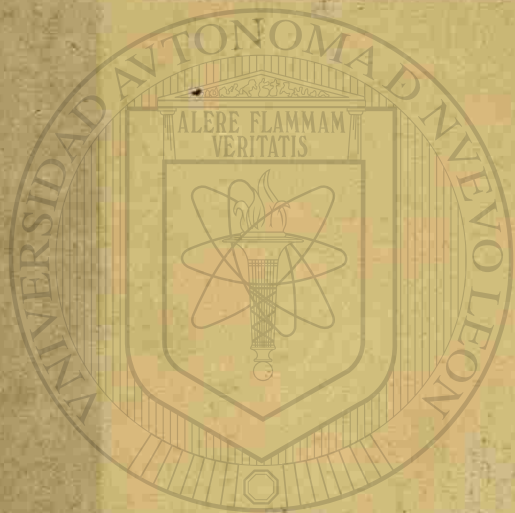


RATD  
PQ2520  
T5  
v.1

101148



1020026934



UANL



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS





1020026434



LA TIERRA.

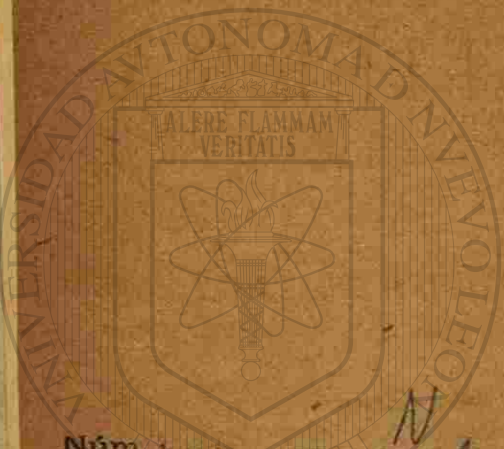
U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS





Núm. 2867  
Núm. Auto. 30825  
Núm. Adg. 8  
Procedencia 8  
Precio \_\_\_\_\_  
Fecha \_\_\_\_\_  
Clasificó \_\_\_\_\_  
Catalogó 89

EMILIO ZOLA

# LA TIERRA

VERSIÓN CASTELLANA

DE OSBORN  
RICHARD COVARRUBIAS  
LEÓN BALLCAG

TOMO PRIMERO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
AÑO 1925 MONTERREY, MEXICO

MADRID

IMPRENTA: HERRADORES 4, 5 Y 6

1887

101148

30825

843  
Z



PA 2520  
TS  
V.1

FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

*Es propiedad.  
Queda hecho el depósito  
que marca la ley.*

**CAPILLA ALFONSINA**  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS



# LA TIERRA.

## PRIMERA PARTE.

### I.

Aquella mañana, Juan andaba con un saquillo de tela azul atado á la cintura y sujeta la abertura con la mano izquierda, mientras con la derecha cogía puñados de trigo y cada tres pasos lo lanzaba al aire para dejarlo caer en los surcos del arado. Sus gruesos zapatos agujereaban y arrastraban la tierra, removida cada vez que levantaba sus piés al compás del monótono balanceo que daba á su cuerpo al andar, en tanto que á cada movimiento del brazo dejaba ver los vivos encarnados de una chaquetilla de uniforme muy usada. Caminaba con aire majestuoso, y detrás de él iba un arado que arrastraban dos caballos castigados por el látigo del mayoral que los guiaba.

El pedazo de tierra, que tendría una media hectárea escasa, era tan poco importante, que el señor Hourdequin, dueño de la Borderie, no había querido mandar á ella la máquina de sembrar que

tenía ocupada en otra parte. Juan, que estaba recorriendo aquella tierra de Sud á Norte, tenía delante de sí, y á dos kilómetros de distancia, los edificios de la granja. Cuando llegó al final del surco que sembraba, levantó los ojos, miró sin ver nada y respiró un momento.

Los edificios eran de paredes bajas, formando en su conjunto una especie de mancha negra perdida en el llano que se extendía hacia Chartres. Bajo el ancho cielo, obscuro y nublado, propio de fines de Octubre, diez leguas de tierra cultivada alternaban con los extensos pedazos de verdura natural, sin que en toda esa extensión se viera ni un cortijo, ni un árbol, ni nada que alterase la monotonía del panorama y aquella sucesión de terrenos que iban á perderse allá en el horizonte. Sólo por el lado del Oeste se advertía un bosquecillo que formaba otra mancha oscura. En medio una carretera, la carretera de Chateaudun á Orleans, blanquecina, polvorienta, iba formando una línea recta en una extensión de cuatro leguas, siguiendo la línea geométrica que formaban los palos del telégrafo; y en los bordes del camino, en toda esa extensión, sólo tres ó cuatro molinos de viento se veían, alterando la abrumadora uniformidad del paisaje. Algunos pueblecillos formaban islotes de piedra en aquel mar; un campanario á lo lejos surgía de un pliegue del terreno, sin que pudiera ser vista la iglesia, por las suaves ondulaciones de aquella tierra sembrada.

Pero Juan se volvió y emprendió de nuevo su paseo de Norte á Sur, con el mismo balanceo de cuerpo, con la mano izquierda en la abertura del saquillo de sembrar, y con la derecha sacudiendo

el aire, tirando continuamente puñados de simiente. Ahora tenía delante de sí, muy cerca, cortando la llanura como si fuese un foso, el estrecho valloncillo del Aigre, más allá del cual comienza de nuevo la Beauce, inmensa, y que se extiende hasta Orleans. No se adivinaban los prados y la sombra de los árboles más que por una línea de grandes pinos, cuyas copas amarillentas sobresalían por encima del bosquecillo como si fueran la punta de los hierros de una verja que encerrara el bosque. Del pueblecillo de Rognes, edificado en la falda del monte, sólo se veían algunos tejados alrededor de la iglesia que lanzaba al aire su elevado campanario de pizarras grises, habitado por familias muy antiguas de cuervos. Y por la parte del Este, al otro lado del valle del Loir, donde dos leguas más allá se ocultaba Cloyes, la cabeza del partido, se perfilaban las lejanas casitas de campo del Perche. Encontrábase uno allí en el antiguo Dunois, convertido hoy en el distrito de Chateaudun, entre el Perche y la Beauce, en la falda misma de ésta, y precisamente en el sitio donde el terreno es menos fértil. Cuando Juan estuvo al final del campo donde sembraba, volvió á detenerse, echó una mirada al suelo, y luego al camino de Cloyes, lleno aquella tarde, porque era sábado, de carretas y carros de campesinos que se dirigían al mercado. Luego volvió á emprender su trabajo y su caminata.

Y siempre con el mismo paso y con el mismo gesto iba hacia el Norte, volvía hacia el Sur, envuelto en el polvillo sutil del grano, en tanto que detrás el arado trabajaba incesantemente enterrando las semillas. Grandes lluvias habían retra-

sado aquel año la siembra de otoño; se había trabajado en la seca hasta Agosto, y los surcos estaban dispuestos desde hacía ya tiempo, profundos y limpios de terrones y hierbajos, esperando las semillas para hacerlas germinar rápidamente. Por lo mismo, el temor de las heladas que suelen sobrevenir después de esas grandes lluvias, fuera de sazón, hacía que todos los labradores se apresurasen. El frío había sobrevenido de pronto y por modo inesperado. Por todas partes estaban sembrando; había otro trabajador que sembraba trescientos metros más allá de Juan hacia la izquierda, y otro más lejos, á la derecha, y otros y otros se veían en todas direcciones. Eran pequeñas siluetas negras, simples rasgos cada vez más desvanecidos, que se perdían á lo lejos en una extensión de leguas y leguas. Pero todos tenían el mismo gesto, el mismo ademán, el mismo movimiento de brazos, y en torno de ellos se adivinaba cierto revivir de la naturaleza. La llanura se estremecía hasta en sus más lejanos confines, allá donde ya no se veían los trabajadores que sembraban.

Juan estaba dando su última vuelta, cuando yendo hacia Rognes vió una vaca muy grande, colorada, con manchas blancas, á la cual llevaba sujeta con una cuerda una muchacha, casi una niña. La campesinilla y el animal seguían el sendero que bordeaba el valle por el pie de la colina, y vuelto de espaldas había concluído de echar toda la simiente al suelo, cuando el ruido de una carreta precipitada, de gritos ahogados, le hizo levantar la cabeza. Era que la vaca escapada galopaba, arrastrando en su carrera á la muchacha que se

esforzaba por detenerla. Juan temió una desgracia y le gritó:

—¡Suéltala, mujer!

Ella no hacía nada más que suspirar trabajosamente, injuriar á la vaca con voz colérica y asustada.

—¡Coliche! ¡Maldita vaca! ¡Oye, Coliche!..... ¡Ah, maldita bestia!..... ¡Ah, condenada!.....

Hasta entonces, corriendo y saltando cuanto le permitían sus fuerzas, había podido seguirla. Pero tropezó, cayó una vez, se levantó, para volver á caerse un poco más allá, y entonces el animal precipitó su carrera y como si estuviera loca la arrastró. Ahora gemía desconsoladamente, sin defenderse y dejando detrás de sí un surco que iba marcando su cuerpo en la removida tierra.

—¡Suéltala, demonio!— seguía gritando Juan.— ¡Suéltala!

Y gritaba así maquinalmente, por miedo, porque también él había echado á correr comprendiendo lo que sucedía: la cuerda debía haberse arrollado alrededor de la muñeca y apretaría cada vez más á cada nuevo esfuerzo. Por fortuna, Juan tomó á campo traviesa y llegó tan de prisa á ponerse delante de la vaca, que ésta, espantada, estúpida, se detuvo en seguida. Juan desató la cuerda y sentó á la muchacha sobre la hierba.

—¿No te has roto nada?

Pero la chica ni siquiera se había desmayado. Se puso de pie, se sentó, se levantó las faldas hasta el muslo tranquilamente para mirarse las rodillas que le escocían, y empezó á respirar fuerte, porque le faltaba el aliento y no podía hablar.

—¡Caramba! ¡aquí me duele un poco!..... Pero



puedo menear las piernas, y eso es señal de que no tengo nada. ¡Oh, he pasado mucho miedo! ¡Creí que me mataba!

Y examinando su muñeca enrojecida, la mojó con saliva y pegó á ella sus labios, añadiendo después de dar un suspiro de satisfacción:

—La Coliche no es mala, sino que desde ayer nos hace rabiar porque está en celo..... La llevo para que la cubra el toro de la Borderie.

—¡La Borderie!—replicó Juan.—Está bien, te acompañaré, porque voy hacia allá.

Seguía tuteándola, tratándola como á una chucula, que era lo que parecía por su endebles, á pesar de sus catorce años. Ella, con la cara levantada, miraba con seriedad á aquel mozo, de cara llena y regular, que á pesar de sus veintinueve años, parecía un viejo á su lado.

—¡Oh! yo os conozco; sois Caporal, el molinero que se ha quedado de criado en casa del señor Honrdequin.

Al oír aquel apodo que los campesinos le habían puesto, el joven se sonrió; á su vez la contempló sorprendido al ver que ya era casi una mujer, con aquel seno que se iba formando, con aquella cara adornada por dos ojos de mirar profundo, con aquellos labios abultados y con una carne sonrosada y fresca como una fruta que está madurando. Vestida con una faldilla obscura y una chaqueta de lana negra, y en la cabeza un gorrillo redondo, lucía una piel muy morena y tostada por el sol.

—¡Pues si tú eres la chica pequeña del tío Mouche!—exclamó Juan.—¡No te había conocido!..... ¿No es verdad que tu hermana era la amiga de Bu-

tean, el año pasado, cuando él trabajaba conmigo en la Borderie?

Ella contestó sencillamente:

—Sí, yo soy Francisca..... Mi hermana Elisa es la que se fué con el primo Buteau y está ahora embarazada de seis meses..... Se ha marchado, está en Orgeres, en la granja de la Chamade.

—Eso es—añadió Juan.—Los ví varias veces juntos.

Y permanecieron un momento callados, mirándose frente á frente, él riendo al recuerdo de que había sorprendido á los dos amantes una noche detrás de un montón de mies; ella mojóndose con saliva la dolorida muñeca, como si la humedad de sus labios calmase el ardor que le producía la rozadura de la soga; mientras tanto la vaca pastaba tranquilamente la hierba de un prado vecino. El carretero y el arado se habían ido, dando un rodeo para llegar á la carretera. Desde allí se oía el aleteo de dos cuervos que revoloteaban incansablemente alrededor de la torre del campanario. Los tres toques del *Angelus* sonaron en medio del silencio profundo de los campos.

—¡Cómo! ¡Las doce ya!—exclamó Juan.—Démonos prisa.

Luego, viendo á la Coliche en el prado, añadió:  
—¡Demonio, qué destrozo está haciendo tu vaca! Si la vieran..... ¡Espera, voy á darle dos palos!

—No, dejadla—dijo Francisca deteniéndolo.— Ese campo es nuestro. La maldita me ha arrastrado en camino de casa..... Mi familia tiene todo ese lindero del terreno hasta Rognes. Lo nuestro empieza aquí hasta aquel mojón; luego, al lado, está

lo de mi tío Fouan; más allá lo de mi tía, la Grande....

Y mientras hablaba, señalando al mismo tiempo los pedazos de tierra, había traído la vaca al sendero, y hasta entonces, hasta que la tuvo nuevamente cogida por la soga y ya sin peligro de ninguna clase, no pensó en darle las gracias al joven.

—¡La verdad es que os debo un gran favor y que debiera encenderos una vela! ¡Gracias, muchísimas gracias, y de todo corazón!

Habían echado á andar y seguían el estrecho sendero que cruza el valle en toda su extensión, antes de meterse en tierra labrada. Los últimos ecos del toque de *Angelus* acababan de apagarse; sólo se oía el ruido de las alas de los cuervos que seguían revoloteando. Detrás de ellos caminaba la vaca sujeta por la cuerda, y ni uno ni otro hablaba una palabra, sino que guardaban el silencio de la gente de campo, que á veces andan una legua y otra y otra, juntos y sin cambiar una sola palabra. A su derecha echaron una mirada á una máquina de segar, porque los caballos que tiraban de ella dieron la vuelta muy cerca de ellos; el carretero les dió los buenos días, y ellos le contestaron con el mismo tono grave. A su izquierda, por la carretera de Cloyes, continuaban desfilando las carretas y los carros que se encaminaban al mercado.

—Por allí van mi tío Fouan con mi tía Rosa, que se dirigirán á casa del notario—dijo Francisca con los ojos puestos en un carrujillo tan grande como una cáscara de nuez, que corría de lo lindo á un kilómetro de distancia.

La muchacha tenía el buen ojo del marinero, esa vista de la gente del campo, ejercitada y práctica

en los detalles, capaz de reconocer á un hombre ó á una bestia en la pequeña movediza mancha de su silueta.

—¡Ah! sí, ya me han contado—respondió Juan.—¿De modo que es cosa decidida que el viejo reparte sus bienes entre su hija y sus dos hijos?

—Decidida; están citados hoy precisamente en casa del señor Baillehache—contestó la muchacha sin dejar de mirar el carricoche.

—Á nosotros nos tiene sin cuidado, porque no hemos de estar por eso ni más flacos ni más gordos.... Sólo lo sentimos por Buteau, porque mi hermana cree que tal vez se case con ella cuando tenga su parte.... Siempre está diciendo que no se casa porque no puede uno casarse sin tener nada. Juan se echó á reír.

—¡Ése demonio de Buteau! ¡Éramos muy amigos!.... ¡Ah! eso de engañar á las muchachas no le cuesta ningún trabajo! Y si no las engaña, no se anda por las ramas tampoco; á puñetazos se las compone cuando no puede conquistarlas con halagos.

—¡Es un cochino!—declaró Francisca con acento convencido.—No se le hace á una prima la porquería de dejarla plantada, con la barriga en la boca.

Pero se interrumpió bruscamente, y con voz encolerizada,

—¡Eh, Coliche!—exclamó.—Espera y verás como te hago bailar.... Ya estamos otra vez lo mismo. Está rabiosa esta maldita bestia cuando se encuentra así.

Con una violenta sacudida de la cuerda había tirado de la vaca. En aquel sitio la carretera se

apartaba de la falda de la colina. El carricoche desapareció, y ellos dos siguieron caminando por el llano, sin tener á la vista por delante, por la izquierda, por la derecha más que la interminable sucesión de las tierras de labor que se extendían por la llanura. Entre la labor y los prados artificiales el sendero se dirigía hacia la granja, que parecía que cualquiera podía tocar con la mano desde allí y que cada vez iba alejándose más. Los dos habían vuelto á caer en el silencio de antes, sin desplegar los labios, como invadidos por la gravedad reflexiva de aquella tierra tan triste y tan fecunda.

Cuando llegaron, el gran corral cuadrado de la Borderie, cerrado por los edificios de los establos y de los otros corralillos, se hallaba desierto. Pero en seguida por la puerta de la cocina apareció una joven pequeña de estatura, vivaracha, descarada y guapa.

—¿Qué es eso, Juan, no se come hoy?

—Allá voy, señora Santiaguilla.

Desde que la hija de Cognet, un vecino de Rognes, la *Cognete*, como la llamaba la gente cuando fregaba los platos de la granja á los doce años de edad, había ascendido á la categoría de criada-ama, se hacía llamar señora despóticamente.

—¡Ah! ¿eres tú, Francisca? —continuó.— Vienes por el toro.... Pues tienes que esperar. El vaquero ha ido á Cloyes con el señor Hourdequin. Pero vendrá pronto porque ya debiera estar aquí.

Pero como Juan se decidiera á entrar en la cocina, ella lo cogió por la cintura, frotándose contra él, riendo á carcajadas, sin importarle que la vieran, como enamorada deseosa que no se contentaba con ser la querida de su amo.

Francisca, que se había quedado sola, esperó pacientemente, sentada en un banco de piedra y contemplando las gallinas que picoteaban y escarbaban con las patitas una capa de estiércol, de la cual se escapaba un vaporcillo azulado que parecía humo.

Al cabo de media hora, cuando Juan volvió á presentarse, comiéndose un pedazo de pan con manteca, la muchacha no se había movido. El joven se sentó á su lado, y como la vaca se agitaba inquieta, golpeándose los costados con la cola, acabó por decir:

—Es un fastidio que no haya vuelto ya.

La joven se encogió de hombros como para declarar que no tenía prisa. Luego, al cabo de otro rato de silencio,

—¿De modo, Caporal, que os llamáis Juan á secas?

—No, por cierto; Juan Macquart.

—¿Y no sois de por acá?

—No, soy provenzal; de Plassans, un pueblo que hay allí.

Ella había levantado la vista para examinarlo, sorprendida de que se pudiera ser de tan lejos.

—Después de lo de Solferino —continuó Juan— hace diez y ocho meses, volví de Italia con mi licencia absoluta, y un camarada me trajo aquí.... Como no me gustaba mi antiguo oficio de molinero, eso y otras historias me han hecho quedarme en la granja.

—¡Ah! —dijo ella simplemente y sin quitar los ojos de Juan.— Es extraño todo eso.

Pero en aquel momento la Coliche dió bramidos desesperados de deseo, y se oyó el ruido sordo

que salía de la cuadra, cuya puerta estaba cerrada.

—¡Mira, mira— exclamó Juan— el tunante de César la ha oído!.... Escucha cómo habla ahí dentro.... ¡Oh! sabe su negocio; no hay manera de que entre ninguna en el corral sin que la sienta en seguida y sin que sepa lo que quieren de él....

Luego se interrumpió.

— Mira — dijo — el vaquero debe haberse quedado con el señor Hourdequin.... Si quieres, te traeré el toro y no necesitarás volver otra vez. Entre los dos baremos eso muy bien sin necesidad del vaquero.

— Sí, es verdad — dijo Francisca levantándose.

Abrió la puerta de la cuadra y preguntó:

— ¿Tendremos que atar á la vaca?

— ¡Atarla! no por cierto; no vale la pena....

Está deseándolo, y ni siquiera se moverá.

Abierta la puerta del establo, se vieron en dos filas, á un lado y á otro, las treinta vacas de la granja, unas echadas en la paja, otras comiendo tranquilamente el pienso que tenían en los pesebres; y desde el rincón donde estaba, uno de los toros, un holandés, negro con manchas blancas, estiraba el cuello y abría la nariz, dando resoplidos y esperando el momento de emprender su tarea.

Cuando lo desataron, César salió lentamente. Pero de pronto se detuvo como sorprendido de tanta luz y de tanto aire; permaneció un momento inmóvil, con las patas tiesas, moviendo nerviosamente la cola, con el cuello hinchado y las narices abiertas y oliendo. La Coliche, sin moverse, dirigía hacia él sus ojazos sin expresión y mugía suavemente. Entonces el toro avanzó, se pegó á ella, puso la cabeza en la grupa de la vaca, su lengua

pendía fuera de la boca, separó la cola de la vaca y la lamió hasta las ancas; ella en cambio lo dejaba hacer sin moverse siquiera y con la piel contraída por un estremecimiento de deseo. Juan y Francisca, serios, graves y silenciosos, esperaban.

Y cuando estuvo en disposición, César montó á la Coliche, dando un salto brusco que hizo retremblar el suelo del corral. Ella no se había bajado, él la estrechaba con las dos patas de delante. Pero ella, animal de gran alzada, resultaba tan ancha para el toro, que éste no alcanzaba. Así lo comprendió; hizo un esfuerzo inútil por subirse más y atraerla.

— Es demasiado pequeño — dijo Francisca.

— Si, un poco — dijo Juan. — Pero no le hace de todos modos entrar.

Ella movió la cabeza, y como César trabajaba todavía inútilmente, la muchacha se decidió.

— No, hay que ayudarlo.... Si entra más se ha perdido todo, porque no lo retendrá ella.

Y con aire tranquilo y atento, como quien se ocupa de una tarea seria, se adelantó. El cuidado que ella ponía en la operación le hacía fruncir el entrecejo, entreabrir sus labios rojos y mantener inmóvil sus facciones. Tuvo que levantar el brazo, cogió con toda la mano el miembro del toro y lo acercó, dirigiéndolo y sosteniéndolo. Y él, cuando se sintió en el borde reunió todas sus fuerzas y penetró de un solo impulso. Luego se retiró. Estaba hecho; era el golpe del plantador que hunde en la tierra un grano de simiente. Sólida, con la impasible fertilidad de la tierra donde se siembra, la vaca había sentido, sin hacer un movimiento, la semilla del macho.

Francisca retiró el brazo, diciendo:

—Ya está.

—Sí, ha sido bueno — respondió Juan con aire convenido, mezclado á ese acento del obrero satisfecho cuando habla de una obra hecha de prisa y bien.

No pensaba en tener una de esas bromas que los mozos de labranza solían decir á las muchachas que llevaban allí sus vacas. Aquella chiquilla parecía encontrar todo aquello tan sencillo y tan necesario, que verdaderamente no era honrado reírse de ella. Era cosas de la naturaleza.

Pero hacía un momento que Santiaguilla estaba en la puerta del corral, y con una sonrisa que era peculiar en ella dijo alegremente:

—¡Eh! pues vaya.... ¿con la mano también? ¿Tan mal acostumbrada te tiene tu novio, que necesitas esas cosas?

Juan soltó la carcajada, y Francisca se puso colorada como una amapola, y confusa, para ocultar su turbación, y en tanto que César se retiraba lentamente al establo y que la Coliche se comía un manojito de hierba, se registró el bolsillo, sacó el pañuelo, desató un nudo donde llevaba unos cuartos, y pagó los cuarenta sueldos de la cubrición.

—¡Tomad, ahí está el dinero! — dijo. — Vaya, buenas noches.

Se fué con su vaca, y Juan, que había vuelto á coger el saquillo con la simiente, la siguió, diciendo á Santiaguilla que iba al campo de Poteau, según las órdenes que el señor Hourdequin le había dado para el día.

—¡Bueno! — respondió ella. — Allí estará el arado.

Luego, cuando el joven se reunió á la muchacha y empezaron á alejarse uno detrás de otro por el estrecho sendero, les gritó otra vez con tono zumbón:

—No hay cuidado ¿eh? si os perdéis juntos; la chiquilla sabe bien el camino.

Detrás de ellos el corral de la granja se volvió á quedar desierto. Ni uno ni otro se vieron aquella vez. Caminaban lentamente y sin hacer más ruido que el que producían sus zuecos al golpear las piedras. Él no veía más que su nuca de niña adornada de vello negro. Por fin, después de haber andado unos cincuenta pasos,

—Hace mal en meterse por los ojos de los hombres — dijo Francisca reposadamente. — Yo le hubiera podido decir....

Y volviéndose hacia el joven, mirándolo de hito en hito con aire malicioso,

—¿No es verdad — añadió — que se los pone al señor Hourdequin como si fuera su mujer de veras?.... Vos, estoy segura que sabéis algo y aun mucho de eso, ¿no es verdad?

Él turbóse, poniendo una cara muy estúpida, y respondió:

—¡Diablo! Ella hace lo que le da la gana; eso es cuenta suya.

Francisca, volviendo la espalda, se puso en marcha otra vez.

—Es verdad.... Bromeo porque vos podríais ser mi padre, y esto no tiene consecuencias.... Pero, mirad, desde que Buteau hizo aquella cochinería á mi hermana, he jurado que antes me haré pedazos que tener un amante.

Juan bajó la cabeza y no hablaron más. El cam-

po de Poteau estaba en la parte baja del sendero, á la mitad del camino de Rognes. Cuando llegó allí, el mozo se detuvo. Le esperaba el arado y un saco de semilla descargado en un surco. Llenó de él su talego, diciendo:

—Adiós entonces.

—Adiós—contestó Francisca—y gracias otra vez.

Pero él se vió acometido de cierto temor, y enderezándose le gritó:

—Dime, si la Coliche volviere á comenzar....

Quieres que te acompañe hasta el fin?

Ella estaba ya lejos. Volvióse y gritó con su voz serena y fuerte á través del gran silencio de los campos:

—¡No, no! es inútil, no hay peligro. ¡Tiene el saco lleno!

Juan, con el talego atado sobre el vientre, comenzó á bajar la pieza de labor, echando grano; alzaba los ojos y miraba á Francisca achicarse, caminando detrás de su vaca indolente que balanceaba su enorme cuerpo. Cuando volvió á subir dejó de verla; pero á la vuelta la vió otra vez más achicada, tan pequeña, que se asemejaba á una florecilla con su fino talle y su gorro blanco. Tres veces la vió disminuir de aquel modo; después la buscó, pero ella debía haber dado vuelta á la iglesia.

Dieron las dos; el cielo estaba gris y helado como si pelladas de ceniza hubieran ocultado el sol para muchos meses, hasta la primavera. En aquella inmovilidad, una mancha más clara hacía palidecer las nubes, hacia la parte de Orleans, como si de aquel lado el sol resplandeciera á dos

leguas de allí; sobre aquella mancha destacábase el campanario de Rognes, mientras que el pueblo quedaba oculto en el pliegue invisible del valle del Aigre. Pero hacia Chartres, al Norte, la línea del horizonte tenía la limpieza de una raya trazada con tinta entre la uniformidad terrosa del vasto cielo y el desarrollo sin límites de la Beauce. Después del almuerzo parecía haber aumentado el número de los sembradores. Ahora cada parcela de aquella tierra en cultivo tenía el suyo; se multiplicaban y pululaban como negras hormigas laboriosas ejecutando algún gran trabajo, encarnizándose en alguna labor desmesurada, gigantesca en comparación de su pequeñez; y sin embargo, distinguíase, aun en los más lejanos, el gesto de obstinación, siempre el mismo, aquel empeño de insectos en lucha con la inmensidad del suelo, victorioso al fin del tiempo y del espacio.

Juan sembró hasta que fué de noche, después del campo del Poteau los de las Rigolles y el de los Cuatro Caminos. Iba y venía á largos pasos iguales; el grano de su talego se agotaba, y la semilla cubría detrás de él la tierra.

## II.

La casa de maese Baillehache, notario de Cloyes, está situada en la calle Gronaise, á la izquierda, como se va á Chateaudun: una casita blanca de un solo piso, en cuya esquina está el único reverbero que ilumina aquella calle, desierta toda la semana y sólo animada los sábados por los campesinos que en gran número vienen al mercado. Desde lejos se

po de Poteau estaba en la parte baja del sendero, á la mitad del camino de Rognes. Cuando llegó allí, el mozo se detuvo. Le esperaba el arado y un saco de semilla descargado en un surco. Llenó de él su talego, diciendo:

—Adiós entonces.

—Adiós—contestó Francisca—y gracias otra vez.

Pero él se vió acometido de cierto temor, y enderezándose le gritó:

—Dime, si la Coliche volviere á comenzar....

Quieres que te acompañe hasta el fin?

Ella estaba ya lejos. Volvióse y gritó con su voz serena y fuerte á través del gran silencio de los campos:

—¡No, no! es inútil, no hay peligro. ¡Tiene el saco lleno!

Juan, con el talego atado sobre el vientre, comenzó á bajar la pieza de labor, echando grano; alzaba los ojos y miraba á Francisca achicarse, caminando detrás de su vaca indolente que balanceaba su enorme cuerpo. Cuando volvió á subir dejó de verla; pero á la vuelta la vió otra vez más achicada, tan pequeña, que se asemejaba á una florecilla con su fino talle y su gorro blanco. Tres veces la vió disminuir de aquel modo; después la buscó, pero ella debía haber dado vuelta á la iglesia.

Dieron las dos; el cielo estaba gris y helado como si pelladas de ceniza hubieran ocultado el sol para muchos meses, hasta la primavera. En aquella inmovilidad, una mancha más clara hacía palidecer las nubes, hacia la parte de Orleans, como si de aquel lado el sol resplandeciera á dos

leguas de allí; sobre aquella mancha destacábase el campanario de Rognes, mientras que el pueblo quedaba oculto en el pliegue invisible del valle del Aigre. Pero hacia Chartres, al Norte, la línea del horizonte tenía la limpieza de una raya trazada con tinta entre la uniformidad terrosa del vasto cielo y el desarrollo sin límites de la Beauce. Después del almuerzo parecía haber aumentado el número de los sembradores. Ahora cada parcela de aquella tierra en cultivo tenía el suyo; se multiplicaban y pululaban como negras hormigas laboriosas ejecutando algún gran trabajo, encarnizándose en alguna labor desmesurada, gigantesca en comparación de su pequeñez; y sin embargo, distinguíase, aun en los más lejanos, el gesto de obstinación, siempre el mismo, aquel empeño de insectos en lucha con la inmensidad del suelo, victorioso al fin del tiempo y del espacio.

Juan sembró hasta que fué de noche, después del campo del Poteau los de las Rigolles y el de los Cuatro Caminos. Iba y venía á largos pasos iguales; el grano de su talego se agotaba, y la semilla cubría detrás de él la tierra.

## II.

La casa de maese Baillehache, notario de Cloyes, está situada en la calle Gronaise, á la izquierda, como se va á Chateaudun: una casita blanca de un solo piso, en cuya esquina está el único reverbero que ilumina aquella calle, desierta toda la semana y sólo animada los sábados por los campesinos que en gran número vienen al mercado. Desde lejos se

veía brillar sus dos aleros, resaltando de la línea más baja que formaban los edificios contiguos; la casa tenía por detrás un jardincillo que bajaba hasta el Loir.

Aquel sábado, en la pieza que servía de estudio, y que daba á la calle, á la derecha de la entrada, el escribiente, un muchacho de quince años, delgado y pálido, había levantado una de las cortinas de muselina para ver pasar la gente. Los otros dos pasantes, uno viejo, gordiufión y muy sucio, y el otro un poco más joven, seco y de color bilioso, escribían en una mesa de pino mugrienta, que componía todo el mobiliario con siete ú ocho sillas y una estufa que se encendía sólo en Diciembre, aunque nevara en Todos los Santos. Los estantes que adornaban las paredes, las verdesas carpetas gastadas por las puntas, desbordando amarillentos legajos, emponzoñaban la habitación con el olor de tinta y papeles viejos apolillados.

Y sin embargo, sentados uno al lado del otro, dos campesinos, hombre y mujer, esperaban con una inmovilidad y paciencia llenas de respeto. Tantos papeles, y sobre todo aquellos dos señores escribiendo tan de prisa, aquellas plumas sonando á la vez, los ponían serios, despertando en ellos ideas de procesos y de dinero. La mujer, de unos treinta y cuatro años, muy morena, de rostro agradable, había cruzado sus manos secas de trabajadora sobre su saya de paño negro bordada con terciopelo, y con sus ojos vivos escudriñaba los rincones, pensando en los títulos de propiedad que allí dormían; mientras que el hombre, de unos cinco años más de edad, rojo y plácido, con pantalón negro y amplia blusa azul nueva, tenía en sus

rodillas su sombrero redondo de fieltro, sin que la sombra de un pensamiento animase su ancha cara, cuidadosamente afeitada, agujereada con dos ojos azules, de una fijeza de buey que descansa.

Abrióse una puerta, y maese Baillehache, que acababa de almorzar en compañía de su cuñado el labrador Hourdequin, apareció muy colorado, todavía fresco para sus cincuenta y cinco años, con sus gruesos labios y sus párpados llenos de arrugas que hacían reír continuamente á su mirada. Usaba gafas y estaba siempre tirándose de los pelos grises de sus patillas.

—¡Ah! ¿sois vos, Delhomme?—dijo.—¿Se ha decidido el tío Fouan á hacer la partición?

La mujer fué quien contestó:

—Sí, señor Baillehache..... Estamos todos citados aquí para ponernos de acuerdo y para que nos digáis lo que hay que hacer.

—Bueno, bueno, Fanny; ya veremos..... Es la una apenas y hay que esperar á los demás.

Y el notario prolongó aún un poco la conversación, preguntando el precio de los granos, en baja hacía dos meses, atestiguando á Delhomme la consideración amistosa debida á un labrador que poseía una veintena de hectáreas, un criado y tres vacas. Después se volvió á su despacho.

Los pasantes no habían levantado la cabeza, exagerando el rasgueo de sus plumas, y de nuevo los Delhomme esperaron inmóviles. Había tenido suerte aquella Fanny con haberse casado con un novio honrado y rico, y eso que ni siquiera la había dejado en cinta antes de casarse, ella que no esperaba del tío Fouan más que unas tres hectáreas. Su marido, por lo demás, no se arrepentía, porque



no habría podido encontrar ama de casa más inteligente ni más activa, hasta el punto de que se dejaba guiar en todo por ella, teniendo un talento muy limitado, pero tan sereno y tan recto, que con frecuencia se le tomaba en Rognes por árbitro.

En aquel momento el pequeño escribiente que miraba hacia la calle ahogó una carcajada entre sus manos, murmurando al oído de su vecino el viejo gordinflón y sucio:

—¡Oh, Jesucristo!

Vivamente Fanny se había inclinado al oído de su marido.

—Mira, déjame hacer.... Quiero mucho á papá y á mamá, pero no quiero que nos roben; y desconfiemos de Buteau y de ese canalla de Jacinto.

Hablaba de sus dos hermanos, porque había visto por la ventana llegar á este último, el mayor, aquel Jacinto que toda la comarca conocía con el apodo de Jesucristo; un haragán y un borracho que á su vuelta del servicio, después de haber hecho la campaña de Africa, se había puesto á vagar por los campos, rehuendo todo trabajo regular, viviendo de la caza furtiva y del merodeo, como si se encontrara todavía entre beduinos.

Entró un mocetón en toda la fuerza muscular de sus cuarenta años, con los cabellos ensortijados, la barba en punta, larga é inculta, con un rostro de Cristo viejo, un Cristo borrachón, violador de jóvenes y saltador de caminos. Desde aquella mañana en Cloyes, estaba ya borracho; el pantalón lleno de barro, la blusa manchada y la gorra caída sobre la nuca; fumaba un cigarro de á cuarto, húmedo y negro, que apestaba. Sin embargo, en sus hermosos ojos de vago mirar veíase una tanante-

ría de no mal género y la afición á una crápula de buena clase.

—¿Qué, no están aquí los padres?—preguntó.

Y como el pasante delgado, amarillento por la bilis, le contestase con un movimiento de cabeza negativo, se quedó un momento apoyado en la pared, mientras que su cigarro humeaba entre sus dedos. No tuvo más que una ojeada para su hermana y su cuñado, que aparentaron no haberle visto. Luego, sin añadir una palabra, salió y se fué á esperar en la calle.

—¡Oh Jesucristo! ¡Oh Jesucristo!—repetía el chiquillo, mirando á la calle como si aquel nombre despertara en su memoria recuerdos de historias divertidas.

Apenas habian pasado cinco minutos, cuando llegaron los Fouan, dos viejos de movimientos calmosos y prudentes. El padre, en otro tiempo muy robusto, se había secado en un trabajo tan duro, en una pasión por la tierra tan áspera, que su cuerpo se encorbaba como para volver á aquella tierra violentamente deseada y poseída. Sin embargo, salvo las piernas, estaba fuerte todavía y de buen aspecto, con sus patillas blancas, con la gran nariz de familia que aguzaba más su rostro descarnado y cruzado por grandes arrugas. Y á su lado la madre, más pequeña y gruesa, con un vientre que denunciaba un principio de hidropesía, el rostro color de avena, con dos ojos redondos y una boca redonda, que una infinidad de arrugas parecían cerrar como bolsa de avaro. Estúpida, reducida en su casa á un papel de bestia dócil y laboriosa, siempre había temblado ante la autoridad despótica de su marido.

—¡Ah, ya están aquí!—exclamó Fanny levantándose.

Delhomme había dejado también su silla. Y detrás de los viejos reaparecía Jesucristo tambaleándose y sin decir una palabra. Restregó su cigarro como para apagarlo, y guardó la apesosa colilla en un bolsillo de su blusa.

—Aquí estamos—dijo Fouan.—Sólo falta Buteau.... ¡Jamás ha de llegar á tiempo, ni á la vez que los demás, ese bribón!

—Lo he visto en el mercado—dijo Jesucristo con voz enronquecida por el aguardiente. Va á venir.

Buteau, el menor, de veintisiete años, debía el apodo á su mala cabeza, siempre destornillada, encariñada con sus ideas, que no eran como las de los demás. Ni aun de chico había podido entenderse con sus padres; y más tarde, después de haber sacado un buen número, se había escapado de la casa paterna para contratarse, primero en la Boderie y luego en la Chamade.

Todavía el padre continuaba gruñendo, cuando él entró vivo y decididor. En él la gran nariz de los Fouan se había aplastado, mientras que las mandíbulas habían avanzado. Las sienas huían, la parte alta de la cabeza se estrechaba, y detrás de la burlesca expresión de sus ojos grises velase malicia y violencia. Tenía de su padre los deseos brutales y la terquedad en la posesión, agravados por la avaricia de la madre. A cada disputa, cuando los dos viejos lo colmaban de reproches, él contestaba: «¡Esto es lo que me faltaba!»

—Decís—contestó—que hay cinco leguas de la Chamade á Troyes. ¿Y qué? pues llevo al mismo tiempo que vosotros.....

Comenzaron todos á disputar, gritando con sus voces agudas, discentiendo sus asuntos como si estuvieran completamente solos. Los pasantes, incomodados, los miraban de reojo, cuando el notario, abriendo de nuevo la puerta de su despacho, les dijo:

—¿Estáis todos ya? ¡Vamos, entrad!

Aquel despacho daba al jardín, una pequeña faja de terreno que bajaba hacia el Loira, y del cual se percibían los árboles sin hojas. Sobre la chimenea había un reloj de mármol negro entre dos legajos, y nada más que la mesa de nogal, un estante y sillas.

El Sr. Baillehache sentóse desde luego delante de su mesa como en un tribunal, mientras que los campesinos, entrando uno detrás de otro, vacilaban mirando las sillas, embarazados por no saber cómo y donde debían sentarse.

—¡Vamos, sentaos!

Entonces, empujados por los demás, Fouan y Rosa quedaron en primera fila; Fanny y Delhomme se pusieron detrás, el uno al lado del otro, mientras que Buteau se aislaba en un rincón contra la pared, y Jacinto permanecía en pie delante de la ventana, cuya luz ocultaba con sus anchos hombros. Pero el notario, impaciente, le interpeló familiarmente.

—¡Vamos, sentaos, Jesucristo!

También tuvo que abordar el asunto.

—¿De modo, tío Fouan, que estáis decidido á partir vuestros bienes, en vida, entre vuestros dos hijos y vuestra hija?

El viejo no contestó nada; los demás continuaron inmóviles como estatuas, y reinó el silen-

cio. Por lo demás, el notario, acostumbrado á aquellas cosas, no se apresuraba tampoco. Hacía doscientos cincuenta años que su cargo venía vinculado en su familia, y los Baillehache de padres á hijos habían ido tomando de sus clientes campesinos aquella reflexiva pesadez y la maliciosa circunspección que llena de largas pausas y de palabras inútiles los debates menos importantes. Tomó unas tijeras y comenzó á raspase las uñas.

—¿No es cierto que estáis decidido?—repitió al fin, mirando con fijeza al viejo.

Éste se volvió, y mirando á todos antes de hablar, como si buscarse las palabras,

—Sí, es posible, señor Baillehache.... Os había hablado de ello hace tiempo. Vos me dijisteis que esto había que pensarlo bien; lo he pensado más, y veo que va á ser preciso venir á parar á esto.

Y explicó por qué, en frases interrumpidas, cortadas por continuos incisos. Pero lo que no decía, lo que salía del modo que lo tenía en la garganta, era la tristeza infinita, la rabia sorda por separarse de aquellos bienes tan ardientemente deseados, antes de la muerte, cuidados después con encarnizamiento, y aumentados después terrón á terrón á fuerza de la más sórdida avaricia. Tal parcela representaba meses de pan y de queso, inviernos sin hambre, veranos de rudos trabajos, sin otro alimento que algunos tragos de agua. Había amado la tierra como mujer que mata y por la cual se asesina. ¡Niesposa, ni hijos, ni nadie ni nada humano; la tierra! Y he aquí que había envejecido y que debía ceder aquella querida á sus hijos, como su padre se la había cedido á él, rabiando por su impotencia.

—Mirad, señor Baillehache, hay que hacerse cargo; las piernas flaquean, los brazos ya están débiles y ¡diablo! la tierra gasta.... Acaso habría podido marchar esto, si hubiera habido inteligencia con los hijos.

Y lanzó una mirada sobre Buteau y sobre Jesucristo, que no parpadeaba, como si no estuviera en lo que se hablaba.

—Pero qué, ¿queréis que tome gentes extrañas que nos robarían? No; los criados cuestan caros y se comen las ganancias. Yo no puedo más. Este año, ¡mirad! de diez y nueve tabullas que poseo, apenas he podido cultivar la cuarta parte, lo preciso para comer, el grano para nosotros y la hierba para las dos vacas.... Comprenderéis que me parte el corazón ver esta buena tierra descansando y sin producir nada. Sí, mejor quiero abandonarlo todo que presenciar esta ruina.

Su voz se ahogó, é hizo un gran gesto de dolor y de desesperación. A su lado su mujer, sumisa, aplanada por medio siglo de obediencia y de trabajo, esuchaba.

—El otro día—continuó—haciendo Rosa sus quesos, cayó de cabeza en ellos. A mí nada me disgusta tanto como venir en carro al mercado.... Y luego, cuando uno se va, no se lleva la tierra consigo. Hay que dejarla, hay que dejarla.... En fin, bastante hemos trabajado, y queremos morir tranquilos.... ¿No es verdad, Rosa?

—¡Verdad, tan cierto como nos está viendo Dios!—dijo la vieja.

De nuevo reinó un silencio muy largo. El notario acababa de cortarse las uñas. Dejó las tijeras sobre la mesa, diciendo:

—Sí, esas son razones muy razonables; con frecuencia se ve uno obligado á la donación.... Debo añadir que ésta ofrece una economía á las familias, porque los derechos de herencia son más crecidos que los de la cesión de bienes....

Buteau, á pesar de su indiferencia afectada, no pudo contener este grito:

—¿De veras, señor Bailhache?

—Sin duda. Os podéis ahorrar algunos centenares de francos.

Los demás se agitaron; hasta se iluminó el rostro de Dellhomme, mientras que el padre y la madre participaban también de aquella satisfacción. Desde el momento que costaba menos el negocio, era cosa hecha.

—Tengo todavía que haceros las observaciones de costumbre—continuó el notario.—Muchas gentes combaten la cesión de bienes, que miran como inmoral, porque destruye los lazos de familia, según ellas.... Se podrían citar, en efecto, hechos deplorables, hijos que se portan muy mal cuando los padres les han cedido los bienes....

Los dos hijos y la hija escuchaban con la boca abierta.

—Que lo guarde todo padre, si tiene esas ideas—interrumpió secamente Fanny, que era muy susceptible.

—Siempre hemos obrado bien—dijo Buteau.

—El trabajo no nos asusta—añadió Jesucristo. El señor Bailhache los calmó con un gesto.

—¡Dejadme acabar! Sé que sois buenos hijos y honrados trabajadores, y que con vosotros no hay el peligro de que un día se arrepientan vuestros padres.

Hablaba sin ironía, repitiendo las frases amistosas que veinticinco años de profesión eran para él una costumbre. Pero la madre, como si no hubiera comprendido, paseaba sus miradas de su hija á sus dos hijos. Habíalos educado á los tres sin ternura, con la frialdad de una niñera. Al menor le guardaba rencor porque se había escapado de la casa cuando podía ganar algo; con la hija jamás había podido estar de acuerdo, herida porque no se le parecía; sólo se endulzaba su mirada cuando se fijaba en el mayor, aquel ganapán que no tenía nada de ella ni de su marido, aquella mala hierba á quien acaso por esta razón excusaba y prefería.

También Fouan había mirado á sus hijos con el sordo malestar que le producía pensar qué harían con sus bienes. La haraganería del borracho le angustiaba menos todavía que el ansia de los otros dos. Movi6 su cabeza como diciéndose que á qué quemarse la sangre, puesto que no había remedio.

—Ahora que está resuelta la partición—dijo el notario—hay que fijar las condiciones. ¿Estáis de acuerdo en la renta que hay que pagar?

Todos quedaron inmóviles y mudos. Los curtidos rostros tomaron una expresión rígida, la gravedad impenetrable de los diplomáticos. Después se turbaron con una mirada, pero ninguno habló. El padre fué el que de nuevo explicó las cosas.

—No, señor Bailhache, no hemos hablado; hemos esperado á estar reunidos aquí.... Pero esto es muy sencillo, ¿verdad? Tengo diez y nueve tabullas, que si las arrendara valdrían novecientos cincuenta francos.

Buteau, el menos paciente, saltó en su silla.

—¡Cómo! ¿á cincuenta francos? ¿Os burláis de nosotros, padre?

Y se cundió una discusión sobre la tasación. Había una tahulla de viña; ésta sí se podría arrendar en cincuenta francos. ¿Pero se podría encontrar quien tomara en esto las doce tahullas de tierras de labor, y sobre todo las seis de prados naturales á orillas del Aigre, que no valían nada? Las mismas tierras de labor apenas valían, una parte sobre todo, la más próxima al río.

—Vamos, padre—dijo Fanny con aire de reproche—no hay que burlarse.

—Valen á cincuenta francos—insistía el viejo.—Si yo quisiera, las arrendaría en eso mañana.... ¿Cuánto valen para vosotros?

—Treinta francos—dijo Buteau.

Fuera de sí Fouan mantenía su precio, haciendo un elogio de sus tierras, que según él daban ellas solas sus cereales, cuando Delhomme, silencioso hasta aquel momento, declaró con todo su acento honrado:

—Valen cuarenta francos, ni un sueldo menos.

El viejo se calmó en seguida.

—¡Bueno! pongamos cuarenta, no me importa hacer un sacrificio por mis hijos.

Pero Rosa, que le había tirado de un pico de su blusa, soltó una sola palabra, que era una acusación por su generosidad.

—¡No, no!

Jesucristo se había desinteresado. Ya no le importaba la tierra, después de cinco años pasados en África. No sentía más que un deseo veheméntísimo: el de coger su parte, fuese cual fuera, para

convertirla en seguida en dinero. Así es que siguió dándose tono, sonriendo con aire burlón y de cierta superioridad.

—¡He dicho que ochenta—exclamó—y ochenta han de ser! No tengo más que una palabra; lo juro delante de Dios!.... Nueve tahullas y media; veamos, eso hace setecientos sesenta francos; en cantidad redonda diremos ochocientos.... Conque así la pensión será de ochocientos francos, que es lo justo.

Buteau soltó una violenta carcajada, en tanto que Fanny protestaba con un movimiento de cabeza, como si estuviese estupefacta. Y el señor Baillehache, que desde que había comenzado la discusión, miraba al jardín de su casa distraidamente, volvió á ocuparse de sus clientes y se puso á hacer como que los escuchaba, acariciándose entretanto sus largas patillas con aquel gesto de maniático que le era peculiar, y adormecido por los efectos de la digestión del magnífico almuerzo que había tomado.

Esta vez, sin embargo, el viejo tenía razón: era justo. Pero sus hijos, acalorados, arrebatados por el deseo de hacer aquel trato al precio más bajo posible, se mostraban terribles, regateaban, juraban y blasfemaban con la mala fe de la gente de campo cuando va á comprar algo.

—¡Ochocientos francos—murmuraba Buteau.—¿Es que queréis vivir como un señor?.... ¡Vaya, con ochocientos francos pueden muy bien comer cuatro! ¡Decid de una vez que queréis moriros de una indigestión!

Fouan no se enfadaba todavía. Opinaba que el regateo era natural y se contentaba con hacerle

frente como Dios le daba á entender, extremando él también sus exigencias y sus condiciones.

—¡Y además, no es eso sólo, gentuza!.... Sino que conservaremos hasta que nos muramos, la casa y el jardín, naturalmente.... Y como no tendremos cosechas ni tendremos más que las dos vacas, exigimos todos los años una cantidad de vino, leña, leche, y todas las semanas una docena de huevos y tres quesos.

—¡Oh, papá!—gimió Fanny dolorosamente,—¡oh, papá!

Butean ya no disenta. Habíase levantado de un salto como movido por un resorte, y se paseaba con ademán brusco; ya se había puesto la gorra para marcharse. También Jesucristo había abandonado su asiento, temeroso de que todas aquellas historias dieran al traste con la partición. Solamente Delhomme permanecía impassible, con un dedo apoyado en la nariz, en una actitud de profunda reflexión y de gran aburrimiento.

Entonces el señor Baillache sintió la necesidad de apresurar un poco el desenlace. Sacudió su soñolencia, y acariciándose las patillas con más viveza,

—Sabéis, amigos míos — dijo — que el vino y la leña, así como los quesos y los huevos, es costumbre antigua....

Pero fué interrumpido por una lluvia de frases agrias.

—¡Huevos con sus pollos y todo dentro tal vez!

—¿Tenemos nosotros vino para beber? Lo que hacemos es venderlo!

—No hacer nada, y beber y comer y calentarse

mientras los hijos de uno se matan á trabajar, es cosa muy bonita y muy cómoda.

El notario, que estaba acostumbrado á tormentas mayores, siguió diciendo con la más completa calma:

—¡Todo eso no viene á cuento!.... ¡Cáscaras! ¡Vos, Jesucristo, sentaos! ¡Lo marcáis á uno con esas vueltas!.... Vamos, estamos arreglados ya, ¿no es verdad? Contestad todos.... Estamos conformes en eso, y falta discutir solamente lo de la renta.

Delhomme al fin salió de su inmovilidad é hizo seña de que tenía algo que decir. Cada cual había vuelto á sentarse en su sitio, y en medio de la general atención dijo:

—Perdonad; parece justo lo que pide padre; se le podrían dar ochocientos francos, puesto que en ochocientos francos podría arrendar sus fincas.... Pero nosotros no echamos las cuentas así. No nos arrienda las tierras, sino que nos las da, y el cálculo está en saber qué necesitan él y la madre para vivir.... Sí, nada más que lo que necesitan para vivir.

—En efecto — dijo el notario — esa es la base que ordinariamente se toma.

Y surgió otra disputa acalorada. La vida de los dos viejos fué inspeccionada, disentida, consentida, necesidad por necesidad. Se pesó el pan, las legumbres, la carne; se valoraron las ropas, regateando sobre la clase de telas y paños que debían usar; se descendió hasta las pequeñas dulzuras, al tabaco que debía fumar el padre, que importaba dos sueldos diarios, que después de una serie interminable de recriminaciones quedaron redu-

cidos á uno. Cuando no se trabaja se debe ser económico y saberse reducir. ¿No podía también la madre pasar sin tomar café? Lo mismo que el perro que tenían, un perro viejo, de doce años, que comía mucho y no servía para nada: ¡ya hacía tiempo que debían haberle pegado un tiro! Cuando el cálculo estuvo hecho, volvieron á hacerlo, buscando algo que suprimir todavía: dos camisas, seis pañuelos al año, un céntimo de lo que se había señalado para la comida diaria. Y cortando y recortando, llegando á las mayores economías, consiguieron poder fijar una suma de quinientos cincuenta y algunos francos, lo cual dejó á los hijos agitados, furiosos, fuera de sí, porque se empeñaban en no pasar de los quinientos francos por ningún concepto.

Sin embargo, Fanny se causó. No era mala hija; más compasiva que los hombres, no tenía aún el corazón y la piel endurecidos por la lucha por la existencia trabajando en el campo, y fué la primera que habló de terminar aquella escena haciendo concesiones.

Jesucristo, por su parte, se encogía de hombros, generoso como era para las cuestiones de dinero, y hasta acometido de cierto enternecimiento de borracho, dispuesto á ofrecer algo de su parte, que de seguro no hubiese pagado nunca.

—Vamos — preguntó la hija — ¿queréis que quedemos en los quinientos cincuenta francos?

—¡Sí, hombre, sí! — respondió él. — Justo es que disfruten un poco los pobres viejos.

La madre dirigió á su hijo mayor una mirada de ternura, en tanto que el padre seguía batallando con su hijo menor. No había cedido más que

paso á paso, regateándolo todo, empeñándose en mantener ciertas cifras. Pero bajo la fría terquedad que mostraba, la cólera iba aumentando en él ante la intransigencia de aquella gente que era carne de su carne y sangre de su sangre, y que se empeñaba en heredarle casi por completo, viviendo él todavía. Se olvidaba de que lo mismo había hecho con su padre. Sus manos temblaban, y al fin, sin poderse contener, gritó:

—¡Ah, canalla! ¡pensar que ha criado uno á esta gentuza para que ahora le quiten el pan de la boca!.... Palabra que esto me da asco y que preferiría estar ya pudriéndome debajo de tierra.... ¿De modo que no hay medio de que seáis amables? ¿De modo que no queréis dar más que quinientos cincuenta francos?

Y ya iba á aceptar esta cantidad, cuando de nuevo su mujer le tiró de la blusa y le dijo al oído:

—¡No, no!

—Eso no es todo — replicó Buteau después de vacilar un momento; — ¿y el dinero que tenéis escondido?.... Puesto que tenéis dinero vuestro, no necesitáis el nuestro, ¿no es verdad?

Y miraba á su padre fijamente, porque se había reservado aquel golpe de efecto para el último instante. El viejo se puso muy pálido.

—¿Qué dinero? — dijo al fin.

—Pues el que tenéis colocado; aquel de que conserváis las acciones y resguardos.

Buteau, que no hacía más que sospechar la cosa, procuraba sacar de mentira verdad para convenirse. Cierta noche había creído ver á su padre cogiendo un pequeño rollo de papeles de detrás de

un espejo. Al día siguiente y los sucesivos había espiado inútilmente, porque no pudo ver nada.

Fouan, que estaba lívido, se puso de repente colorado y furioso; se levantó de su asiento gritando con gesto amenazador:

—¡Ah, granujas! ¿Es decir que ya hasta me registraréis los bolsillos? ¡No tengo un cuarto, no tengo un céntimo colocado en ninguna parte, cochinos, porque me habéis hecho gastar demasiado para que tenga ahorros!.... Pero si así fuese, ¿qué os importaba? ¿No soy yo el amo, el padre?

Parecía más alto de estatura al erguirse con aquel alarde de autoridad paterna.

Durante muchos años, todos, la mujer y los hijos, habían temblado delante de él, bajo el rudo despotismo propio del jefe de una familia de labriegos. Y se equivocaban si creían no tener que someterse ya á su autoridad.

—¡Oh, papá!—empezó á decir Buteau.

—¡Calla, voto á bríos!—continuó el viejo, levantando la mano.—¡Calla, ó te pegol!

El hijo menor murmuró unas palabras, se hizo el chiquitín y se sentó asustado en una silla. Había sentido el aire del bofetón; sentíase acometido del miedo que experimentara en su infancia, y levantó el codo para resguardarse.

—¡Y tú, Jacinto, no te rías! ¡Y tú, Fanny, baja los ojos!.... ¡Si no, tan cierto como que ahora es de día, os voy á hacer bailar, canalla!

Estaba solo, de pie, amenazador, en medio de la habitación. La madre temblaba como si temiese que le fuera á pegar también. Los hijos no se movían; estaban sometidos, domados, sin hablar palabra.

—Ya lo oís; quiero que la renta sea de seiscientos francos.... Si no, vendo la finca y se acabó la historia. ¿Dais los seiscientos francos?

—Papá—dijo Fanny—daremos lo que queráis.

—Seiscientos francos, bueno—dijo Delhomme.

—Yo—declaró Jesucristo—quiero lo que quieran todos.

Buteau, con los dientes apretados de rencor y de rabia, pareció asentir con su silencio, y Fouan seguía dominándolos y paseando de uno á otro su dura mirada de amo obedecido. Al fin se volvió á sentar diciendo:

—Entonces, estamos de acuerdo, ¿eh?

El señor Baillebache, sin conmoverse, había presenciado el final de la disputa. Cuando ésta hubo concluido, dijo entonces pacientemente:

—Bueno; pues si ya estáis de acuerdo, no hablemos más.... Ahora que conozco las condiciones, voy á redactar el acta.... Por vuestra parte haced que midan las tierras, dividid los lotes y decid al medidor que me envíe una nota de la designación de los lotes. Luego, cuando los hayáis sorteado, no tendremos más que inscribir al lado de cada nombre el número correspondiente y firmaremos.

Se había levantado de su sillón para despedirlos. Pero no se movieron; aun vacilaban y parecían reflexionar. ¿Estarian bien conformes? ¿No se les olvidaba nada, no habían hecho un mal negocio que aun sería tiempo de remediar?

Dieron las cuatro; hacía más de tres horas que estaban allí.

—Marchaos—les dijo el notario—porque hay gente esperándome.

30825



Tuvieron que decidirse; los empujó hasta la habitación contigua, donde en efecto, estaban esperando pacientemente otros labriegos, inmóviles y rígidos en sus sillas, en tanto que un escribiente del notario contemplaba desde la ventana una riña de perros, y los otros dos, malhumorados y aburridos, seguían haciendo sonar sus plumas sobre el papel de oficio.

Fuera, la familia permaneció un momento en medio de la calle.

—Si queréis— dijo el padre— la medición de tierras se hará pasado mañana lunes.

Aceptaron con un movimiento de cabeza, y bajaron la calle de Gronaire unos detrás de otros.

Luego el viejo Fouan y Rosa tomaron la calle del Temple, dirigiéndose hacia la iglesia, y Fanny y Delhomme se alejaron por la calle Mayor. Buteau se había detenido en la plaza preguntándose si su padre tendría ó no tendría dinero escondido; y Jesucristo, que se había quedado solo, después de encender otra vez la colilla de cigarro que llevaba en la boca, entró en el café del Buen Labrador.

### III.

La casa de Fouan era la primera que se encontraba al entrar en Rognes, situada en la carretera de Cloyes á Bazoches-le-Doyen, que pasa por el pueblo, y el lunes el viejo salía al amanecer para acudir á la cita que había dado en la puerta de la iglesia, cuando vió en la puerta de al lado á su

hermana la Grande, que ya estaba levantada, á pesar de sus ochenta años.

Aquellos Fouanes habían nacido y crecido hacia siglos como una vegetación de plantas. Antiguos siervos de Rognes-Bonqueval, del cual no quedaba ya más rastro que unas cuantas piedras enterradas de su castillo derruido, habían sido emancipados en tiempos de Felipe el Hermoso. Desde entonces estaban convertidos en propietarios, primero de una tahulla, luego de dos, compradas al señor en un apuro y pagadas el doble de su precio en sudor y en sangre. Luego había comenzado la lucha, lucha de cuatrocientos años, para defender y aumentar aquella propiedad, con un encarnizamiento que iban heredando de padres á hijos; trozos perdidos y vueltos á adquirir; propiedad ilusoria puesta en tela de juicio y siendo objeto de litigio incesantemente; herencias recargadas con tan grandes impuestos, que parecían á punto de extinguirse; prados y tierras de labor que iban aumentando poco á poco, á pesar de todo esto, por esa necesidad de poseer que sentían, y lentamente iban saliendo victoriosos. En esa lucha sucumbieron generaciones enteras; pero cuando la revolución del 89 vino á consagrar sus derechos, el Fouan de entonces, José Casimiro, poseía veintinueve tahullas, conquistadas en cuatro siglos al antiguo dominio feudal.

En 1793, aquel José Casimiro tenía veintisiete años; y el día en que lo que restaba del antiguo dominio señorial fué declarado bienes del Estado y vendido á pública subasta, ardió en deseos de adquirir algunas hectáreas. Los Rognes-Bonqueval, arruinados, llenos de deudas, después de ha-

Tuvieron que decidirse; los empujó hasta la habitación contigua, donde en efecto, estaban esperando pacientemente otros labriegos, inmóviles y rígidos en sus sillas, en tanto que un escribiente del notario contemplaba desde la ventana una riña de perros, y los otros dos, malhumorados y aburridos, seguían haciendo sonar sus plumas sobre el papel de oficio.

Fuera, la familia permaneció un momento en medio de la calle.

—Si queréis—dijo el padre—la medición de tierras se hará pasado mañana lunes.

Aceptaron con un movimiento de cabeza, y bajaron la calle de Gronaire unos detrás de otros.

Luego el viejo Fouan y Rosa tomaron la calle del Temple, dirigiéndose hacia la iglesia, y Fanny y Delhomme se alejaron por la calle Mayor. Buteau se había detenido en la plaza preguntándose si su padre tendría ó no tendría dinero escondido; y Jesucristo, que se había quedado solo, después de encender otra vez la colilla de cigarro que llevaba en la boca, entró en el café del Buen Labrador.

### III.

La casa de Fouan era la primera que se encontraba al entrar en Rognes, situada en la carretera de Cloyes á Bazoches-le-Doyen, que pasa por el pueblo, y el lunes el viejo salía al amanecer para acudir á la cita que había dado en la puerta de la iglesia, cuando vió en la puerta de al lado á su

hermana la Grande, que ya estaba levantada, á pesar de sus ochenta años.

Aquellos Fouanes habían nacido y crecido hacia siglos como una vegetación de plantas. Antiguos siervos de Rognes-Bonqueval, del cual no quedaba ya más rastro que unas cuantas piedras enterradas de su castillo derruido, habían sido emancipados en tiempos de Felipe el Hermoso. Desde entonces estaban convertidos en propietarios, primero de una tahulla, luego de dos, compradas al señor en un apuro y pagadas el doble de su precio en sudor y en sangre. Luego había comenzado la lucha, lucha de cuatrocientos años, para defender y aumentar aquella propiedad, con un encarnizamiento que iban heredando de padres á hijos; trozos perdidos y vueltos á adquirir; propiedad ilusoria puesta en tela de juicio y siendo objeto de litigio incesantemente; herencias recargadas con tan grandes impuestos, que parecían á punto de extinguirse; prados y tierras de labor que iban aumentando poco á poco, á pesar de todo esto, por esa necesidad de poseer que sentían, y lentamente iban saliendo victoriosos. En esa lucha sucumbieron generaciones enteras; pero cuando la revolución del 89 vino á consagrar sus derechos, el Fouan de entonces, José Casimiro, poseía veintituna tahullas, conquistadas en cuatro siglos al antiguo dominio feudal.

En 1793, aquel José Casimiro tenía veintisiete años; y el día en que lo que restaba del antiguo dominio señorial fué declarado bienes del Estado y vendido á pública subasta, ardió en deseos de adquirir algunas hectáreas. Los Rognes-Bonqueval, arruinados, llenos de deudas, después de ha-

ber dejado que se derrumbase la última torre de la mansión feudal, abandonaron á sus acreedores las granjas de la Borderie, de las cuales las tres cuartas partes seguían arrendadas. Había sobre todo, al lado de una de esas parcelas, un trozo grande que aquel labriego ambicionaba con el deseo furioso propio de los de su raza. Pero las cosechas iban mal, y apenas tenía ahorrados y escondidos en un puchero cien escudos, y si por un momento se le había ocurrido la idea de pedir auxilio á un prestamista usurero de Cloyes, cierta prudencia suspicaz le había impedido hacerlo: aquellos bienes de los nobles le daban miedo. ¿Quién sabe si luego se los volverían á quitar? De suerte que luchando entre su deseo y su desconfianza, tuvo el disgusto de ver que la Borderie subastada la compraba parcela á parcela, y por la décima parte de su valor, un burgués de Chateaudun, Isidoro Hourdequin, antiguo empleado en contribuciones.

Cuando José Casimiro se vió ya viejo, repartió sus veintiuna tahullas, á siete cada uno, entre sus hijos Mariana, Luis y Miguel, y á su hija pequeña Laura, educada para costurera, que trabajaba en Chateaudun, la indemnizaron en dinero. Pero los matrimonios rompieron esta igualdad. En tanto que Mariana Fouan, apodada la *Grande*, se casaba con un vecino, Antonio Pechand, que tenía por su parte unas diez y ocho tahullas, Miguel Fouan, apodado *Mouche*, se enamoraba de una chiquilla á quien su padre no había de dar más que dos tabullas de viñas. Por su parte, Luis Fouan, casado con Rosa Maliverne, heredera de doce tahullas, había reunido de ese modo las nueve

hectáreas y media que á su vez iba á repartir entre sus tres hijos.

En la familia, la Grande era respetada y temida, no por su avanzada edad, sino por su fortuna. Todavía muy derecha, muy alta, muy flaca y muy fuerte, con los huesos muy duros, tenía la cabeza descarnada como la de un ave de rapiña y un cuello flacucho y nervioso, de color sanguinolento. La nariz característica de la familia convertíase en ella en verdadero pico; sus dos ojillos redondos tenían miradas apagadas y mortecinas; ya no poseía un solo cabello debajo del pañuelo amarillo que llevaba continuamente á la cabeza, y en cambio á sus mandíbulas no les faltaba un solo diente. Caminaba siempre con el bastón en alto, porque no salía jamás á la calle sin un palo muy grande que hacía veces de bastón, y del cual se servía cuando llegaba el caso para pegar á los animales, y á los hombres también. Se quedó viuda muy joven con una hija, á la cual echó de su casa porque la bribona se empeñaba en casarse con un muchacho pobre, llamado Vicente Bouterone, y no la había perdonado ni siquiera ahora que su hija y su yerno habían muerto ya de miseria, dejándole una nieta y un nieto, Palmira é Hilario, de treinta y dos y veinticuatro años respectivamente. Ni perdonaba á sus nietos, á los cuales dejaba morir de hambre, prohibiendo á todo el mundo que le hablasen jamás de ellos ni le recordasen su existencia.

Desde que murió su marido dirigía personalmente los trabajos del campo; tenía tres vacas, un cerdo y un mozo de labranza que alimentaba como á los animales, y que la obedecía y la temía lo mismo que ellos.

Fouan al verla á la puerta de su casa, se había acercado á ella por respeto. Su hermana le llevaba diez años, y él sentía hacia la Grande la misma admiración que toda la gente del pueblo, por su dureza y energía, por su avaricia, por su terquedad por poseer y por vivir.

—Precisamente quería decirte una cosa, hermana—dijo después de saludarla.—Me he decidido y voy á las particiones.

Ella, sin contestar, apretó el bastón que blandía en el aire.

—La otra tarde quise pedirte consejo, pero llamé á la puerta y nadie me contestó.

Entonces ella respondió con voz agria:

—¡Imbécil!.... ¡Ya te he dado el consejo! Es menester ser muy tonto y muy bestia y muy cobarde para renunciar á lo que uno posee, mientras se pueda tener de pie. Yo, aunque me degollaran, diría que no.... ¡Ver que tienen otros lo que es de uno; quedarse á pedir limosna por los bribones de los hijos!.... ¡Oh, no! ¡Oh, no!

—Pero—objetó Fouan—cuando no puede uno labrar, cuando la tierra está mala....

—¡Pues que lo esté!.... Antes que soltar una tahulla iría yo todas las mañanas al campo á ver brotar los abrojos.

Y la vieja se erguía con ademán salvaje y pegándole en el hombro con su palo como si quisiera que así lo oyese mejor.

—Escucha—continuó—y acuérdate de esto.... Cuando ya no tengas nada y lo posean todo tus hijos, te negarán hasta una migaja de pan y te morirás de hambre como un pordiosero...., y entonces, que no te se ocurra venir á mí, porque ya

sabes que te lo he advertido con tiempo.... ¿Quieres saber lo que yo haría, eh, quieres?

Mouche escuchaba sin incomodarse, con la sumisión propia del hermano menor, y la vieja se metió en su casa, cerró la puerta con violencia y gritó:

—Pues haría esto.... ¡Muérete de hambre ahí fuera!

Fouan permaneció un momento inmóvil delante de aquella puerta cerrada. Luego hizo un gesto de resignada decisión y tomó el sendero que conducía á la plaza de la iglesia. Allí se encontraba precisamente la antigua casa patrimonial de los Fouan, que había correspondido á su hermano Miguel, llamado *Mouche*, porque la casa que él vivía, al otro extremo del pueblo, era de la herencia de Rosa, su mujer. Mouche, que estaba viudo hacía ya tiempo, vivía solo con sus dos hijas Elisa y Francisca, malhumorado y agrio de carácter siempre, humillado aún por su boda con una pobre, y acusando todavía después de cuarenta años á sus hermanos de haberle estafado en las particiones de la herencia paterna; y continuamente estaba contando aquella historia: que le habían dejado el lote más malo en el fondo del sombrero de donde estaban sacándolos, cosa que á la larga resultó ser cierto, porque se las había compuesto de manera que en sus manos la parte que de buena ó de mala manera le correspondía, había perdido la mitad de su valor. El hombre hace la tierra, como dicen en Beauce.

Aquella mañana Mouche estaba en la puerta de la casa observando lo que sucedía, cuando su hermano apareció en la plaza. Aquellas particiones

lo apasionaban, removiendo en él antiguos rencores, aunque nada de provecho fuese á sacar de ellas. Pero para afectar una indiferencia completa, también él volvió la espalda y cerró rápidamente la puerta.

Fouan vió en seguida á Delhomme y á Jesucristo que esperaban á veinte metros de distancia el uno del otro. Este se acercó al primero; entonces el otro se aproximó. Los tres, sin hablar una palabra, se pusieron á mirar el sendero que seguía la falda de la colina.

—Ya está ahí—dijo por fin Jesucristo.

Era Grosbois, el medidor de tierras, agrimensor jurado, un labriego de Magnolles, pueblecillo cercano á Cloyes. Su ciencia en lectura y en escritura estaba perdida. Llamado de Orgeres á Beaugency para medir tierras, dejaba que su mujer cuidase la hacienda que tenían, adquiriendo en sus continuas expediciones tales hábitos de embriaguez, que siempre estaba borracho. Muy gordo, muy gallardo aún para sus sesenta años, tenía la cara muy gorda y muy colorada, manchada en varios sitios de vetas moradas; y á pesar de la hora matinal, aquel día estaba atrozmente borracho, porque había asistido la víspera á una boda de unos vendimiadores de Montigny, verificada después de las particiones de una herencia. Pero eso no importa, porque cuanto más borracho estaba, más claro veía: jamás cometió un error de medida, ni hizo nunca una suma equivocada. Se le esenchaba y se le honraba, porque tenía mucha fama de malicioso.

—¡Hola! ¿estamos ya? ¡Pues andando!

Un chicuelo de doce años, sucio y desarrapado,

le seguía, llevando la cadena debajo de su brazo, el tripode y los jalones sobre un hombro, y en la mano que le quedaba libre el nivel, metido en un estuche viejísimo de cartón, roto por todas partes.

Pusiéronse en marcha sin esperar á Buteau, á quien habían visto á lo lejos, de pie é inmóvil delante de una parcela, la más grande de la herencia. Esa parcela, de unas dos hectáreas próximamente, se halla precisamente junto al campo donde la Coliche había arrastrado á Francisca algunos días antes. Y Buteau, considerando que era inútil ir más lejos, se había detenido allí, absorto y esperando á los otros. Cuando éstos llegaron, vieron que se bajaba, que cogía un puñado de tierra y luego que la dejaba resbalar por entre los dedos lentamente como si estuviese pesándola y valorándola.

—Mirad—dijo Grosbois, sacando del bolsillo su cuaderno sucio y grasiento—ya he levantado un pequeño plano muy exacto de cada parcela, como deseabais, tío Fouan. Ahora sólo se trata de dividirlo todo en tres lotes, y eso, hijos míos, lo vamos á hacer todos reunidos..... Vamos á ver, decidme vuestra opinión.

Era ya completamente de día; un viento helado impulsaba con rapidez los nubarrones cenicientos que cubrían el cielo; el río, sacudido por él, presentaba un aspecto triste y sombrío. Ninguno de ellos, sin embargo, parecía echar de ver aquel viento que hinchaba sus blusas y amenazaba llevarse sus sombreros. Los cinco, vestidos con los trapitos de cristianar, con la mejor ropa de los domingos, por lo solemne de la circunstancia, permanecían silenciosos. En el borde de aquel

campo, en medio de aquella extensión de tierra sin límite, llevaban impresa en sus caras esa expresión reflexiva y seria de los marinos que viven solos y acostumbrados á los desiertos espacios de la mar. Aquella Beauce fértil, fácil de cultivar, pero que exige siempre un esfuerzo continuo, ha hecho al habitante de la comarca frío y reflexivo y sin más pasión, sin más afecto que el afecto y la pasión por la tierra que cultiva.

—Hay que partirlo todo en tres—acabó por decir Buteau.

Grosbois movió la cabeza y se enredó una discusión. Él, favorable al progreso por sus relaciones con las grandes granjas, se permitía algunas veces decir á los pequeños propietarios, clientes suyos, que era un mal la repartición á todo trance. ¿No se arruinaba todo con trozos como pañuelos? ¿Podían llamarse cultivos aquellos jardincillos que no se podían mejorar, y en los cuales no se podían emplear las máquinas? No; lo más razonable sería llegar á un acuerdo y no destrozar de aquel modo un campo, cometiendo un verdadero asesinato. Si el uno se contentaba con tierras de labor, el otro se contentaría con los prados; en fin, se llegaría á igualar los lotes y decidiría la suerte.

Buteau, cuya juventud le hacía accesible á la risa, lo tomó á broma.

—Y si no tengo más que prados, ¿qué comeré entonces? ¿Hierbas?... No, no, yo quiero de todo: heno para la vaca y el caballo, grano y viña para mí.

Fouan, que escuchaba, aprobaba con un gesto. De padres á hijos habían partido siempre de aquel modo, y las adquisiciones y los matrimonios

venían luego á redondear las piezas de nuevo.

Rico con sus veinticinco hectáreas, Delhomme tenía ideas más amplias; mostrábase conciliador, y no había venido en nombre de su mujer más que para no ser robado en las medidas. Cuanto á Jesucristo, había dejado á los otros, yéndose á perseguir golondrinas con las manos llenas de piedras. Cuando una de aquellas aves, contrariada por el viento, permanecía dos segundos en el aire, inmóvil, agitando las alas, él la derribaba con una destreza salvaje. Cayeron tres y las guardó sangrando en su bolsillo.

—Vamos, bastante hemos hablado; haznos esas tres partes—dijo Buteau tateando al medidor—y no seas, porque tú tienes aire esta mañana de ser á la vez Chartres y Orleans.

Grosbois se irguió con mucha dignidad.

—Muchacho, cuida de estar tan borracho como yo y de abrir el ojo.... ¿Quién de vosotros quiere tomar mi sitio en el nivel?

No atreviéndose nadie á aceptar el desafío, triunfó y llamó bruscamente al chicuelo á quien la caza á pedradas de Jesucristo tenía estupefacto de admiración. Puesto ya el nivel en su pie y colocados los jalones, la manera de dividir la pieza suscitó nuevas disputas. El medidor, apoyado por Fouan y Delhomme, quería dividir las dos hectáreas en tres fajas paralelas al valle del Aigre, mientras que Buteau exigía que las fajas fuesen tomadas perpendiculares al valle, bajo el pretexto de que la capa laborable se adelgazaba conforme se aproximaba á la pendiente. De este modo cada uno tendría su parte en el pedazo malo, y del otro modo el tercer lote sería todo de calidad inferior.

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE MONTERREY, MEXICO  
"ALFONSO 12 723"  
1885 MONTERREY, MEXICO

Pero Fouan se incomodaba, jurando que el fondo era el mismo en todas partes, y recordaba que la antigua partición entre él, Mouche y la Grande se había hecho en el mismo sentido que indicaba; y la prueba era que las dos hectáreas de Mouche bordeaban el tercer lote. Delhomme, por su parte, hizo una observación decisiva: aun admitiendo que aquel lote fuera el menos bueno, su propietario quedaría beneficiado el día en que abrieran el camino que debía llegar hasta allí.

—¡Ah, sí!—exclamó Buteau.—¡El famoso camino directo de Rognes á Chateaudun por la Borderie! ¡Podéis esperarlo sentados!

Después, como á pesar de su insistencia siguieran adelante, protestó con los dientes apretados.

El mismo Jesucristo se había acercado, y todos seguían con mucha atención las líneas que hacía Grosbois, vigilando con ojo alerta, como si sospechasen que quisiera beneficiar en un centímetro á cualquiera de las partes. Tres veces vino Delhomme á mirar por el nivel. Jesucristo juraba contra el chicuelo porque tendía mal la cadena. Pero Buteau, sobre todo, seguía la operación paso á paso, contando los metros y rehaciendo á su manera los cálculos con boca temblorosa. Y en aquella ansia de la posesión, en la alegría que experimentaba de coger la tierra, latía la amargura, la sorda rabia de no quedarse con todo. ¡Era tan hermosa aquella pieza de dos hectáreas para uno solo! Había exigido la partición para que nadie la poseyese, ya que él no podía poseerla, y ahora aquel destrozado le desesperaba. De nuevo buscó malas razones.

Fouan, con los brazos caídos, había mirado despedazar su bien sin decir una palabra.

—Esto es hecho—dijo Grosbois.—Ni una ni otra tiene una libra más.

Había todavía cuatro hectáreas de tierras de labor, pero divididas en una decena de piezas, de las cuales ni una sola llegaba á doce áreas; y habiendo preguntado irónicamente el medidor si había que detallarlas, volvió á comenzar la división.

Buteau había hecho un gesto instintivo, bajándose, cogiendo un puñado de tierra y aproximándose á la cara como para probarlo. Luego, con un fruncimiento de nariz pareció declararla la mejor de todas; y habiéndola dejado escapar dulcemente por entre sus dedos, dijo que se conformaba si se le dejaba la parcela; de otro modo exigía la división. Delhomme y Jesucristo rehusaron, queriendo también su parte. ¡Sí, sí! Cuatro áreas á cada uno; esto era lo justo. Se hizo la partición de todas las piezas, y quedaron seguros de que ninguno podía tener nada que los otros dos no tuviesen.

—Vamos á la viña—dijo Fouan.

Pero como volviesen hacia la iglesia, lanzó una última mirada á la inmensa llanura, y escuchó un instante los lejanos ruidos de la Borderie. Luego, dando un suspiro de dolor inconsolable, haciendo alusión á la ocasión desperdiciada de los bienes nacionales, dijo:

—¡Ah! ¡si el padre hubiera querido, es todo eso lo que habríais tenido que medir, Grosbois!

Los dos hijos y el yerno se volvieron con un movimiento brusco y volvieron á mirar despacio

las trescientas hectáreas de la granja que se extendían ante su vista.

—¡Bah!—gruñó sordamente Buteau poniéndose otra vez en marcha—buen provecho nos hará esa historia!

A las diez ya estaba hecho lo más importante del trabajo. Pero apresuraron el paso, porque el viento había caído y una gran nube acababa de despedir un gran chaparrón. Algunas de las viñas de Rognes estaban al otro lado de la iglesia, en la pendiente que bajaba hasta el Aigre.

En otro tiempo alzábase el castillo en aquella parte con su parque; y apenas hacía medio siglo que los campesinos, animados por el éxito de los viñedos de Montigny cerca de Cloyes, se habían decidido á plantar viñas en aquella ladera, indicada para ello por su situación al mediodía y por su pendiente. El vino era pobre, pero de un gustillo agradable que recordaba los vinillos de Orleans. Por lo demás, apenas cultivaba cada habitante algún pequeño trozo de terreno; el más rico, Delhomme, poseía tres talullas de viña; el cultivo del país era todo de cereales y plantas forrajeras.

Dieron la vuelta á la iglesia, siguiendo á lo largo del antiguo presbiterio en ruinas, donde la municipalidad había alojado al guarda campestre. Cuando atravesaban un terreno rocoso, cubierto de arbustos, una voz aguda, saliendo de un agujero, gritó:

—Padre, está lloviendo y voy á sacar los gansos.

Era la Trouille, la hija de Jesucristo, una chucuela de doce años, delgada y nerviosa, con enma-

rañados cabellos rubios. Su boca grande torcíase hacia la izquierda; sus ojos verdes tenían una fijeza atrevida, hasta el punto de que se la hubiera podido tomar por un muchacho, y llevaba una blusa vieja de su padre ceñida á la cintura con una cuerda. Aunque la llamaban la Trouille, su nombre era Olimpia.

Jesucristo había tenido á aquella especie de salvaje de una mendiga de caminos recogida en un foso después de una feria, y á la cual había instalado en su choza con gran escándalo de Rognes. Durante tres años aquella pareja había vivido junta; después, un día, aquella perdida se fué como había venido, siguiendo á otro hombre. La niña, mal amamantada, había crecido raquítica como mala hierba; y desde que andaba hacía la sopa á su padre, á quien temía y adoraba. Pero su pasión eran sus gansos. No tenía más que dos, macho y hembra, robados pequeñitos en una granja. Luego, gracias á sus cuidados maternos, la bandada se había multiplicado y ahora tenía ya veinte.

Cuando apareció la Trouille llevando por delante con su vara á los gansos, Jesucristo se encolerizó.

—¡Vuélvete á la sopa, ó ya verás!.... Y además, cochínaza, cierra bien la casa, que hay muchos ladrones.

Buteau se echó á reír y Delhomme y los demás también se sonrieron: aquella salida de Jesucristo les hacía gracia. Había que ver la casa, una cueva, tres muros en tierra, un verdadero agujero, entre unos peñascos y bajo unos tilos. Aquello era todo lo que quedaba del castillo; y cuando el cazador furtivo, á consecuencia de una disputa con su pa-



dre, se había refugiado en aquel rincón que pertenecía al pueblo, tuvo que construir con piedras en seco para cerrar la cueva, una cuarta pared en la que dejó dos aberturas, una ventana y la puerta. En el país se llamaba á aquello el castillo.

Dichosamente la viña estaba cerca, y la división en tres lotes se hizo sin nuevas discusiones. Ya no quedaba más que partir tres hectáreas de prado abajo, en la orilla del Aigre; pero en aquel momento apretó tanto la lluvia y cayó tal diluvio, que el medidor, al pasar por delante de una casa, propuso entrar en ella.

—¡Si entráramos un minuto en casa del señor Carlos!

Fouan se había detenido vacilando, lleno de respeto hacia su cuñado y su hermana que, hecha su fortuna, vivían retirados en aquella finca de burgueses.

—No, no—murmuró;—almuerzan á mediodía, y esto les molestará.

Pero el señor Carlos apareció en la puerta, mirando con interés la lluvia, y al verlos les gritó:

—¡Entrad, entrad!

Al verlos calados, les dijo que fueran hacia la cocina, donde se les unió. Era un hombre de sesenta y cinco años, muy bien conservado, afeitado, de mirada apagada y con el rostro digno de un magistrado jubilado. Vestía de paño burdo azulado y llevaba un levitón de cura con mucha dignidad, como hombre que había desempeñado siempre funciones delicadas llenas de autoridad.

Cuando Laura Fouan, entonces costurera en un almacén de Chateaudun, se había casado á los veinticinco años con Carlos Badeuil, éste tenía

un cafetín en la calle de Angulema. De allí, el joven matrimonio, ambicioso, ansioso de hacer pronto fortuna, habiase trasladado á Chartres. Pero al pronto nada les salía bien, todo se deshacía entre sus manos; tuvieron otro cafetín, un *restaurant*, hasta una tienda de pescados salados; y desesperaban ya tener jamás dos cuartos, cuando el señor Carlos, de un carácter muy emprendedor, tuvo la idea de comprar una de las casas públicas de la calle de los Judios, caída en descrédito por tener personal defectuoso y por suciedad notoria. De una ojeada juzgó la situación, las necesidades de Chartres, la laguna que había que llenar en una capital que carecía de un establecimiento honrado, donde la seguridad y el *comfort* estuviesen á la altura del progreso moderno. Desde el segundo año, en efecto, el 19, restaurado, adornado con cortinajes y espejos, provisto de un personal escogido con severidad, se hizo conocer tan ventajosamente, que hubo que elevar á seis el número de las mujeres. Los militares y los empleados, todo lo mejor, en fin, no iba á otra parte. Y este éxito se mantuvo, gracias al brazo de acero del señor Carlos y á su administración paternal y fuerte; mientras que su esposa mostraba una actividad extraordinaria, siempre ojo alerta, no dejando perder nada, sabiendo tolerarlo todo cuando era preciso.

En menos de veinticinco años los Badeuil economizaron trescientos mil francos, y entonces pensaron en realizar el sueño de toda su vida: una vejez idílica en plena naturaleza, con árboles, flores y pájaros. Pero lo que les detuvo dos años todavía, fué el no encontrar comprador para el nú-

mero 19, al precio elevado en que lo tasaban. ¿No era para desgarrar el corazón que un establecimiento, el mejor de su clase, que producía más que una granja, quedase abandonado á manos desconocidas, entre las cuales acaso degeneraría? Desde su llegada á Chartres, el señor Carlos había tenido una hija, Estrella, que puso en el colegio de las Hermanas de la Visitación, en Chateaudun, cuando se instaló en la calle de los Judíos. Aquella era una pensión devota, de una moralidad rigida, en la cual dejó á la joven hasta los veinte años para refinar su inocencia, enviándola á pasar las vacaciones lejos, ignorante del oficio que la enriquecía. No la retiró de allí hasta el día en que la casó con un joven empleado, Héctor Vaucogne, un guapo mozo que estropeaba muy buenas cualidades con una extraordinaria pereza. Frisaba ya Estrella en los treinta años y tenía una hija de siete, Elodía, cuando sabiendo ya todo lo que había que saber, al enterarse de que su padre quería traspasar su comercio, le pidió la preferencia. ¿Por qué había de salir de la familia un negocio tan seguro y tan bello? Todo quedó arreglado, los Vaucogne tomaron el establecimiento, y los Baudenil tuvieron desde el primer mes la satisfacción de ver que su hija, educada sin embargo en otras ideas, se revelaba como una ama de casa superior, lo que compensaba dichosamente la holgazanería de su yerno, desprovisto de sentido administrativo. Ellos retiráronse, hacia cinco años, á Rognes, donde cuidaban de su nieta Elodía, que habían puesto en la pensión de Chateaudun (las hermanas de la Visitación) para ser educada religiosamente, según los principios más estrictos de la moral.

Cuando el señor Carlos entró en la cocina, donde una criada estaba batiendo huevos, cuidando de una cazuela llena de alondras con manteca, todos, hasta el viejo Fouan y Delhomme, se descubrieron y parecieron muy halagados de estrechar la mano que se les tendía.

—¡Ah, demonio!—dijo Grosbois, para decir algo adulador,—¡qué hermosa finca tenéis, señor Carlos.....! Y cuando se piensa que la habéis comprado casi en nada..... Bueno, bueno estáis, ¿verdad?

El otro se regodeó.

—Una ocasión, una ganga. Nos gustó; y luego, mi mujer quería acabar sus días en su país natal..... Yo, cuando se trata de estas cosas del corazón, cedo siempre.

Rosablanc, como llamaban á la propiedad, era la locura de un burgués de Cloyes que acababa de gastar en ella cerca de cincuenta mil francos, cuando una apoplejía lo mató antes de que se secasen las pinturas. La casa, muy linda, estaba rodeada de un jardín de tres hectáreas que bajaba hasta el Aigre. En el fondo de aquel rincón perdido en los límites de la triste Beauce no se había presentado ni un comprador, y el señor Carlos lo había adquirido en veinte mil francos. Allí tenían satisfacción todos sus gustos, con truchas y anguilas soberbias, con colecciones de flores cultivadas con amor, con pájaros, en fin, una gran pajarera llena de todas las especies cantoras de nuestros bosques, que nadie más que él cuidaba. El matrimonio se comía allí sus doce mil francos de renta en una dicha completa, mirada como la recompensa de sus treinta años de trabajos.

—¿No es esto?—añadió el señor Carlos;—al menos se sabe que estamos aquí.

—Sin duda se os conoce—contestó el medidor.—Vuestro dinero habla por vos.

Los demás aprobaron.

—Verdad, verdad.

Entonces el señor Carlos dijo á la criada que trajera vasos, y él mismo fué á la cueva á buscar dos botellas de vino. Todos, con la nariz vuelta hacia la cazuela donde se asaban las alondras despidiendo un apetitoso olor, bebieron gravemente paladeando.

—¡Ah, diablo! ¡esto no es del país.....! ¡Famoso!

—Otro trago..... ¡A vuestra salud!

—¡A vuestra salud!

Cuando dejaban sus vasos, apareció la señora Carlos, una señora de sesenta y dos años, de aire respetable, con cabellos como la nieve, y que tenía el color y el aire de los Fouan, pero con esa palidez rosada, apacible y dulce del claustro, de carnes de vieja religiosa que ha vivido á la sombra. Y estrechándose contra ella, Elodia, de vacaciones en Rognes por dos días, señalaba llena de timidez. Comida por la clorosis, muy alta para sus doce años, tenía la blanda delgadez y los cabellos escasos y descoloridos de su sangre empobrecida, y tan abrumada, por otra parte, por su educación de virgen inocente, parecía imbécil.

—¡Calle! ¿estáis aquí?—dijo la señora Carlos estrechando las manos de su hermano y de sus sobrinos con un movimiento lento y digno, como para marcar las distancias.

Y volviéndose, sin ocuparse más de aquellos hombres,

—Entrad—dijo—entrad, señor Patoir..... El animal está aquí.

Era el veterinario de Cloyes, un regordete sanguíneo y con fuertes bigotes. Acaba de llegar en su cabriolet lleno de fango.

—Este pobrecito—continuó, sacando de junto al hogar una cesta donde agonizaba un viejo gato—este pobrecito ha cogido ayer una parálisis, y por eso os he avisado..... ¡Ah! ya no es joven, tiene quince años..... Sí, lo hemos tenido diez años en Chartres, y el año pasado tuvo mi hija que desambarazarse de él, y yo lo he traído aquí, porque se escondía por todos los rincones de la tienda.

Aquello de la tienda era por Elodia, á la cual contaban que su padre tenía una confitería y que estaban tan ocupados que no podían tenerla con ellos. Por lo demás, los campesinos ni siquiera sonrieron, porque se decía en Rognes que «la granja de los Hourdequin no era tan buena como la tienda del señor Carlos.» Y con los ojos muy abiertos miraban al viejo gato, seco, pelado; el viejo gato que había dormido en todas las camas de la calle de los Judíos; el gato acariciado, mimado por las manos suaves de cinco ó seis generaciones de mujeres. Durante tanto tiempo había hecho la vida de gato favorito, familiar del salón y de los gabinetes reservados, lamiendo los restos de las pomadas, bebiendo el agua de las palancanas y asistiendo á tantos espectáculos como mudo sonador, viéndolo todo con sus brillantes ojos.

—Señor Patoir, yo os lo suplico, curadle.

El veterinario arqueaba las cejas y fruncía su nariz y su boca de dogo.

—¡Cómo!—exclamó;—¡y es para esto para lo

que me habéis molestado!.... ¡Si queréis curarlo, atadle una piedra al cuello y tiradlo al río!

Elodia se echó á llorar, y la señora se ahogaba de indignación.

—¡Vuestro minino huele! ¿Y se conserva esta asquerosidad para traer el cólera á una casa?.... ¡Tiradlo al río!

Sin embargo, ante la indignación de la señora Carlos, acabó por sentarse á la mesa y redactó una receta gruñendo.

—Si os divierte ser apestada.... A mí, en pagándome, lo demás me importa poco.... ¡Mirad! le daréis de hora en hora una cucharada de esto; y he aquí otra droga para dos lavatorios, uno esta noche y el otro mañana.

Hacia un instante que Carlos se impacientaba viendo cómo se quemaban las alondras, mientras que la criada, que había dejado de rebozar las chuletas, esperaba con los brazos caídos. Así, dió vivamente á Patoir los seis francos de la visita y excitó á los otros á beber otro vaso.

—Hay que almorzar.... ¡heín! ¡Qué placer verros! La lluvia ha parado.

Y salieron con sentimiento. El veterinario repetía al subir en su carricoche:

—¡Un gato que no vale ni la cuerda para echarlo al agua!.... ¡En fin, cuando se es rico!....

—El dinero de las putas se gasta lo mismo que se gana—gruñó Jesucristo.

Pero todos, hasta el mismo Buteau, que había palidecido de envidia, protestaron con un movimiento de cabeza; y Delhomme, el hombre prudente, declaró:

—No importa haber sido un pillo ó un animal,

cuando se ha sabido ganar doce mil libras de renta.

El veterinario fustigó á su caballo, y los demás bajaron hacia el Aigre por los senderos convertidos en torrentes. Llegaban á las tres hectáreas de prados que se trataba de partir, cuando volvió á comenzar la lluvia con la fuerza de un diluvio. Pero aquella vez siguieron adelante, aun muertos de hambre, queriendo acabar. Sólo los retrasó una sola discusión á propósito del tercer lote que no tenía árboles, mientras que un pequeño bosque se repartía entre los otros dos. Todo, sin embargo, pareció arreglado y aceptado. El medidor les prometió enviar las notas al notario para que pudiera extender el acta, y se convino en dejar para el domingo siguiente el sorteo de los lotes, que se debía verificar en casa del padre á las diez.

Al entrar en Rogues, Jesucristo se puso á jurar bruscamente.

—¡Espera, espera, cochina Trouille; verás cómo te arreglo yo!

Por la orilla del camino, llena de hierba, la Trouille, sin apresurarse lo más mínimo, paseaba sus gansos, á pesar de la torrencial lluvia que descargaba. A la cabeza de todos, mojado y muy contento, caminaba el macho, y cuando él volvía á la derecha su enorme pico amarillento, todos los picos se volvían hacia la derecha. Pero la chicuela se asustó, subió corriendo en busca de la comida, seguida por la bandada de enormes cuellos que se estiraban detrás del enorme estirado cuello del macho.

## IV.

Precisamente el domingo caía en 1.º de Noviembre, día de Todos los Santos, é iban á dar las nueve cuando el padre Godard, cura de Bazoches-le-Doyen, encargado de la antigua parroquia de Rognes, apareció en lo alto de la pendiente que iba á parar al puentecillo del Aigre. Rognes, más importante en otro tiempo, reducida á una población de trescientos habitantes escasos, no tenía cura desde hacía muchos años y parecía no importarle gran cosa el estar sin él, tanto que el municipio había dado casa al guarda de campo en la antigua casa del párroco, medio derruida.

Todos los domingos el padre Godard se echaba al colete, á pie, los tres kilómetros que hay desde Bazoches-le-Doyen á Rognes. Gordo y bajo, con el cogote muy colorado y el cuello tan gordo como la cabeza, que sin él querer se le iba hacia atrás, se había sujetado á ese ejercicio como medida higiénica. Pero aquel domingo veía que estaba un poco retrasado, y corría tanto que daba terribles resoplidos, abría desmesuradamente la boca enorme que adornaba su faz apoplética, donde la grasa había ahogado, por decirlo así, sus narices chatas y sus ojillos grises. Bajo aquel cielo ceniciento cargado de nieve, á pesar del frío precoz que seguía á las lluvias torrenciales de aquella semana, jugueteaba con su sombrero de tres picos que llevaba en la mano, y dejaba al descubierto su enorme cabeza, cubierta de espesísimos y desarre-

glados cabellos rojos, entre los cuales iban apareciendo ya algunas canas.

Al otro lado del Aigre, en la orilla izquierda, antes de llegar al puentecillo, no había más que unas cuantas casas que formaban un pequeño barrio, el cual atravesó el sacerdote con paso precipitado. Ni siquiera dirigió una mirada de curiosidad para aquel río que se deslizaba lenta y majestuosamente serpenteando por entre los prados y por entre los álamos y sauces que se alzaban á sus orillas. Pero al otro lado del puente, en la margen derecha del río, comenzaba el pueblo; una doble fila de fachadas que limitaban el camino por los dos lados, en tanto que otras casas construidas más atrás en la falda de la colina parecían plantadas al azar y contribuían al encanto del panorama. De pronto, después de pasar el puente, se encontró con la alcaldía y la esenela, una antigua granja con piso principal además de la planta baja, y blanqueada toda con cal.

El sacerdote vaciló por un momento y asomó la cabeza al vestíbulo, que estaba desierto. Luego se volvió y pareció inspeccionar de una sola mirada dos tabernas que había enfrente; una con escaparate muy limpio y adornado, encima del cual veíase una pequeña muestra de madera pintada de amarillo, en la cual se leía escrito en letras verdes: *Macqueron, especiera*; la otra, con la puerta simplemente adornada con un haz de sarmientos, y en la pared de la fachada sucia y desconchada escritas con carbón negro y en enormes letras estas palabras: *Tabaco, casa Lengaigne*. Y por entre las dos tabernas se decidió á tomar una callejuela estrecha y escarpada que conducía

á la iglesia. Detuvóse, sin embargo, al ver á un labriego que se acercaba.

—¡Ah! ¡sois vos, tío Fouan!.... Tengo prisa, pero quería ir á veros.... Decidme ¿qué hacemos? No es posible que vuestro hijo Buteau deje á Elisa plantada con esa barriga que cada vez va creciendo más y que no puede ser ya disimulada de ningún modo.... Es hija de la Virgen, ¡y eso es una vergüenza, una vergüenza!

El viejo le escuchaba con ademán de deferente cortesía.

—¡Caramba! señor cura, ¿qué queréis que yo haga si Buteau se obstina?.... Y después de todo, el muchacho tiene en parte razón, porque á su edad no puede uno casarse sin contar con algo.

—¡Pero si tiene un hijo!

—Sí, es verdad; pero ese hijo no está todavía hecho. ¿Quién sabe?.... Y además, creed que no es lo que más anima eso de un chico cuando no tiene uno ni siquiera pañales para envolverlo.

Decía estas cosas prudentemente, como viejo experimentado que conoce el mundo y la vida. Luego, con su voz siempre mesurada, añadió:

—De todos modos, puede que eso se arregle muy pronto.... Sí, he repartido mis bienes y se sortearán los lotes ahora dentro de un rato, después de misa.... Entonces, cuando tenga su parte, supongo yo y espero que Buteau pensará en casarse con su prima.

—¡Bueno!—dijo el cura.—Basta con eso, y espero en vos, tío Fouan.

Pero un toque de campana le dejó con la palabra en la boca, y preguntó como asustado.

—Este es el segundo toque, ¿no es verdad?

—No, señor cura, es el tercero.

—¡Ah! ¡demonio! ¡otra vez ese animal de Becú se pone á tocar sin esperarme!

Y jurando subió rápidamente la cuesta que formaba el callejón. Al llegar á la puerta de la iglesia estuvo á punto de tener un ataque apoplético.

La campana seguía sonando, en tanto que los cuervos, á los cuales había espantado, revoloteaban en torno del campanario, terminado en una primorosa flecha de hierro que atestiguaba la importancia que en otro tiempo tuvo Rognes. En la puerta, abierta de par en par, aguardaba un grupo de labriegos, entre los cuales se veía al tabernero Lengaigne, que era librepensador y que estaba fumando su pipa; más allá, apoyados en las tapias del cementerio, el alcalde, el propietario Hourdequin, hombre guapo, de facciones varoniles y enérgicas, hablaba con su secretario, el especiero Macqueron. Cuando el cura hubo pasado saludando, todos le signieron, á excepcion de Lengaigne, que volvió la espalda limpiando tranquilamente su pipa.

Dentro de la iglesia, á la derecha del pórtico, un hombre colgado de una cuerda seguía tirando de ella sin cesar.

—¡Basta, Becú!—dijo el padre Godard fuera de sí.—Os he mandado veinte veces que me esperéis antes del tercer toque.

El guarda de campo, que era campanero, soltó la cuerda, asustado por haber desobedecido. Era un hombrecillo como de cincuenta años, con la cabeza cuadrada y el pelo cortado al rape, como buen soldado que había sido, con bigote y perilla grises y con el cuello tieso y comprimido por cor-

batines siempre estirados y estrechos. Aunque ya estaba borracho, al soltar la cuerda se quedó cuadrado militarmente sin permitirse la menor excusa.

Verdad es que el cura se alejaba hacia el otro lado de la nave y echando una mirada á los bancos. Había poca gente. A la izquierda no vió más que á Delhomme, que sin duda había ido en su calidad de concejal del Ayuntamiento. A la derecha, en el sitio de las mujeres, había, cuando más, una docena de éstas: conoció á Celina Macqueron, seca, nerviosa é insolente; á Flora Lengaigne, una mujer gorda y blanca; á la mujer de Becú, alta, morena y muy sucia. Pero lo que acabó de ponerle de mal humor fué ver en el primer banco á las hijas de la congregación de la Virgen. Francisca estaba allí entre sus dos amigas la hija de los Macqueron, Berta, una morenilla muy guapa, educada como una señorita en Cloyes, y la hija de los Lengaigne, Susana, una rubia, fea, desvergonzada, á quien sus padres iban á poner á oficio, mandándola de aprendiz a casa de una costurera de Chateaudun. Las tres se reían de una manera inconveniente, y al lado de ellas estaba la pobre Elisa, abultada, redonda, alegre y risueña, presentando el escándalo de su barriga delante del altar.

Por fin el padre Godard entró en la sacristía y cayó sobre Delfin y sobre Ernesto, que jugaban á darse empujones mientras preparaban las cosas para la misa. El primero, hijo de Becú, de edad de once años, era ya un mozo robusto y fornido que dejaba la escuela por la labor del campo, en tanto que Ernesto, el hijo mayor de Delhomme,

un rubio delgado y presumido, de la misma edad, llevaba siempre un pedazo de espejo escondido en el bolsillo.

—¡Bribones!—gritó el cura;—¿qué es esto? ¿creéis estar en una cuadra?

Y volviéndose hacia un joven alto y delgado, cuya cara empezaba á verse adornada ya por algunos pelos rubios, y que se hallaba colocando los misales en su atril correspondiente, le dijo:

—¡Verdaderamente, Sr. Lequen, deberíais tener cuidado de que estén quietos cuando yo no estoy aquí!

Era el maestro de escuela, un hijo de campesino que con la instrucción había bebido el odio á los de su clase. Violentaba á sus discípulos, les trataba de brutos y ocultaba sus ideas republicanas bajo la capa de su correcta frialdad ante el cura y el notario. Cantaba en el coro, hasta cuidaba de los libros de la iglesia; pero se había negado seriamente á tocar la campana, á pesar de ser esa la costumbre, porque lo consideraba tarea indigna de un hombre libre.

—Yo no soy policía de la iglesia—respondió secamente.—¡Ah! si estuvieran en mi casa, yo los metería en cintura con unos buenos pescociones.

Y mientras, sin contestarle, el cura se iba poniendo rápidamente el alba y la estola, continuó:

—Una misa rezada nada más, ¿no es verdad?

—Pues es claro.... y de prisa, porque tengo que estar en Bazoches antes de las diez y media para la misa mayor.

El Sr. Lequen, que había cogido un abultado misal de la tabla de un armario, cerró éste y se fué á poner el libro en el altar.

—¡Vamos, vamos, de prisa!—decía el cura empujando á Delfín y á Ernesto.

Y sudando, jadeante todavía, con el cáliz en la mano, entró en la iglesia y empezó la misa, que ayudaban los dos muchachos, mirándose de cuando en cuando y haciéndose guiños y señas burlescas. La iglesia no tenía más que una nave con una media naranja guarnecida de una cornisa de encina que estaba ruïnosa á causa de la terquedad del Ayuntamiento, que se negaba terminantemente á conceder ningún crédito extraordinario; el agua de las lluvias filtrábase á través de la pizarra vieja que formaba el techo, y por dentro se veían grandes manchas amarillentas que denunciaban la humedad y la podredumbre de los materiales; y en el techo del coro—éste se hallaba cerrado por una verja—veíase una mancha verdosa que cortaba en dos la figura del Padre Eterno, á quien estaban adorando unos ángeles.

Cuando el cura se volvió hacia los fieles con los brazos abiertos, calmóse un poco al ver la gente que había ido: el alcalde, el secretario, los concejales del Ayuntamiento, el viejo Fouan, Clou el herrador, que tocaba el trombón en las misas cantadas. Lequeu, con ademán digno y reposado, se hallaba en primera fila. Becú, borracho como una cuba, permanecía cuadrado militarmente allá en el fondo. Y en el sitio de las mujeres, sobre todo, los bancos se hallaban muy concurridos: Fanny, Rosa, la Grande y otras más; tantas, que las hijas de la congregación de la Virgen habían tenido que apretarse para dejarles sitio, y se hallaban ahora muy recogidas y juiciosas, con la nariz metida cada cual en su libro de misa. Pero lo

que más halagó al cura fué ver al señor y la señora de Charles con su nieta Elodia, el señor con levita de paño negro, la señora con vestido de seda verde, los dos graves y solemnes, dando buen ejemplo á todos.

A pesar de su satisfacción apresuraba la misa, comiéndose muchos latines y dando cortes al ritual. Después del Evangelio, sin subir al púlpito, sentado en una silla en medio del coro, empezó á predicar; se perdió y no hizo esfuerzos por coger el hilo de su peroración: la elocuencia era su lado endeble; las palabras no acudían nunca á sus labios; lanzaba *y.... hermanos.... eh.... y....* sin poder jamás concluir las frases; cosa que explicaba el por qué le tenía tan olvidado el obispo después de los veinticinco años que llevaba de cura párroco en Bazoches-le-Doyen. El resto de la misa fué á paso de carga; los toques para alzar sonaron como señales eléctricas, y su despedida á la gente, su *Ite, misa est*, fué aquel día un latigazo.

Apenas se veía la iglesia desocupada, y ya el padre Godard había aparecido transformado, con el sombrero negro puesto al revés á consecuencia de la prisa con que se había vestido. Delante de la puerta había un grupo de mujeres, Celina, Flora, la de Becú, muy enfadadas porque les hubiesen dicho la misa al galope. ¿Sería que las despreciaba, cuando las trataba de aquel modo en día de fiesta tan grande?

—Decidme, señor cura—preguntó Celina con su voz agria, deteniéndolo al salir á la calle—¿tenéis algo contra nosotras, que nos despreciáis como si fuéramos unos trapos?

—¡Ah! ¡Dios santo!—respondió él;—los míos



me están esperando.... No puedo estar en Rognes y en Bazoches al mismo tiempo.... Tened un cura para vosotros solos, si queréis oír misas largas.

Era ésta la eterna cuestión entre la gente de Rognes y el sacerdote; la gente pidiéndole consideraciones, y él limitándose á cumplir su deber estricto respecto á un Ayuntamiento que se negaba á reparar la iglesia, y en el cual por otra parte estaban ocurriendo continuamente escándalos que le quitaban las ganas de pensar en la gente aquella.

—Y además—continuó el padre de almas—se le quitan á uno las ganas de hacer ceremonias religiosas delante de muchachas que no tienen el menor respeto á los mandamientos de la ley de Dios.

—¡Supongo que no lo diréis por mi hija!—dijo Celina apretando los dientes.

—Ni por la mía tampoco—añadió Flora.

Entonces él, harto ya, se disparó.

—Lo digo por quien debo decirlo.... La cosa salta á la vista. ¡Buenas fachas hacen cuando se visten de blanco! No veo aquí ni una sola procesión en la cual no vaya alguna soltera en estado interesante.... ¡No, no se os puede sufrir! ¡Sois capaces de cansar al mismísimo Dios!

Las abandonó, y la mujer de Becú, que no había dicho esta boca es mía, tuvo que poner paz entre las dos madres, que excitadas y fuera de sí, lanzaban tremendas acusaciones cada cual contra la hija de la otra; pero ponía paz en un tono tan sarcástico y con frases tan cargadas de reticencias, que la disputa se agravó. ¡Berta, ya, ya veríamos en lo que acababan aquel afán de ponerle vestido

de señorita y enseñarla á tocar el piano! ¡Pues y Susana! ¡vaya una idea la de enviarla de aprendiz de modista á Chateaudun para que en seguida tuviera un tropiezo grande.

El padre Godard, libre por fin de las charlatanas comadres, iba ya á escapar á paso ligero, cuando se encontró con Charles. Su cara se animó con una sonrisa dulce y amable, y quitándose el sombrero de tres picos hizo un reverente saludo. El señor, majestuoso, devolvió el saludo; la señora sonrió graciosamente al cura. Pero estaba de Dios que el sacerdote no pudiera acabar de marcharse, porque aun no había atravesado toda la plaza cuando tuvo un nuevo encuentro. Era con una mujer muy alta, de treinta años de edad próximamente, que representaba lo menos cincuenta, de cabellos escasos, de cara aplastada, morena, ren-gosa, amarillenta, y que destrozada, abatida por el trabajo durísimo que hacía, vacilaba bajo el peso de un haz de leña que llevaba á cuestas.

—Palmira—preguntó él—¿por qué no habéis venido á misa en un día tan grande como el de Todos los Santos? Eso está muy mal hecho.

Ella dió un gemido.

—Es verdad, señor cura. Pero ¿cómo iba á arreglarlo?.... Mi hermano tiene mucho frío; en casa nos estamos helando; así es que he tenido que ir á buscar esta leña.

—¿Y la Grande, sigue tan firme y tan dura como siempre?

—¡Ah, sí! mejor se mataría que darnos un bocado de pan.

Y con su voz doliente repitió su historia: que la abuela los echó á la calle y que tuvo que ir con

su hermano á albergarse en un establo abandonado. El pobre Hilario, tonto, con la boca torcida á causa de una enfermedad, sin malicia ninguna á pesar de sus veinte años, era idiota y nadie quería darle trabajo. Ella, pues, trabajaba para él, pero trabajaba á matarse, y tenía para aquel enfermo cuidados apasionados, y una valerosa ternura verdaderamente maternal.

Al escucharla, la faz abotagada y sudorosa del padre Godard se transfiguraba y adquiría una expresión de bondad exquisita. Sus ojillos siempre furiosos se embellecían, retratándose en ellos la caridad; su enorme boca adoptaba una expresión elocuente de dolor. El terrible gruñón, siempre dispuesto á violencias de lenguaje y de modales, tenía la pasión de los pobres, les daba todo su dinero, su ropa, hasta el punto de que era imposible encontrar en toda la región del Beauce un cura que llevase una sotana más raída y más remendada.

Se registró los bolsillos apresuradamente, y entregó á Palmira una moneda de cien sueldos.

—Tomad y escondedla, que no llevo más para los otros..... Tendré que hablar nuevamente á la Grande, ya que la picara es tan mala.

Y echó á correr. Por fortuna, porque iba sin respiración y sin aliento, al subir la colina que hay al otro lado del Aigre, el carnicero de Bazoches-le-Doyen, que volvía al pueblo, losubió en su carricoche, y desapareció allá á lo lejos, sacudido por el movimiento del carro y destacando en el fondo azul sucio del cielo la silueta de su sombrero de tres picos.

Entretanto la plaza de la iglesia se había que-

dado desierta. Fouan y Rosa se habían marchado á su casa, donde ya les estaba esperando Grosbois. Un poco antes de las diez Delhomme y Jesucristo llegaron á su vez; pero en vano esperaron á Buteau hasta las doce. Aquel demonio no podía ser nunca puntual. Sin duda se habría detenido en cualquier parte para almorzar. Se trató de no esperarlo y pasarse sin él; luego, el vago temor que inspiraba por su mala cabeza hizo que se decidieran á hacer el sorteo después de almorzar, á eso de las dos de la tarde. Grosbois, que aceptó un pedazo de jamón y una copa de vino, acabó la botella y empezó otra y entró en su estado habitual de embriaguez.

A las dos no había parecido tampoco Buteau. Entonces Jesucristo, influido por la necesidad de paseo y diversión que sentía todo el pueblo en un domingo que era de fiesta tan grande, se fué á dar una vuelta por casa de Macqueron y asomó la cabeza á la tienda; el resultado fué bueno; la puerta se entreabrió bruscamente y apareció Becú gritando:

—Ven, mala pécora; yo pago una copa!

Se había estirado más porque á medida que iba emborrachándose aparecía siempre más correcto y más digno. Una fraternidad de viejo soldado borracho, cierta secreta simpatía lo arrastraba hacia el cazador; pero evitaba confesarlo cuando se hallaba en el ejercicio de sus funciones con la placa antigua de su oficio de guarda forestal, y siempre dispuesto á encarcelarlo si lo cogía en flagrante delito, aunque su corazón tuviese que luchar con la idea de su deber. En la taberna, cuando estaba borracho, lo trataba como á un hermano querido.

—Una bala rasa, ¿eh? ¿quieres? ¡Y qué demonio, si los beduinos nos fastidian, les cortamos las orejas y se acabó!

Instaláronse junto á una mesa y jugaron á las cartas, disputando á voz en cuello, en tanto que los cuartillos de vino desaparecían como si fueran de agua.

Macqueron en un rincón, callado, con su abultada y bigotuda cara muy seria y muy grave, se entretenía en cruzar y descruzar las manos. Desde que había conseguido ganarse una fortunita que le producía rentas, especulando en vinos de Montigny, se había hecho perezoso y no hacía más que cazar, pescar y darse la vida de un burgués rico, y seguía siendo muy sucio y vistiéndose de guñapos, en tanto que su hija Berta arrastraba junto á él las colas de tres vestidos de seda. Si su mujer le hubiese hecho caso, habrían cerrado la tienda de ultramarinos y la taberna y todo, porque iba siendo vanidoso y sentía ambiciones sordas é inconsistentes todavía; pero su mujer tenía un afán desmesurado de lucro, y él no se ocupaba de nada, pero la dejaba que despachase copas de aguardiente, para fastidiar á su vecino Lengaigne que tenía la tienda de tabaco y al mismo tiempo despachaba vino. Entre los dos había una rivalidad antigua, jamás extinguida, siempre dispuesta á estallar.

Había, sin embargo, semanas durante las cuales vivían en paz; y precisamente en aquel momento Lengaigne entró con su hijo Víctor, un muchacho muy alto y muy desgachado, que debía entrar en quinta al año siguiente. Él, muy alto, con una cabecita pequeña colocada sobre unos

hombros huesudos, había seguido siendo labrador y cuidaba sus tierras mientras su mujer despachaba tabaco y vino. Y lo que le daba cierta importancia en la comarca era que afeitaba y cortaba el pelo á la gente del pueblo; un oficio que había aprendido en el servicio militar, y que ahora ejercía en su casa ó á domicilio, según el gusto ó la exigencia de sus parroquianos.

—¿Qué hay? ¿nos afeitamos hoy, compadre?—preguntó desde la puerta.

—¡Toma! ¡es verdad que te dije que vinieses! exclamó Macqueron.—¡Sí, hombre, sí; ahora mismo si tú quieres!

Descolgó una vacía vieja, cogió jabón y agua tibia, mientras el otro sacaba del bolsillo una navaja de afeitar enorme, que parecía un cuchillo de cocina, y empezaba á afilarla en una correa. Pero de la tienda contigua llegó allí una voz chillona:

—¡Eh! ¿qué es eso?—gritaba Celina.—¿Es que vais á hacer esas porquerías en la misma mesa donde se bebe? ¡No quiero que en mi casa encuentren los parroquianos pelos en los vasos!

Era un ataque á la limpieza de la taberna próxima, donde, según ella decía, se comían más pelos que vino se bebía.

—¡Vende sal y especias y déjanos á nosotros en paz!—respondió Macqueron, molesto por aquella salida de tono habiendo gente delante.

Jesucristo y Becú se echaron á reír. ¡Eh, burgueses! Y le pidieron otro jarro de vino, que ella les sirvió furiosa, aunque sin decir una palabra. Ellos dos estrujaban las cartas, las tiraban violentamente encima de la mesa como si así quisieran pegarse

é insultarse. ¡Esa baza es mía! ¡Y esa mía! ¡Ahora yo!

Lengaigne había ya untado de jabón la cara de su parroquiano y lo había ya cogido por la punta de la nariz para comenzar la operación del afeitado, cuando Lequeu, el maestro de escuela, abrió la puerta.

—¡Buenos días, señores!

Y se quedó de pie, silencioso, delante de la chimenea, calentándose los riñones, en tanto que el joven Victor, colocado detrás de los jugadores, seguía absorto y con el mayor interés los incidentes del juego.

—A propósito—replicó Macqueron, aprovechando un minuto en que Lengaigne limpiaba la navaja en un trapillo que le había puesto en el hombro—el señor Hourdequin, ahora poco, antes de que entráramos esta mañana en misa, me ha vuelto á hablar del camino.... Sería necesario decidirse.

Se trataba del famoso camino vecinal entre Rognes y Chateaudun, que acortaría la distancia entre los dos puntos lo menos en dos leguas, porque ahora los carruajes tenían necesidad de dar la vuelta por Cloyes. Naturalmente, para la granja era de un grandísimo interés esta nueva vía, y el alcalde, por conquistar los votos del Ayuntamiento, contaba con el secretario, que también se hallaba interesado en que se le diera al asunto una pronta solución. Se trataba, en efecto, de unir el camino con la carretera general, lo cual facilitaría á los carruajes el acceso á la iglesia, á la cual no se podía llegar ahora más que por veredas y senderos que parecían hechos para que trepasen las cabras, y precisamente el trazado en

proyecto pasaba por la callejuela en rápida pendiente que pasaba por entre las dos tabernas. Bastaría con ensancharla un poco, disminuir un poco la pendiente y los terrenos del especiero, que cambiarían así de condiciones en seguida y valdrían diez veces más.

—Sí—continuó—parece que el Gobierno espera, para ayudarnos resueltamente, á que vote-mos por algo.... ¿No es verdad que tú sabes algo de eso?

Lengaigne, que era concejal, pero no poseía ni siquiera un jardinillo detrás de su casa, respondió:

—¡A mí me tiene sin cuidado! ¿Qué me importa ese camino, ni la carretera, ni nada?

Y emprendiéndola con la otra mejilla de su parroquiano, á quien raspaba con la navaja de afeitar como si la estuviera pasando por un pellejo, empezó á hablar mal de la granja. ¡Ah! los malditos burgneses de ahora son peores que los señores feudales de otros tiempos; ¡sí, se habían quedado con todo al repartir, no hacían las leyes más que para sí propios, y sólo vivían de la miseria de los pobres! Todos le escuchaban inquietos, pero satisfechos en el fondo de que se atreviese á hablar de aquella manera, exponiendo el odio secular indomable del campesino contra los poseedores de la tierra.

—Gracias á que estamos aquí solos—murmuró Macqueron lanzando una mirada inquieta al maestro de escuela.—Yo soy amigo del Gobierno.... y de nuestro diputado el señor de Chedeville, que según parece es muy partidario del Emperador....

Al oír esto Lengaigne agitó furiosamente su navaja de afeitar.

—¡Otro que tal! ¡Buen pájaro!..... Pues qué, un ricacho como él, que posee más de mil hectáreas por la parte de Orgeres, ¿no debía regalárnoslas para que hiciésemos el camino, en vez de sacarle el dinero al Ayuntamiento? ¡Mal bicho!

Pero el especiero, aterrado aquella vez, protestó.

—No, no, es muy honrado y muy poco orgulloso..... Sin él no habrías tú tenido tu despacho de tabaco. ¿Qué dirías si te lo volvieran á tomar?

Calmado de pronto, Lengaigne siguió arañándole la barba. Había ido demasiado lejos; su mujer tenía razón al decirle que sus ideas le darían alguna mala vuelta. Oyese entonces una disputa entre Becú y Jesucristo. El primero tenía mal vino y le daba por pelarse, mientras el segundo, que era un ganapán terrible cuando estaba en ayunas, se iba enterneciendo más á cada vaso de vino, y cuando estaba borracho parecía un apóstol. A esto había que añadir su diferencia radical de opiniones; el cazador furtivo, republicano ó rojo como se decía, se vanagloriaba de haber, en 1848, en Cloyes, hecho bailar el rigodón á los burgueses; el guarda campestre, de un bonapartismo feroz, adoraba al Emperador, á quien pretendía conocer.

—¡Yo te juro que sí! Hemos comido juntos una ensalada de arenques. Y entonces me dijo: «Ni una palabra; soy el emperador.....» Lo reconocí bien por haber visto su retrato en las monedas.

—¡Un canalla completo, que pega á su mujer y que no ha querido jamás á su madre!

—¡Cállate, ó te rompo la cabeza!

Hubo que quitar de las manos á Becú el vaso que levantaba, mientras que Jesucristo, con los

ojos humedecidos, esperaba el golpe con una resignación sonriente. Y se pusieron otra vez á jugar fraternalmente.

Macqueron, á quien la indiferencia afectada del maestro de escuela turbaba, acabó por preguntarle:

—Y vos, señor Lequeu, ¿qué decís?

Lequeu, que se estaba calentando las manos en el cañón de la estufa, se sonrió agriamente como un hombre superior á quien su posición impone el silencio.

—Yo no digo nada, no me importa.

Entonces Macqueron fué á meter su cara en un lebrillo lleno de agua, y dijo mientras se secaba:

—Pues bien, escuchad esto: yo quiero haecr alguna cosa..... Sí, voto á..... y si se resuelve lo del camino, doy mi terreno por nada.

Aquella declaración dejó á todos estupefactos. Hasta Jesucristo y Becú, á pesar de su borrachera, levantaron la cabeza. Reinó el silencio, y se le miró como si de pronto se hubiera vuelto loco; y él, estimulado por el efecto producido y con las manos temblorosas, prosiguió:

—Habrí una media tahulla..... ¡Lo dicho!

Lengaigne se marchó con su hijo Víctor, exasperado por aquella prodigalidad de su vecino; la tierra no le costaba casi nada; bastante había robado. Macqueron, á pesar del frío, cogió su fusil y salió á ver si tropezaba un conejo que había apercibido el día antes en su viña. No quedó nadie más que Lequeu, que pasaba allí los domingos sin beber nada, y los dos jugadores empedernidos, con la nariz metida entre las cartas.

Pasaron dos horas, durante las cuales entraron y se volvieron á marchar otros campesinos.

A eso de las cinco, una mano brutal empujó la puerta y apareció Buteau seguido de Juan. Desde que vio á Jesucristo, gritó:

—Habría apostado cien sueldos.... ¿Es que te estás burlando? Estamos esperándote.

Pero el borracho contestó:

—¡Está bueno esto!.... Soy yo quien te esperaba.... desde esta mañana.

Buteau se había detenido en la Borderie, donde Santiaguilla, á la que desde los quince años tumbaba entre los trigos y sobre los montones de paja, lo había retenido para comer unos asados con Juan. Habiendo ido á almorzar á Cloyes Hourdequin, al salir de la misa, los muchachos, que habían vuelto solos, no habían podido encontrarse á sus anchas hasta muy tarde.

Becú decía que él pagaba los cinco litros, pero que había que continuar la partida; mientras que Jesucristo, que se había levantado con trabajo de la silla, seguía á su hermano, riendo solo y con los ojos anegados en dulce expresión.

—Espera allá—dijo Buteau á Juan—y dentro de media hora búscame.... Ya sabes que comes conmigo en casa del padre.

En casa de los Fouan, cuando los dos hermanos entraron en la sala, estaban ya todos reunidos. El padre en pie con la cabeza baja; la madre sentada cerca de la mesa del centro, hacía media; enfrente de ella Grosbois, había comido y bebido tanto, que estaba medio dormido, mientras que más lejos, en dos sillas bajas, Fanny y Delhomme esperaban pacientemente. Y ¡cosa rara! en aquella pieza ahu-

mada, además de los pobres viejos muebles y de los utensilios gastados por la limpieza, había una hoja de papel blanco, un tintero y una pluma en la mesa al lado del medidor y cerca de un sombrero negro, monumental, casi rojo ya después de recibir durante diez años la lluvia y el sol. Caía la noche, y por la estrecha ventana penetraba una luz dudosa que daba al sombrero un relieve extraordinario con sus alas caídas y su forma de urna.

Pero Grosbois, siempre en su negocio á pesar de su borrachera, dijo:

—Ya estamos todos.... Os decía que el acta está preparada. Ayer he pasado por la casa del señor Baillehache, que me la ha enseñado. Solamente están en blanco los números de los lotes á continuación de vuestros nombres.... Vamos á arreglar esto, y el notario no tendrá más que inscribirlos, para que podáis firmar el acta el sábado.

Irguióse un poco alzando la voz.

—Vamos, voy á preparar los billetes.

Con un brusco movimiento aproximáronse los hijos, sin tratar de ocultar su desconfianza. Vigilábale, estudiaban sus menores gestos, como si fuera un prestidigitador capaz de escamotearles sus partes en la herencia. Grosbois, con sus temblorosas manos de borracho, había cortado en tres pedazos la hoja de papel; luego en cada pedazo escribía una cifra, 1, 2, 3, muy marcada, y por encima de sus hombros todos seguían la pluma; hasta el padre y la madre inclinaban la cabeza, satisfechos de asegurarse de que no había trampa posible. Las papeletas fueron dobladas lentamente y echadas en el sombrero. Reinó un silencio solemne.

Al cabo de dos minutos Grosbois dijo:

—Hay que decidirse..... ¿Quién de vosotros comienza?

Nadie se movió. Las sombras iban siendo cada vez más densas, y en ellas el sombrero parecía crecer.

—Por orden de edades, ¿queréis?—propuso el medidor.—Tú, Jesucristo, tú eres el mayor.

Jesucristo avanzó dócilmente, pero perdió el equilibrio y tuvo que apoyarse. Había metido la mano en el sombrero con un esfuerzo violento como para retirar una gran piedra. Cuando cogió la papeleta, acercóse á la ventana.

—¡Dos!—exclamó, encontrando sin duda muy graciosa aquella cifra, porque soltó la carcajada.

—Ahora tú, Fanny—dijo Grosbois.

Cuando Fanny tuvo la mano en el fondo, no se apresuró mucho. Movía las papeletas, las palpaba y parecía querer pesarlas.

—Está prohibido escoger—dijo furiosamente Buteau, que había palidecido al escuchar el número sacado por su hermano.

—¿Y por qué? no miro, y bien puedo tocar.

—¡Bah!—murmuró el padre.—Tan pesado es un papel como otro.

Al fin se decidió Fanny y corrió á la ventana.

—¡Uno!

—El tres es de Buteau—añadió Fouan.—Sácalo, hijo mío.

En la creciente obscuridad no se había podido ver la descomposición del rostro del joven. Su voz estalló colérica:

—¡Jamás!

—¡Cómo!

—Si creéis que acepto, os equivocáis..... El tercer lote, ¿no es esto? ¡El malo! Bien claro es he dicho que yo quería partir de otro modo. ¡No, no! Os burláis de mí..... ¿Creéis que no veo claro en vuestras maniobras? ¿No era el más joven el que debía sacar el primero? No, yo no la saco.

El padre y la madre le miraban gesticular con pies y manos.

—¡Pobre hijo! Te vuelves loco—dijo Rosa.

—¡Oh, madre! bien sé que jamás me habéis querido. Seríais capaz de arrancarme la piel para dársela á mi hermano.....

Fouan le interrumpió duramente.

—¡Basta de tonterías, hein! ¿La sacas, sí ó no?

—Quiero que se comience otra vez.

Pero hubo una protesta general. Jesucristo y Fanny apretaban sus papeletas como si alguien tratara de quitárselas. Delhomme declaraba que el sorteo se había hecho honradamente, y Grosbois, muy ofendido, hablaba de irse si se sospechaba de su buena fe.

—Entonces quiero que padre añada á mi parte mil francos.

El viejo, aturdido un momento, irguióse y se adelantó terrible.

—¿Qué es lo que dices? ¿Quieres asesinarme, mal bicho? Aunque derribaran la casa no se encontraría nada. ¡Toma la papeleta, ó no tendrás nada!

Buteau, muy duro de cabeza, no retrocedió ante la ira de su padre.

—¡No!

Volvió á reinar un embarazoso silencio. Ahora estorbaba el enorme sombrero con aquella pape-

leta que nadie quería coger. Y el viejo gravemente la sacó y fué á la ventana á leerla.

—¡Tres!... Tú tienes el tercer lote, ¿oyes? El acta está preparada, y el señor Baillebache no cambiará nada.... Y pues que duermes aquí, te doy la noche para reflexionar.... Ea, esto se ha acabado; no hablemos más.

Buteau, envuelto en las sombras, no contestó. Los demás aprobaron, mientras que la madre se decidió al fin á encender una luz para poner la mesa.

En aquel momento, Juan, que venía á reunirse con su compañero, apercibió dos sombras enlazadas, mirando desde la calle lo que hacían en casa de los Fouan. Comenzaba á nevar.

—¡Oh! señor Juan—dijo una voz dulce—nos habéis asustado.

Entonces él reconoció á Francisca, muy arrebatada. Estrechábase contra su hermana Elisa, pasándole un brazo por la cintura y apoyando la cabeza en su hombro. Las dos hermanas se adoraban, y siempre se las encontraba juntas de aquel modo. Elisa, más alta, con su aspecto agradable, á pesar de sus pronunciadas facciones y del incipiente abultamiento de toda su persona, parecía gozosa en la desgracia.

—¿Espíabais?—preguntó Juan alegremente.

—¡Diablo!—contestó ella sin ocultarlo—creo que me interesa lo que sucede ahí dentro.... Saber si esto decidirá á Buteau.

Francisca, con un gesto cariñoso, puso su mano en el vientre inflado de su hermana.

—¡Si está esto permitido!... ¡El cochino!... Acaso cuando tenga sus tierras pretenderá una mu-  
chacha más rica.

Pero Juan les dió esperanzas; la partición debía estar concluida, y ya se arreglaría lo demás. Luego, cuando él les dijo que comía con los viejos, Francisca añadió al marcharse:

—¡Ah, bueno! os volveremos á ver en seguida. Iremos á la velada.

Él las vió perderse en la obscuridad. La nieve iba espesando, y sus faldas unidas parecían irse ocultando tras un velo blanco.

## V.

Á las siete, después de la comida, los Fouan, Buteau y Juan habían ido al establo á reunirse con las dos vacas que Rosa debía vender. Aquellos animales, atados en el fondo, caldeaban aquel espacio cerrado con el fuerte vaho que despedían, mientras que la cocina, con los tres tizones de cocer el puchero, estaba muy fría con las precoces heladas de Noviembre. En invierno pasaban allí las veladas muy calientes, sin otro trabajo que traer una pequeña mesa y una docena de sillas.

Cada vecino traía la luz cuando le tocaba, y espesas sombras danzaban á lo largo de las desnudas paredes, ennegrecidas por el polvo y llenas de telas de araña; pero se estaba muy bien allí en aquella atmósfera que formaban los tibios alientos de las bestias.

La Grande llegó la primera con su media. ¡Jamás llevaba luz, abusando de su edad, que la hacía irresistible. En seguida cogió el mejor sitio, acercándose la luz como para ella sola, á causa de su mala vista. Dejó apoyada en la silla la caña,



leta que nadie quería coger. Y el viejo gravemente la sacó y fué á la ventana á leerla.

—¡Tres!... Tú tienes el tercer lote, ¿oyes? El acta está preparada, y el señor Baillebache no cambiará nada.... Y pues que duermes aquí, te doy la noche para reflexionar.... Ea, esto se ha acabado; no hablemos más.

Buteau, envuelto en las sombras, no contestó. Los demás aprobaron, mientras que la madre se decidió al fin á encender una luz para poner la mesa.

En aquel momento, Juan, que venía á reunirse con su compañero, apercibió dos sombras enlazadas, mirando desde la calle lo que hacían en casa de los Fouan. Comenzaba á nevar.

—¡Oh! señor Juan—dijo una voz dulce—nos habéis asustado.

Entonces él reconoció á Francisca, muy arrebatada. Estrechábase contra su hermana Elisa, pasándole un brazo por la cintura y apoyando la cabeza en su hombro. Las dos hermanas se adoraban, y siempre se las encontraba juntas de aquel modo. Elisa, más alta, con su aspecto agradable, á pesar de sus pronunciadas facciones y del incipiente abultamiento de toda su persona, parecía gozosa en la desgracia.

—¿Espíabais?—preguntó Juan alegremente.

—¡Diablo!—contestó ella sin ocultarlo—creo que me interesa lo que sucede ahí dentro.... Saber si esto decidirá á Buteau.

Francisca, con un gesto cariñoso, puso su mano en el vientre inflado de su hermana.

—¡Si está esto permitido!... ¡El cochino!... Acaso cuando tenga sus tierras pretenderá una mu-  
chacha más rica.

Pero Juan les dió esperanzas; la partición debía estar concluida, y ya se arreglaría lo demás. Luego, cuando él les dijo que comía con los viejos, Francisca añadió al marcharse:

—¡Ah, bueno! os volveremos á ver en seguida. Iremos á la velada.

Él las vió perderse en la obscuridad. La nieve iba espesando, y sus faldas unidas parecían irse ocultando tras un velo blanco.

## V.

Á las siete, después de la comida, los Fouan, Buteau y Juan habían ido al establo á reunirse con las dos vacas que Rosa debía vender. Aquellos animales, atados en el fondo, caldeaban aquel espacio cerrado con el fuerte vaho que despedían, mientras que la cocina, con los tres tizonos de cocer el puchero, estaba muy fría con las precoces heladas de Noviembre. En invierno pasaban allí las veladas muy calientes, sin otro trabajo que traer una pequeña mesa y una docena de sillas.

Cada vecino traía la luz cuando le tocaba, y espesas sombras danzaban á lo largo de las desnudas paredes, ennegrecidas por el polvo y llenas de telas de araña; pero se estaba muy bien allí en aquella atmósfera que formaban los tibios alientos de las bestias.

La Grande llegó la primera con su media. ¡Jamás llevaba luz, abusando de su edad, que la hacía irresistible. En seguida cogió el mejor sitio, acercándose la luz como para ella sola, á causa de su mala vista. Dejó apoyada en la silla la caña,

que no abandonaba nunca. Sobre los pelos erizados de su cabeza de pajarraco, brillaban algunos copos de nieve.

—¿Nieva?— preguntó Rosa.

—Nieva— contestó con su seco acento.

Y se puso en seguida á su labor, apretando los delgados labios, ávara de palabras, después de haber echado sobre Juan y sobre Buteau una mirada penetrante.

Los demás fueron llegando después: primero Fanny, que se había hecho acompañar por su hijo Ernesto, pues Delhomme no venía jamás á las veladas; y casi en seguida Elisa y Francisca, que sacudieron riendo la nieve de que venían cubiertas. Pero la vista de Buteau hizo enrojecer ligeramente á la primera. Él la miraba tranquilamente:

—¿Cómo vamos, Elisa, desde que no nos hemos visto?

—Regular, gracias.

—Vamos, tanto mejor.

Palmira durante aquel tiempo se había deslizado furtivamente por la puerta entreabierta; encogióse, y colocábase lo más lejos posible de su abuela, la terrible Grande, cuando un gran ruido que venía de la calle la hizo volverse. Eran bramidos de furor, llantos y risas.

—¡Ah! los malditos chicos; todavía van detrás de él— exclamó.

Abrió la puerta de pronto, y furiosa como una leona, salvó á su hermano Hilario de entre las manos de la Trouille, de Delfin y de Ernesto. Este último acababa de reunirse á los otros dos que martirizaban al enfermo. Sofocado y lloroso entró Hi-

lario, tambaleándose sobre sus piernas torcidas. Apenas podía hablar con su lengua estropajosa, y tenía el aire caduco á pesar de sus veinte años. Se había vuelto malo, rabioso, porque no podía correr y coger á los pilluelos que le perseguían. Acababan de tirarle pelotazos de nieve.

—¡El embustero!— dijo la Trouille con aire de inocencia.—Él es quien me ha mordido el dedo, mirad!

Hilario parecía que se iba á ahogar; mientras que Palmira le calmaba, él se secaba la cara con un pañeño, llamándola su pequeña.

—¡Ea, basta! acabó por decir Fouan. Tú debías prohibirle que te siguiera. Siéntate al menos, que se esté quieto!... ¡Y tú, cochina, cállate! Os voy á coger por las orejas y á llevaros á casa de vuestros padres.

Pero como el enfermo continuaba berreando, queriendo tener razón, la Grande, cuyos ojos flameaban, cogió su caña y dió con ella un golpe tan fuerte en la mesa, que hizo saltar á todo el mundo. Palmira é Hilario, aterrados, no se movieron.

Comenzó la velada. Las mujeres alrededor de la luz hacían media y cosían, casi sin mirar su labor. Los hombres detrás fumaban lentamente, hablando poco, mientras que en un rincón los niños jugaban sofocando sus risas.

Algunas veces contaban cuentos: el del *Cochino negro* que guardaba un tesoro, una llave roja en el gazañate, ó el de la *Bestia de Orleans*, que tenía rostro de hombre, alas de murciélago, crines que le arrastraban, dos cuernos, dos rabos, el uno para cogerla y el otro para matarla; aquel monstruo se había comido á un viajero en Rouen, del

cual no había dejado más que el sombrero y las botas. Otras veces contaban historias interminables de lobos, lobos voraces que durante muchos siglos han devastado la Beauce. Antiguamente, cuando la Beauce, hoy desnuda y pelada, conservaba de sus bosques primitivos algunos grupos de árboles, innumerables bandadas de lobos, aguijoneados por el hambre, salían en invierno á atacar á los rebaños. Devoraban niños y mujeres. Y los viejos del país recordaban que en las grandes nevadas los lobos llegaban hasta las poblaciones; en Cloyes se les oía aullar en la plaza de San Jorge; en Rognes busmeaban por las puertas mal cerradas de los establos. Luego se sucedían las mismas anécdotas; el molinero sorprendido por cinco lobazos, que les hizo huir encendiendo una cerilla; la niña que un lobo siguió al galope durante dos leguas, y que fué comida al llegar á su puerta, cuando cayó; y otras y otras leyendas de hombres convertidos en animales, saltando sobre los hombros de los caminantes retrasados, forzándolos á correr hasta morir.

Pero lo que hacía estremecer á las mujeres que acudían á la velada, y las hacía correr llenas de miedo, eran los crímenes de los incendiarios, de la famosa banda de Orgeres, que después de sesenta años, su nombre aun ponía miedo en toda la comarca. Eran muchos centenares, rateros de caminos, mendigos, desertores, fingidos vendedores, hombres, niños, mujeres que vivían de robos y de asesinatos; descendían de las compañías armadas y disciplinadas del antiguo brigandaje, aprovechando los trastornos de la revolución, haciendo en regla el sitio de las casas aisladas, donde en-

traban al asalto echando abajo las puertas. Así que llegaba la noche, como los lobos, salían del bosque de Dourdan y de las cuevas donde se escondían, y con las sombras esparcían el terror por las granjas de la Beauce, de Etampes á Chateaudun, de Chartres á Orleans. Entre sus atrocidades legendarias, la que se recordaba con más frecuencia en Rognes era el saqueo de la granja de Millonard, distante algunas leguas tan sólo, en el cantón de Orgeres. El Bello-Francisco, el célebre jefe, el sucesor de Flor de Espino, llevaba aquella noche con él al Rojo de Auneau, su teniente, el Gran-Dragón, Bretón Culo-seco, Lonjumeau, Cuatro-dedos y cincuenta más, todos con la cara tiznada. Encerraron en la cueva á las gentes de la granja, los criados, los carreteros, el pastor, á bayonetazos; en seguida «calentaron» al dueño de la granja, al tío Fousset, con el que se habían quedado. Cuando le tuvieron colocados los pies muy cerca de las brasas de la chimenea, pegaron fuego con pajas á su barba y á todos los pelos de su cuerpo; luego le taladraron los piés con un cuchillo para que penetraran mejor las llamas. Habiéndose decidido al fin el viejo á decir dónde tenía su dinero, lo dejaron y se llevaron un botín considerable. Fousset, que había tenido alientos para arrastrarse hasta una casa vecina, no murió hasta más tarde. E invariablemente el relato terminaba por el proceso y la ejecución en Chartres, de la banda de los incendiarios, vendida por el Borgne-de-Jouy; un proceso monstruo, cuya instrucción duró diez y ocho meses, y durante el cual murieron sesenta y cuatro procesados en la prisión, de una peste producida por su suciedad; un pro-

ceso que presentó ante el Tribunal ciento quince acusados, treinta y tres contumaces, que le hizo proponer al Jurado siete mil ochocientas preguntas, y que terminó con veintitrés sentencias de muerte. La noche de la ejecución, repartiéndose los despojos de los ajusticiados sobre el cadalso lleno de sangre, los verdugos de Chartres y de Dreux llegaron á las manos.

Fouan, á propósito de un asesinato que se había cometido hacia Fauville, contó una vez más las abominaciones de la granja de Millonard, y estaba en el punto de la defensa que de sí mismo compuso en la prisión el Rojo de Auneau, cuando unos extraños ruidos que venían de la calle, y pasos, golpes y juramentos llenaron de espanto á las mujeres. Pálidas, aplicaban el oído, con el miedo de ver entrar al asalto una oleada de hombres. Buteau fué valerosamente á abrir la puerta.

—¡Quién val!

Y vieron á Becú y á Jesucristo, que á consecuencia de una disputa con Macqueron acababan de salir de la taberna, llevándose las cartas y una luz para ir á concluir la partida en otra parte. Estaban tan borrachos, que todos se echaron á reír.

—Entrad en seguida y sed prudentes—dijo Rosa sonriendo al ganapán de su hijo.—Vuestros hijos están aquí y os los llevaréis vosotros.

Jesucristo y Becú se sentaron en el suelo, cerca de las vacas; pusieron la luz entre ambos y continuaron. Pero la conversación se había cortado y comenzaron á hablar de los muchachos del país que entraban en quinta en Febrero: Víctor Lengaigne y otros dos. Las mujeres se habían puesto tristes.

—La cosa no es buena—replicó Rosa;—¡no, no es buena para nadie!

—¡Ah! ¡la guerra!—murmuró Fouan;—¡hace mucho daño! ¡Es la muerte de la agricultura!.... Sí, cuando los muchachos se van, se pierden los mejores brazos y pronto se echa de ver; cuando vuelven, ¡qué demonios! están cansados y han perdido la afición al trabajo..... ¡Mejor es que venga el cólera que la guerra!

Fanny dejó de hacer media.

—Yo—declaró ella—yo no quiero que se vaya Ernesto..... El Sr. Baillehache nos ha explicado la máquina esa que parece una lotería; se reúnen varios, cada uno deposita en las manos de él una cantidad determinada, y los que sacan la suerte son redimidos.

—Para eso es menester ser rico—dijo secamente la Grande.

Pero Becú, que había cogido algunas palabras al vuelo, exclamó:

—¡La guerra! ¡Canastos!..... ¡En ella es donde se hacen los hombres!..... Eso no puede saberlo nadie que no haya estado en campaña. No hay cosa mejor que andar á tiros..... allá abajo..... ¡con los moros!.....

Y entornó el ojo izquierdo, en tanto que Jesucristo sonreía con aire de inteligencia. Los dos habían hecho las campañas de Africa; el guarda de campo, desde los primeros tiempos de la conquista; el otro, algo más tarde, con motivo de las últimas insurrecciones de la morisma. Así es que, á pesar de las diferencias de esas dos épocas, ambos tenían recuerdos comunes, orejas de beduinos cortadas y hechas picadillo, beduinos embadurna-

dos de aceite, pinchados y amputados por todas partes y tapados todos los agujeros de su cuerpo. Jesucristo contaba una historia que hacía reventar de risa á todos los labriegos: la de una mujer muy alta, muy fea, amarilla como un limón, á la cual habían hecho correr desnuda por todo el campamento con una pluma clavada en el ano.

—¡Voto á bríos!—replicó Becú dirigiéndose á Fanny:—¿es que queréis que Ernesto se convierta en una mujer?..... ¡Lo que es yo no tardaré mucho en mandar á mi Delfin á su regimiento!

Los chicos habían dejado de jugar; Delfin, levantando su robusta y redonda cabeza,

—¡No!—dijo enérgicamente y con acento de terquedad.

—¡Eh! ¿qué es lo que dices? ¡yo te enseñaré á ser valiente, bribón, mal francés!

—No quiero irme del pueblo.

Ya levantaba el guarda de campo la mano para pegarle, cuando Buteau le detuvo.

—¡Deja en paz á ese chico! Tiene razón..... ¿Acaso lo necesitan? Hay otros que vayan..... ¡Pues no parece sino que viene uno al mundo para abandonar su tierra é ir á que le rompan á uno el alma por esos mundos de Dios y á causa de una porción de tonterías que nada le importan á uno! Yo no he salido del pueblo en mi vida, y maldita la falta que me hace.

En efecto, había sacado en la quinta un número alto; era un verdadero labrador atado á la tierra y á la labranza, sin conocer más poblaciones que Orleans y Chartres, sin haber visto nada más allá del monótono horizonte de la Beauce. Y parecía estar orgulloso por ello, orgulloso de haber crecido

en su tierra, lo mismo que cualquiera de aquellos árboles que estaba viendo toda su vida. Se había puesto de pie y las mujeres lo miraban.

—¡Cuando vuelven del servicio, vienen todos tan flacos!—se atrevió á decir Elisa.

—Y vos, Caporal, ¿habéis estado muy lejos?—preguntó la vieja Rosa.

Juan estaba fumando en silencio, como muchacho reflexivo y juicioso que prefiere oír á charlar. Se quitó lentamente la pipa de la boca.

—Sí, bastante, bastante lejos..... No en Crimea, sin embargo. Estábamos á punto de marcharnos cuando tomaron á Sebastopol..... Pero luego en Italia.....

—¿Y qué es Italia?

La pregunta pareció sorprenderle; vaciló, aviando sus recuerdos.

—Pues Italia es una tierra como la nuestra. Hay labranza y bosques y ríos..... Por todas partes es lo mismo.

—¿De modo que os habéis batido mucho?

—¡Ah! sí, muchísimo.

Se había puesto otra vez á chupar su pipa y no se apresuraba para hablar; Francisca, que había levantado la cabeza, estaba con la boca entreabierta preparándose á escuchar una historia interesante. Verdad es que despertaba la atención y el interés de todas; hasta la Grande pegó un palo en la silla que tenía más cerca para hacer que callase Hilario, que chillaba porque la Trouille había inventado el juego de clavarle un alfiler en el brazo como para entretenerse.

—En Solferino apretaron bien, y eso que llovía, que llovía mucho..... Yo estaba hecho una sopa;

el agua me entraba por el cuello y me salía por los pies.... ¡Ya, ya, bien se puede decir que nos mojamos de lo lindo aquel día!

Seguían esperando á que dijese algo, pero él callaba; aquello era todo lo que había visto de la batalla. Al cabo de un momento replicó con acento convencido y razonable:

—¡Qué demonio! la guerra no es cosa tan difícil como se cree!.... Le toca á uno la suerte, ¿no es verdad? Pues no tiene uno más remedio que cumplir con su deber. Yo dejé el servicio porque me gustan más otras cosas. Pero de todos modos, el ser soldado no es malo cuando uno no está contento con su oficio ó cuando el enemigo viene á fastidiarnos dentro de Francia.

—Sí; pero en todo caso cada uno debía defender su casa y nada más—añadió entonces el tío Fouan.

Volvió á reinar el silencio. Hacía mucho calor, un calor húmedo y vivo, acentuado por el fuerte olor del estiércol. Una de las dos vacas, que se había puesto de pie, empezó á estercolar, y se oyó el ruido dulce y rítmico de las boñigas cayendo al suelo. De la obscuridad de las tablas bajaba el cri-cri melancólico de un grillo; en tanto que á lo largo de las paredes los dedos de las mujeres, movidos con rapidez activando la labor de sus agujas de hacer media, parecían estar haciendo correr las patas de unas arañas gigantes en medio de aquella densa obscuridad.

Pero Palmira, que había cogido las despabiladeras para despabilar la vela, lo hizo tan mal, que la apagó.

Entonces empezaron los clamores de todas clases; las muchachas reían, los chicos clavaban afi-

leres en los muslos de Hilario, y las cosas hubieran acabado mal seguramente, si la vela de Jesucristo y de Becú, que dormitaban sobre los naipes, no hubiese servido para encender la otra, á pesar de su largo pábilo. Azorada por la torpeza, Palmira temblaba como una chiquilla que teme que le peguen.

—Vamos á ver—dijo Fouan—¿quién va á leernos un poco de esto para acabar la velada?... Caporal, vos debéis leer muy bien lo impreso.

Había ido á buscar un librito pequeño y gracioso, uno de esos libros de propaganda bonapartista, con los cuales había inundado el Imperio toda la campiña de Francia. Aquél, que había llegado al pueblo no se sabe cómo, era un ataque violento contra el antiguo régimen, una historia dramatizada del campesino antes y después de la revolución, un libro que llevaba este título: *Las desdichas y el triunfo de Jaime, el pobre hombre*.

Juan había cogido el libro, y en seguida sin hacerse rogar, se puso á leer con voz monótona y fastidiosa, como colegial que no se cuida de la pronunciación. Todos le escucharon con religiosa atención.

Primero se trataba del galo libre reducido á la esclavitud por los romanos, luego conquistado por los francos, que de esclavos los convirtieron en siervos, fundando el feudalismo. Y comenzaba el largo martirio de *Jaime, el pobre hombre*, del trabajador del campo, explotado, exterminado durante siglos y siglos. En tanto que el pueblo de las ciudades se sublevaba, fundando el municipio, obteniendo el derecho de ciudadanía, el campesino aislado, desposeído de todo y de sí propio, no lle-

gaba sino mucho tiempo después á emanciparse, á comprar por su dinero la libertad de ser hombre; ¡y qué libertad tan ilusoria! el propietario abrumado, ahogado por los impuestos de sangre y de ruina; la propiedad puesta de continuo en litigio, gravada con tantas cargas y gabelas, que sólo le dejaba guijarros que comer.

En seguida comenzaba una terrible relación, la de los impuestos que mataban al pobre. Nadie podía formar la lista exacta y completa de ellos; pululaban; procedían á la vez del rey, del obispo y del señor: tres aves de rapiña devorando con encarnizamiento el mismo cuerpo; el rey tenía el censo, el obispo el diezmo, el señor marcaba impuestos á todo, hacía dinero con todo. Nada era del campesino, ni la tierra, ni el agua, ni la lumbre, ni siquiera el aire que respiraba. Tenía que pagar, pagarlo todo, pagar siempre, toda su vida, por nacer, por morir, por contratar, por sus ganados, por su comercio, por sus placeres. Pagaba por aprovechar para sus tierras el agua de lluvia recogida en depósitos, pagaba por el polvo de las carreteras que las patas de sus carneros levantaban en verano, en tiempo de las grandes sequías. El que no podía pagar daba su cuerpo y su tiempo, obligado á labrar, á sembrar, á podar las viñas del señor feudal, á limpiar los fosos del castillo, á reparar y cuidar las carreteras y caminos, y los impuestos en especie, y además la cuarta parte de sus cosechas en el molino, en el horno ó en las paneras del señor; y el impuesto de vigilancia y de guarda, que se pagaba en dinero aun después de la demolición de los castillos feudales; y el derecho de alojamiento y lumbre, que al pasar

el rey ó el señor desvalijaba las cabañas, quitaba los jergones y colchones de las camas, echaba á los habitantes de su propia casa, expuestos á que descerrajaran puertas y ventanas si no se iba pronto. Pero la contribución odiada, aquella cuyo recuerdo latía vivo en el fondo de las casuchas de campo, era la gabela odiosa de la sal, aquel tarifar las familias para que adquiriesen de grado ó por fuerza una cantidad de sal que les vendía el rey, todo aquel impuesto inicuo cuya arbitrariedad irritante sublevó á los franceses y ensangrentó la Francia.

—Mi padre—interrumpió Fouan—ha conocido la sal á diez y ocho sueldos la libra.... ¡Ah! ¡aquellos tiempos eran malos!

Jesucristo sonreía con aire burlón. Quiso insistir sobre los derechos de aquellos bribones, á los cuales el librito no hacía más que una púdica alusión.

—¡Y el derecho de pernada! ¿eh?.... ¡Palabra! el señor feudal metía la pierna en la cama de la novia y la primer noche le metía....

Hiciéronle callar; las muchachas, hasta la misma Elisa, á pesar de su abultado vientre, se pusieron coloradas; en tanto que la Trouille y los dos galopines, con la nariz clavada en el suelo, se metían los puños en la boca para no soltar la carcajada. Hilario, atento, con la boca abierta, no perdía una sola palabra, como si comprendiera lo que oía.

Juan continuó leyendo. Ahora era la justicia, esa triple justicia del rey, del obispo y del señor, la que mataba á la pobre gente que ganaba el pan con el sudor de su rostro. Había el impuesto

de consumos, el derecho escrito, y, por encima de todo, el capricho y la razón del más fuerte.

Ninguna garantía, ningún recurso, el poder absoluto de la espada. Aun en los siglos siguientes, cuando la equidad protestó contra tales enormidades, aun entonces se compraron los impuestos; la justicia se vendió, y fué peor para la recluta de los ejércitos, para ese impuesto de sangre que durante mucho tiempo gravitó sólo sobre los pobres del campo; huían á los bosques, los cogían y los llevaban atados con cadenas, á culatazos, y los conducían á las filas de los regimientos como hubieran podido conducirlos á presidio. El ascenso á los grados superiores les estaba prohibido. Un hijo de familia traficaba con un regimiento como con otra mercancía cualquiera que le costara su dinero; sacaba á subasta los grados inferiores y llevaba al resto de su ganado humano tranquilamente al matadero. Luego le llegaba su turno á la contribución sobre la caza, esa contribución odiosa que todavía en nuestros tiempos, y á pesar de hallarse abolida, ha dejado un fermento de odio en el corazón de la gente campesina. La caza es la antigua prerrogativa feudal que autorizaba al señor para cazar por todas partes, y que castigaba con la muerte al vasallo bastante audaz para cazar en su propia casa; es el animal libre, el pájaro libre enjaulado bajo el azul del cielo para el placer de un hombre solo; eran los campos destrozados por la caza sin que nadie pudiese matar ninguno de aquellos animales.

—Eso se comprende—murmuró Becú.

Pero Jesucristo había puesto oído al advertir que se ocupaban de la caza, y dijo con acento burlón:

—Las reses eran de quien sabía matarlas.

—¡Ay, Dios mío!—dijo Rosa simplemente, dando un gran suspiro.

Todos tenían el corazón en un puño; aquella lectura iba produciendo su efecto; cada cual se creía agobiado por el peso horrendo de aquellos recuerdos. Por lo mismo que no lo comprendían, todos se sentían con mayor malestar. Puesto que todos aquellos horrores habían sucedido, tal vez pudiesen volver con el tiempo.

—«¡Anda, anda, Jaime, el Pobrehombre—siguió leyendo Juan con su voz de colegial;—da el sudor de tu frente, da tu sangre, que todavía no ha llegado el término de tus desdichas!»

Y se presentaba, en efecto, el calvario del campesino. Había sufrido por culpa de todos, de los hombres, de los elementos y de sí mismo. En tiempos del feudalismo, cuando los nobles iban á la guerra, lo cazaban, lo amarraban y se lo llevaban como botín. Cada guerra entre los nobles lo arruinaba cuando no lo asesinaba; quemaban su cabaña y asolaban sus tierras. Después habían venido las grandes compañías, el peor de los azotes que han sacrificado nuestros campos, esas bandadas de aventureros asalariados, unas veces por Francia, otras veces contra Francia, que marcaban su paso con el hierro y el fuego y dejaban detrás de sí la tierra desnuda. Si las ciudades se libraban, gracias á las murallas, los pueblos se veían barridos por aquella especie de locura de muerte que traía el siglo consigo. Porque ha habido siglos rojos, siglos en que nuestras campiñas no han dejado de clamar de dolor por las mujeres violadas, los niños asesinados y los hombres ahor-



cados. Luego, cuando la guerra concluía, los agentes del rey bastaban para el continuo tormento de la pobre gente; porque el número y el peso de los impuestos, con ser tanto, no eran nada al lado de la brutal manera de hacerlos efectivos, exigidos por fuerza armada que cobraba el dinero del fisco como se cobra una contribución de guerra, tanto que casi nada de ese dinero entraba en las arcas del Estado, porque era robado en el camino, dejando parte en cada una de las manos por que pasaba. En seguida venía el hambre; la imbécil tiranía de las leyes paralizaba el comercio, impedía la libre venta de los granos, determinaba cada diez años terribles temporadas de hambre, unas veces por excesivo calor, otras por las prolongadas lluvias que parecían castigos de Dios: una tempestad que aumentara el caudal de aguas de un río, una primavera sin lluvia, la más pequeña nube, el menor rayo de sol excesivo que comprometiese las cosechas, se llevaba millones de hombres al otro mundo. Y fatalmente, después de las guerras, después de las hambres, se declaraban las epidemias y mataban á los que la espada y el hambre habían dejado en pie.

Entonces, cuando ya sufría demasiado, Jaime, el Pobrehombre, se sublevaba. Tenía detrás de sí siglos de miedo y de resignación, las espaldas endurecidas por los golpes, el corazón tan destrozado que no sentía ya su bajeza. Se le podía vejar durante mucho tiempo, tenerlo hambriento, robárselo todo sin que saliese de su prudencia, de ese abatimiento donde rodaba mezclado á ideas confusas, ignoradas por sí mismo; hasta que al fin una injusticia, una iniquidad más, lo hacía saltar

de repente á la garganta de sus amos como un animal domesticado aberrojado y castigado sin piedad. Siempre, de siglo en siglo, estalla la misma exasperación, y los labradores, cuando ya no les queda más que morir, se arman con sus hoces y sus horquillas para revolverse contra las injusticias que les matan. Esos fueron los heroicos cristianos de las antiguas Galias, ésos los pastores del tiempo de las Cruzadas, ésos los descamisados que en época menos remota persiguieron sin piedad á los nobles y á los soldados del rey. Después de cuatrocientos años, el grito de dolor y de rabia de la gente de campo oíase por las campiñas devastadas y hacía temblar á los amos en el interior de sus castillos fortificados. ¿Y si se enfadasen otra vez, ellos que son los más numerosos, y si reclamasen al fin la parte que les corresponde? ¡Y la antigua visión galopa, diablos medio desnudos, cubiertos con harapos, locos de brutalidad y de deseos, arruinándolo, exterminándolo, como los han arruinado y exterminado á ellos, violando á su vez á las mujeres de los otros!

—«Calma tus cóleras, hombre del campo—prosiguió leyendo Juan—porque la hora de tu triunfo sonará bien pronto en el reloj de la historia....»  
Buteau se había encogido bruscamente de hombros: ¡buen negocio rebelarse! ¡sí, para que os prendan los gendarmes! Todos, por otra parte, desde que el librito contaba las rebeliones de sus antepasados, escuchaban con la vista baja, sin hacer un gesto, llenos de desconfianza. Aquellas eran cosas de que no se debía hablar en alta voz, porque no había necesidad de que nadie supiera lo que cada cual pensaba.

Habiendo querido interrumpir Jesucristo para decir que él retorcería el cuello á muchos cuando llegara la gorda, Becú declaró violentamente que todos los republicanos eran unos cochinos; fué preciso que Fouan les impusiera silencio con triste gravedad, como viejo que sabe muchas cosas, pero que no quiere hablar. La Grande, mientras las otras mujeres parecían interesarse en el trabajo, dejó caer esta sentencia: «Lo que se tiene se guarda», sin que aquello pareciera referirse á la lectura. Sólo Francisca, con su costura caída sobre las rodillas, miraba á Caporal como asombrada de que leyera sin equivocarse, y tanto tiempo seguido.

—¡Ah! ¡Dios mío, Dios mío!—repetía Rosa suspirando más fuerte.

Pero el tono del libro cambiaba, celebrando con mucho lirismo la revolución. Era que triunfaba Jaime, el Buenhombre en la apoteosis del 89. Después de la toma de la Bastilla, mientras que los campesinos incendiaban los castillos, la noche del 4 de Agosto había legalizado la conquista de los siglos, reconociendo la libertad humana y la igualdad civil. «En una noche el labrador se había convertido en el igual del señor que en virtud de sus pergaminos bebía su sudor y devoraba el fruto de sus trabajos.» Abolición de la servidumbre, de todos los privilegios de la nobleza, de las justicias eclesiásticas y señoriales; igualdad en los impuestos; admisión de todos los ciudadanos á todos los empleos civiles y militares. Y continuaba la lista; los males de aquella vida parecían desaparecer uno á uno; aquello era el hosanna de una nueva edad de oro abriéndose para el labrador, á quien adulaba una página entera llamándole el rey y el alimen-

tador del mundo. Sólo él valía, y había que arrodillarse ante su sagrada carreta. Después estigmatizaba con palabras ardientes los horrores del 93, y acababa el libro con un elogio de Napoleón, el hijo de la revolución, que había sabido «sacarla de los horrores de la licencia para hacer la dicha de los campos.»

—¡Eso es verdad!—exclamó Becú, mientras que Juan doblaba la última hoja.

—Sí, es verdad—dijo el tío Fouan.—Hasta en mi juventud ha habido buenos tiempos.... Yo mismo he visto á Napoleón una vez en Chartres. Yo tenía veinticinco años..... Entonces se era libre, se tenía la tierra, aquello parecía bueno. Recuerdo que mi padre un día decía que él sembraba sueldos y cosechaba escudos..... Luego hemos tenido á Luis XVIII, á Carlos X, á Luis Felipe. La cosa marchaba siempre; se comía, y no podía uno quejarse..... Y he aquí ahora á Napoleón III, y no iba la cosa del todo mal hasta el año pasado..... Solamente.....

No quería decir más, pero las palabras se le escapaban.

—Solamente que éste es el que nos ha jorobado, con su libertad y su igualdad, á Rosa y á mí.....

Entonces, con algunas frases lentas y penosas, resumió inconscientemente toda aquella historia: la tierra por tanto tiempo cultivada para el señor, bajo el látigo y la desnudez del esclavo, que no conserva nada, ni aun la piel; la tierra fecundada con su trabajo, apasionadamente amada y deseada en aquella intimidad de todos los momentos, como la mujer de otro, á quien se cuida y se abraza y

no se la puede poseer; la tierra, al cabo de siglos de concupiscencia lograda al fin, conquistada, convertida en cosa propia, en la alegría y la única fuente de su vida. Y este deseo secular, esta posesión sincera aplazada explicaba su amor por su campo, su pasión por la tierra, por la mayor cantidad de tierra posible, del terrón que se toca y que se separa con la mano. Y sin embargo, ¡qué ingrata y qué indiferente era la tierra! Por mucho que se la adorara, ella no se apasionaba ni producía un grano más. Largas lluvias podían las semillas, un viento de fuego secaba los tallos, y un mes de sequía enflaquecía las espigas; y además había los insectos que roen, los fríos que matan, las malas hierbas que quitan jugo al suelo; todo se convertía en razón de ruina; la lucha era diaria, al azar de la ignorancia y en perpetua vigilancia. Ciertamente estaba furioso de ver que el trabajo no bastaba. Se habían secado los músculos de su cuerpo; se había dado todo entero á la tierra, que después de haberlo mal alimentado, le dejaba miserable, avergonzado por su senil impotencia, y pasaba á los brazos de otro macho, sin apiadarse ni aun de sus pobres huesos que esperaba.

—¡Esto es lo que sucede!—continuaba el viejo.—Cuando uno es joven, se mata á trabajar, y cuando con dificultad se llega á tener cierto desahogo, ya es uno viejo y hay que partir..... ¿No es verdad, Rosa?

La vieja movió su temblorosa cabeza. ¡Ah, sí! Ella también había trabajado más que un hombre ciertamente. Levantándose antes que los demás, haciendo las sopas, limpiando, cuidando, con el cuerpo destrozado, las vacas, el cerdo, y acostán-

dose siempre la última. Menester era que fuera fuerte para haberlo soportado todo. Y su única recompensa era haber vivido; y se consideraba muy dichosa cuando al acostarse á obscuras, no habiendo comido más que pan y agua, guardaba algo para no morir de hambre en la vejez.

—Y aun—añadió Fouan—no debemos quejarnos. He oído contar que hay países donde la tierra produce menos. En la Perche no hay más que piedras..... En la Beauce es todavía dulce; no pide más que mucho trabajo y muy seguido..... Pero eso estropea. Ciertamente que es menos fértil que en otro tiempo. Campos en donde se cosechaban veinte hectolitros, no producen ahora más de quince..... Y desde hace un año baja el precio del hectolitro, y se dice que vienen trigos de los salvajes; vamos, que comienza algo malo, una crisis, como dicen..... Las desgracias no acaban nunca. El sufragio universal no echa ningún pedazo de carne en el puchero. La hipoteca nos destroza, y se nos llevan nuestros hijos para la guerra..... Andad, haced revoluciones, que el campesino siempre será campesino.

Juan, que era metódico, esperaba para acabar su lectura. Hubo otra vez silencio, y leyó dulcemente.

«Dichoso labrador, no dejes nunca la aldea por la ciudad, donde tendrías siempre que comprar la leche, la carne y las legumbres, y donde gastarías siempre más de lo necesario. ¿No tienes en la aldea aire y sol, un trabajo sano y honestos placeres? La vida de los campos no tiene parecido, y tú posees la verdadera dicha; y la prueba está en que los obreros de las ciudades vienen al campo

á regularse, y que los burgueses no tienen más que un sueño: el de retirarse á tu lado, á coger flores, á comer frutas en los árboles y á corretear por los prados. Dí que el dinero es una quimera. Si tu corazón está en paz, tienes hecha tu fortuna.»

Su voz se había alterado, y tuvo que contener la emoción de muchacho sensible que se ha criado en las ciudades y en cuya alma se agitaban ideas de felicidad campestre. Los demás permanecieron silenciosos; las mujeres inclinadas sobre su trabajo y los hombres inmóviles. ¿Es que aquel libro se burlaba de ellos? El dinero era bueno, y ellos morían de miseria. Como aquel silencio, que tenía la pesadez del rencor y del sufrimiento, le molestaba, el joven se permitió una reflexión prudente:

—Acaso iría esto mejor con la instrucción.... Si en otro tiempo se era tan desgraciado, era porque no se sabía nada. Hoy se sabe un poco, y se está menos mal seguramente. Habría que saber de todo y tener escuelas para aprender á cultivar....

Peró Fouan le interrumpió vivamente, como viejo obstinado en la rutina.

—¡Dejadnos en paz con vuestra ciencia! Cuanto más se sabe, más se atrasa, pues ya os he dicho que hace cincuenta años la tierra producía más! Por mucho que se la atormente, jamás dará la maldita más de lo que á ella le dé la gana. Y mirad si el señor Hourdequin no ha gastado dinero en esas nuevas invenciones.... ¡No, no, es una tontería; el campesino siempre será campesino!

Daban las diez, y Rosa se levantó para ir á buscar un puchero de castañas que había dejado

entre las cenizas calientes de la cocina; la cena obligada de la noche de Todos los Santos. Trajo también dos litros de vino blanco, para que la fiesta fuese completa. Desde aquel momento se olvidaron las historias, reinó la alegría, y los dientes y las niñas trabajaron en pelar las humeantes castañas. La Grande se había metido desde luego su parte en el bolsillo, porque comía más despacio. Becú y Jesucristo se las comían sin pelar, echándose las desde lejos en la boca, mientras que Palmira las descortezaba con mucho cuidado. Cuanto á los niños, «hacían bondín»; la Trouille picaba la castaña con los dientes; luego la apretaba para sacar un pedazo, que chupaban en seguida Delfín y Ernesto. Aquello era muy bueno, y Elisa y Francisca se decidieron á hacer otro tanto. Se alimentó la luz una vez más, y se bebió á la buena amistad de todos los presentes. Aumentó el calor, formóse un vapor espeso, y el grillo cantó más fuerte entre las sombras; y para que las vacas tuviesen también su parte en el festín, les dieron las cortezas, que rumiaban con un ruido dulce y regular.

En fin, á las diez y media comenzaron á marcharse. La primera fué Fanny, que se llevó á Ernesto. Luego Becú y Jesucristo salieron disputando, repuestos de su borrachera con el frío del exterior, y se oía á la Trouille y á Delfín, cada uno sosteniendo á su padre, empujándole y llevándole por el camino más derecho, como á un animal que no conoce la cuadra. Cada vez que se abría la puerta, entraba de la calle, blanca de nieve, un viento glacial. Pero la Grande no se apresuraba, arrollándose al cuello su pañuelo y poniéndose

los mitones. No tuvo ni una mirada para Palmira é Hilario, que salieron perezosamente tiritando de frío bajo sus andrajos; marchóse al fin, y entró en la casa que estaba al lado, cerrando violentamente la puerta. No quedaron más que Francisca y Elisa.

— Decid, Caporal — preguntó Fouan — ¿las acompañaréis hasta la granja? Es vuestro camino.

Juan aceptó con un signo, mientras que las dos jóvenes se tapaban la cabeza con sus pañuelos.

Buteau se había levantado, y andaba de un extremo á otro del establo, con el rostro duro y con paso vacilante. No había hablado después de la lectura, como absorto en lo que el libro decía, aquellas historias de la tierra tan rudamente conquistada. ¿Por qué no poseerla toda? Una partición era cosa insoportable. Y había otras cosas además, cosas confusas que se agitaban en su dura inteligencia: cólera, orgullo, la terquedad de no volverse atrás de lo que había dicho, el deseo exasperado queriendo y no queriendo por el temor de ser explotado. Decidióse bruscamente.

— ¡Subo á acostarme; adiós!

— ¡Cómo adiós!

— Sí; me vuelvo á la Chamada antes de que sea de día.... Adiós, por si no os vuelvo á ver.

El padre y la madre se colocaron delante.

— Y bien — preguntó Fouan — ¿aceptas tu parte?

Buteau llegó hasta la puerta, y volviéndose, dijo:

— ¡No!

Estremecióse el viejo. Irgnióse y tuvo un último rasgo de la antigua autoridad.

— Está bien, eres un mal hijo.... Voy á dar sus

partes á tus hermanos y arrendaré la tuya, y cuando muera, me arreglaré de modo que sea para ellos.... ¡No tendrás nada; véte!

Buteau no cambió en su actitud. Rosa intentó ablandarlo.

— ¡Pero si te quiere tanto como á los otros, imbécil!.... Trabajas contra tu vientre. ¡Acepta!

— ¡No!

Y desapareció, subiendo á acostarse.

Ya fuera, Elisa y Francisca, impresionadas por aquella escena, dieron algunos pasos en silencio. Habíanse vuelto á coger por la cintura, y se confundían entre la blancura de la nieve. Juan, que las seguía igualmente silencioso, las oyó llorar y quiso infundirles valor.

— Vaya, reflexionará y dirá que sí mañana.

— ¡Ah! vos no le conocéis — exclamó Elisa. — Se dejará matar antes que ceder.... ¡No, no; esto es cosa concluída!

Luego, con voz desesperada:

— ¿Qué voy yo á hacer con su hijo?

— ¡Diablo! Esperemos á que salga — murmuró Francisca.

Esto les hizo reir. Pero estaban tan tristes, que volvieron á llorar.

Cuando Juan las dejó á su puerta, continuó su camino á través de la llanura. La nieve había cesado, y el cielo se había despejado y cuajado de estrellas, un cielo de helada, de donde bajaba una claridad azulada, de una limpidez de cristal; y en aquel infinito se desarrollaba la Beauce, blanca, llana é inmóvil como un mar de hielo. Del horizonte lejano no venía ni un soplo, y sólo se oía la cadencia de sus zapatones en el endurecido suelo.

Era aquello una calma profunda, la paz soberana del frío. Todo lo que había leído le daba vueltas en la cabeza, y se quitó la gorra para refrescarla, teniendo necesidad de no pensar en nada. La idea de aquella muchacha embarazada y de su hermana fatigábale también. Sus zapatones sonaban siempre. Destacóse del cielo una estrella errante, cruzándolo, silenciosa, con inflamado vuelo.

Allá abajo, la granja de la Borderie desaparecía, marcándose apenas como una mancha en aquella superficie blanca; y así que Juan entró en el atajo, se acordó del campo que había sembrado en aquel sitio algunos días antes: miró hacia la izquierda y lo reconoció bajo aquel sudario que lo cubría. La capa era delgada y de una suavidad y pureza de armiño, dibujando las aristas de los surcos y dejando adivinar los robustos miembros de la tierra. ¡Cómo dormirían las semillas! ¡Qué reposo en aquellos helados flancos hasta que la tibia mañana ó el sol primaveral los despertase á la vida!

---



---

## SEGUNDA PARTE.

---

### I.

Eran las cuatro, y comenzaba á clarear el día con esa luz rosada de las primeras mañanas de Mayo. Bajo el pálido cielo aun dormían las construcciones de la Borderie, medio envueltas en sombras, tres vastas construcciones en los tres lados del inmenso patio cuadrado, la lechería al fondo, las granjas á la derecha, la vaquería, la cuadra y la casa habitada, á la izquierda. Formando el cuarto lado estaba la puerta de los carros, cerrada y sujeta con una barra de hierro. Y sobre el horno un gran gallo cantaba con su chillona nota de clarín. Un segundo gallo contestaba, y luego un tercero. Repitióse el llamamiento, alzándose de granja en granja, de un extremo á otro de la Beauce.

Aquella noche, como casi todas, Hourdequin había venido á buscar á Santiaguilla á su cuarto, la pequeña habitación de criada que le había dejado

Era aquello una calma profunda, la paz soberana del frío. Todo lo que había leído le daba vueltas en la cabeza, y se quitó la gorra para refrescarla, teniendo necesidad de no pensar en nada. La idea de aquella muchacha embarazada y de su hermana fatigábale también. Sus zapatones sonaban siempre. Destacóse del cielo una estrella errante, cruzándolo, silenciosa, con inflamado vuelo.

Allá abajo, la granja de la Borderie desaparecía, marcándose apenas como una mancha en aquella superficie blanca; y así que Juan entró en el atajo, se acordó del campo que había sembrado en aquel sitio algunos días antes: miró hacia la izquierda y lo reconoció bajo aquel sudario que lo cubría. La capa era delgada y de una suavidad y pureza de armiño, dibujando las aristas de los surcos y dejando adivinar los robustos miembros de la tierra. ¡Cómo dormirían las semillas! ¡Qué reposo en aquellos helados flancos hasta que la tibia mañana ó el sol primaveral los despertase á la vida!

---



---

## SEGUNDA PARTE.

---

### I.

Eran las cuatro, y comenzaba á clarear el día con esa luz rosada de las primeras mañanas de Mayo. Bajo el pálido cielo aun dormían las construcciones de la Borderie, medio envueltas en sombras, tres vastas construcciones en los tres lados del inmenso patio cuadrado, la lechería al fondo, las granjas á la derecha, la vaquería, la cuadra y la casa habitada, á la izquierda. Formando el cuarto lado estaba la puerta de los carros, cerrada y sujeta con una barra de hierro. Y sobre el horno un gran gallo cantaba con su chillona nota de clarín. Un segundo gallo contestaba, y luego un tercero. Repitióse el llamamiento, alzándose de granja en granja, de un extremo á otro de la Beauce.

Aquella noche, como casi todas, Hourdequin había venido á buscar á Santiaguilla á su cuarto, la pequeña habitación de criada que le había dejado

embellecer con papeles rameados, cortinas de percal y muebles de encina. A pesar de su poder creciente, se había estrellado contra violentas negativas siempre que había tratado de ocupar con él la alcoba de su difunta mujer, la alcoba conyugal, que defendía por un último respeto. Santiaguilla estaba muy herida, y comprendía que no sería la verdadera ama mientras que no durmiera en la vieja cama de encina, colgada de damasco rojo.

Al amanecer, Santiaguilla se despertó, y se quedó boca arriba con los ojos muy abiertos, mientras que á su lado su amo roncaba todavía. Sus ojos negros erraban soñadores en aquel excitante calor del lecho, y un tiritón hizo estremecer sus desnudeces. Vacilaba, sin embargo; decidióse al fin, echó las piernas por encima de su amo dulcemente, con la camisa remangada, tan ligera, que él no la sintió; y sin ruido, con las manos temblorosas por la fiebre de su brusco desseo, se puso un jubón. Pero como moviese una silla, él abrió á su vez los ojos.

— ¡Calla! ¡ya te vistes!..... ¿A dónde vas?

— Voy á ver cómo anda el pan.

Hourdequin volvió á dormirse, bastezando, asombrado del pretexto, sin acabar de comprender. ¡Vaya una idea! El pan no tenía necesidad de ella á aquella hora. Y se despertó sobresaltado por la aguda punzada de sus sospechas. No viéndola ya allí, aturdido, paseaba sus vagas miradas alrededor de aquel cuarto de criada, donde estaban sus pantuflas y su pipa. ¡Acaso un capricho de aquella perdida por un criado! Necesitó todavía dos minutos antes de serenarse, y vió toda su historia.

Su padre, Isidoro Hourdequin, era el descendiente de una antigua familia de campesinos de Cheyes, afinada y montada á la burguesa en el siglo diez y seis. Todos habían tenido empleos en el fisco: uno diezmero en Chartres; otro interventor en Chateaudun; é Isidoro, huérfano muy pronto, poseía unos sesenta mil francos cuando á los veintiseis años, privado de su plaza por la revolución, tuvo la idea de hacer su fortuna con los robos de aquellos bandidos de republicanos que vendían los bienes nacionales. Conocía admirablemente la comarca, y tanteó, calculó y pagó en fin treinta mil francos, apenas la quinta parte de su valor real, por las ciento cincuenta hectáreas de la Borderie, que era todo lo que quedaba del antiguo dominio de los Rognes-Bouqueral. Ni un campesino se había atrevido á arriesgar sus escudos; sólo los burgueses y los financieros sacaron provecho de la medida revolucionaria. Por lo demás, aquello era sencillamente una especulación, porque Isidoro no pensaba embarazarse con una granja, sino venderla en su precio cuando acabaran aquellos trastornos, quintuplicando así su dinero. Pero llegó el Directorio y la depreciación de la propiedad continuaba: no pudo vender con el beneficio soñado. Su tierra lo tenía cogido, convirtiéndolo en su prisionero, hasta el punto de que no queriendo perder nada de ella, tuvo la idea de cultivarla él mismo, esperando encontrar allí la fortuna. Por aquella época se casó con la hija de un labrador vecino que le aportó cincuenta hectáreas; reunió entonces doscientas, y así fué como aquel burgués salido hacia tres siglos de los campos, volvió á la labranza, pero á la labranza



za en grande, á la aristocracia del suelo que reemplazaba á la antigua omnipotencia feudal.

Alejandro Hourdequin, su hijo único, había nacido en 1804. Comenzó mal sus estudios en el colegio de Chateaudun. La tierra le apasionaba, y prefirió volver á ayudar á su padre, destruyendo un último sueño de éste, que, ante la lentitud de la fortuna, hubiera querido venderlo todo y lanzar á su hijo á cualquier profesión liberal. Tenía el joven veintisiete años cuando, muerto su padre, quedó dueño de la Borderie. Era partidario de los métodos nuevos; su primer cuidado, al casarse, fué buscar, no la felicidad, sino el dinero, porque según él, había necesidad de capital para que la granja prosperase; y encontró la dote deseada, una suma de cincuenta mil francos, que le trajo una hermana del notario Baillehache, una solterona, cinco años mayor que él, muy fea, pero dulce. Entonces comenzó entre él y sus doscientas hectáreas una larga lucha, prudente al principio, poco á poco acalorada por los descontentos; lucha de todas las estaciones, de todos los días, que sin enriquecerlo le permitió llevar una vida desahogada de hombre sanguíneo decidido á no contrariar jamás sus apetitos.

Durante algunos años todo fué muy bien. Su mujer le había dado dos hijos: un varón que por odio á la labranza había sentado plaza y había llegado á capitán en Solferino, y una hija delicada y encantadora, su niña mimada, la heredera de la Borderie, puesto que su ingrato hijo corría por esos mundos. Perdió á su mujer, y dos meses después moría su hija. Aquel fué un golpe terrible. El capitán no iba á la Borderie más que una vez

al año, y el padre se encontró de pronto solo, con el porvenir cerrado, sin valor para trabajar más para los suyos. Pero si la herida sangraba en el fondo, él permanecía erguido, violento y autoritario. Delante de los campesinos que se reían de sus máquinas y que deseaban la ruina de aquel burgnés bastante atrevido para emprender su oficio, él se obstinó. ¿Y qué hacer, por otra parte? Cada día que pasaba era más prisionero de su tierra: acumulado todo el trabajo y comprometido todo el capital, lo encerraban más cada día, sin dejarle otra salida que un desastre.

Hourdequin, ancho de hombros, con su rostro de un encarnado subido, no conservando de su afinamiento burgnés más que sus manos pequeñas, había sido siempre un macho despótico para sus criadas. Antes, en tiempo de su mujer, caían todas, y esto naturalmente, como cosa debida. Si las hijas de los campesinos pobres que van á coser se salvan algunas veces, ninguna de las que sirven en las granjas evita al hombre, á los criados ó al amo.

Todavía vivía la señora Hourdequin cuando Santiaguilla entró en la Borderie por caridad: el tío Cognet, un viejo borracho, la mataba á golpes, y ella estaba tan seca, tan delgaducha, que se le veían los huesos á través de la piel; y parecía tan fea, que los pilluelos se burlaban de ella. No se la habría echado doce años, aunque tenía ya cerca de diez y ocho. Ayudaba á la criada, ocupábasela en bajas faenas, en fregar la vajilla, en los trabajos de corral, en la limpieza de los animales. Sin embargo, después de la muerte de su ama pareció asearse algo. Todos los criados la

tumbaban en los montones de paja; no venía á la granja un hombre que no pasara por encima de su cuerpo; y un día que ella le acompañaba á la cueva, el amo, desdeñoso hasta entonces, quiso también gustar aquella porquería; pero ella se defendió furiosamente, y le arañó y le mordió tan bien, que se vió obligado á dejarla. Desde aquel momento estaba hecha su fortuna. Resistióse durante seis meses, y se fué entregando poco á poco. Del corral saltó á la cocina; luego trajo una chiquela para que la ayudara; después, convertida en señora, tuvo una criada para servirse. Ahora, de la antigua muchacha sucia y fea, había salido una morena de aire fino y lucido, que tenía el pecho duro, los miembros elásticos y fuertes. Era de una coquetería despilfarradora, y se llenaba constantemente de perfumes. Las gentes de Rognes, los labradores de las cercanías estaban muy asombrados de aquella aventura: ¿era posible que un rico se hubiera encaprichado de aquella chiquela ni bella ni gruesa, de la Cognette, en fin, de la hija de Cagnet, aquella zarrapastrosa, á la que hacía veinte años se la veía arrastrarse por los caminos? Y los campesinos no comprendían que aquello era su venganza, la revancha de la aldea contra la granja, del miserable siervo de la gleba contra el burgués enriquecido, convertido en gran propietario.

Hourdequin, en la crisis de sus cincuenta y cinco años, se acoquinaba, dominado más por la carne, con la necesidad física de Santiaguilla, como se tiene necesidad del pan y del agua. Cuando quería ser amable, enlazábalo con una caricia de gato, con una desvergüenza sin escrúpulos, tal

como no tienen las mujeres públicas; y en aquellas horas él se humillaba y la suplicaba que se quedase, después de los disgustos, de las terribles violencias de la voluntad, durante las cuales la amenazaba con echarla á puntapiés.

Todavía la víspera había tenido que abofetearla, después de una escena que ella le hizo para acostarse en la cama en que había muerto su mujer; y toda la noche se le había negado ella, volviéndole la espalda siempre que él se le acercaba; porque si continuaba dándose el regalo de los mozos de la granja, lo ponía á ración á él y lo martirizaba con abstinencias, á fin de aumentar su poder. Así, aquella mañana, en aquella alcoba, en aquella cama deshecha donde todavía la respiraba, llenóse de cólera y de deseos. Hacía mucho tiempo que espiaba sus continuas traiciones. Levantóse de un salto, gritando:

—¡Ah, cochina, si te cojo!

Vistióse vivamente y bajó.

Santiaguilla atravesó la casa silenciosa, iluminada apenas por la primera luz del alba. Cuando atravesaba el corral, tuvo un movimiento de retroceso al ver al pastor, al viejo Soulas, que ya se había levantado. Pero sus deseos eran tan fuertes, que siguió adelante. ¡Tanto peor! Evitó la cuadra donde dormían cuatro carreteros de la granja, y fué hasta el fondo, donde dormía Juan: allí no había más que paja y una manta. Y abrazándolo sin despertarlo, le cerró la boca con un beso para ahogar su grito de sorpresa, temblorosa, sofocada, diciendo en voz muy baja:

—Soy yo, gran animal. No tengas miedo.....  
¡Pronto, pronto, despachemos!

Pero él se asustó y no quiso nunca pasar adelante en aquel sitio, en su cama, temiendo que los sorprendieran. Allí cerca estaba la escalera del pajar, y subieron á él, dejando la trampa abierta, y se tumbaron sobre la paja.

—¡Oh, gran animal, gran animal!—repetía Santiaguilla, ansiosa, enronquecida.

Hacia cerca de dos años que Juan Macquart se encontraba en la granja. Al salir del servicio había ido á parar á Bazoches-le-Doyen con un camarada de su oficio, y había emprendido el trabajo en casa del padre de este último, pequeño contratista de aldea, que ocupaba dos ó tres obreros; pero no se sentía con ganas de trabajar, después de los siete años de servicio que lo habían convertido en otro hombre. Ya en otro tiempo, en Plasans, andaba por los bosques, sin facilidad para aprender, sabiendo apenas leer, escribir y contar, muy reflexivo sin embargo, muy laborioso, queriendo crearse una posición independiente fuera de su familia. El viejo Macquart lo tenía en una sujeción de muchacha; le pegaba delante de sus novias é iba todos los sábados á la puerta de su taller á cogerle el jornal. Así, cuando los golpes y las fatigas mataron á la madre, siguió el ejemplo de su hermana Gervasia, que se había escapado á París con un amante; se fugó para no mantener á su padre. Y ahora no se reconocía, no porque se hubiera hecho perezoso, sino porque el regimiento le había trastornado la cabeza: la política, por ejemplo, que le aburría antes, hoy le preocupaba, haciéndole razonar sobre la igualdad y la fraternidad. Luego, aquellas costumbres de paseos, las centinelas rudas y ociosas, la vida soñolienta de los

cuarteles, el salvajismo de la guerra.... Entonces las herramientas se le caían de las manos, pensaba en su campaña de Italia, y una gran necesidad de reposo le invadía, dándole ganas de pasar la vida tendido sobre la hierba.

Una mañana su maestro le envió á la Borderie para hacer unas reparaciones. Había allí un mes de trabajo, puertas, ventanas que componer por todas partes. El, muy contento, alargó el trabajo á seis semanas. Entretanto murió su maestro, y el hijo, que se había casado, fué á establecerse al país de su mujer. Quedándose en la Borderie, donde todos los días se descubrían maderas que reemplazar, el carpintero hizo algunos trabajos por su cuenta; luego, como comenzaba la recolección, se quedó seis semanas más; de suerte que ante su buena voluntad, viéndole tan aficionado al cultivo, el dueño de la granja lo conservó consigo. En menos de un año el antiguo obrero hizo un buen mozo de labranza, labrando, sembrando, dichoso con aquella paz de la tierra, que parecía satisfacer al fin su deseo de calma. Ya se había concluido aquello de aserrar y cepillar, ¡interesábase en algo nuevo! Parecía nacido para los campos, con su calma, su amor al trabajo metódico, aquel temperamento de buey de labranza, heredado de su madre. Quedó encantado y disfrutó aquel campo que no ven jamás los campesinos, y lo disfrutó con restos de lecturas sentimentales, de ideas de sencillez, de virtud, de perfecta dicha, tales como se encuentran en los cuentos de hadas.

A decir verdad, otra causa le había retenido con gusto en la granja. En el tiempo en que componía las puertas, la Cognette había ve-ni-

do á tumbarse entre sus virtus. Ella fué realmente quien lo sedujo, atraída por los miembros fuertes de aquel robusto muchacho, cuyo rostro regular anunciaba un macho sólido. Él cedió, y después volvió á comenzar, temiendo pasar por un imbécil, atormentado, por otra parte, por la necesidad de aquella viciosa que sabía cómo se excita á los hombres. En el fondo protestaba su honradez nativa. Estaba mal hecho aquello de andar liado con la amiga del señor Hourdequin, á quien estaba agradecido. Sin duda dábale razones: ella no era la mujer del amo, sólo su querida; y además, puesto que ella lo engañaba por todos los rincones, tanto valía disfrutar él mismo el placer como dejarlo á los otros. Pero estas excusas no impedían que aumentara su malestar á medida que veía al dueño de la granja más enamorado. Ciertamente aquello acabaría mal.

Juan y Santiaguilla abogaban su aliento entre la paja, cuando él oyó crujir la escalera. De un salto se puso en pie, y á riesgo de matarse se dejó caer por el agujero que servía para echar la paja. Precisamente en aquel momento aparecía la cabeza de Hourdequin, que vió con la misma mirada al hombre que huía y el vientre de la mujer, todavía jadeante y con las piernas al aire. Apoderóse de él tal cólera, que no se le ocurrió la idea de reconocer al galán, y de una bofetada tiró por tierra á Santiaguilla que ya se había puesto de rodillas.

—¡Ah, puta!

Ella se levantó y negó la evidencia con un grito salvaje.

Y él se empeñaba en destrozar á puntapiés

aquel vientre que había visto, aquella desnudez de bestia en celo.

—¡Yo lo he visto.....! Dí que es verdad, ó te mato.

—No, no, no es verdad.

Luego, cuando ya estuvo en pie, con las ropas algo en orden, púsose insolente, provocativa, decidida á jugarlo todo.

—Y por lo demás, ¿qué te importa? ¿Soy yo acaso tú mujer.....? Puesto que no quieres que duerma en tu cama, soy libre de ir á acostarme donde me dé la gana.

Hizo un arrullo de paloma, como una burla lasciva.

—Vamos, quitate de ahí que baje..... Me iré esta noche.

—En seguida.

—No, esta noche..... Hay que reflexionar.

Hourdequin quedó tembloroso, fuera de sí, no sabiendo sobre quién descargar su cólera. Si ya no tenía valor para echarla inmediatamente á la calle, ¿con qué alegría habría pateado al galán! ¿Pero dónde encontrarle ahora? Había subido en derechura al pajar, guiado por las puertas abiertas, sin mirar las camas, y cuando bajó, los cuatro carreteros se vestían, así como Juan. ¿Cuál de los cinco? Acaso lo mismo uno que otro; acaso los cinco habrían desfilado uno detrás de otro. Esperaba, sin embargo, que se vendiera el que había sido: dió sus órdenes para la mañana; no envió á nadie á los campos y no salió él mismo, apretando los puños, volviéndose hacia la granja con miradas oblicuas y sintiendo el deseo de patear á alguno.

Después del desayuno de las siete, la revista

airada del amo hizo temblar la casa. En la Borderie había cinco carreteros para cinco carretas, tres mozos, dos vaqueros, un pastor y un porquero, en junto doce criados, sin contar la criada. En la cocina apostrofó á esta última porque no había colgado las palas del horno. Después dió vueltas por las dos granjas, buscando querella con los mozos, que, según decía, destrozaban la paja. De allí se fué á la vaquería, sintiendo encontrar las treinta vacas en buen estado y todo oreado. No sabía con qué pretexto caer sobre los vaqueros, cuando al echar una ojeada hacia afuera, á las cisternas, de las cuales también estaban encargados, advirtió que una de las cañerías estaba obstruida por un nido de gorriones. Como en todas las granjas de la Beauce, las aguas de lluvia de los tejados eran cuidadosamente recogidas y conducidas con ayuda de un complicado sistema de goteras. Preguntó brutalmente que cómo estaba aquello allí. Pero la tempestad estalló al fin sobre los carreteros. Aunque los quince caballos tuviesen buena cama, empezó á gritar que era una porquería abandonarlos en aquella podredumbre. Después, avergonzado de su injusticia, exasperado más cada vez, como visitase los sitios donde se encerraban las herramientas, quedó encantado al ver un arado que tenía rota la esteva. Entonces estalló. ¿Es que aquellos cinco holgazanes se divertían rompiéndole su material? Ya les ajustaría la cuenta á los cinco, sí, á los cinco, para que ninguno tuviera nada que envidiar á los otros. Mientras que los injuriaba, sus ojos inflamados espían una pérdida de color, un estremecimiento que denunciara al traidor. Ninguno se

movió, y tuvo que dejarlos con un gesto desolado.

Al terminar su inspección por la lechería, Hourdequin tuvo la idea de interrogar al pastor Soulas. Aquel viejo de sesenta y cinco años estaba en la granja hacía medio siglo y no había podido ahorrar nada, arruinado por su mujer, una borracha á la que acababa de tener la satisfacción de enterrar. Temblaba ante la idea de que su edad hiciese que lo despidieran, y se esforzaba por economizar algo para su vejez. Acaso le ayudaría el amo; pero ¿no podía morir antes el amo? ¿Acaso daban ellos algo para el tabaco y el trago? Por lo demás, se había creado una enemiga en Santiaguilla, á la que odiaba con un odio de antiguo servidor celoso, indignado por la rápida fortuna de una advenediza. Cuando ella le mandaba algo, la idea de que la había visto vestida de andrajos lo ponía fuera de sí. Ella le habría seguramente despedido, si hubiera creído que podía hacerlo; y esto le hacía prudente, queriendo conservar su plaza, y evitaba todo conflicto, por seguro que estuviera del apoyo del amo.

La lechería, en el fondo del corral, ocupaba una de las construcciones, una galería de ochenta metros, donde los ochocientos carneros de la granja no estaban separados más que por vallas: aquí las madres en diversos grupos; allá los machos; más lejos los corderillos. Á los dos meses se castraba á los machos y los vendían, mientras que conservaban á las hembras para renovar las madres, de las cuales vendíanse todos los años las más viejas; y los corderos cubrían á las más jóvenes, en épocas fijas, soberbios con su aire estúpido y dulce y su cabezota de hombre de pasio-

nes. Cuando se entraba en la lechería, un fuerte olor sofocaba, las exhalaciones amoniacales del estercolero, de la paja vieja. Había allí, sin embargo, aire que penetraba por ambas ventanas, y el suelo del pajar que había encima estaba hecho de tablas móviles que se quitaban en parte á medida que disminuía la provisión de forrajes. Se decía que aquel calor vivo, aquella capa en fermentación, blanda y cálida era necesaria para los carneros.

Hourdequin, al empujar una de las puertas, apercibió á Santiaguilla que se escapaba por otra. También ella había pensado en Soulas, inquieta, segura de haber sido vista con Juan; pero el viejo había permanecido impassible, sin parecer comprender por qué ella se ponía tan amable, contra su costumbre. La vista de la joven saliendo de la lechería, adonde jamás iba, aumentó la incertidumbre del dueño de la granja.

—Y bien, tío Soulas—preguntó—¿hay algo de nuevo esta mañana?

El pastor, muy alto, muy delgado, con su largo rostro lleno de pliegues, respondió lentamente:

—No, señor Hourdequin, nada, sino que los esquiladores llegan y quieren ponerse en segnida á trabajar.

El amo habló un momento, para no aparecer que preguntaba. Los carneros alimentados allí desde las primeras heladas de Noviembre iban á salir bien pronto, hacia mediados de Mayo, cuando se les pudiera llevar á los prados. Las vacas no podían ser llevadas á pastar hasta después de la siega. Aquella Beauce tan seca, desprovista de hierbas naturales, daba buena carne, sin embargo;

y fuera rutina ó pereza, no se conocía allí la cría del buey. Cada granja no engordaba más que cinco ó seis cerdos para su consumo.

Con su mano abrasada Hourdequin acariciaba á algunos corderillos que habían acudido con la cabeza levantada enseñando sus ojos dulces, mientras que la masa de ellos se apretaba, balando, contra las vallas.

—¿De modo, tío Soulas, que no habéis visto nada esta mañana?—volvió á preguntar mirándole fijamente á los ojos.

El viejo había visto; pero ¿á qué hablar? Su difunta le había enseñado lo viciosas que eran las mujeres y lo tontos que eran los hombres. Acaso la Cognette, aun vencida, seguiría siendo la más fuerte y entonces sería él quien cayera, para desbarazarse de un testigo que estorbaba.

—Nada he visto, nada absolutamente—repitió.

Cuando Hourdequin volvió á atravesar el corral, notó que Santiaguilla se había quedado allí, nerviosa, escuchando, con el temor de lo que se pudiera decir en la lechería. Afectaba ocuparse de las aves, los seiscientos pollos, gansos y pichones que revoloteaban con un ruido infernal; y hasta para calmar sus nervios se entretenía en dar algunos maufones al pequeño porquero, que había vertido un cubo de agua que llevaba á los cerdos. Pero una ojeada que echó á su amo la tranquilizó: no sabía nada, el viejo no había hablado. Su insolencia creció.

Así, durante el almuerzo, mostróse de una alegría provocativa. Aun no habían comenzado los grandes trabajos, y todavía no hacía más que cuatro comidas, la sopa en leche de las siete, el asado

á medio día, el pan y queso á las cuatro y la sopa por la noche. Se comía en la cocina, una vasta pieza donde había una mesa muy larga, flanqueada con dos bancos. El progreso no estaba representado más que en una hornilla de hierro que ocupaba un lado. En el fondo abríase la boca negra del horno y lucían las cacerolas, y á lo largo de los muros ahumados alineábanse antiguos utensilios en buen orden. Como la criada, una fea muchachona, había cocido por la mañana, salía del horno un buen olor á pan caliente.

—¿Qué, tenéis malo el estómago?—preguntó atrevidamente Santiaguilla á Hourdequin, que entró el último.

Desde la muerte de su mujer y de su hija, para no comer solo, sentábase á la mesa con sus criados como en tiempos antiguos; poníase á un extremo, mientras que la criada-ama se ponía al otro. Reuníanse catorce y servía la criada.

Así que el amo se hubo sentado sin contestar, la Cognette habló de hacer el asado, que se componía de pedazos de pan tostado machacados en una sopera y rociados con vino azucarado con melaza. Pidió un cucharón y afectó querer divertir á los hombres diciendo bromas que les hacían soltar la carejada. Cada una de sus frases tenía doble sentido, dejando entender que se iba por la noche. El pastor comía con su aire estúpido, mientras que el amo, impasible, parecía no comprender tampoco. Juan, para no venderse, se veía obligado á reír con los demás, á pesar de su disgusto, porque decididamente él no encontraba que su conducta fuese muy honrada.

Después del almuerzo Hourdequin dió sus ór-

denes para la tarde. Había que terminar fuera algunos trabajos insignificantes. Retuvo consigo dos hombres, Juan y otro, para que limpiaran el pajar. Y él mismo, muy decaído ahora, con las orejas encendidas por la reacción sanguínea, sintiéndose mal, se puso á dar vueltas sin saber con qué ocupación matar su pena. Los esquiladores se habían instalado en un ángulo del corral, y se puso delante de ellos á mirarlos.

Eran cinco mozos enflaquecidos y amarillentos, con sus grandes tijeras de luciente acero. El pastor les pasaba las ovejas, que colocaba en el suelo con las patas atadas y sin que pudieran hacer otro movimiento que levantar la cabeza balando. Y cuando uno de los esquiladores cogía una, ésta se callaba, se abandonaba y se encogía, entorpecida por su espesa zamarra, que el sudor y el polvo había convertido en una negra coraza. Luego, de entre las puntas de las tijeras, el animal salía como una mano desnuda de un guante obscuro, sourosada y fresca, en la dorada nieve de la lana interior. Oprimida entre las piernas de un esquilador, una madre, tendida patas arriba, con la cabeza levantada y derecha, mostraba su vientre que tenía la blancura oculta, la piel temblorosa de una persona que se desnuda. Los esquiladores ganaban tres sueldos por oveja, y uno que trabajara bien podía esquilarse veinte al día.

Hourdequin, absorto, pensaba en que la lana había bajado á ocho sueldos la libra, y había que apresurarse á venderla para que no se secase y pesase menos. El año anterior una enfermedad había diezclado los rebaños de la Beauce. Todo iba de mal en peor; aquello era la ruina, la quie-

bra de la tierra, desde que la baja de los granos se acentuaba de mes en mes. Y sumido en sus preocupaciones de agricultor, ahogándose en el corral, salió de la granja y fué á dar un vistazo á sus campos. Siempre acababan así sus disputas con la Cognette: después de haber jurado y apretado los puños, abandonaba la plaza, oprimido por un sufrimiento que sólo calmaba la vista de sus mieses desarrollando su verdura hasta el infinito.

¡Ah, aquella tierra, cómo había acabado por amarla! y con una pasión donde no entraba la áspere avaricia del campesino, con una pasión sentimental, casi intelectual, porque él la consideraba la madre común que le había dado su vida, su sustancia, y á la cual volvería. Al principio, en su juventud, criado en ella, su aborrecimiento al colegio, su deseo de quemar los libros y de permanecer en la granja, no procedían más que de sus costumbres de libertad, de las carreras á caballo á través de los campos. Más tarde, cuando heredó á su padre, amóla como enamorado, y su amor había madurado y como si la hubiera tomado en legítimo matrimonio para fecundarla. Y aquella ternura aumentaba á medida que él le daba su tiempo, su dinero, su vida entera, como á una mujer buena y fecunda, de la cual excusaba los caprichos y hasta las traiciones. Incomodábase algunas veces cuando ella se mostraba muy húmeda ó muy seca y se comía las semillas sin dar cosechas; después dudaba y llegaba hasta acusarse de macho impotente ó torpe; la falta debía ser suya si no sabía hacer un hijo. Desde aquella época le atraían los nuevos métodos, lanzándose á todas las innovaciones, con el sentimiento de ha-

ber perdido el tiempo en el colegio y de no haber estudiado en una de aquellas escuelas de agricultura de que él y su padre se burlaban. ¡Qué de tentativas inútiles, de experiencias incompletas, y cuántas máquinas destrozaban sus servidores! Había consumido en ello su fortuna; la Borderie le producía apenas el pan que comía, esperando que la crisis agrícola consumiese la ruina. ¡No importa! Seguiría siendo el prisionero de su tierra, y en ella enterraría sus huesos, habiéndola conservado como mujer hasta el fin.

Aquel día, así que estuvo fuera, acordóse de su hijo el capitán. ¡Entre los dos habrían hecho tan buenos trabajos! Pero descartó el recuerdo de aquel imbécil que prefería arrastrar un sable. No tenía más hijos, y moriría solitario. Luego le acudió la idea de sus vecinos, los Coquart sobre todo, propietarios que cultivaban ellos mismos su granja de San Justo, el padre, la madre, tres hijos y dos hijas, y apenas si podían salir adelante. En la Chamade, el propietario á fin de cuentas salía lo mismo. Todo estaba muy malo, y había que trabajar y no quejarse. Poco á poco, por lo demás, fué penetrándole una dulzura que se desprendía de aquellos campos verdes que atravesaba. Las ligeras lluvias de Abril habían dado muy buen aspecto á los prados. Encantóle el encarnado trébol y olvidó lo demás. Ahora atajaba por los sembrados para echar una ojeada á sus trabajadores; la tierra se pegaba á sus pies, sentíala grasa, fértil, como si hubiera querido retenerle con un abrazo; y volvía á cogerlo por completo, y volvía á encontrar en sí la virilidad de los treinta años, la fuerza y la alegría. ¿Había otras mujeres que ella? ¿Po-



día comparársela cualquiera Cognette, plato donde todos comen y con la que hay que contentarse? Una excusa tan concluyente á su cobarde necesidad de aquella perdida acabó de trastornarle. Anduvo durante tres horas, bromeó con una muchacha, precisamente la criada de los Coquart, que volvía de Cloyes en un borrico, enseñando sus piernas.

Cuando Hourdequin volvió á la Borderie, apercibió á Santiaguilla en el corral despidiéndose de los gatos de la granja. Había de ellos una banda, doce, quince, veinte, jamás se sabía cuántos; porque las gatas ocultábanse en agujeros de paja desconocidos y reaparecían con cinco ó seis pequeños. En seguida se aproximó á los cabiles del Emperador y de Matanza, los dos perros del pastor; pero le gruñeron porque la aborrecían.

La comida, á pesar de las despedidas á los animales, fué como todos los días. El amo comía, hablaba, con su aire acostumbrado. Concluyó el día, y nadie se marchó. Todos se fueron á dormir, y las sombras envolvieron á la silenciosa granja.

Y aquella misma noche Santiaguilla durmió en la alcoba de la difunta señora Hourdequin; aquella hermosa alcoba con su gran cama y sus colgaduras de damasco rojo. Había allí también un armario, un velador y un gran sillón; y encima de una cómoda medallas obtenidas por el dueño de la granja en las exposiciones agrícolas lucían colocadas en marcos con cristales. Cuando la Cognette subió en camisa al lecho conyugal, tendióse en él y extendió los brazos y las piernas para cogerlo todo, riendo con su risa de tortolilla.

Juan, al día siguiente, como ella le saltase á

los hombros, la rechazó. Desde el momento en que aquello se ponía serio, él ya no quería mas

## II.

Algunos días después, una noche, Juan volvía á pie de Cloyes, cuando dos kilómetros antes de Ragnes asombróle el aspecto de un carricoche de campesino que volvía delante de él. Parecía vacío, no había nadie en el pescante, y el caballo, abandonado, volvía á su cuadra muy despacio y como animal que conoce su camino. Así el joven lo cogió pronto. Lo detuvo y se alzó sobre las puntas de los pies para mirar dentro; en el fondo iba un viejo de sesenta años, pequeño y grueso; tendido de través y con el rostro tan rojo que parecía negro.

Fué tal su sorpresa, que Juan se puso á hablar alto.

—¡Eh, buen hombre!... ¿Es que duerme? ¿Va berracho?.... ¡Calle, es el viejo Mouche, el padre de las de allá abajo! Creo ¡por Dios! que está muerto. ¡Buen negocio!

Pero aunque herido por una apoplejía, Mouche respiraba todavía con un ronquido penoso. Juan entonces, después de haberle levantado la cabeza, se sentó en el pescante y fastigó el caballo por miedo que el moribundo no se le quedase entre las manos.

Cuando desembocó en la plaza de la iglesia, apercibió justamente á Francisca de pie delante su puerta. La vista del joven en su carruaje guiando á Coco la dejó estupefacta.

día comparársela cualquiera Cognette, plato donde todos comen y con la que hay que contentarse? Una excusa tan concluyente á su cobarde necesidad de aquella perdida acabó de trastornarle. Anduvo durante tres horas, bromeó con una muchacha, precisamente la criada de los Coquart, que volvía de Cloyes en un borrico, enseñando sus piernas.

Cuando Hourdequin volvió á la Borderie, percibió á Santiaguilla en el corral despidiéndose de los gatos de la granja. Había de ellos una banda, doce, quince, veinte, jamás se sabía cuántos; porque las gatas ocultábanse en agujeros de paja desconocidos y reaparecían con cinco ó seis pequeños. En seguida se aproximó á los cabiles del Emperador y de Matanza, los dos perros del pastor; pero le gruñeron porque la aborrecían.

La comida, á pesar de las despedidas á los animales, fué como todos los días. El amo comía, hablaba, con su aire acostumbrado. Concluyó el día, y nadie se marchó. Todos se fueron á dormir, y las sombras envolvieron á la silenciosa granja.

Y aquella misma noche Santiaguilla durmió en la alcoba de la difunta señora Hourdequin; aquella hermosa alcoba con su gran cama y sus colgaduras de damasco rojo. Había allí también un armario, un velador y un gran sillón; y encima de una cómoda medallas obtenidas por el dueño de la granja en las exposiciones agrícolas lucían colocadas en marcos con cristales. Cuando la Cognette subió en camisa al lecho conyugal, tendióse en él y extendió los brazos y las piernas para cogerlo todo, riendo con su risa de tortolilla.

Juan, al día siguiente, como ella le saltase á

los hombros, la rechazó. Desde el momento en que aquello se ponía serio, él ya no quería mas

## II.

Algunos días después, una noche, Juan volvía á pie de Cloyes, cuando dos kilómetros antes de Ragnes asombróle el aspecto de un carricoche de campesino que volvía delante de él. Parecía vacío, no había nadie en el pescante, y el caballo, abandonado, volvía á su cuadra muy despacio y como animal que conoce su camino. Así el joven lo cogió pronto. Lo detuvo y se alzó sobre las puntas de los pies para mirar dentro; en el fondo iba un viejo de sesenta años, pequeño y grueso; tendido de través y con el rostro tan rojo que parecía negro.

Fué tal su sorpresa, que Juan se puso á hablar alto.

—¡Eh, buen hombre!... ¿Es que duerme? ¿Va berracho?.... ¡Calle, es el viejo Mouche, el padre de las de allá abajo! Creo ¡por Dios! que está muerto. ¡Buen negocio!

Pero aunque herido por una apoplejía, Mouche respiraba todavía con un ronquido penoso. Juan entonces, después de haberle levantado la cabeza, se sentó en el pescante y fastigó el caballo por miedo que el moribundo no se le quedase entre las manos.

Cuando desembocó en la plaza de la iglesia, percibió justamente á Francisca de pie delante su puerta. La vista del joven en su carruaje guiando á Coco la dejó estupefacta.

—¿Qué pasa?—preguntó.

—Que tu padre está malo.

—¿Dónde?

—Aquí. ¡Mira!

Subió sobre una rueda y miró. Por un instante permaneció atontada, sin parecer comprender, ante aquel rostro violáceo, una de cuyas mitades estaba contraída como estirada de arriba abajo. Caía la noche, y una nube que enrojecía el cielo iluminaba al moribundo con un reflejo de incendio.

Luego de pronto rompió en sollozos, y echó á correr para prevenir á su hermana.

—¡Elisa! ¡Elisa! ¡Ah, Dios mío!

Al quedarse solo, Juan vaciló. Sin embargo, no era cosa de dejar al viejo tirado en el fondo del carro. La casa estaba en hondo, y para bajar á ella desde la calle era necesario franquear tres escalones; una bajada á aquel agujero no le parecía cosa cómoda. En seguida recordó que por la otra parte, por el lado de la carretera, estaba la puerta del corral que se hallaba á nivel del piso. El corral, que era bastante grande, se hallaba cerrado por una valla de zarzales; el agua sucia de una alberca ocupaba sus dos terceras partes, y la otra estaba sembrada de hortalizas y tal cual árbol frutal. Entonces soltó á Coco, que él solo entró en la casa y se detuvo á la puerta de la cuadra, contigua al establo donde estaban las dos vacas.

En aquel momento Francisca y Elisa chillando y llorando acudían presurosas. Esta última, que había parido cuatro meses antes, sorprendida en el momento de estar dando de mamar al pequeño, lo llevaba en brazos, y también él chillaba hasta

desgañitarse. Francisca se subió á una rueda, Elisa montó sobre la otra, y sus lamentos fueron desgarradores; entretanto el tío Mouche, echado en el carro, seguía respirando fatigosamente.

—¡Papá, responde, di!..... ¿Qué tienes? ¿Qué tienes, Dios mío!..... ¡Ah, Dios! ¡Ah, Dios mío! ¿Tienes algo en la cabeza, puesto que no puedes ni siquiera hablar? ¡Papá, papá.... di, responde!

—Bajad, es mejor sacarlo de ahí—observó Juan prudentemente.

Ellas no le ayudaban, sino que gritaban más fuerte. Felizmente una vecina, la Primat, atraída por el ruido y las voces, apareció al fin. Era una vieja, alta, seca, huesosa, que desde hacía dos años cuidaba á su marido paralítico, y que lo hacía vivir, labrando ella misma, con una constancia de una mula de labor, la sola tahulla de tierra que poseían. No se turbó; parecía considerar la aventura como una cosa natural, y como si fuese un hombre, ayudó á Juan. Este cogió á Mouche por los hombros y tiró de él hasta que la Primat pudo cogerlo por los pies. Entonces se lo llevaron y entraron con él en la casa.

—¿Dónde le ponemos?—preguntó la vieja.

Las dos hijas les seguían con la cabeza perdida y sin saber qué hacer ni qué pedir. Su padre ocupaba en el piso de arriba un cuartito que había encima del granero, y no era posible subirlo hasta allí. Abajo estaba la cocina y una sala grande con dos camas que les había cedido. En la cocina estaba completamente obscuro; el joven y la vieja esperaban con los brazos destrozados por el peso, sin atreverse á avanzar temerosos de tropezar contra algún mueble.

—¡Vamos, hay que decidirse!

Francisca por fin encendió una vela. Y en aquel momento entró la mujer de Becú, la del guarda de campo, avisada sin duda por su olfato, por esa fuerza secreta que en un minuto lleva una noticia de un extremo á otro de un pueblo.

—¡Eh! ¿qué tiene el pobre?.... ¡Ah! ya lo veo.... La sangre se le ha removido dentro del cuerpo.... ¡Pronto, sentarlo en una silla!

Pero la Frimat fué de opinión contraria. ¿Cómo iban á sentar á un hombre que no podía tenerse? Lo mejor era echarlo en la cama de una de sus hijas. Y la discusión se agriaba cuando entraron Fanny y Ernesto; ella había sabido la noticia en casa de Macqueron, donde había entrado á comprar cebollas, y se apresuraba á ir á ver, llena de cuidado por sus primas.

—Tal vez—declaró—será bueno sentarlo para que la sangre corra.

Entonces Monche fué colocado en una silla junto á la mesa, donde ardía una vela. La barba se le cayó sobre el pecho, y sus brazos y sus piernas quedaron inertes. El ojo izquierdo lo había abierto á consecuencia de la tirantez de ese lado de la cara, y por la boca torcida se escapaba su agitada respiración. Hubo un momento de silencio; la muerte iba invadiendo aquella habitación húmeda, de suelo terrizo, de paredes desconchadas, adornadas solamente por una chimenea inmensa y ennegrecida.

Juan seguía esperando sin saber qué hacer, en tanto que las dos hijas y las tres mujeres con las manos cruzadas contemplaban al viejo.

—Iré á buscar al médico—dijo el joven.

La Becú meneó la cabeza y ninguna de las otras respondió. Si aquello no era nada, ¿por qué gastar el dinero de una visita de médico? Y si era el final, ¿de qué habian de servir los cuidados del doctor?

—Lo que es bueno es la untura que yo tengo—dijo la Frimat.

—Yo—murmuró Fanny—tengo aguardiente alcanforado.

—También es bueno—declaró la Becú.

Elisa y Francisca, atentadas, escuchaban sin decidirse á nada, la una meciendo en sus brazos á Julio, su chiquillo, la otra con una taza llena de agua en la mano, habiendo intentado inútilmente que su padre bebiese. Y Fanny entonces dió un empujón á Ernesto, que se había quedado absorto ante la mueca horrible del moribundo.

—Echa á correr á casa y di que te den el frasco del aguardiente alcanforado que está en una tabla del armario, á la izquierda.... ¿Oyes?.... En el armario, á la izquierda.... Y pasa por casa del abuelo Fouan, por casa de tu tía la Grande, y díles que el tío Monche está muy malo.... ¡Corre, corre, hombre!

Quando el chiquelo hubo desaparecido, las mujeres continuaron discutiendo el caso. La Becú conocía á un señor á quien habían salvado haciéndole cosquillas en las plantas de los pies durante tres horas. La Frimat, recordando que le quedaba un poco de tila de los dos sueldos que compró el año anterior para su marido, se fué á buscarla, y poco después volvía con un saquillo; Elisa estaba encendiendo lumbre después de haberle dado á Francisca su hijo, cuando apareció Ernesto.

El abuelo Fouan estaba acostado.... La Grande había dicho que si el tío Mouche no hubiese bebido tanto, no le dolería el corazón....

Pero Fanny examinaba la botella que el chiquillo le daba, y exclamó:

—Imbécil, ¡te dije que á la izquierda!.... Me traes el agua de Colonia.

—También es buena—repitió la Becú.

Hicieron tomar á la fuerza al viejo una taza de fila, metiéndole una cuchara por entre los apretados dientes. Luego le frotaron la cabeza con agua de colonia y no se mejoraba; aquello era desesperante. Su cara estaba más negra todavía: tuvieron que colocarlo otra vez en la silla, porque iba escurriéndose y amenazaba desplomarse al suelo.

—¡Oh!—murmuró Ernesto, que había vuelto á la puerta.—¡Va á llover de lo lindo!.... El cielo tiene un color muy raro.

—Sí—dijo Juan—he visto una nube muy grande y muy fea.

Y como si hubiese vuelto á su primera idea,

—Eso no importa—dijo—para que yo vaya á buscar al médico si quieren.

Elisa y Francisca se miraban asustadas, ansiosas. Por fin la segunda se decidió con la generosidad propia de sus pocos años.

—Sí, sí, Caporal, id á Cloyes á buscar al señor Frinet.... Que no se diga que no hemos hecho todo lo que podíamos y todo lo que debíamos.

Caco, en medio del desorden, no había sido ni siquiera desatallado, y Juan no tuvo más que subirse al carro. Oyóse el ruido del herraje y de las ruedas. La Frimat entonces habló del cura; pero las otras con gesto desabrido dieron á entender

que bastante apuradas estaban sin necesidad de aquello; y cuando Ernesto propuso andar á pie los tres kilómetros que había hasta Bazoches-le-Doyet, su madre se enfadó; ¡no faltaba más sino que lo dejara correr por aquellos caminos en una noche tan amenazadora, y con el agua que iba á caer. Además, puesto que el viejo ni oía ni entendía, no valía la pena de molestar al cura.

Las diez sonaron en el reloj de cuco, de madera pintada. Fué una sorpresa: ¡pensar que hacía dos horas justas que estaban allí sin adelantar nada! Y ninguna hablaba de marcharse; todas se hallaban atraídas por el espectáculo y por el deseo de presenciar hasta el desenlace final. Encima de la mesa había un pan de dos libras y un cuchillo. Primero las hijas de Mouche, atormentadas por el hambre á pesar de su angustia, cortaron maquinalmente unas rebanadas que se comieron secas, sin saber lo que hacían; luego las otras tres mujeres las imitaron; el pan disminuyó; había continuamente una cortando y comiendo. No habían encendido la otra luz, y ni se acordaban de despatillar la que ardía; verdaderamente no estaba alegre aquella cocina sombría y desnuda de labrador pobre, con un cuerpo inerte y agonizando al lado de aquella mesa.

De pronto, media hora después de la ida de Juan, Mouche se escurrió y cayó al suelo. Ya no respiraba; estaba muerto.

—¿Veis lo que yo decía? ¡Se empeñaron en ir por el médico!—observó la Becú con acritud.

Francisca y Elisa, un momento atontadas, rompieron luego á llorar otra vez. Por impulso intuitivo se precipitaron una al cuello de la otra en su

cariño de amantísimas hermanas. Y repetían entre sollozos y gemidos, con voz entrecortada:

—¡Ah! ¡Dios mío! ya no quedamos más que las dos solas!.... Se acabó!.... ¡Qué será de nosotras ahora!

Pero no podían dejar al muerto en el suelo. En un momento la Becú y la Frimat hicieron lo indispensable. Como no se atrevían á transportar el cadáver, fueron á sacar el colchón de una cama, lo llevaron á la cocina, tendieron en él á Monche y lo taparon con una sábana hasta el cuello. Entre tanto Fanny encendía las velas de otros dos candeleros y los ponía en el suelo á guisa de cirios á la derecha y á la izquierda de la cabeza. Por el momento estaba bien, á excepción del ojo izquierdo, que á pesar de los esfuerzos que habían hecho para cerrárselo continuaba persistentemente abierto y parecía mirar á todos, destacándose vidrioso y descompuesto en aquella cara amoratada que á su vez resaltaba por la blancura de la sábana.

Elisa se decidió á acostar á Julio y comenzó la vela del cadáver. Tres veces Fanny y la Becú dijeron que se marchaban, puesto que la Frimat se ofrecía á pasar la noche con las muchachas; pero no se iban, seguían charlando en voz baja, dirigiendo de reojo miradas al muerto. Ernesto habíase apoderado del agua de colonia y daba fin de ella lavándose las manos y mojándose el pelo.

Dieron las doce; la Becú levantó la voz.

—¡Y el señor Finet! ¿Me queréis decir qué ha sido de él? Cualquiera tiene tiempo de morirse antes de que él venga!.... ¡Más de dos horas para traerlo desde Cloyes!

La puerta del corral se había quedado abierta; entró una bocanada de viento y quedaron apagadas las dos velas que ardían á los lados del muerto. Esto las asustó á todas, y cuando empezaron á encender las luces otra vez, el viento de huracán se acentuó y empezó á dejar oír sus terribles mugidos. Parecía el galopar de un ejército de vándalos acercándose precipitadamente, el crujido de los árboles y el gemir de los campos destrozados. Las mujeres que habían corrido á la puerta vieron una nube plomiza correr y retorcerse por el cielo lívido. Y de pronto hubo un estallido como una descarga cerrada de fusilería, y cayó una lluvia de balas que rebotaron á sus pies.

Entonces se les escapó un grito, grito de ruina y de miseria.

—¡El granizo! ¡el granizo!

Conmovidas, indignadas, apretándose unas contra otras, contemplaban la catástrofe. Aquello duró diez minutos escasos. No había truenos, pero grandes relámpagos azulados, incesantes, parecían desgarrar el cielo y el suelo; y la noche no era ya tan sombría, los granizos alteraban su opacidad, brillaban en el suelo como si fueran pedacillos de cristal. El ruido era cada vez más ensordecedor, semejante al de cien descargas de metralla, al de un tren corriendo á toda velocidad por un puente de hierro. El viento bramaba con furia, las balas cayendo oblicuamente lo destrozaban todo, se amontonaban, cubrían el suelo de una capa blanca.

—¡El granizo! ¡Dios mío!.... ¡Ah! ¡qué desgracia!.... ¡Mirad, son como huevos de gallina materialmente!

Ellas no se atrevían á salir al corral para co-

gerlos. Pero la violencia del huracán creció más todavía, y todos los vidrios de las ventanas quedaron rotos; la fuerza adquirida era tal, que una piedra rompió un puchero que había en la cocina, en tanto que otras muchas rodaban hasta el colchón donde estaba el muerto.

—No entran ni cinco en una libra—dijo la Becú, que las cogía al peso.

Fanny y la Frimat hicieron un gesto de desesperación.

—¡Todo se lo llevó el diablo! ¡Un asesinato!

Se acabó. Oyóse el galopar de la catástrofe que se alejaba, y reinó un silencio de muerte. El cielo, cuando pasó la nube, adquirió un color negro de tinta. Una lluvia fina, continua, copiosa, caía silenciosamente. No se distinguía en el suelo más que la espesa capa de granizo, una sabana blanquecina que parecía tener luz propia, la luz pálida de millones de farolillos diminutos que se extendían hasta el infinito.

Ernesto había salido al corral, y volvió con un pedazo de verdadero hielo, más grande que el puño, irregular y dentellado; y la Frimat, que no se podía estar ya quieta, no se contuvo más y salió también.

—Voy en busca de un farol, porque es menester que vea los destrozos.

Fanny se dominó durante algunos minutos más. Continuaba relatando lástimas y formulando lamentaciones. ¡Ah, qué trabajo! ¡esto hace destrozos en las legumbres, en los árboles frutales! Los trigos, las avenas, los maíces no estaban aún muy altos y no habrán sufrido mucho. ¡Pero las viñas! ¡ah, las viñas! Y desde la puerta quería es-

cudriñar con la vista la obscuridad de la noche, que era impenetrable; temblaba á impulsos de una terrible fiebre de incertidumbre, queriendo estimar los daños, exagerándoselos, creyendo ver la campiña destrozada y desangrándose por las heridas que le produjera la granizada.

—¡Eh, hijas mías!—acabó por decir—os cojo uno de los faroles vuestros y voy á ver qué ha sucedido por las viñas.

Y encendiendo un farol, desapareció con Ernesto.

La mujer de Becú, que no tenía tierras, estaba en el fondo muy tranquila. Daba suspiros, imploraba al cielo por costumbre y por temperamento, pues era una mujer que tenía las lágrimas en los ojos por cualquier cosa. La curiosidad, sin embargo, la llevaba continuamente á la puerta, y un interés vivísimo la detuvo allí como si la hubiesen clavado, cuando vió que el pueblo todo se estrellaba de lucecillas movedizas.

Por un hueco de la tapia entre el establo y el pajar se podía ver todo Rognes. Indudablemente la granizada había despertado á todos los labradores, y cada cual de ellos habíase sentido impaciente por ver los destrozos que á sus tierras les causara. Nadie tuvo calma para esperar á que amaneciese; así es que las luces iban saliendo una á una, se multiplicaban, corriendo y danzando en una obscuridad tan opaca, que no adivinaban los brazos que las llevaban. Pero la mujer de Becú, que observaba atentamente, conocía el lugar ocupado por cada casa, y podía colocar en su cuenta un nombre á cada farol sin temor de equivocarse.

—¡Toma! ahora encienden en casa de la Gran-

de y ahora salen de casa de los Fouan, y aquella de allí es la de Macqueron y la del lado la de Lengaigne..... ¡Dios mío! ¡pobre gente! ¡esto desgarró el corazón!..... ¡Ah! yo voy á ver lo que pasa.

Elisa y Francisca se quedaron solas delante del cadáver de su padre. El ruido de la lluvia continuaba, y pequeñas ráfagas de viento penetrando por la puerta hacían oscilar las llamas de las luces. Hubiera sido necesario cerrar la puerta; pero ni una ni otra pensaban en ello, conmovidas también ellas por el drama de fuera, á pesar del duelo que tenían en su casa. ¿Qué, no bastaba con tener la muerte allí? El buen Dios lo destrozaba todo, hasta el punto de que ya no sabían si les quedaría un pedazo de pan que llevarse á la boca.

—¡Pobre padre!—murmuró Francisca.—¡Qué mal humor le hubiese producido esto, y cuánto hubiera sufrido!..... Más vale que no lo vea.

Elisa, á pesar de la lluvia, atravesó el corral y se dirigió á la huerta. Francisca se quedó sola junto al cadáver del viejo; pero la muchacha no se movía de la puerta, conmovida verdaderamente por el vaivén de la luz del farol. Parecía oír quejas y lamentos, y su corazón se desgarraba.

—¿Eh? ¿qué? ¿qué hay, qué sucede?

Ninguna voz le respondía; el farol iba y venía más de prisa, como si lo llevase un loco en la mano.

—¿Se han perdido las lechugas, di?.... ¿Y los guisantes están destrozados?.... ¡Dios mío! ¿Y las frutas y las otras hortalizas?

Pero una exclamación de dolor que llegó perfectamente á sus oídos la decidió, y recogiendo se las sayas salió al corral á pesar de la lluvia y fué

á reunirse con su hermana. Y el muerto, abandonado, permaneció en la desierta cocina, tieso, rígido bajo la sábana, entre los dos pábilos de las velas humeantes y tristes. El ojo izquierdo, que continuaba obstinadamente abierto, seguía mirando á las vigas del techo.

¡Ah! ¡qué catástrofe desolaba aquel rincón de tierra! ¡Qué lamentos se levantaban ante el desastre, nada más que entrevisto á la luz de los faroles! Elisa y Francisca paseaban el suyo, tan mojado por las lluvias, que los vidrios, húmedos, apenas permitían ver nada; y lo acercaban á las plantas, las distinguían confusamente en el círculo reducido de la luz, y veían los guisantes y las habas rotos, cortados por el granizo, y las legumbres destrozadas y en un estado que era imposible pensar en aprovechar ni siquiera las hojas. Los árboles habían sufrido todavía más: las ramas y el fruto estaban cortados como si lo hubieran hecho con un cuchillo; los troncos mismos, desconchados y agrietados, dejaban escapar su savia por los agujeros de la corteza. Y más lejos, en las viñas, el desastre era aún mayor; los faroles pululaban, saltaban, como si estuviesen rabiosos, en medio de los juramentos y blasfemias de los que los llevaban. Las cepas estaban rotas; los racimos de uvas que iban madurando se hallaban destrozados en el suelo, entre despojos de madera y de pámpanos; no solamente la cosecha del año estaba perdida, sino que los troncos, secos y destrozados, no podían dar fruto en mucho tiempo. Nadie hacía caso de la lluvia: un perro aullaba anunciando la muerte; las mujeres rompían á llorar como si estuviesen delante de un sepulcro. Macqueron



y Lengaigne, á pesar de su rivalidad, se alumbraban uno á otro y charlaban, cruzando juramentos y blasfemias á medida que desfilaban por delante de las ruinas del desastre. Aunque ya no tenía tierras, el viejo Fonan, muy enfadado, se empenó en salir á ver lo que pasaba. Poco á poco todos se iban exaltando. ¿Era posible que así se perdiese en un cuarto de hora el fruto de un año de trabajo? ¿Qué habiau hecho para que así se les castigara? Ni seguridad, ni justicia; plagas y azotes sin razón; caprichos que mataban á la gente. Bruscamente la Grande, furibunda, cogió piedras del suelo y las lanzó al aire para apedrear al cielo que nadie veía con la oscuridad. Y al mismo tiempo bramaba:

—¡Maldito sea lo de arriba! ¿no nos dejarás en paz nunca?

Sobre el colchón, en la cocina, Mouche, abandonado, seguía mirando al techo con su ojo fijo, cuando se detuvieron dos carruajes á la puerta de la casa. Juan llegaba al fin con el señor Finet, después de haber estado esperándolo en su casa más de tres horas, y volvía en el carro al mismo tiempo que el médico, que se había metido en un coche.

Este último, alto, delgado, con la cara rugosa y amarilla, entró bruscamente en la habitación. En el fondo abominaba aquella clientela de labriegos, á la cual acusaba de pobreza.

—¿Qué, no hay nadie?... ¡Señal de que la cosa va mejor!....

Luego, al ver el cadáver,

—No, ¡demasiado tarde!.... Ya os lo decía, y por eso no quería venir. ¡Siempre lo mismo; me llaman cuando ya están muertos!

Aquella molestia inútil á media noche le irritaba; y como Elisa y Francisca llegaban en aquel instante, acabó de exasperarse cuando supo que habian esperado dos horas antes de mandar á buscarlo.

—¡Vosotras le habéis matado, cáspita!.... ¡Si seréis idiotas! ¡Agua de colonia y tila para una apoplejía fulminante!.... y además, aquí nadie con él. Bien es verdad que para lo que hacéis....

—¡Pero, señor— balbuceó Elisa llorando— si ha sido por el granizo!

El señor Finet, interesado, se calmó. ¡Toma! ¡había granizado! A fuerza de vivir entre la gente de campo había concluido por tener sus propias pasiones. Juan se había aproximado también, y los dos se asombraban, porque no habian recibido ni un solo granizo en el camino de Cloyes. ¡Unos libres y otros castigados á un kilómetro de distancia! Luego, al ver entrar á Fanny con el farol y seguida por la mujer de Beeú y por la Frimat, las tres desesperadas y hablando al mismo tiempo para relatar la catástrofe que habian presenciado, el doctor declaró con grave acento:

—¡Es una desgracia, una gran desgracia!.... ¡La mayor desgracia que puede pasarles á los campos!....

Un ruido sordo, una especie de estampido le interrumpió. Aquel ruido provenía del muerto abandonado entre las dos velas. Todos callaron, las mujeres se santiguaron.

## III.

Pasó un mes. El viejo Fouan, nombrado tutor de Francisca, que acababa de cumplir quince años, las decidió á ella y á Elisa, que le llevaba diez años, á que arrendaran sus tierras á su primo Delhomme (á excepci3n de un pequeño prado) para que lo que tenían estuviese bien cultivado. Ahora que las dos hijas se quedaban solas sin padre ni hermano en la casa, les hubiera sido necesario tomar un mozo de labranza, cosa ruinosa, porque los jornales estaban muy altos. Delhomme, por otra parte, no hacia más que prestarles un servicio, pues se comprometía á romper el contrato de arrendamiento tan pronto como alguna de ellas se casara y necesitase hacer las particiones.

Sin embargo, Elisa y Francisca despnes de haber cedido también á su primo su caballo, que de nada les servía ya, se quedaron con las dos vacas, la Coliche y la Rubia, y el asno Gedeón.

Se quedaron también, naturalmente, con su media tahulla de huerta, que quedó al cuidado de la mayor, en tanto que la más pequeña se encargaba de cuidar las bestias.

Ciertamente era esto bastante trabajo; pero, gracias á Dios, tenían salud y saldrian adelante con facilidad.

Las primeras semanas fueron muy duras, porque se trataba de reparar los destrozos de la granizada, de labrar la tierra para las legumbres y de volver á sembrarlas, y por eso Juan se ofreció á

echar una mano y ayudarles. Despnes que él habia llevado á su casa á su padre moribundo, entre el antiguo soldado y las dos muchachas iban estableciéndose estrechas relaciones.

Al día siguiente del entierro fué á ver cómo estaban. Luego volvió á charlar un rato, y poco á poco fué haciéndose tan familiar y tan amable, que una tarde quitó la azada de manos de Elisa y se puso á cavar él. Desde entonces, como buen amigo, les consagró todos los ratos que tenía desocupados en la granja. Ya era como de la casa, de aquella antigua casa patrimonial de los Fouan, edificada por sus antepasados tres siglos antes, y á la cual la familia consagraba un verdadero culto. Cuando Mouche, antes de morir, se quejaba de que le hubiese cabido en suerte el peor lote de la herencia y acusaba de robo y estafa á sus hermanos, éstos respondían: ¿Y la casa? ¿No te has quedado tú con la casa?

¡Pobre casucho medio derruido, remendado por todas partes á fuerza de tablas viejas y de pegotes de yeso! Probablemente habria sido construída con tierra y gujarros; más tarde levantaron dos paredes de cal y canto, y por fin, en los comienzos del siglo se decidieron á cambiar el techo de caña por un tejado de pizarra que ya estaba destrozada. Así habia durado, y así existía aún, medido más de un metro debajo de tierra el piso bajo, como construían en aquellos tiempos todas las casas en los pueblos, sin duda para tener menos frío. Eso ofrecía el inconveniente de que en los grandes temporales de lluvias la inundaban, y por más que se barría el suelo de aquella cueva, siempre quedaba barro húmedo en los rincones. Pero ade-

más, estaba malditísimamente situada de espaldas á la Beauce inmensa, de donde soplaban los terribles vientos del invierno; por ese lado, en la cocina, no había más que un ventanuco estrecho, cerrado con un postigo al nivel del camino; en tanto que en la otra fachada, en la del Mediodía, se hallaban la puerta y las ventanas. Cualquiera al verla hubiera dicho que era una choza de pescadores, construída á orillas del océano. A fuerza de empujarla y combatirla los vientos de la Beauce, la habían inclinado hácia adelante y se encorbaba, encontrándose como esas viejas á quienes los años han resentido de los riñones.

Pronto conoció Juan hasta los últimos rincones del casucho. Ayudó á limpiar el cuarto del difunto, que era una habitación tomada del granero, del cual se hallaba separada por un tabiquillo de tablas simplemente, y en la que no había más que un cofre antiguo lleno de paja que servía de cama, una silla y una mesa. Abajo no salía de la cocina, porque rehuía entrar con las muchachas en su cuarto, cuya puerta siempre de par en par dejaba ver una alcoba con dos camas, el armario grande de nogal, una mesa redonda y tallada, soberbia, de una sola pieza, despojo sin duda del antiguo castillo saqueado por el pueblo el día de la revolución. Había otro cuarto más, detrás de aquél, tan húmedo, que el padre había preferido irse á dormir arriba; hasta lamentaban tener que meter allí las patatas, porque se florecían en seguida. Pero donde vivían era en la cocina, en aquella vasta habitación ahumada, donde desde hacía tres siglos se sucedían las generaciones de los Fouan; las paredes aquellas recordaban las

duras faenas, las hambres, el esfuerzo continuo de una raza que había conseguido justamente no morir de hambre matándose á trabajar, sin tener nunca un céntimo más en Diciembre que en Enero. Una puerta que daba al establo ponía á las vacas en compañía de las gentes; y cuando aquella puerta estaba cerrada, podía también verlas y vigilarlas por un agujero hecho en la pared y cerrado con un vidrio. Luego había una cuadra donde estaba Gedeón solo, y después un pajar y una leñera; de manera que no era preciso salir al corral para nada, porque todo tenía comunicación interior. Fuera, la lluvia se encargaba de llevar á la alberca el agua, la cual servía para que bebiesen las bestias y para regar la huerta. Todas las mañanas era menester bajar al río Aigre para llevar el agua para la mesa.

Juan se complacía en estar allí, sin preguntarse por qué le gustaba ir. Elisa, contenta y satisfecha, lo recibía siempre bien. Sus veinticinco años la envejecían y la habían puesto fea, sobre todo después del parto. Pero tenía muy buenos y muy robustos brazos, y trabajaba con tanta alegría, con tan buen humor, con tanta animación, que daba gozo verla. Juan la trataba como á una mujer, sin tutearla, mientras por el contrario seguía tuteando á Francisca, cuyos quince años hacían que él la considerase como una chiquela. Ésta, á quien el aire libre, la intemperie y el trabajo no habían tenido todavía tiempo de envejecerla, conservaba su bonita cara, larga, fina, con una frente pequeña, los ojos muy negros y muy expresivos, con sus labios muy gruesos y sombreados por un vello precoz; y aún cuando la creía una chiquilla,

era también una mujer, y como decía su hermana, no era menester hacerla cosquillas desde muy cerca para que tuviese un hijo. Elisa la había educado después de la muerte de su madre; de ahí el gran cariño que se profesaban, activo y bullicioso por parte de la mayor, apasionado y contenido por parte de la pequeña. La joven Francisca tenía fama de ser muy terca. La injusticia la exasperaba. Cuando una vez decía: «Esto es mío, esto es tuyo», se hubiera dejado cortar el cuello antes que volverse atrás; y si adoraba á Elisa es porque estaba convencida de que le debía aquella adoración y mucho agradecimiento. Por lo demás, se mostraba siempre razonable, muy juiciosa, sin malos pensamientos ni tentaciones, atormentada sólo por su hirviente sangre, lo cual la hacía pesada, un poquillo glotona y perezosa.

Un día, también ella se atrevió á tutear á Juan, como se tutea á un amigo mucho más viejo y bueno que la hacía jugar y rabiar algunas veces, mintiendo por oírla y defendiendo cosas injustas sólo por divertirse en verla ponerse furiosa.

Un domingo, una de esas tardes calurosas del mes de Junio, Elisa estaba trabajando en la huerta, arrancando guisantes, y había dejado á Julio durmiendo á la sombra de un cenacho grande. El sol la calentaba de lo lindo, respiraba trabajosamente doblada por la cintura, arrancando las matas, cuando se oyó una voz al otro lado de la valla.

—¿Qué hay? ¿no se descansa ni siquiera los domingos?

Ella había conocido la voz; se levantó con los brazos enrojecidos, con la cara congestionada, pero risueña sin embargo.

—¡Caramba! lo mismo es el domingo que otro día cualquiera, porque la tierra no se labra ella sola.

Era Juan. Rodeó la valla y entró por la puerta del corral.

—¡Dejad eso; voy á hacerlo yo en un momento!

Pero ella renunció; iba á concluir en un momento; y además, si no hacía eso haría otra cosa; ¿estaba el tiempo para holgar? Por más que se levantaba á las cuatro y cosía por las noches con luz artificial, no lograba salir adelante.

El, por no contrariarla, se había puesto á la sombra de un árbol cercano, cuidando de no sentarse encima de Julio. El antiguo soldado la miraba encorvada de nuevo, con las caderas altas, mientras que con la cabeza casi en el suelo movía incesantemente los brazos sin preocuparse de que la sangre se le subía á la garganta.

—¡Eso va bien, estáis muy robusta y sois muy fuerte!

Ella se mostraba orgullosa de serlo, y complacida, sonrió sin levantarse. Y él reía también, admirándola con aire convencido y encontrándola fuerte y valerosa como un muchacho. Ningún deseo deshonesto le inspiraban aquellas caderas altas, aquellas pantorrillas en tensión, aquella mujer en cuatro pies, sudando y olorosa como una bestia en celo. No pensaba sino que con tales miembros se podía hacer mucha faena en el campo, y que una mujer como aquella en una casa era más útil que cualquier hombre.

Sin duda hubo en él una asociación de ideas que la hizo soltar involuntariamente una noticia

sobre la cual se había prometido á sí mismo guardar el secreto.

—He visto á Buteau antes de ayer.

Elisa se puso lentamente de pie. Pero no tuvo tiempo de preguntarle. Francisca, que había oído la voz de Juan y que llegaba de la lechería situada en el fondo del establo, con los brazos al descubierto y blancos de leche, se enfureció.

—¡Ah! ¡con que le has visto! ¡valiente puerco, valiente canalla!

Era aquella una antipatía siempre creciente; ya no podía nombrar á su primo sin indignarse como si tuviese que vengar en él un ultraje personal.

—Ciertamente que es un canalla, declaró Elisa con calma; pero nada conseguimos con llamárselo ahora.

Se puso en jarras y preguntó con seriedad:

—¿Y qué cuenta Buteau?

—Pues nada —respondió Juan, turbado y descontento de haber tenido la lengua tan larga.— Hemos hablado de sus negocios, porque su padre dice por todas partes que va á desheredarlo, y él dice que tiempo falta todavía, porque el viejo está muy fuerte, y que además le tiene eso sin cuidado.

—¿Sabe que Jesucristo y Fanny han firmado el acta ya y que cada uno de ellos ha entrado en posesión de su parte?

—Sí, lo sabe; y sabe también que el tío Fouan ha arrendado á su yerno Delhomme la parte que Buteau no ha querido tomar; sabe que el señor Bailléhache se puso furioso cuando lo supo, y dijo que juraba no permitir que se sortearan los lotes

hasta tanto que todos hubieran firmado el papel..... Sí, sí, sabe que todo ha concluido.

—¡Ah! ¿y no dice nada?

—No, no dice nada.

Elisa silenciosamente se encorvó, anduvo un instante arrancando matas, sin enseñar más que la incitante redondez de sus caderas; luego volvió el cuello y dijo sin levantar la cabeza:

—¿Queréis que os diga una cosa, Caporal? Pues que todo ha concluido, bien me puedo quedar con Julio, y se acabó.

Juan, que hasta entonces le había dado esperanzas, movió la cabeza.

—¡Caramba! ¡puede que tengáis razón!

Y echó una mirada hacia Julio, al cual había olvidado completamente.

El chiquillo, liado en su envoltura, seguía durmiendo, con su carita inmóvil bañada por la luz del sol. Eso era lo malo: aquel muchacho. Si no, ¿por qué no había de casarse con Elisa, puesto que se hallaba libre? Esta idea se le ocurría de repente, en aquel momento, al verla trabajar. Tal vez la amaba, acaso el gusto de contemplarla lo llevaba á la casa. Y sin embargo, se quedaba sorprendido porque no la había deseado nunca, ni siquiera había jugado con ella como jugaba con Francisca, por ejemplo. Y precisamente al levantar la cabeza vió á ésta que se había quedado en pie y furiosa al sol, con los ojos brillantes y encendidos de pasión, con expresión tan extraña, que se quedó sorprendido, turbado por su descubrimiento.

Pero de pronto se oyó un ruido extraño, un trompetazo, y Elisa, dejando el trabajo, exclamó:

—¡Ahí está Lambourdien!.... Tengo que encargarle una gorrita.

Al otro lado de la tapia, en la carretera, apareció un hombrecillo bajo, que tocaba una trompeta y precedía á un carro que arrastraba un caballo tordo. Era Lambourdien, un tendero fuerte de Clóyes, que poco á poco había ido ampliando su comercio de cofías y sombreros con el de bisutería, mercería y quincalla, todo un bazar que paseaba de pueblo en pueblo en seis á siete leguas á la redonda. Los labriegos acabaron por comprárselo á él todo, desde las cacerolas y pucheros hasta la ropa. El carro que llevaba tenía una construcción especial, y cuando estaba abierto presentaba una serie interminable de cajones y departamentos que le hacían parecer un verdadero almacén.

Cuando Lambourdien hubo recibido el encargo de la gorrita, añadió:

—Y entretanto, ¿no queréis un bonito pañuelo?

Y tirando de un cajón, sacó una multitud de pañuelos encarnados con bordados de todos colores.

—¡Eh! ¡tres francos, es decir, casi de balde!.... ¡Dos por cien sueldos!

Elisa y Francisca, que los habían cogido por encima de la tapia, donde había tendidos para que se secaran algunos pañales de Julio, los manoseaban con cara de codicia. Pero eran razonables y en realidad no los necesitaban; ¿á qué gastar? Y ya los devolvían, cuando Juan se decidió repentinamente á casarse con Elisa á pesar del chiquillo. Entonces, por apresurar la cosa, le gritó:

—No, no; quedaos con él; yo os lo regalo. ¡Ah!

me daríais un disgusto no tomándolo como prueba de amistad.

No había dicho nada á Francisca, y como ésta seguía alargando al comerciante sus pañuelos de colores, él lo notó y sintió disgusto al observar que palidecía y hacía un gesto de despecho.

—¡Y tú también, tonta! quédate con él.... ¡Vamos! no me vayas á desairar, porque no me gustaría.

Las dos hermanas se defendían y reían. Ya Lambourdien había alargado la mano por encima de la tapia para coger los cien sueldos. Y se marchó: el caballo detrás de él arrastraba el pesado carromato y el estruendo de la trompeta se perdió á lo lejos por la carretera.

De pronto, Juan había tenido la idea de arreglar su negocio con Elisa, declarándose á ella. Un incidente inesperado se lo impidió. La cuadra estaba sin duda mal cerrada, y de repente vieron al borrico en medio de la huerta, comiéndose tranquilamente unas matas de zanahorias. Aquel asno grande, vigoroso, rubio, con una raya gris en el lomo, era un animalito muy bromista y lleno de malicia; levantaba muy bien los pestillos de las puertas con el hocico, y se metía en la cocina en busca de pedazos de pan; y en el modo de menear sus inconmensurables orejas cuando le regañaban por aquellas gracias se veía que comprendía.

Cuando se vió descubierto, tomó el aire indiferente de un pobre hombre; en seguida, al verse amenazado con la voz y echado de allí con el gesto, se marchó; pero antes de volverse al corral trotó por los senderos de la huerta y se fué al fondo del jardín. Entonces comenzó una verdadera

persecución; y cuando lo cogió al fin Francisca, se encogió, metiendo el cuello y las patas traseras para pesar más y avanzar más despacio. No se adelantaba nada con él, ni por persuasión, ni por medio de palos y puntapiés. Fué preciso que Juan se mezclase en el asunto y le empujase por detrás con sus vigorosos brazos, porque desde que se veía mandado por dos mujeres, Gedeón había concebido el más profundo desprecio hacia sus amas. Julio había despertado al ruido y lloraba. La ocasión estaba perdida; el joven tuvo que marcharse aquel día sin hablar palabra.

Pasaron ocho días; una gran timidez habíase apoderado de Juan, que ya no se atrevía á decir nada. Y no era que el negocio le pareciese malo, al contrario; reflexionando acerca de él había visto mejor todas sus ventajas.

Por una y otra parte iban ganando. Si él no poseía nada, ella en cambio tenía el inconveniente del chiquillo; esto igualaba la partida, y él no estaba impulsado por ningún cálculo malo, puesto que pensaba tanto como en su propia dicha en la de ella también. Además, el matrimonio, obligándole á salir de la granja, le libertaría de Santiaguilla que le atormentaba, y á cuyas instancias cedía siempre por cobardías del placer. De modo que estaba completamente resuelto y esperaba la ocasión de declararse, buscando las palabras que había de decir, como un muchacho que á pesar de haber sido soldado continuaba sintiéndose tímido delante de las mujeres.

Un día, por fin, Juan, á eso de las cuatro, se escapó de la granja y fué á Rognes, resuelto á declararse. Aquella hora era á la que Francisca

iba por sus vacas después del pasto de por la tarde, y la había escogido precisamente para hallarse solo con Elisa. Pero al principio lo trastornó una contrariedad: la Frimat, en calidad de amable vecina, estaba ayudando á la joven á hacer la colada en la cocina. La víspera, las dos hermanas habían preparado la ropa. Desde por la mañana el agua hervía en un lebrillo lleno de ceniza, colocado en el fogón sobre un buen fuego de sarmientos. Y con los brazos desnudos y las sayas remangadas, Elisa, provista de un puchero, sacaba aquel agua, rociaba con ella la ropa que había en el barreño, las sábanas debajo, luego las rodillas, las camisas, y encima de todo otras sábanas. La Frimat, pues, no servía de gran cosa; pero estaba allí charlando, dándose esa distracción y contentándose con echar ella también de vez en cuando un pucherillo de agua en el barreño.

Juan tuvo paciencia, creyendo que se marcharía pronto. Pero no se iba, ni hacía más que hablar de su pobre marido paralítico, que no podía mover más que una mano. Era aquella una gran aficción. Nunca habían sido ricos; pero cuando él se hallaba en estado de trabajar, tomaba tierras en arrendamiento, y ahora apenas si ella sola podía hacer la labor de la única media tahulla que poseían; y se reventaba á trabajar, recogiendo el estiércol de la carretera para abonar, porque no tenía animales, y se veía obligada á cuidar sus lechugas, sus zanahorias, sus guisantes, mata á mata, á regar tres perales y dos albaricoqueros, y acababa por sacar tal producto á aquel pedacillo de tierra, que todos los sábados iba al mercado de Cloyes, doblada bajo el peso de dos cestas enormes, sin contar las

legumbres que le llevaba un vecino suyo en el carro.

Rara vez volvía sin dos ó tres monedas de cien sueldos en el bolsillo, sobre todo en el tiempo de la fruta. Pero su continua queja era la falta de abono para la tierra; ni el estiércol que recogía por los caminos, ni el de algunos conejos y gallinas que tenía en el corral, eran bastante. Había tenido necesidad de recurrir á lo de su viejo, y se servía de ese abono humano tan despreciable y que da asco hasta á la gente del campo. Lo habían sabido, y se reían de ella y bromeaban llamándola la tía Caca, apodo que la perjudicaba en el mercado: había visto más de una señora volver la espalda á las cestas de sus magníficas legumbres con náuseas de repugnancia. A pesar de su gran dulzura de carácter, esto la ponía fuera de sí.

—¡Vamos á ver! Decidme, Caporal, si es razonable eso.... ¿No nos es permitido aprovechar todo lo que Dios nos proporciona? ¡y como si la porquería de los animales fuese más limpia!.... No, todo eso es envidia, y en Rognes no me pueden ver porque en mi huerta crecen mejores legumbres que en las de nadie.... Y á vos, Caporal, ¿os disgusta eso?

Juan, sin saber qué decir, respondió:

—¡Caramba! ¡la cosa no me gusta mucho!.... Como no está uno acostumbrado á eso.... pero puede que sea sólo una ilusión.

Esta franqueza desoló á la pobre vieja, y como no era disputona ni alborotadora, se contentó con mostrar su amargura.

—¡Bueno, ya os han puesto también en contra mía!.... ¡Ah, si supieréis qué malos son! ¡si supieréis lo que dicen de vos!

Y contó todos los chismes que circulaban en Rognes á propósito del joven. Al principio le aborrecieron porque era obrero, porque aserraba madera en vez de labrar los campos. Luego, cuando se hizo mozo de labranza, le acusaron porque iba á quitarle el pan á otro: en un país donde era forastero, ¿sabía nadie de dónde salía? ¿No habría hecho algo malo en su pueblo, cuando no se alevía á volver á él? Y lo espiaban, y espiaban continuamente á Santiaguilla, porque todos decían que el día menos pensado entre los dos envenenarían al tío Hourdequin para robarle.

—¡Oh canallas! —gritó Juan, pálido de indignación.

Elisa, que estaba sacando un puchero de hirviente lejía, se echó á reír al oír el apodo de Santiaguilla, que á veces, por divertirse, le aplicaba ella también.

—Y puesto que ya he empezado á hablar, tal vez será mejor que lo diga todo —prosiguió la Frimat.— Pues sí, no hay horrores que no digan desde que venís á esta casa. La semana pasada ¿no es verdad? regalasteis á cada una de éstas un pañuelo que se pusieron el domingo para ir á misa. ¡Pues aunque sea muy cochino, aseguran todos que dormís con las dos!

Al oír esto, Juan, temblando, pero resuelto, se puso de pié y dijo:

—Oíd, vecina, porque no me importa decirlo delante de vos.... Sí, quiero preguntar á Elisa si quiere que me case con ella.... ¿La oís, Elisa? Os lo pregunto, y si me decís que sí, me pondré muy contento.

En aquel instante vaciaba ella la lejía del pu-



chero en el barreño. Pero se apresuró, acabó de rociar la ropa cuidadosamente, y luego, volviéndose hacia él con los brazos humeantes por el vapor y poniéndose muy grave, le miró cara á cara.

—¿De veras? ¿habláis seriamente?

—Muy seriamente.

La joven no parecía sorprendida. Era una cosa natural; pero no decía ni sí ni no, porque seguramente tenía alguna idea que la mortificaba.

—Habría que decir que no á causa de Santiaguilla—replicó él—porque Santiaguilla....

Ella le interrumpió con un gesto, porque sabía que no importaban las relaciones con la criada de la granja.

—Hay además la circunstancia de que no tengo más que el pellejo que traeros, en tanto que vos tenéis esta casa y algunas tierras.

De nuevo hizo ella un gesto para decir que en su posición con un hijo pensaba como él que todas esas cosas estaban compensadas.

—No, no, no es nada de eso—declaró ella por fin. Pero Buteau....

—Puesto que él no quiere....

—Es verdad, y tampoco somos amigos, porque él se ha portado muy mal.... Pero de todos modos, h y que consultar á Buteau.

Juan reflexionó. Luego contestó:

—Como queráis. Se debe por respetos al chiquillo. Y la Primat, que á su vez y con la mayor gravedad estaba echando también leña á la ropa, creyó deber dar su aprobación á ese propósito, mostrándose al mismo tiempo favorable á Juan, un muchacho honrado, ni borracho ni brutal, que haría un buen marido.

En aquel momento oyóse ruido fuera; era Francisca que volvía con sus dos vacas.

—Mira, Elisa, ven á ver esto.... La Coliche se ha lastimado una pata.

Todos salieron, y Elisa, al ver al animal que cojeaba, con la pata izquierda de delante herida y ensangrentada, tuvo un acceso de cólera, uno de esos momentos furiosos durante los cuales pegaba á su hermana cuando ésta era pequeña y cometía una falta ó hacía algo malo.

—Otro descuido tuyo, de seguro, ¿eh? te habrás dormido en el campo como la otra vez.

—No, te aseguro que no.... No sé qué habrá hecho. La había atado á una estaca, y tal vez se cogiese la mano con la cuerda.

—¡Calla, embusteral! ¡no sirves para nada! El día menos pensado me matas mi vaca.

Los ojos negros de Francisca brillaron. Estaba muy pálida é indignada. Contestó balbuceando:

—¡Tu vaca.... tu vaca....! Bien podías decir nuestra vaca.

—¿Cómo nuestra vaca? ¡Una vaca tuya, muñeca!

—Sí, la mitad de todo lo que hay aquí es mío, y tengo el derecho de cogerlo y destrozarlo si quiero.

Y las dos hermanas, puestas una enfrente de otra en jarras, se contemplaban amenazadoras y como enemigas declaradas. Se querían tantísimo y se habían querido tanto toda la vida, que era aquella la primera disputa seria que ocurría entre ellas, aguijoneadas por ese espolazo de lo tuyo y de lo mío, la una irritada ante la violencia de su hermana pequeña, la otra indignada y furiosa ante la injusticia de la mayor. Esta cedió y se volvió á la

cocina por no abofetear á su hermana. Y cuando ésta, después de meter las vacas en el establo, se presentó, entró en la cocina á coger un pedazo de pan, y reinó un silencio extraño.

Elisa ya se había calmado. La vista de la hermana, tiosa, seria y enfadada, la fastidió. Ella habló la primera, deseosa de cambiar la situación por medio de una noticia imprevista.

—¿No sabes que Juan quiere casarse conmigo y que me ha preguntado.....?

Francisca, que estaba comiendo de pie al lado de la ventana, permaneció indiferente y ni siquiera volvió la cabeza.

—¿Á mí qué me importa?

—Te importa, que lo vas á tener por cuñado, y que quisiera saber si te gusta para eso.

Ella se encogió de hombros.

—¿Gustarme? ¿y qué importa? Lo mismo me da él que Buteau, porque yo no he de dormir con ellos..... Pero si quieres que te diga la verdad, nada de eso me parece limpio.

Y se fué á concluir de comerse el pan al corral.

Juan, turbado, hizo como que se rela, como si se tratase de la gracia de un chiquillo mimado, en tanto que la Frimat declaraba que en sus tiempos, á una muchacha que hiciese aquello la hubieran azotado hasta que la brotara la sangre. Elisa se puso seria y por un momento pareció ocuparse solamente de su leña. Luego dijo:

—Bueno; pues dejemos las cosas aquí, Caporal..... No os digo que no, pero tampoco os digo que sí todavía..... Veré á mis parientes, hablaré con ellos, y sabremos á qué atenernos. Luego decidiremos entre los dos. ¿Conviene?

—Conviene.

Ella alargó la mano y él la estrechó. De toda su persona, envuelta en el humillo húmedo del vapor, se exhalaba un olor á mujer de su casa y hacendosa, un olor á ceniza perfumada con iris.

#### IV.

Desde el día antes Juan trabajaba en las pocas tahullas de prado que dependían de la Borderie en las orillas del Aigre. Desde el amanecer hasta por la noche se había estado oyendo el ruido de las hoces de las segadoras, y aquella mañana debía acabarse la operación. Como la granja no tenía máquina para henear, le consintieron que tomase dos mujeres á jornal para hacer esa operación: Palmira, que se mataba á trabajar y que era más fuerte que un hombre, y Francisca, que se había ajustado por capricho, divertida por aquella faena. Las dos habían ido con él á las cinco de la mañana, y con sus grandes horquillas á propósito habían extendido la hierba que hecha pequeños haces el día anterior para preservarla de los efectos del rocío, estaba recogida en un lado del prado. El sol había salido en un cielo ardiente y puro, refrescado por ligera brisa.

Después de almorzar, cuando Juan volvió al trabajo con sus heneadoras, ya estaba todo el heneo del primer apartado. Juan tocó el heno y lo sintió seco y crujiente.

—Oíd, vamos á darle otra vuelta, y mañana empezaremos á parvear.

Francisca, con una faldilla de tela gris, se había

cocina por no abofetear á su hermana. Y cuando ésta, después de meter las vacas en el establo, se presentó, entró en la cocina á coger un pedazo de pan, y reinó un silencio extraño.

Elisa ya se había calmado. La vista de la hermana, tiesa, seria y enfadada, la fastidió. Ella habló la primera, deseosa de cambiar la situación por medio de una noticia imprevista.

—¿No sabes que Juan quiere casarse conmigo y que me ha preguntado.....?

Francisca, que estaba comiendo de pie al lado de la ventana, permaneció indiferente y ni siquiera volvió la cabeza.

—¿Á mí qué me importa?

—Te importa, que lo vas á tener por cuñado, y que quisiera saber si te gusta para eso.

Ella se encogió de hombros.

—¿Gustarme? ¿y qué importa? Lo mismo me da él que Buteau, porque yo no he de dormir con ellos..... Pero si quieres que te diga la verdad, nada de eso me parece limpio.

Y se fué á concluir de comerse el pan al corral.

Juan, turbado, hizo como que se rela, como si se tratase de la gracia de un chiquillo mimado, en tanto que la Frimat declaraba que en sus tiempos, á una muchacha que hiciese aquello la hubieran azotado hasta que la brotara la sangre. Elisa se puso seria y por un momento pareció ocuparse solamente de su leña. Luego dijo:

—Bueno; pues dejemos las cosas aquí, Caporal..... No os digo que no, pero tampoco os digo que sí todavía..... Veré á mis parientes, hablaré con ellos, y sabremos á qué atenernos. Luego decidiremos entre los dos. ¿Conviene?

—Conviene.

Ella alargó la mano y él la estrechó. De toda su persona, envuelta en el humillo húmedo del vapor, se exhalaba un olor á mujer de su casa y hacendosa, un olor á ceniza perfumada con iris.

#### IV.

Desde el día antes Juan trabajaba en las pocas tahullas de prado que dependían de la Borderie en las orillas del Aigre. Desde el amanecer hasta por la noche se había estado oyendo el ruido de las hoces de las segadoras, y aquella mañana debía acabarse la operación. Como la granja no tenía máquina para henear, le consintieron que tomase dos mujeres á jornal para hacer esa operación: Palmira, que se mataba á trabajar y que era más fuerte que un hombre, y Francisca, que se había ajustado por capricho, divertida por aquella faena. Las dos habían ido con él á las cinco de la mañana, y con sus grandes horquillas á propósito habían extendido la hierba que hecha pequeños haces el día anterior para preservarla de los efectos del rocío, estaba recogida en un lado del prado. El sol había salido en un cielo ardiente y puro, refrescado por ligera brisa.

Después de almorzar, cuando Juan volvió al trabajo con sus heneadoras, ya estaba todo el heneo del primer apartado. Juan tocó el heno y lo sintió seco y crujiente.

—Oíd, vamos á darle otra vuelta, y mañana empezaremos á parvear.

Francisca, con una faldilla de tela gris, se había

atado á la cabeza un pañuelo azul, un pico del cual azotaba su nuca, mientras otros dos flotaban libremente sobre sus mejillas, protegiéndole la cara contra los ardores del sol, y balanceando su horquilla, cogía la hierba, la lanzaba al viento que se la llevaba, haciéndola aparecer como polvo de oro. Las hierbecillas volaban, despidiendo fuerte y penetrante aroma, el olor cálido de las hierbas cortadas y de las flores marchitas. Ella también tenía calor en medio de aquel movimiento continuo que la desvanecía.

—¡Ah pequeña!—dijo Palmira con su voz doliente.—Bien se vé que eres joven..... Ya verás esta noche cómo te duelen los brazos.

Pero ellas no estaban solas; todo Rognes se gaba y heneaba al mismo tiempo en los prados contiguos. Antes de amanecer se hallaba en el suyo Delhomme, porque la hierba húmeda de rocío es fácil de cortar porque está tierna, y luego se endurece á medida que va estando sometida á la acción del sol, y se la oía crujir bien á aquella hora bajo el filo de su hoz, manejada enérgicamente por sus nervudos brazos. Más cerca, tocando casi á las tierras de la granja, había dos parcelas, una que pertenecía á Maqueron y la otra á Lengaigne.

En la primera, Berta, vestida de señorita con una falda llena de volantes y un sombrero de paja, se hallaba acompañando á las heneadoras por distracción; pero cansada ya, permanecía apoyada en su horquilla á la sombra de un árbol. En la otra, Víctor, que trabajaba en lugar de su padre, acababa de sentarse y descansaba un momento con la hoz entre las piernas y golpeándola contra una piedra.

Desde hacia diez minutos, en medio del profundo silencio de los campos no se oía más ruido que aquel golpeo cadencioso.

Justamente Francisca se acercaba á Berta.

—¿Eh? ¿te has cansado ya?

—Un poco. ¡Cuando no se tiene la costumbre!

Empezaron á charlar y hablaron en voz baja de Susana, la hermana de Víctor á quien los Lengaigne habían colocado en un taller de modista, en Chateaudun, y que al cabo de seis meses se había escapado á Chartres para meterse en la vida. Decían que se había ido con el pasante de un notario: todas las muchachas de Rognes cuchicheaban acerca de ella y se forjaban en su imaginación multitud de pormenores pintorescos. Estar en la vida era entregarse á orgías de jarabe de grosella y agna de Seltz en medio de una porción de hombres que pasaban por la cama de ella á docenas.

—Sí, hija mía, así es..... ¡Te aseguro que la estarán poniendo buena!

Francisca, que era muy joven, se quedaba estupefacta y abría desmesuradamente los ojos.

—¡Vaya una diversión!—dijo por fin.—Pero si no vuelve, los Lengaigne se quedarán solos, porque parece que Víctor se tendrá que ir, puesto que ha caído soldado.

Berta, que sentía los mismos odios que su padre, se encogió de hombros; ¡vaya una cosa que les importaba á los Lengaigne! No tenían más que un pesar: el que su hija no se hubiera quedado en su casa, aunque fuese para entregarse á todos los hombres, pero ayudándoles á cuidar de su tienda de tabaco. Pues qué, ¿no la había disfrutado ya un tío suyo de cuarenta años, antes de que se mar-

chase á Chateaudun? Y bajando todavía más la voz, Berta explicó con todos sus pormenores la manera cómo había ocurrido la escena. Francisca, muerta de risa, la escuchaba y encontraba todo aquello muy extraño.

—¡Oh, caramba! ¡qué estupidez es hacerse esas cosas!

Emprendió de nuevo el trabajo y se alejó, echando al aire la hierba y sacudiéndola al sol.

Seguíase oyendo persistentemente el ruido de la hoz golpeando la piedra que Víctor tenía á sus pies, y algunos minutos después acercóse al joven y empezó á hablar con él.

—¿Conque te vas de soldado?

—¡Oh! ¡En Octubre.....! Tengo tiempo y no hay prisa ninguna.

Resistíase Francisca á hablarle de su hermana, y sin embargo no pudo remediar el sacar la conversación.

—¿Es verdad lo que dicen por ahí, que Susana está en Chartres ahora?

Pero el contestó con el tono de la mayor indiferencia.

—Parece que sí..... ¡Si eso le divierte!.....

De pronto replicó al ver llegar á lo lejos á Lequen, el maestro de escuela, que parecía ir de paseo:

—¡Allí hay uno para la hija de Macqueron!..... ¿No lo decía yo?..... Ya se ha parado y le mete la nariz entre los cabellos..... Anda, anda, cabeza de pierrot, huele todo lo que quieras que con el olor solo te quedarás.

Francisca se puso otra vez á reír, y Víctor se despachó á su gusto hablando contra Berta para

satisfacer su odio de familia. Indudablemente el maestro de escuela no valía gran cosa; un bribón que pegaba á los chicos; un hipócrita cuyas opiniones nadie conoce, y muy capaz de convertirse en el perrillo faldero de la chica por apoderarse del dinero del padre. Pero Berta tampoco era muy católica, á pesar de sus humos de señorita educada en un colegio. Sí, por más que llevase faldas con volantes y chaquetas de terciopelo, y que en vez de polsón se pudiese trapos en el trasero, mona se quedaba y por dentro era una bribona de tomo y lomo, porque en los colegios de Chateaudun se aprendían cosas mucho peores que quedándose en el pueblo cuidando vacas y llevándolas á pastar. No hay cuidado que esa se dejara hacer un chico; á esas les gusta más destruirse la salud ellas solitas.

—¿Y cómo es eso?—preguntó Francisca, que no comprendía.

El hizo un gesto, ella se puso seria y dijo sin cortarse:

—Por eso será entonces por lo que siempre habla de porquerías y se me pone encima.

Víctor se había puesto á golpear de nuevo con el mango de su hoz sobre la piedra, y entre golpe y golpe deslizaba una frase.

—¿De modo que tú ya lo sabes? No tiene nada.....

—¿El qué?

—Berta está pelada..... No tiene pelos, y por eso los muchachos la llaman la pelada.

—Pero ¿qué pelos?

—Pues los pelos de cierto sitio, que lo tiene tan raso como la palma de la mano.

—¡Dale, embustero!

—¡Cuando te digo que sí!

—¿Lo has visto tú?

—Yo no, pero otros sí.

—¿Qué otros?

—Pues otros muchachos que juran habérselo visto.

—¿Y cómo y desde dónde lo han visto?

—Pues como se ven esas cosas cuando les arri-  
ma uno las narices ó cuando las toca. Yo no sé;  
pero no es necesario haber dormido con ella para  
saberlo, porque hay momentos en que se remanga  
una las faldas, ¿no es verdad?

—Entonces, habrán tenido que ir á espiarla.

—En fin, no sé cómo, pero ello es que parece  
un bicho feo, muy feo, así como un pajarraco reci-  
én nacido y todavía sin pluma, que abre el pico  
desmesuradamente.

Francisca se echó á reir como una loca. La  
imagen aquella del pajarraco sin pluma le hacía  
mucha gracia y le parecía muy ingeniosa. Y no  
se calmó ni continuó heneando hasta tanto que  
vió por la carretera á su hermana Elisa que se  
encaminaba hacia el prado. Ésta se acercó á Juan  
para decirle que se decidía á ir á casa de su tío con  
objeto de hablar á Buteau; hacía tres días que  
tenía tomada esa resolución, y Elisa prometió lle-  
garse por allí á la vuelta para darle cuenta del  
resultado de su conversación. Cuando se alejó la  
joven, Víctor seguía golpeando la piedra; Francis-  
ca, Palmira y las otras mujeres seguían aventando  
la hierba sin cesar ni un momento; en tanto que  
Lequen, muy amable y rendido, daba una lección  
á Berta manejando la hoz con la rigidez y regula-  
ridad de un soldado en el ejercicio. A lo lejos los  
segadores se iban acercando sin detenerse, con el

mismo movimiento rítmico, doblados por los ri-  
ñones, inclinados hacia el suelo, con la hoz traba-  
jando sin cesar, retirada y acercada al cuerpo con  
movimiento regular y cadencioso. Un momento  
Delhomme se detuvo y se puso de pie, destacándo-  
se su elevada estatura entre todos, y el cuerno de  
toro lleno de agua y pendiente de su cintura al  
lado de la bolsa, de donde sacó una piedra negra  
en la cual se puso á afilar la hoz. Luego desapa-  
reció la silueta y volvió á oirse el ruido de su  
instrumento de siega cebándose en la mies.

Elisa había llegado á la casa de los Fouan.  
Al principio creyó que no había nadie, porque la  
habitación parecía enteramente abandonada. Rosa  
se había deshecho de sus dos vacas, el viejo aca-  
baba de vender su caballo; ya no había allí ni  
bestias, ni trabajo, ni nada que hiciese ruido en la  
casa ni en el corral. La puerta, sin embargo, cedió  
al empujón de Elisa, y la joven penetró en la de-  
sierta y sombría sala baja, y encontró allí al tío  
Fouan de pie y comiéndose un pedazo de pan y  
queso, en tanto que su mujer, sentada y con los  
brazos cruzados, lo contemplaba.

—Buenos días, tía. ¿Qué tal va? ¿estáis buenos?

—Sí, no va mal—respondió la tía, cuya fiso-  
nomía se animó, satisfecha por aquella visita.—  
Ahora que somos burgueses nos estamos sin hacer  
nada desde por la mañana hasta por la noche.

Elisa quiso ser también amable con su tío.

—Por lo que veo, el apetito va también bien, ¿eh?

—¡Oh!—contestó el viejo—no es que tenga  
hambre..... sino que como de cuando en cuando  
por hacer algo..... De ese modo los días resultan  
un poco más cortos.

Tenia un aire tan sombrío, que Rosa empezó á hablar, sin duda por animarlo, de las ventajas de vivir sin trabajar y de comer de sus rentas. Levantarse tarde, frotarse las manos, reírse de sí hace calor ó hace frío, no tener preocupaciones de ninguna clase, ¡ah! todo aquello sí que era bueno; ¡Vivir en el paraíso! ¡Qué diferencia de antes! El viejo, animado por aquella pintura, se excitaba y revivía creyendo que era verdad, y bajo de aquella alegría forzada, de su exageración y de la fiebre producida por lo que estaban diciendo, notábase el fastidio profundo, el suplicio de la ociosidad que atormentaba á aquellos dos viejos desde que sus brazos, inertes de pronto, se desperezaban en el reposo, semejantes á máquinas antiguas arrinconadas y vendidas como hierro viejo.

Por fin Elisa se decidió á hablar del objeto de su visita.

—Tío, me han dicho que hablasteis con Buteau.

—¡Buteau es un granuja!—exclamó Fouan furioso, de pronto y sin dejarla concluir.—¿Es que si no se hubiese obstinado como un animal hubiera él tenido la cuestión desagradable que tuvo con Fanny?

Era el primer rozamiento que había habido entre él y sus hijos, y por lo mismo le era más doloroso y amargo. Al confiar la parte de Buteau á Delhomme, había pretendido arrendarlo por ochenta francos la hectárea, mientras que Delhomme no quería más que pagar una pensión doble, doscientos francos por su parte y otros doscientos por el otro. La cosa era justa, y el viejo se ponía rabioso cuando pensaba que no había tenido razón para exigir más.

—¿Y qué?—preguntó Elisa.—¿Es que los Delhomme no pagan bien?

—¡Oh, sí!—respondió Rosa.—El día que cumple el trimestre, sin falta, á las doce de la mañana está el dinero ahí, encima de la mesa.... ¡Pero hay maneras de pagar y maneras de pagar! ¿No es verdad? Y tu tío, que es muy susceptible, sobre todo desde que ha tenido el disgusto con Buteau, quisiera que le guardasen más consideraciones, y no le gusta que Fanny venga á nuestra casa como iría á la del usurero, como si la robarán.

—Sí—añadió el viejo.—pagan y nada más. Yo creo que eso no es bastante. Era menester que tuviesen miramientos y respeto.... Pues qué, ¿se creen ellos cumplidos con dar su dinero?.... Aquí nos tienes hechos unos simples acreedores, y ni siquiera puede uno quejarse.... ¡Y todavía si pagan todos!....

El viejo se interrumpió y hubo un momento de silencio embarazoso. Aquella alusión á Jesucristo, que no les había dado un céntimo, bebiéndose su parte que iba hipotecando poco á poco, desolaba á la madre, siempre dispuesta á defender al ganapán, que era el predilecto suyo, las niñas de sus ojos. Echóse á temblar al ver que iban á hablar mal de él, y se apresuró á responder:

—¡No te quemes la sangre con esas tonterías!.... Puesto que nosotros somos dichosos, ¿qué te importan los demás? Cuando se tiene bastante, se tiene bastante y se acabó.

Jamás le había hecho resistencia de aquel modo. Él la miró con fijeza.

—¡Hablas demasiado, vieja!.... Quiero ser feliz, pero es necesario además que no me fastidien.

Y ella se hizo en seguida la pequeña y guardó silencio, en tanto que su marido se acababa de comer el pan y el queso que tenía en la mano, conservando mucho rato en la boca el último bocado y mascándolo muy despacio para que durase más el entretenimiento. La sala silenciosa parecía aún más triste y sombría.

—Pues yo quisiera saber—continuó Elisa—qué piensa Buteau respecto á mí y á su hijo.... No le he molestado nunca, y creo que ya es hora de decidirse.

Los dos viejos no decían palabra. La joven interrogó directamente á su tío:

—Puesto que le habéis visto, os habrá hablado de mí.... ¿Qué ha dicho?

—¡Nada, ni palabra.... absolutamente nada! El cura me está fastidiando continuamente porque yo arregle eso. ¡Como si fuera posible hacerlo mientras el muchacho no quiera!

Elisa, llena de incertidumbre, reflexionaba.

—¿Creéis que querrá algún día?

—Es posible.

—¿Y pensáis que se casará conmigo?

—Hay probabilidades.

—¿Me aconsejáis que espere?

—¡Caramba! eso depende de las fuerzas con que te sientas. Cada cual hace lo que quiere.

Ella guardó silencio, porque no quería hablar de las proposiciones de Juan y porque no sabía de qué medios valerse para obtener una respuesta definitiva y satisfactoria.

—Ya comprenderéis que al fin me harto de no saber á qué atenerme. Necesito un sí ó un no.... Vos, tío, podríais preguntárselo á Buteau, y yo os lo agradecería muchísimo.

Fouan se encogió de hombros.

—En primer lugar, yo no he de volver á hablar é ese granuja.... Y además, hija, ¿á qué apurarlo, cuando es tan terco que como se le haga decir una vez que no, ya no hay medio de que diga que sí nunca? Déjalo en libertad, y que se case cuando él quiera.

—Pues es claro—añadió simplemente Rosa, que volvía á su costumbre de no ser más que el eco fiel de su marido.

Y Elisa no pudo sacarles una palabra más. Así es que los dejó, volvió á cerrar la puerta de la sala y se fué, dejando que la casa adquiriera de nuevo su aspecto sombrío.

En los campos y orillas del Aigre, Juan y sus dos heneadoras habían comenzado á formar el primer montón de mies. Francisca era la que lo iba formando. En el centro, subida en un montón grande de paja, disponía y colocaba en círculo los haces de heno que le llevaban Juan y Palmira. Y poco á poco el montón iba subiendo, se levantaba con ella siempre en medio y metida en la hierba hasta los muslos. El montón iba tomando forma; ya tenía dos metros de alto; Palmira y Juan se veían obligados á darle los haces con las horquillas, porque no alcanzaban ya con las manos; y la faena seguía sazonada con grandes risas á causa de la alegría que da siempre el campo y de las tonterías que unos á otros se dirigen, excitados por el olor del heno. Francisca, sobre todo, con el pañuelo caído sobre el cuello, con la cabeza desnuda, el cabello en desórden, enredado con hierbas y florecillas secas, experimentaba extrañas sensaciones sobre aquel montón movedido donde



se hundía hasta los muslos. Sus brazos desnudos se hundían también en el heno; cada haz lanzado desde abajo la cubría de una lluvia de pajillas y desaparecía, fingiendo naufragar en aquel mar de mies.

—¡Ay, ay! me ha picado aquí.

—¿Dónde?

—¡Aquí, en la corba!

—Eso es una araña. ¡Ten cuidado y aprieta las piernas!

Y rieron más y mejor é hicieron llover las frases de dudoso sentido y las bromas groseras.

Delhomme desde lejos lo advirtió y volvió un momento la cabeza, sin dejar por eso de hacer trabajar á la hoz. ¡Ah! la picara muchacha debía trabajar en vez de jugar tanto. Ahora echaban á perder á las chicas y sólo trabajaban por divertirse. Y continuó cortando mies á toda prisa y dejando en pos de sí grandes cantidades segadas. El sol iba bajando allá en el horizonte; los segadores iban ensanchando cada vez más los claros que hacían en la mies. Víctor era el único que no se apresuraba, y al ver que la Trouille pasaba por allí con sus gansos, se escapó disimuladamente para buscarla al otro lado de una fila de árboles que había á la orilla del río.

—¡Bueno!—gritó Juan;—ése ya se va en busca de su hembra que lo espera de seguro.

Francisca soltó la carejada.

—Es demasiado viejo para ella.

—¡Demasiado viejo!.... ¡Pues mira, se arreglan bien!

Y con un silbido especial imitaba el ruido de un cuchillo afilándose en una piedra de amolar, tan bien

imitado, que la misma Palmira se sujetaba el vientre sin poder contener la risa, como si sintiera dolores de cólico, á la vez que decía:

—¿Qué demonios tiene Juan hoy? ¡Qué bromista está!

Cada vez había que tirar más altos los haces de leña. Luego empezaron las bromas sobre Lequen y Berta, que había acabado por sentarse al lado de la otra. Tal vez la pelada estaría haciendo que le hiciese el otro cosquillas con una paja desde lejos; pero lo que es el maestro de escuela no conseguiría nada más, porque no era para él aquella galleta.

—¡Si será cochino!—exclamó Palmira, que ya no tenía fuerzas para reír más.

Entonces Juan la emprendió con ella.

—¡Vamos, que vos no habréis llegado á los treinta y dos años sin que nadie os lo toque!

—¡A mí, jamás; nadie!

—¡Cómo! ¿ningún muchacho lo ha intentado? ¿No habéis tenido novio?

—¡No, ninguno!

Ella se había puesto pálida, muy seria y mostrando entristecida aquella cara flaca y macilenta, trabajada por la miseria, en la cual lucían dos ojos de perro fiel á su amo. Tal vez se puso á pensar en su triste vida, sin una amistad, sin un amor, haciendo siempre la existencia de una bestia tratada de continuo á latigazos y muerta de sueño al entrar por la noche en la cuadra; y se había detenido, de pie, con los puños apoyados en el palo de la horquilla, mirando sin ver hacia el horizonte.

Hubo un momento de silencio. Francisca, inmóvil en lo alto del montón, escuchaba, mientras que

Juan se detenía un momento para respirar también, y bromeaba sin atreverse á soltar la especie que tenía en la punta de la lengua. Al fin se decidió y lo soltó todo.

—¿De modo que es mentira eso que dicen de que os acostáis con vuestro hermano?

De livida que estaba Palmira se puso roja como una cereza y empezó á tartamudear, sorprendida, irritada, sin encontrar el mentís que deseaba formular.

—¡Oh, infames! ¿quién puede creer eso?

Y Francisca y Juan, cada vez más alegres, hablaban á la vez, acosándola y desesperándola. ¡Qué demonio! En la cuadra derruida donde vivían ella y su hermano, no había medio de moverse sin caer el uno encima del otro. Los jergones estaban juntos, y no tenía nada de extraño que los equivocasen de noche.

—Vamos, si es verdad, confesadlo..... Además, lo sabe todo el mundo.

Palmira erguida, furiosa, empezó á defenderse.

—Y aunque fuese verdad, ¿qué le importa á nadie?..... El pobrecillo no tiene placeres ningunos. Soy su hermana y podría ser su mujer, puesto que todas las muchachas le rechazan.

Dos lágrimas corrieron por sus mejillas á aquella confesión, en el desgarramiento de su maternidad por el enfermo, que llegaba hasta el incesto. Después de haberle alimentado, aun podía por la noche darle lo que las otras le rechazaban, un regalo que no le costaba nada; y en el fondo de su oscura inteligencia de seres tan pegados á la tierra, de parias cuyo amor nadie había querido, ellos no supieron cómo había sucedido la cosa: una

aproximación instintiva sin consentimiento reflexivo, él atormentado y bestial, ella pasiva y buena para todo, cediendo en seguida el uno y el otro al consuelo de encontrar calor en aquella zahurda donde tiritaban.

—Ella tiene razón: ¿qué nos importa? — dijo Juan con su aire grave de buen muchacho, conmovido al verla tan trastornada. — Eso es cosa de ellos y á nadie hace daño.

Pero vino á ocuparles otra historia. Jesucristo acababa de bajar del castillo, la antigua cueva que ocupaba, y desde lo alto del camino llamaba á la Treuille con toda la fuerza de sus pulmones, jurando y gritando que su hija había desaparecido hacía dos horas, sin inquietarse por la sopa para la noche.

—Tu hija — le gritó Juan — está debajo de los sauces mirando la luna con Víctor.

Jesucristo cerró los puños.

—¡Esa pérdida me deshonoró!..... Voy á buscar mi látigo.

Y volvió á subir corriendo. Se trataba de un látigo que tenía colgado detrás de la puerta para aquellas ocasiones.

Pero la Treuille había debido escucharle. Oyóse un rumor de hojas y un ruido de huida, y dos minutos después reapareció Víctor, con paso perezoso, poniéndose otra vez á trabajar. Y como Juan desde lejos le preguntase si había tenido cólico, le respondió:

—¡Justo!

Habiase acabado el pajar, de una altura de cuatro metros, sólido y redondeado. Palmira con sus largos brazos delgados echó las últimas garvas, y

Francisca, de pie en lo alto, parecía entonces agrandarse sobre el pálido cielo, sofocada, toda vibrante por sus esfuerzos, inundada de sudor, con los cabellos pegados á la piel, y tan en desorden, que su corpiño bailaba sobre sus duros pechos, y la saya, suelta, colgaba de sus caderas.

—¡Oh, qué alto está esto!.... Se me va la cabeza.

Y reía estremeciéndose, vacilando, no atreviéndose á bajar, adelantando un pie para retirarlo en seguida.

—No; está muy alto. Vé á buscar una escalera.

—¡Pero, tonta!—dijo Juan;—¡séntate y déjate resbalar!

—¡No, no, me da miedo; no puedo!

Y hubo gritos, consejos y bromas picantes. ¡No sobre la tripa, porque se podría hinchar! ¡Sobre el trasero, á menos que tenga almorranas!

Y él abajo se excitaba con los ojos levantados para verla las piernas, exasperado de verla tan alta, fuera de su alcance, acometido inconscientemente de un deseo de macho de atraparla y poseerla.

—¡Cuando yo te digo que no te romperás nada!.... Déjate rodar, que caerás en mis brazos.

—¡No, no!

Juan se había colocado delante del pajar, extendiendo los brazos y ofreciéndole su pecho para que se tirase. Y cuando, decidiéndose de pronto y cerrando los ojos, ella se dejó caer, su caída fué tan rápida por la resbaladiza, pendiente de paja, que le tiró por tierra, casi estrangulándole entre sus muslos. En tierra ya, se ahogaba á fuerza de

reír, diciendo que no se había hecho daño. Pero al sentirla sudorosa y ardiente contra su rostro, él la sujetó. Aquel olor de mujer, aquel violento perfume de paja batida por un fuerte viento, le embriagaba, estremeciendo todos sus músculos en una rabia brusca de deseos. Además había allí otra cosa: una pasión oculta por aquella niña, y que estallaba de pronto; una ternura de los sentidos y del alma, que venía de atrás, y aumentada con sus miradas y con sus risas, haciendo nacer el deseo de gozarla allí, sobre la hierba.

—¡Oh, Juan, basta! ¡que me ahogas!

Y reía siempre creyendo que él jugaba. Y él, habiendo encontrado las miradas de Palmira, se estremeció y se levantó con el aire de un borracho á quien despeja el borde de un precipicio. ¿Qué? ¡No era á Elisa á quien quería, sino á aquella chiquilla! Jamás había hecho palpitar su corazón la idea de la piel de Elisa rozando contra la suya, mientras que toda su sangre se alborotaba al solo pensamiento de abrazar á Francisca. Ahora ya sabía por qué le gustaba tanto visitar y ser útil á las dos hermanas. ¡Pero la niña era tan joven! Quedó desesperado y vergonzoso.

Precisamente Elisa volvía de casa de los Fouan. Por el camino había reflexionado. Ella habría preferido á Buteau, porque al menos era el padre de su hijo. Los viejos tenían razón; ¿por qué luchar? El día en que Buteau dijera que no, allí estaría siempre Juan que diría que sí.

Abordó á éste diciéndole:

—No hay contestación; el tío no sabe nada.... esperemos.

Trastornado, estremeciéndose todavía, Juan la

miraba sin comprender. Pero en seguida recordó: el matrimonio, el consentimiento de Buteau, todo aquel asunto que consideraba dos horas antes como ventajoso para ella y para él. Apresuróse á decir:

—Sí, sí, esperemos; eso es mejor.

Venía la noche, y en el cielo brillaba ya una estrella color de violeta. En el crepúsculo creciente no se distinguían más que los vagos contornos de los primeros pajares que salpicaban la extensión rasa de las praderas. Pero los olores de la tierra caliente se esparecían con más fuerza en la serenidad del aire, y los ruidos se oían mejor, prolongados con una limpidez musical. Eran voces de hombres y de mujeres, risas que se apagaban, el relincho de un animal, el choque de una herramienta, mientras que los segadores trabajaban siempre sin descansar, agrupándose en un rincón de prado; y lleno, regular, subía todavía el silbido de las hoces, de aquel trabajo que ya no se veía.

### V.

Habían transecurrido dos años en aquella vida activa y monótona de los campos, y Rognes había visto, con la vuelta fatal de las estaciones y el eterno andar de las cosas, los mismos trabajos, los mismos descansos.

Había allá abajo, en el camino, en el rincón de la escuela, una fuente de agua viva, adonde bajaban todas las mujeres por el agua para la comida, pues en las casas no tenían más que para las bestias y para el riego. A las seis de la tarde, aquel

era el mentidero del país; los menores acontecimientos encontraban allí un eco, y se entregaban allí á comentarios sin fin sobre que éstos habían comido un jigote, acerca de la hija de aquéllos, embarazada desde la Candelaria; y durante aquellos dos años habían rodado los mismos chismes, volviendo y repitiéndose, siempre de niños hechos muy pronto, de hombres borrachos, de mujeres abofeteadas, mucho trabajo y mucha miseria. ¡Habían sucedido tantas cosas, y siempre lo mismo!

Los Fouan, cuya donación de bienes había apasionado mucho, vegetaban tan escondidos, que se les olvidaba. El negocio había quedado en tal estado; Buteau se obstinaba y no se casaba con la mayor de las Mouche, que criaba á su hijo. A Juan se le había acusado de dormir con Elisa, aunque acaso ya no dormía; ¿pero por qué entonces continuaba visitando la casa de las dos hermanas? La chismografía de la fuente había languidecido algunos días sin la rivalidad de Celina Macqueron y de Flora Lengaigne, que la Becú lanzaba una contra otra con el pretexto de reconciliarlas. Luego, cuando había más calma, acababan de estallar grandes acontecimientos: las próximas elecciones y la cuestión del famoso ferrocarril de Chateaudun que avivaron la chismografía. Las vasijas ya llenas estaban en fila y las mujeres no se iban. Era un sábado.

Precisamente al día siguiente, el señor de Chevillat, diputado saliente, almorzaba en la granja de la Borderie con Hourdequin. Hacía su expedición electoral y trataba de conquistar á éste, muy influyente en el distrito, aunque estuviese casi cierto de ser reelegido, gracias á su título de can-

miraba sin comprender. Pero en seguida recordó: el matrimonio, el consentimiento de Buteau, todo aquel asunto que consideraba dos horas antes como ventajoso para ella y para él. Apresuróse á decir:

—Sí, sí, esperemos; eso es mejor.

Venía la noche, y en el cielo brillaba ya una estrella color de violeta. En el crepúsculo creciente no se distinguían más que los vagos contornos de los primeros pajares que salpicaban la extensión rasa de las praderas. Pero los olores de la tierra caliente se esparecían con más fuerza en la serenidad del aire, y los ruidos se oían mejor, prolongados con una limpidez musical. Eran voces de hombres y de mujeres, risas que se apagaban, el relincho de un animal, el choque de una herramienta, mientras que los segadores trabajaban siempre sin descansar, agrupándose en un rincón de prado; y lleno, regular, subía todavía el silbido de las hoces, de aquel trabajo que ya no se veía.

### V.

Habían transecurrido dos años en aquella vida activa y monótona de los campos, y Rognes había visto, con la vuelta fatal de las estaciones y el eterno andar de las cosas, los mismos trabajos, los mismos descansos.

Había allá abajo, en el camino, en el rincón de la escuela, una fuente de agua viva, adonde bajaban todas las mujeres por el agua para la comida, pues en las casas no tenían más que para las bestias y para el riego. A las seis de la tarde, aquel

era el mentidero del país; los menores acontecimientos encontraban allí un eco, y se entregaban allí á comentarios sin fin sobre que éstos habían comido un jigote, acerca de la hija de aquéllos, embarazada desde la Candelaria; y durante aquellos dos años habían rodado los mismos chismes, volviendo y repitiéndose, siempre de niños hechos muy pronto, de hombres borrachos, de mujeres abofeteadas, mucho trabajo y mucha miseria. ¡Habían sucedido tantas cosas, y siempre lo mismo!

Los Fouan, cuya donación de bienes había apasionado mucho, vegetaban tan escondidos, que se les olvidaba. El negocio había quedado en tal estado; Buteau se obstinaba y no se casaba con la mayor de las Mouche, que criaba á su hijo. A Juan se le había acusado de dormir con Elisa, aunque acaso ya no dormía; ¿pero por qué entonces continuaba visitando la casa de las dos hermanas? La chismografía de la fuente había languidecido algunos días sin la rivalidad de Celina Macqueron y de Flora Lengaigne, que la Becú lanzaba una contra otra con el pretexto de reconciliarlas. Luego, cuando había más calma, acababan de estallar grandes acontecimientos: las próximas elecciones y la cuestión del famoso ferrocarril de Chateaudun que avivaron la chismografía. Las vasijas ya llenas estaban en fila y las mujeres no se iban. Era un sábado.

Precisamente al día siguiente, el señor de Chevillat, diputado saliente, almorzaba en la granja de la Borderie con Hourdequin. Hacía su expedición electoral y trataba de conquistar á éste, muy influyente en el distrito, aunque estuviese casi cierto de ser reelegido, gracias á su título de can-

didato oficial. Había ido una vez á Compiègne, todo el país le llamaba «el amigo del Emperador», y esto bastaba; se le consideraba como si viviese en las Tullerías. Este señor de Chedeville era un antiguo elegante, la flor del reinado de Luis Felipe, guardando en el fondo del corazón afecciones orleanistas, y que se había arruinado con las mujeres. No poseía más que su granja de la Chama-de, donde jamás ponía los pies más que en tiempo de elecciones, descontento por otra parte de los productos que bajaban, y lleno de una ambición política, con una vaga idea de rehacer su fortuna en los negocios. Alto, todavía elegante, el busto apretado y los cabellos teñidos, se conmovía al al ver una saya, por modesta que fuera, y preparaba, según se decía, importantes discursos sobre las cuestiones agrícolas.

La víspera, Hourdequin había tenido una violenta cuestión con Santiagnilla que quería también tomar parte en el almuerzo.

—¡Tu diputado! ¡tu diputado! ¿Crees que me le voy á comer?.... ¿O es que te avergüenzas de mí?

Pero él se mantuvo firme y no hubo más que dos cubiertos, y ella rabiaba á pesar del aire galante del señor de Chedeville, que habiéndola visto, lo había comprendido todo, y volvía sin cesar los ojos hacia la cocina, adonde ella había ido á encerrarse dignamente.

El almuerzo tocaba á su fin, una trucha del Aigre después de una chuleta y dos pichones asados.

—Lo que nos pierde—dijo el señor de Chedeville—es esa libertad comercial de que el Empe-

rador se ha enamorado. Sin duda las cosas han marchado bien después de los tratados de 1861, y se ha creído en un milagro. Pero hoy los verdaderos efectos se dejan sentir; ya veis cómo los precios bajan. Yo estoy por la protección; es preciso que se nos defienda contra el extranjero.

Hourdequin, reclinado en su silla, sin comer y con la mirada vaga, habló lentamente.

—El trigo, que está á diez y ocho francos el hectolitro, cuesta diez y seis producirlo. Como baje más, esto será la ruina.... Y todos los años, según se dice, América aumenta sus exportaciones de cereales, que amenazan nuestros mercados con una verdadera inundación. ¿Qué va á pasar?.... Mirad, yo he estado siempre por el progreso, por la ciencia, por la libertad. ¡Pues bien; vaciló, palabra de honor! ¡Sí, por mi fe, no podemos morir de hambre; que se nos proteja!

Volvió á su alón de pichón y continuó:

—¿Sabéis que nuestro contrincante, el señor Rochefontaine, el propietario de los talleres de construcciones de Chateaudun, es un librecambista rabioso?

Hablaron un instante de este industrial, que ocupaba de mil á mil doscientos obreros; un mozo inteligente y activo, muy rico, dispuesto á servir al Imperio; pero herido por no haber podido obtener el apoyo del prefecto, y que se había obstinado en presentarse como candidato independiente. Pero los electores de los campos le trataban como enemigo público desde el momento en que no estaba con el más fuerte.

—¡Diablo!—añadió el señor de Chedeville—el

no pide más sino que el pan esté barato, para pagar menos á sus obreros.

El dueño de la granja, que iba á llenar un vaso de Burdeos, dejó la botella sobre la mesa.

— ¡Eso es lo malo! — exclamó. — De un lado nosotros los campesinos, que tenemos necesidad de vender nuestros granos á un precio que compense nuestros trabajos; y del otro la industria que fuerza la baja para disminuir los salarios. Esto es una guerra encarnizada que no sé cómo va á concluir. ¿Lo sabéis vos?

En efecto, era el terrible problema de estos tiempos, el antagonismo que mina el cuerpo social. La cuestión era muy superior á los conocimientos del antiguo elegante, que se contentó con mover la cabeza, haciendo un gesto evasivo.

Hourdequin, que había llenado su vaso, lo vació de un trago.

— Esto tiene que acabar.... Si el campesino vende bien su trigo, el obrero se muere de hambre; si el obrero come, el campesino se muere. De modo que tenemos que devorarnos los unos á los otros.

Después, con los codos sobre la mesa, se desahogó violentamente, y su oculto desprecio por aquel propietario que no cultivaba la tierra que le alimentaba, advertíase en cierta vibración crónica de su voz.

— Me habéis pedido hechos para vuestros discursos.... Pues bien, el primero es que vos tenéis la culpa si se pierde la Chamade. El colono que tenéis allí se abandona, porque su arrendamiento está para terminar y sospecha vuestra intención de aumentarlo. No se os ve nunca, se burlan de

vos y os roban: ¡nada más natural!.... Además, hay en vuestra ruina una razón más sencilla: es que nos arruinamos todos; es que la Beauce se agota, sí, ¡la fértil Beauce, la nodriza, la madre!

Continuó: En su juventud, la Perche, del otro lado del Loir, era un país pobre, de escaso cultivo, casi sin cereales, y cuyos habitantes venían á segar á Cloyes, á Chateaudun, á Bonneval; y hoy, gracias á la subida constante de la mano de obra, he aquí que la Perche prospera, que bien pronto valdrá más que la Beauce, sin contar que se enriquecía con la alza, pues los mercados de Mondoubleau, de Saint-Calais y de Courtalain proveían al país de caballos, de bueyes y de cerdos. La Beauce no vivía más que de los carneros. Dos años antes, cuando la roña los había diezmado, atravesó una crisis terrible, hasta el punto de que si esto continúa morirá.

Y refirió sus luchas, su historia, sus treinta años de batalla con la tierra, de la cual salía más pobre. Siempre le habían faltado los capitales; no había podido trabajar ciertos campos como habría querido. Siempre la historia de los abonos; no se empleaba más que el de las granjas, que era insuficiente; todos sus vecinos se burlaban de verle emplear abonos químicos, cuya mala calidad daba, por otra parte, la razón muchas veces á los que se reían. Una sola máquina, la de trillar, iba siendo aceptada. Aquello era el enmudecimiento mortal, inevitable, de la rutina; y si él, progresista, inteligente, se dejaba invadir por ella, ¿qué sucedería á los campesinos, cabezas duras, hostiles á las novedades? Un campesino se moriría de hambre antes que tomar un puñado de su tierra y

Hevársela á un químico para que la analizase. No, el campesino tomaba siempre al suelo sin pensar en devolverle nada, no conociendo más estiércol que el de sus dos vacas y el de su caballo; luego lo demás iba como Dios quería; se echaba la semilla á la tierra, germinaba al azar, y si no germinaba se injuriaba al cielo. El día en que instruido al fin se decidiera á emplear un cultivo racional y científico, la producción se duplicaría. Pero hasta allí, ignorante, obstinado, sin un cuarto, mataría la tierra. Así era como la Beauce, el antiguo granero de la Francia; la Beauce, llana y sin agua, que no tenía más que sus granos, se moría poco á poco de agotamiento, cansada de ser sangrada y de alimentar á un pueblo imbecil.

—¡Ah! todo daña al campo—exclamó.—Sí, nuestros hijos verán la quiebra de la tierra. Sabéis que nuestros campesinos, que antes arrojaban sueldo á sueldo el precio de unos terrones, hoy compran valores financieros, españoles, portugueses, hasta mejicanos. ¡Y no arriesgarán ni cien francos para mejorar una hectárea! No tienen confianza; los padres se revuelven en su rutina como bestias, y las hijas y los hijos no piensan más que en ordeñar las vacas y en verse libres del trabajo para irse á las poblaciones..... Pero lo peor es que la instrucción, ya sabéis, la famosa instrucción que debía salvarlo todo, activa esa emigración, esa despoblación de los campos, dando á los hijos vanidad y el gusto del falso bienestar..... ¡Mirad! En Rogues tienen un profesor, ese Lequeu, un mocetón escapado de la carreta, devorado de rencor contra la tierra que ha tenido que cultivar; pues bien, ¿cómo queréis que él haga amar su con-

dición á sus discípulos, cuando todos los días los trata de salvajes, de brutos, y los envía al estercolero paternal con el desprecio de un letrado?..... ¡El remedio, Dios mío, el remedio sería seguramente tener otras escuelas, una enseñanza práctica, cursos graduados de agricultura!..... He aquí, señor diputado, un hecho que os señalo. Insistid allá arriba, la salvación está en las escuelas, si todavía es tiempo.

El señor de Chedeville, distraído, lleno de mal-estar bajo aquella masa de documentos, se apresuró á responder:

—Sin duda, sin duda.

Y como la criada llevase los postres, queso y frutas, dejando abierta la puerta de la cocina, apareció el lindo perfil de Santiaguilla, y se inclinó guiñando los ojos y moviéndose para llamar la atención de la amable muchacha; luego añadió con su voz dulzona de antiguo conquistador:

—Pero no me habláis de la pequeña propiedad.

Expresaba las ideas corrientes: la pequeña propiedad, creada en el 89, favorecida por el Código, estaba llamada á regenerar la agricultura; en fin, todo el mundo propietario, cada cual poniendo su inteligencia y su fuerza en cultivar su tierra.

—¡Dejadme en paz!—declaró Hourdequin. La pequeña propiedad existía antes del 89, y en gran proporción. Además, hay mucho que decir sobre la repartición, bueno y malo.

De nuevo, con los codos en la mesa, comiendo cerezas, entró en detalles. En Beauce, la pequeña propiedad, la herencia por bajo de veinte hectáreas, era de ochenta por ciento. Desde hacía algún tiempo, casi todos los jornaleros, los que se en-



ganchan en las granjas, compraban parcelas, lotes de grandes propiedades desmembradas, que cultivaban á ratos perdidos. Esto, ciertamente, era excelente, porque así el jornalero se ligaba á la tierra. Se podía añadir en favor de la pequeña propiedad, que hacía á los hombres más dignos, más orgullosos, más instruidos. En fin, ella producía proporcionalmente más y de mejor calidad. Pero ¡qué inconvenientes por otra parte! Desde luego aquella superioridad era debida á un trabajo excesivo: el padre, la madre, los hijos, se mataban á trabajar para vivir; y hasta era tan duro aquel trabajo, que acababa por despoblar los campos. Después la distribución, multiplicando los transportes, deterioraba los caminos, aumentaba los gastos de producción, sin hablar del tiempo perdido. Cuanto al empleo de las máquinas, era imposible para las propiedades pequeñas. En una palabra: la división á todo trance de tal modo podía ser un peligro, que después de haberla favorecido legalmente, al día siguiente de la revolución, por temor á la reconstitución de los grandes dominios, había que facilitar el cambio.

— ¡Escuchad bien — continuó; — se entabla y se agrava la lucha entre la grande y la pequeña propiedad.... Los unos, como yo, estáu por la grande, porque parece ir en el mismo sentido de la ciencia y el progreso, con el empleo de las máquinas, con el rodar de los grandes capitales.... Los otros, al contrario, no creen más que en el esfuerzo individual y preconizan la pequeña y sueñan con no sé qué cultivo, produciendo sus abonos cada cual y cuidando sus terrones, echando sus semillas una á una, dándoles la tierra que pi-

den y cultivando aparte cada planta en estufa.... ¿Cuál de las dos vencerá? ¡Al diablo si lo sospecho! Sé bien, como decíais, que todos los años grandes granjas arruinadas se desmembran alrededor mío en manos de bandas negras, y que la pequeña propiedad gana ciertamente terreno. Conozco además en Rognes un ejemplo bien curioso: una vieja que saca de menos de una tahulla para ella y para su hombre, un verdadero bienestar, hasta regalo; sí, la tía *Caca*, como la llaman, precisamente á causa de que vierte sus excrementos y los de su marido en sus legumbres, según el método de los chinos, á lo que parece. Pero esto no sirve para los cereales; y si para bastarse el campesino debe producir de todo, ¿qué sería de nuestros beaucerones con sus cereales únicamente? En fin, el que viva verá....

Y se interrumpió gritando:

— Y ese café, ¿para cuándo es?

Luego, encendiendo su pipa, concluyó:

— A menos que no se mate á la una y á la otra en seguida; y esto es lo que se va en camino de hacer.... Decid que la agricultura agoniza, señor diputado; que está muerta si no se la socorre. Todo contribuye á ello: los impuestos, la competencia extranjera, el alza continua de la mano de obra, la evolución del dinero que va hacia la industria y hacia los valores financieros. ¡Ah! ciertamente, no se escasean las promesas, todos las prodigan, los prefectos, los ministros, el emperador, y luego, nada.... ¿Queréis la verdad desnuda? Hoy un labrador, para sostenerse, se come su dinero ó el de los demás. Yo tengo algunos sueldos de reserva, y esto va bien. Pero conozco á

quien toma préstamos al cinco cuando las tierras no dan más del tres: fatalmente viene la ruina. Un campesino que toma dinero á préstamo es hombre perdido: perderá hasta la camisa. La otra semana se ha expulsado á uno de mis vecinos: el padre, la madre y cuatro hijos echados á la calle, después que los curiales se comieron los animales, la casa y las tierras. Sin embargo, hace años que se nos promete la creación de un crédito agrícola con intereses razonables. ¡Sí, sí, ya llega! ¡Y esto disgusta hasta á los buenos trabajadores que se miran mucho antes de hacer un hijo á sus mujeres! ¡Gracias! ¡Una boca más, uno que se morirá de hambre y renegará de la vida! Cuando no hay para todos no se tienen hijos y la nación perece.

El señor de Chedeville, decididamente molesto, arriesgó una sonrisa inquieta murmurando:

—No véis las cosas muy bien.

—Es verdad, hay días en que yo lo echaría todo á rodar—respondió alegremente Hourdequin.—Así hace treinta años que duran estas tonterías..... Yo no sé por qué me he obstinado de este modo; debía hacer otra cosa. Sin duda las costumbres, y luego la pasión, ¿por qué no decirlo? Esa maldita tierra, cuando os coga, ya no suelta..... Mirad sobre ese mueble, será una tontería, pero me consuelo cuando veo eso.

Con la mano extendida señalaba una copa de plata, protegida contra las moscas por una gasa: el premio de honor ganado en un certámen agrícola. Aquellos certámenes donde triunfaba, eran el aguijón de su vanidad, una de las causas de su obstinación.

A pesar del evidente cansancio de su convida-

do, no se apresuraba á tomar el café; vertía coñac en su taza por la tercera vez, cuando habiendo sacado su reloj, se levantó sobresaltado.

—¡Diablo! ¡las dos, y tengo sesión en el Ayuntamiento!..... Trátase de un camino. Consentimos en pagar la mitad, pero queríamos una subvención del Estado para lo demás.

El señor de Chedeville se había levantado contento al verse libre.

—Yo puedo seros útil, yo os conseguiré la subvención. ¿Queréis que os lleve á Rognes en mi cabriolé, puesto que tenéis prisa?

—¡Perfectamente!

Y Hourdequin salió para hacer enganchar el carruaje, que estaba en medio del patio. Cuando volvió no encontró al diputado, y luego lo vió en la cocina. Allí estaba sonriente delante de Santiaguilla, y tan cerca, que casi se rozaban los rostros; los dos se habían gustado, se habían comprendido y se lo decían con elocuentes miradas.

Cuando Chedeville hubo subido al carruaje, la Cognette retuvo un momento á Hourdequin para decirle al oído:

—Es más amable que tú, y no le parece bien que yo me oculte.

En el camino, mientras que el carruaje rodaba por entre los sembrados, el agricultor volvió á la tierra, su eterno cuidado. Presentaba ahora notas escritas, cifras, porque él, desde hacía algunos años, llevaba una contabilidad. En la Beauce no había tres que hicieran otro tanto, y los pequeños propietarios, los campesinos, se encogían de hombros sin comprenderlo siquiera. Sin embargo, únicamente la contabilidad establecía la situación é

indicaba qué productos dejaban ganancias y cuáles pérdidas: además daba los precios de venta. En su casa, cada criado, cada animal, cada cultivo, hasta cada herramienta, tenía su página, sus dos columnas, el *Debe* y el *Haber*.

—Al menos—dijo con su ruidosa risa—sé cómo me arruino.

Pero se interrumpió para jurar entre dientes. Desde un minuto antes, á medida que el cabriolet avanzaba, intentaba darse cuenta de una escena que se desarrollaba á lo lejos, á orillas del camino. Á pesar de ser domingo, había enviado allí para aventar una parva que corría prisa, una aventadora mecánica de un nuevo sistema, comprada recientemente. Y el mozo, no conociendo á su amo en aquel carruaje desconocido, continuaba burlándose de la máquina con tres campesinos que había detenido al pasar.

Estos examinaban la máquina como si fuera un animal falso, y uno de ellos declaró:

—Todas estas son invenciones del diablo contra el pobre mundo.... ¿Qué van á hacerse nuestras mujeres si se prescinde de ellas?

—¡Anda y que se fastidien los amos!—añadió el criado dando una patada á la máquina.—¡Toma, cascajo!

Hourdequin había oído. Sacó violentamente el cuerpo fuera del carruaje y gritó:

—Vuélvete á la granja, Ceferino, y que te den tu enenta.

El criado se quedó estupefacto, y los tres campesinos se fueron riendo de un modo insultante y burlándose en voz alta.

—Ahí tenéis—dijo Hourdequin dejándose caer

sobre el asiento.—Ya habéis visto.... Se diría que nuestras herramientas perfeccionadas les quemaran las manos. Por otra parte me tratan de burgués.

El cabriolet, al acabar la cuesta, entraba en Rognes por la calle de Bazoches-le-Doyen, cuando el diputado apercibió al abate Godard que salía de casa de Macqueron, donde había almorzado aquel domingo después de la misa. Volvióse á acordar de su reelección, y preguntó:

—¿Y el espíritu religioso en nuestros campos?

—¡Oh! ¡prácticas, pero en el fondo nada!—respondió negligentemente Hourdequin, que no practicaba.

Hizo parar el carruaje delante de la taberna de Macqueron, que estaba en la puerta con el abate, y presentó á su acompañante. Celina, muy limpia, con su traje de percal, acudía llevando delante á su hija Berta, la gloria de la familia, vestida de señorita con su traje de seda. Durante aquel tiempo, la aldea, que parecía muerta, como emperrezada por aquel hermoso domingo, se despertaba sorprendida por aquella visita extraordinaria. Por todas las puertas asomaban campesinos, y los niños salían cogidos á las faldas de sus madres. Sobre todo en casa de Lengaigne había mucho disgusto; él alargaba la cabeza con su navaja en la mano, y su mujer, Flora, deteníase al pesar cuatro sueldos de tabaco, llenos de rabia al ver que aquellos señores bajaban á la puerta de su rival. Y poco á poco acercábanse las gentes, se formaban grupos, y Rognes sabía ya de un extremo á otro el gran acontecimiento.

—Señor diputado—repetía Macqueron muy turbado—es verdaderamente un honor....

Pero el señor de Chedeville no le escuchaba, encantado de la linda cara de Berta, cuyos claros ojos ojerosos le miraban atrevidamente. Su madre decía su edad, contaba dónde había hecho sus estudios, y ella misma, sonriente, saludando, invitaba á entrar al caballero, si es que se dignaba.

—¡Cómo no, hija mía!—exclamó éste.

Durante todo esto, el abate Godard suplicaba á Hourdequin una vez más que decidiese al Ayuntamiento á votar una consignación para que Rognes tuviera un cura fijo. Cada seis meses hablaba de ello y daba sus razones: su fatiga, sus continuas cuestiones con el pueblo, sin contar el interés del culto.

—¡No me digáis que no!—añadió vivamente al ver al dueño de la granja hacer un gesto evasivo.—Hablad; espero la contestación.

Y en el momento en que Chedeville iba á seguir á Berta, se precipitó hacia él y le detuvo.

Perdón, señor diputado. ¡La pobre iglesia está aquí en tal estado!... Quiero que la veáis, porque es menester que me consigáis algunas reparaciones. No me hacen caso..... Venid, venid; os lo ruego.

Muy aburrido el antiguo elegante resistía, cuando Hourdequin, sabiendo por Macqueron que muchos de los concejales estaban en el Ayuntamiento esperando hacia media hora, dijo:

—Eso es, id á ver la iglesia..... Así mataréis el tiempo mientras yo despacho, y me volveréis á llevar á mi casa.

Chedeville tuvo que seguir al abate. Los grupos habían aumentado, y muchos se pusieron en marcha detrás de él. Todos tenían que pedirle algo.

Cuando Hourdequin y Macqueron llegaron á la sala de la alcaldía, encontraron allí tres concejales, Delhomme y otros dos. La sala, una vasta pieza blanqueada con cal, no tenía más muebles que una gran mesa de pino y doce sillas de paja; entre las dos ventanas que daban á la calle había un armario que servía de archivo, y alrededor de los muros, y sobre tablas, apilábanse mangas para incendios, regalo de un vecino que no sabía dónde colocarlas, y que sólo servían de estorbo, porque no había bomba.

—Señores—dijo cortésmente Hourdequin—os ruego que me dispenséis, porque he tenido que almorzar con el señor de Chedeville.

Nadie contestó, y no se supo si aceptaban aquella excusa. Sin embargo, habían visto por la ventana llegar al diputado, y la elección próxima les interesaba; pero no había por qué hablar de prisa.

—¡Diablo!—declaró Hourdequin.—Si no somos más que cinco, no vamos á poder tomar ninguna resolución.

Felizmente entró Lengaigne. En un principio había resuelto no ir á la sesión, porque no le interesaba la cuestión del camino y esperaba que su ausencia impediría la solución. Pero llenándole de curiosidad la llegada de Chedeville, se decidió á subir para saber.

—Bueno, ya somos seis y podremos votar—dijo el alcalde.

Y habiendo entrado Lequen, que hacía de secretario, con el libro de actas debajo del brazo, nada se oponía ya á que se abriera la sesión. Pero Delhomme se había puesto á hablar con su vecino Clon, el albéitar, un hombre alto, seco y moreno.

Como les escuchaban, se callaron. Sin embargo, les habían oído un nombre, el del candidato independiente, el señor Rochefontaine. Estaban por el orden, por la obediencia á las autoridades que aseguraban las ventas. ¿Se creía aquel señor más fuerte que el Gobierno? ¿Es que él iba á hacer que el trigo subiera á treinta francos el hectolitro? Era mucho aplomo enviar programas, prometer más manteca que pan. Llegaban hasta á tratarle de aventurero, de mal hombre, que quería robarles sus votos como si quisiera robarles sus dineros. Hourdequin, que habría podido explicarles que Rochefontaine, librecambista, profesaba en el fondo las ideas del Emperador, dejaba á Macqueron mostrar su celo bonapartista y á Delhomme hablar con su buen sentido de hombre de pocos alcances, mientras que Lengaigne apuntaba, gruñendo en un rincón, sus raras ideas republicanas. Aunque no hubiera sido nombrado ni una vez Chedeville, todo lo que se decía lo señalaba, y era como bajar la cabeza ante su título de candidato oficial.

—Vamos, señores—dijo el alcalde—comencemos.

Estaba sentado delante de la mesa, en su sillón de presidente, una silla de respaldo más ancho, con brazos. Solo el teniente se sentó á su lado. Los cuatro concejales permanecieron en pie, dos de ellos junto á una ventana.

Lequeu había pasado al alcalde un papel y le habló al oído; después salió dignamente.

—Señores—dijo Hourdequin—he aquí una instancia que nos dirige el maestro de escuela.

Fué leída. Era una solicitud pidiendo un au-

mento de treinta francos al año, fundándose en la actividad que desplegaba. Todos los rostros se contrajeron: mostrábase avaros del dinero del Municipio, como si ellos tuvieran que sacarlo de sus bolsillos, sobre todo en lo que se refería á la escuela. Sin discusión fué denegada.

—Bueno, le diremos que espere. Tiene mucha prisa ese joven.... Y ahora hablemos del camino.

—Dispensad, señor alcalde—interrumpió Macqueron;—yo quería decir algo acerca de la parroquia.....

Hourdequin, sorprendido, comprendió entonces por qué el abate había almorzado en casa del tabernero. Por lo demás, aquella proposición tuvo la misma suerte que la del maestro de escuela. No se era bastante ricos para pagar un cura propio, y verdaderamente no era honroso contentarse con las sobras de Bazoches-le-Doyen. Todos se encogían de hombros y preguntaban si por ello sería mejor la misa. ¡No, no! había que hacer reparaciones en el presbiterio, y un cura propio costaría muy caro; media hora de otro, los domingos, bastaba.

El alcalde, disgustado por la iniciativa de su teniente, concluyó:

—No ha lugar; el Ayuntamiento ha decidido ya.... Y ahora á nuestro camino; es preciso acabar.... Delhomme, llamad á Lequeu. ¡Si creará ese animal que vamos á estar deliberando sobre su carta hasta la noche!

Lequeu, que esperaba en la escalera, entró gravemente, y como no le hicieran saber el resultado de su petición, se quedó inquieto, murmurando sordos insultos: ¡ah! ¡aquellos campesinos, qué raza más mala! Fué al armario á coger el

plano del camino y lo extendió sobre la mesa.

El Ayuntamiento conocía muy bien aquel plano, que andaba rodando hacia algunos años. Pero no por esto dejaron de aproximarse todos, examinándole una vez más. El alcalde enumeraba las ventajas que tenía para Rognes: una pendiente suave que permitiría á los carrnajes llegar á la iglesia; se ganaban dos leguas sobre el actual camino de Chateaudun, que pasaba por Cloyes, y el pueblo no tendría más que tres kilómetros á su cargo, pues los vecinos de Blangy habían votado ya el otro trozo hasta el empalme con el camino real de Chateaudun á Orleans. Escuchábanle con los ojos fijos en el papel y sin que se abriese una boca. Lo que había impedido que no fracasara el asunto había sido la cuestión de las expropiaciones. Cada cual veía en ello su fortuna, inquietándoles saber si tocaría á sus tierras. Lo demás les importaba poco. Se burlaban de la pendiente suave y del camino más corto. ¡Aquello era cuenta de sus caballos!

Así, Hourdequin no tenía necesidad de hacerles hablar para conocer sus opiniones. Él no deseaba tan vivamente aquel camino sino porque pasaba por delante de la granja y beneficiaba á gran parte de sus tierras. Por la misma razón, Delhomme y Macqueron, cuyos terrenos quedaban á la orilla, trabajaban porque se votase. Ya eran tres; pero ni Clou ni el otro concejal tenían interés en el asunto; y en cuanto á Lengaigne, se oponía violentamente al proyecto, no teniendo nada que ganar en él, desesperado porque su rival el teniente ganaba algo. Si Clou y el otro dudoso votaban en contra, serían tres contra tres. Hourde

quin estaba inquieto. Al fin comenzó la discusión.

—¿Para qué sirve, para qué sirve?—repetía Lengaigne.—Ya tenemos un camino. Y es gana de gastar el dinero, tomándolo del bolsillo de Juan para meterlo en el bolsillo de Pedro..... Además, tú has prometido regalar tu terreno.....

Aquella ironía iba dirigida á Macqueron. Pero éste, que sentía amargamente su acceso de liberalidad, mintió con mucha frescura:

—Yo no he prometido nada..... ¿Quién te ha dicho eso?

—¿Quién? ¡pues tú!..... Y delante de gente. Mira, que lo diga Lequeu que estaba presente..... ¿Verdad, Lequeu?

El maestro de escuela, que estaba lleno de rabia, hizo un gesto de brutal desdén. ¿Qué le importaban á él aquellas historias?

—De modo—continuó Lengaigne—que ya no hay honradez en la tierra..... No, yo no quiero vuestro camino. ¡Eso es un robo!

Viendo cómo se ponían las cosas, el alcalde se apresuró á intervenir.

—Todo esto son habladurías. ¿Vamos á entrar en cuestiones personales?..... Sólo debe guiarnos el interés público, el interés común.

—Ciertamente—declaró prudentemente Delhomme.—El nuevo camino prestará grandes servicios á todo el término municipal..... Sólo que habría necesidad de saber..... El prefecto nos dice siempre: «Votad una suma, y ya veremos lo que el Gobierno puede hacer por vosotros.» Y si no hace nada, ¿á qué perder el tiempo en votaciones?

De pronto Hourdequin creyó deber lanzar la gran noticia que tenía en reserva.

—A propósito, señores, os anuncio que el señor de Chedeville se compromete á conseguir del Gobierno una subvención de la mitad de los gastos.... Ya sabéis que es amigo del Emperador. No tendrá más que hablarle de nosotros á los postres.....

El mismo Lengaigne quedó vencido, y todos los rostros tomaron una expresión de respeto como si pasara el viático. Y la reelección del diputado estaba asegurada; el amigo del Emperador era el bueno, el que se encontraba en la fuente de los empleos y del dinero; el hombre conocido, honorable, poderoso, el amo. Desde entonces todo el mundo bajó la cabeza.

Sin embargo, Hourdequin seguía en cuidado por la actitud reservada de Clou. Levantóse y miró hacia afuera, y habiendo visto al guarda de campo, le ordenó que fuera á buscar al tío Loiseau y que le llevase muerto ó vivo. Este Loiseau era un viejo campesino sordo, á quien habían nombrado concejal y que no iba nunca á las sesiones porque decía que le daban dolores de cabeza. Su hijo trabajaba en la Borderie y era afecto por completo al alcalde. Así que apareció, éste se contentó con gritarle al oído que se trataba del camino. Ya cada uno escribía su papelito. Después se procedió á la votación de la mitad de los gastos en una cajita de madera blanca, parecida á un cepillo de iglesia. La mayoría fué soberbia; de seis votos contra uno, el de Lengaigne. Aquel animal de Clou también había votado. Y se levantó la sesión después que todos firmaron el acta que el maestro de escuela había redactado de antemano, dejando en blanco el resultado de la votación. Todos se marcharon len-

tamente, sin saludarse, sin darse las manos, separándose en la escalera.

—¡Ah! se me olvidaba—dijo Hourdequin á Lequeu que seguía esperando;—vuestra solicitud de aumento de sueldo ha sido negada..... El Ayuntamiento encuentra que ya se gasta mucho en la escuela.

—¡Brutos!—exclamó el joven cuando se quedó solo. Idos á vivir con vuestros cerdos.

La sesión había durado dos horas, y Hourdequin encontró en la puerta de la alcaldía al señor de Chedeville, que volvía de su paseo por el pueblo. El cura no le había hecho gracia de ninguna de las miserias de la iglesia; el techo abierto, los vidrios rotos, las paredes desnudas. Luego, cuando se escapó al fin de la sacristía, que necesitaba ser repintada, los vecinos, envalentonados, se le habían disputado teniendo todos alguna reclamación que hacerle ó algún favor que pedirle; hasta una vieja después de haber arrastrado al diputado á su casa, le enseñó sus piernas hinchadas, preguntándole si en París conocía algún remedio para aquello. Mareado, sofocado, sonreía, prometiendo siempre. ¡Ah! era un buen hombre que no era orgulloso con la pobre gente!

—Y qué, ¿nos vamos?—preguntó Hourdequin.—Me esperan en la granja.

Pero precisamente Celina y su hija Berta acudían de nuevo á su puerta suplicando al señor de Chedeville que entrase un momento; éste no habría deseado otra cosa, respirando al fin consolado al volver á encontrar los lindos ojos de la joven.

—No, no—dijo el dueño de la granja;—no tenemos tiempo; otro día.

Y le obligó á subir al cabriolet, mientras que á una pregunta del cura, que seguía allí, respondía que el Ayuntamiento había dejado en el mismo estado la cuestión de la parroquia. El cochero arreó al caballo.

Quince días después el señor de Chedeville resultaba elegido por gran mayoría, y á fines de Agosto ya había cumplido su promesa y el Ayuntamiento recibía una subvención del Estado para las obras de la carretera nueva. Los trabajos comenzaron en seguida.

La noche del primer día de trabajo, Celina, tan flaca y tan negra como de costumbre, estaba en la fuente, ocupada en escuchar á la mujer de Becú que, con las manos metidas debajo del delantal, charlaba como una cotorra. Desde hacía una semana la fuente estaba en sublevación perpetua á causa del negocio de la carretera; no se hablaba más que del dinero que se había dado á algunos y de la rabia terrible que pasaban otros. Y la mujer de Becú tenía día por día al corriente á Celina de cuanto hablaba Flora Lengaigne; no por mortificarla ciertamente, sino por el contrario, para conseguir que se explicase y porque era la mejor manera de hacerla hablar y de oírlo. Una porción de mujeres escuchaban también, olvidando sus quehaceres, con la boca abierta y los cántaros en el suelo.

—Vamos, os aseguro que ha dicho que eso ha sido un arreglo entre el alcalde y el secretario para robar unos terrenos, y ha dicho también que vuestro marido tenía dos palabras y hacía dos caras.....

En aquel momento Flora salía de su casa con

un cántaro en la mano. Cuando estuvo allí, tan gorda, tan floja, tan oronda como siempre, Celina, que fácilmente salía de sus casillas, puso los brazos en jarras y empezó á soltar sapos y culebras por su boca, poniéndola de vuelta y media, echándole en cara las puterías de su hija y acusándola á ella también de meterse en la cama con sus parroquianos; y la otra en cambio arrastraba las chancas, y llorando y gimiendo se contentaba con decir:

—¡Vaya una cochina!.... ¡vaya una cochina!

La mujer de Becú se interpuso entre las dos, quiso obligarlas á que hicieran las paces, á que se diesen un beso, cosa que por poco hace que se arrancaran el pelo. Luego dió otra noticia:

—¡Eh! ¿no sabéis que las hijas de Mouche van á recibir quinientos francos?

—¡Imposible!

Y en el instante olvidaron sus rencillas y sus insultos, y todas las mujeres se agruparon, dejando los cántaros, unos ya llenos, otros vacíos, al pie de la fuente. ¡Pues sí señor! la carretera pasaba por junto á las tierras de las hijas de Mouche y les tomaba cinco metros de huerta; á veinte francos de indemnización, la cuenta era bien clara, quinientos francos; y además la otra tierra adquiriría mayor valor. ¡Qué suerte!

—Pues entonces, Elisa se ha convertido en un buen partido, á pesar del chiquillo que tiene..... El dominio de Caporal ha tenido buena nariz y ha hecho bien en insistir.

—A menos—añadió malévolamente Celina—que Buteau no ocupe otra vez su sitio..... Su parte de huerta gana también mucho con esa carretera.



La mujer de Becú se volvió, y dándoles un codazo para que callasen, les dijo:

—¡Chist! ¡callad!

Era que Elisa llegaba á la fuente, alegre como unas castañuelas, con su cántaro debajo del brazo. Entonces comenzó el desfile por delante de la fuente.

## VI.

Elisa y Francisca, que se habían deshecho de la vaca rubia porque estaba demasiado gorda y no daba ya leche, decidieron ir aquel sábado al mercado de Cloyes con el objeto de comprar otra vaca. Juan se ofreció á llevarlas en un carrillo de la granja. Estaba libre aquella tarde, y el amo le autorizó para usar el carro, sin duda por consideración á los rumores de que Juan se casaba con la mayor de las hijas de Monche. Y en efecto, la boda estaba decidida; por lo menos Juan había prometido ir á ver personalmente á Buteau á la semana siguiente, para plantearle el asunto. Uno de los dos; era necesario concluir.

Salieron, pues, del pueblo á eso de las dos, él en la delantera con Elisa, y Francisca sola en el otro banco. De cuando en cuando el joven volvía la cabeza para mirar y sonreír á esta última, en cuyas rodillas, apoyadas en sus riñones, le daban calor. Era una lástima que tuviese quince años menos que él; y si se resignaba á casarse con la mayor después de mucho reflexionar y de muchas vacilaciones, debía ser, allá en el fondo, sólo por el gusto de vivir como pariente y al lado de la más

pequeña. Luego se deja uno ir. ¡Se hacen tantas cosas sin saber por qué, cuando se ha dicho uno algún día que las haría de buena gana!

A la entrada de Cloyes apretó el torno y lanzó el caballo al galope por la empinada cuesta del cementerio; y cuando desembocaba en la esquina donde se reunían la calle Mayor y la de Gronaise, con objeto de ir á parar y desenganchar el carro en la posada del Buen Labrador, designó bruscamente la espalda de un hombre que iba por la calle de Gronaise.

—¡Mira, parece Buteau!

—Y lo es—declaró Elisa.—Sin duda irá á casa del señor Bailléhache.... ¿Si por fin aceptará su parte?

Juan empezó á sacudir el látigo y se echó á reír.

—Tal vez; ¡es tan galopín y tan listo!

Buteau había hecho como que no los veía, aun cuando los vió llegar desde muy lejos. Se fué sin hacer caso, en tanto que los otros lo veían alejarse, pensando, sin decirse los unos á otros, que había llegado el momento en que pudieran explicarse. En el patio del Buen Labrador, Francisca que ya no había vuelto á decir palabra, bajó la primera por una rueda del carro. El patio estaba ya lleno de carros desunidos, apoyados en sus varas ó en sus lanzas, y el edificio entero de la antigua posada hallábase animado por el bullicio y la actividad propios de un día de feria y de mercado.

—¿Vámonos por ahí?—preguntó cuando volvió de la cuadra, á donde había ido á llevar su caballo.

—Pues es claro; ahora mismo.

La mujer de Becú se volvió, y dándoles un codazo para que callasen, les dijo:

—¡Chist! ¡callad!

Era que Elisa llegaba á la fuente, alegre como unas castañuelas, con su cántaro debajo del brazo. Entonces comenzó el desfile por delante de la fuente.

## VI.

Elisa y Francisca, que se habían deshecho de la vaca rubia porque estaba demasiado gorda y no daba ya leche, decidieron ir aquel sábado al mercado de Cloyes con el objeto de comprar otra vaca. Juan se ofreció á llevarlas en un carrillo de la granja. Estaba libre aquella tarde, y el amo le autorizó para usar el carro, sin duda por consideración á los rumores de que Juan se casaba con la mayor de las hijas de Monche. Y en efecto, la boda estaba decidida; por lo menos Juan había prometido ir á ver personalmente á Buteau á la semana siguiente, para plantearle el asunto. Uno de los dos; era necesario concluir.

Salieron, pues, del pueblo á eso de las dos, él en la delantera con Elisa, y Francisca sola en el otro banco. De cuando en cuando el joven volvía la cabeza para mirar y sonreír á esta última, en cuyas rodillas, apoyadas en sus riñones, le daban calor. Era una lástima que tuviese quince años menos que él; y si se resignaba á casarse con la mayor después de mucho reflexionar y de muchas vacilaciones, debía ser, allá en el fondo, sólo por el gusto de vivir como pariente y al lado de la más

pequeña. Luego se deja uno ir. ¡Se hacen tantas cosas sin saber por qué, cuando se ha dicho uno algún día que las haría de buena gana!

A la entrada de Cloyes apretó el torno y lanzó el caballo al galope por la empinada cuesta del cementerio; y cuando desembocaba en la esquina donde se reunían la calle Mayor y la de Gronaise, con objeto de ir á parar y desenganchar el carro en la posada del Buen Labrador, designó bruscamente la espalda de un hombre que iba por la calle de Gronaise.

—¡Mira, parece Buteau!

—Y lo es—declaró Elisa.—Sin duda irá á casa del señor Bailléhache.... ¿Si por fin aceptará su parte?

Juan empezó á sacudir el látigo y se echó á reír.

—Tal vez; ¡es tan galopín y tan listo!

Buteau había hecho como que no los veía, aun cuando los vió llegar desde muy lejos. Se fué sin hacer caso, en tanto que los otros lo veían alejarse, pensando, sin decirse los unos á otros, que había llegado el momento en que pudieran explicarse. En el patio del Buen Labrador, Francisca que ya no había vuelto á decir palabra, bajó la primera por una rueda del carro. El patio estaba ya lleno de carros desunidos, apoyados en sus varas ó en sus lanzas, y el edificio entero de la antigua posada hallábase animado por el bullicio y la actividad propios de un día de feria y de mercado.

—¿Vámonos por ahí?—preguntó cuando volvió de la cuadra, á donde había ido á llevar su caballo.

—Pues es claro; ahora mismo.

Al salir, en vez de encaminarse directamente por la calle del Temple al mercado de bestias que estaba en la plaza de San Jorge, el joven y las dos muchachas se detuvieron y pasearon como quien nada tiene que hacer, por la calle Mayor, por entre los puestos de hortalizas y fruta instalados á un lado y otro del arroyo. Él, con una gorra de seda, llevaba una blusa azul sobre su pantalón de paño negro; ellas, igualmente endomingadas, con el pelo encerrado en sus sombrerillos redondos, llevaban vestidos iguales, una chaqueta de lana oscura sobre una falda gris, y encima de ésta un delantal de percal rayado; y no iban del brazo, sino uno detrás de otro y defendiéndose como podían de los apretones y empujones de la gente. Allí había un gentío inmenso, pelotones apretados de criadas y de burguesas que pasaban por delante de las mujeres del campo agachadas, que llegaban desde lejos con una ó dos cestas, las ponían en el suelo, las abrían, y nada más. Vieron á la Frimat, que tenía las manos amoratadas de haber ido desde Rognes cargada como un burro, con dos cestas enormes donde había de todo, ensaladas, alcachofas, ciruelas, y hasta tres conejos vivos. Un viejo al lado suyo acababa de descargar un carro de patatas que vendía al por menor. Dos mujeres, madre é hija, ésta última llamada Norina y célebre por su mala vida, colocaban encima de una mesa coja pedazos de bacalao, arenques, sardinas saladas y otra multitud de pescados en conserva que sacaban de unos barriles que echaban un olor insufrible. Y la calle Mayor, tan solitaria durante la semana á pesar de sus bonitas tiendas, su farmacia, su quincallería, sus noveda-

des parisienses, el bazar de Lambourdiou, resultaba estrecha aquel sábado, como todos los sábados, y las tiendas se veían llenas, y los carros no podían circular, y por las aceras atestadas de cestas no se podía dar un paso.

Elisa y Francisca, seguidas de Juan, llegaron así muy despacito hasta el mercado de aves, que estaba en la calle de Beandonniere. Allí habían enviado grandes canastos llenos de pollos y gallinas, por entre las cabezas de los cuales salían también los enormes cuellos de algunos gansos. Pollos y gallinas muertos y desplumados cuidadosamente se alineaban en las tablas de los puestos. Luego veíanse por allí otras mujeres del campo que habían llevado, quién cuatro ó cinco libras de manteca, quién sus dos docenas de huevos, aquella sus quesos, éstas otra cosa, procedentes todas de los corrales de los pueblecillos vecinos. Algunas habían acudido con un par de capones vivos atados por las patas. Varias señoras regateaban á grito pelado para hacerse oír, una magnífica partida de huevos que estaban descargando á la puerta de una posada, que se llama «Posada de los Polleros.» Precisamente allí, descargando los huevos, se hallaba Palmira, porque los sábados, cuando no tenía trabajo en Rognes, se ajustaba en Cloyes para cargar y descargar fardos que le destrozaban los riñones.

—¡Ahí hay una que sabe ganarse el pan!—observó Juan.

La muchedumbre iba en aumento por instantes. Por la carretera de Mondoublean seguían llegando carros que desfilaban por delante del puente. A derecha é izquierda corría el Loir formando sua-

ves curvas, corriendo á nivel de los prados, bordeado á la izquierda por los jardines del pueblo, cuyas lilas y enredaderas dejaban caer sus ramas en algunos sitios hasta tocar el agua. A lo lejos, por aquella parte, se veía un molino de aceite, y más acá otro gran molino de trigo, edificio grandísimo, del cual se desprendía un ruido infernal de ruedas y los cantares alegres de los molineros, que de vez en cuando aparecían en la puerta ó en una ventana, completamente blancos de harina.

—¿Conque vamos á ver si vemos á ése?—preguntó Juan otra vez.

—Sí, sí, vamos.

Y volvieron á pasar por la calle Mayor, volvieron á detenerse en la plaza Saint-Lubin, enfrente del Ayuntamiento, donde se hallaba situado el mercado de granos Lengaigne, que había llevado cuatro sacos de trigo, estaba allí de pie con las manos en los bolsillos. En medio de un grupo de labriegos silenciosos y cabizbajos, hablaba Hourdequin con gesto colérico. Habían esperado su alza en los precios; pero lejos de eso, el precio de diez y ocho francos había estado oscilando hasta bajar veinticinco céntimos. Pasó por allí Macqueron, que llevaba del brazo á su hija Berta, él con un paletó grasiento y raído, y ella en cambio con un vestido de muselina y con un sombrerito muy coquetón y adornado con flores.

Cuando Elisa y Francisca, después de haber doblado la esquina de la calle del Temple, pasaban por delante de la iglesia de San Jorge, en la puerta de la cual habíanse instalado una porción de mercaderes ambulantes, las dos hicieron una exclamación de sorpresa al mismo tiempo.

—¡Oh! ¡La tía Rosa!

Con efecto, era la vieja Fouan, á quien su hija Fanny había llevado en su carrujillo, sólo por proporcionarle esa distracción. Las dos esperaban de pie junto á la rueda de un amolador, al cual había entregado la vieja unas tijeras para que las afilase. Las usaba desde hacía treinta años.

—¡Hola! ¿sois vosotras?

Fanny se volvió, y al ver á Juan añadió:

—¿Conque venís de pasear?

Pero cuando ellas supieron que las primas iban á comprar una vaca para reemplazar á la rubia que tenían, se interesaron en la compra y las acompañaron: así como así, ellas habían vendido ya lo que llevaron al mercado. El joven echó á andar detrás de las cuatro mujeres, que caminaban muy espaciadas y en fila. Así llegaron á la plaza de San Jorge.

Esta plaza, un vasto cuadrado de cien metros, se extendía por detrás del pretil de la iglesia, la cual con su elevada torre, donde debajo del campanario se veía un reloj, la dominaba por completo. Elas de copudos árboles cerraban los cuatro lados del cuadrado, de los cuales había dos protegidos por cadenas cerradas con candado, y los otros dos con palos y estacas de madera donde ataban las bestias. Por el lado de la plaza donde se hallaban los jardines, crecía la hierba de tal suerte, que cualquiera se hubiese creído en medio del campo, en tanto que el otro lado hallábase limitado por dos filas de tabernas con letreros como éstos: *A San Jorge, Al racimo de uva, A los buenos cosecheros.*

Elisa y Francisca, seguidas por las otras, tu-

vieron que trabajar mucho para cruzar la plaza, donde bullía una muchedumbre inmensa. Entre la masa de hombres de blusa, confusa y de todos los tonos de azul, desde el azul fuerte de la tela nueva hasta el azul pálido y descolorido de las telas viejas y muy lavadas, no se veían más que las manchas redondas y blancas de los sombreros de las mujeres. Algunas señoras paseaban el moiré de sus sombrillas. Oíanse risas, gritos roncós que se perdían en el colosal murmullo viviente que á veces era entrecortado por el relincho de un caballo ó el mugido de una vaca. Un asno rebuznaba con toda la fuerza de sus pulmones.

—Por aquí—dijo Elisa sin volver la cabeza.

Los caballos estaban en el fondo atados á unas estacas, sin más aparejo que una cuerda atada al cuello y otra á la cola. A la izquierda las vacas se hallaban en libertad al lado de los vendedores, que las volvían hacia todas partes para enseñarlas mejor. Grupos de personas se detenían á mirarlas, y allí ya no se reía ni se hablaba más que alguna palabra que otra de cuando en cuando.

Inmediatamente las cuatro mujeres se quedaron en contemplación delante de una vaca blanca y negra, la cual habían ido á vender un matrimonio, un hombre y una mujer; ella, que estaba delante y era muy morena, con la frente muy pequeña y mal encarada, sujetaba la vaca; él estaba detrás inmóvil y silencioso. Aquello fué un exámen detenido, profundo, mudo, que duró diez minutos; pero entre las cuatro no se cambió ni una palabra, ni una mirada; se fueron de allí é hicieron lo mismo delante de otra vaca que estaba veinte pasos más allá. Ésta, que era enorme y muy negra, era

vendida por una muchacha, casi una niña, muy bonita y graciosa.

Después hicieron otras siete ú ocho estaciones, lo mismo de largas, lo mismo de silenciosas, pasando revista á toda la línea de vacas á la venta. Por fin las cuatro mujeres volvieron donde estaba la primera vaca y de nuevo se absorbieron en su contemplación.

Pero esta vez la cosa fué más seria. Habíanse puesto en fila y escudriñaban los remos y la piel de la vaca con mirada fija y penetrante. La vendedora, por su parte, no decía tampoco palabra y miraba á otra parte, como si no las hubiera visto llegar y colocarse en fila. Al fin Fanny se inclinó y dijo una palabra al oído de Elisa, una observación sobre el animal. La vieja Fouan y Francisca se comunicaron lo mismo sus impresiones. Luego todas volvieron á su silencio é inmovilidad; el exámen continuó.

—¿Cuánto?—preguntó Elisa de pronto.

—Cuarenta pistolas—respondió la campesina.

Todas fingieron asustarse y disponerse á huir; y al volverse para buscar á Juan, tuvieron la sorpresa de encontrarlo detrás de ellas con Buteau y los dos charlando como buenos amigos antiguos. Buteau, que había ido desde la Chamade para comprar un cerdo, estaba allí regateando uno que le gustaba. Los cerdos, metidos entre cuatro tablas dispuestas al efecto detrás del carro que los había llevado, se mordían y gruñían de un modo capaz de romper el tímpano á cualquiera.

—¿Quiéres veinte francos?—preguntó Buteau.

—¡No, treinta!

—¡Pues anda á paseo y guárdatelo!

Y muy contento y satisfecho se dirigió hacia las mujeres, riendo y tan fresco delante de su madre, de su hermana y de sus primas, como si nada sucediera entre ellos y como si las hubiera visto el día antes. Ellas, por su parte, conservaron su placidez también como si nada les hubiera quedado de aquellos dos años continuos de riñas y querellas. Solamente su madre, á quien le había dicho que le habían visto por la calle de Gronaise, le miraba con fijeza como si quisiera averiguar qué había ido á hacer á casa del notario. Pero no lo adivinaba. Ninguno de los dos abrieron la boca para dirigirse la palabra.

—¿De modo prima, que estás comprando una vaca?.... Juan me lo ha dicho.... ¡Pues mirad, allí precisamente hay una muy hermosa! ¡Oh! ¡la mejor que hay en el mercado; un buen animal!

Y designaba precisamente á la negra y blanca.

—¡Cuarenta pistolas! ¡muchas gracias!— murmuró Francisca.

—¡Cuarenta pistolas para tí, tonta!—dijo dándole una palmada en el hombro.— Eso es una broma.

Pero la muchacha se enfadó; le devolvió la palmada y contestó con aire rencoroso:

—Déjame en paz, ¿eh? Yo no juego con los hombres.

El se echó á reír con toda su alma, y volviéndose hacia Elisa, que permanecía seria y un poco pálida.

—¿Y tú? ¿quieres que intervenga? Apuesto á que me la dan por treinta pistolas.... ¿Te apuestas cien sueldos?

—No tengo inconveniente en que pruebes.

Rosa y Fanny aprobaban con la cabeza, porque sabían que el muchacho era feroz, terco como él solo para regatear, insolente, embustero, ladrón, capaz de vender las cosas por tres veces su precio y de comprarlo todo por poco más de nada. Las mujeres, pues, dejaron que se acercara con Juan, en tanto que ellas se hacían las distraídas á cierta distancia para que no pareciese que iba con ellas.

El gentío aumentaba por el lado de los ganados; los grupos se apartaban del centro de la plaza para acercarse á los árboles. Había un vaivén continuo. Nadie compraba todavía, ni siquiera una venta se había verificado, aunque el mercado estaba abierto hacía ya más de una hora. La gente se recogía y se espiaba una á otra con miradas de reojo. Los paseos lentos y las largas contemplaciones delante de las vacas menudeaban. Pero por encima de las cabezas, las ráfagas de aire llevaron los ecos de un tumulto. Eran dos caballos que estaban atados juntos, que se empinaban y se mordían, relinchando furiosamente y golpeando con fuerza el suelo con el hierro de sus herraduras. Hubo miedo; las mujeres huían, en tanto que unos latigazos enormes, mezclados de juramentos furiosos, restablecían la calma. Y en el suelo, en el espacio que el pánico había dejado, una bandada de pichones correteaba, picoteando lo que encontraban entre las piedras.

—Vamos á ver, buena mujer; ¿en cuánto la vendéis?—preguntó Buteau á la de la vaca.

Esta, que había visto toda la maniobra de las mujeres, contestó tranquilamente:

—En cuarenta pistolas.

Primero tomó la cosa á broma y se dirigió al

hombre, que permanecía apartado de allí y silencioso.

—¡Eh, tú, amigo! ¡tu mujer estará loca cuando pide ese precio!

Y mientras bromaba y reía, examinaba de cerca la vaca; encontraba que tenía muy buenas condiciones para dar leche abundante; que la cabeza era delgada; que los cuernos eran finos y los ojos muy grandes, el vientre surcado por grandes venas, los remos delgados, la cola pequeña y arrancando de muy arriba. Se bajó, estuvo reconociendo las tetas y estirando los pezones, y levantándose luego, apoyó una mano en el lomo del animal y continuó su regateo.

—Cuarenta pistolas, ¿eh? ¡Vaya una broma! ¿Queréis treinta?

Y su mano entre tanto se aseguraba de la fuerza de los huesos. En seguida la bajó, metiéndola entre las dos ancas; en ese sitio en que la piel desnuda y de un hermoso color anunciaba una leche abundante.

—¿Hacen las treinta pistolas?

—No; cuarenta—respondió la campesina.

Él volvió la espalda, y ella entonces se decidió á hablar.

—¡Ah! es un hermoso animal, ya lo veis. Cúmple dos años por la Trinidad, y dentro de quince días veréis como estáis contento.

—Treinta pistolas—repitió Buteau.

Entonces, al ver que se alejaba, la mujer dirigió una mirada á su marido y gritó:

—Vamos, andad; con tal de irme pronto....

¿Queréis treinta y cinco ahora mismo?

Buteau se había detenido y despreciaba la vaca.

No estaba bien formada ni tenía riñones; en fin, era un animal mal cuidado, que había que mantener, perdiendo dinero, durante dos años lo menos. En seguida pretendió que estaba lastimada de una pata, lo cual no era verdad. Mentía por mentir, con manifiesta mala fe, con la esperanza de enfadar y de aturdir á la vendedora. Pero ésta se enojaría de hombros.

—Treinta pistolas.

—No; treinta y cinco.

Esta vez le dejó marcharse. Buteau se reunió con las mujeres y dijo que aquella estaba dura de pelar y que era necesario buscar otra. Y el grupo se paró delante de la enorme vaca negra que sujetaba la muchacha bonita. Esa costaba precisamente trescientos francos. Pareció que no la encontraba muy cara; se extasió contemplándola, y bruscamente volvió hacia donde estaba la primera.

—¿Es decir que me voy á llevar mi dinero á otra parte?

—¡Caramba! si hubiese posibilidad..... pero no puede ser..... Es menester que cedáis un poquito.

Y bajándose y cogiendo las tetas,

—¡Mirad qué hermosas son!

—No me conviene—volvió á decir Buteau.— Treinta pistolas.

—No; treinta y cinco.

Y todo pareció concluido. Buteau había cogido á Juan del brazo para demostrar que desistía del negocio. Las mujeres se les reunieron emocionadas, opinando que la vaca valía en efecto los trescientos cincuenta francos. Francisca, sobre todo, á quien le había gustado mucho, hablaba de comprarla en aquel precio. Pero Buteau se irritó.

¡Pues no faltaba más que dejarse robar de aquel modo! Y durante media hora larga se defendió, en medio de la ansiedad de las primas, que se estremecían cada vez que un comprador se paraba delante de la vaca. Él tampoco dejaba de mirarla de reojo; pero era necesario ser fuerte y seguir adelante el juego. Nadie sacaría el dinero tan pronto, y ya veríamos si había algún imbécil capaz de pagar por ella más de los trescientos francos. Y en efecto, nadie soltaba el dinero, y eso que se iba aproximando la hora de que se terminase el mercado.

En la carretera estaban probando caballos. Uno, blanco del todo, corría excitado por los gritos guturales de un hombre que sujetaba el ronzal y que galopa á su lado, en tanto que Patoir, el veterinario, colorado y sudoroso, colocado con el comprador en una esquina de la plaza, con las dos manos en el bolsillo, miraba y daba consejos en voz alta.

Las tabernas estaban constantemente llenas de bebedores, que entraban y salían y volvían á entrar, en medio de las discusiones interminables que se suscitaban para cada compra. Era el colmo del estrépito y de los empujones, en medio de los cuales no había manera de entenderse: un becerro separado de su madre mugía sin cesar; los perros, atropellados por la muchedumbre, huían aullando y cojeando; luego, en medio de algún que otro silencio brusco, no se oía más que el vuelo de los cuervos, que, molestados por el ruido, revoloteaban atontados alrededor del campanario de la iglesia. Y dominando el olor acre de los ganados, escapábase un fuertísimo olor de la herrería vecina,

donde los campesinos aprovechaban el mercado para herrar sus caballerías.

—¡Eh, treinta!—repitió Buteau sin cansarse y acercándose á la campesina.

—¡No; treinta y cinco!

Entonces, como había allí otro comprador que también regateaba, se acercó al animal y le abrió á la fuerza la boca para mirarle los dientes. Luego la soltó, haciendo un gesto expresivo. Precisamente en aquel momento la vaca se puso á estercolar; él siguió con mirada de sorna la caída del estiércol y meneó la cabeza con tal expresión, que el comprador, que era un paleta, impresionado, se marchó sin decir palabra.

—Ya no la quiero. Tiene mala sangre.

Esta vez la vendedora cometió la tontería de enfadarse, que era precisamente lo que él buscaba, porque le contestó con una serie interminable de insultos y porquerías. La gente iba juntándose y reía de lo lindo. Detrás de la mujer, el marido continuaba inmóvil y silencioso. Al fin la tocó con el codo, y ella dijo:

—¿La queréis por treinta y dos pistolas?

—¡No; treinta!

Y se marchaba de nuevo; entonces ella le llamó con voz entrecortada por la rabia.

—¡Bueno, condenado, lleváosla!.... ¡Pero por vida de Dios que si esto se repitiera, preferiría pegaros con la mano en la cara!

La pobre mujer estaba fuera de sí, temblando de furor. Él reía alegremente y se mostraba galante, y hasta se ofrecía á dormir con ella.

Elisa se aproximó, se llevó aparte á la campesina y le dió sus trescientos francos detrás del



tronco de un árbol. Y Francisca había cogido la cuerda de la vaca; pero fué preciso que Juan la empujase por detrás, porque se negaba á moverse. Estaba allí desde hacía dos horas. Rosa y Fanny habían esperado el desenlace, silenciosas y sin cansarse. Por fin al marcharse buscaron á Buteau, que estaba dando golpecitos en la barriga al vendedor de cerdos. Acababa de adquirir el lechón que necesitaba por los veinte francos; y para pagar, contó primero el dinero sin sacarlo del bolsillo; sacó la cantidad justa y la volvió á contar en la palma de la mano, que mantenía medio cerrada. Luego fué una verdadera obra de romanos al querer meter el cochinito en un saco que llevaba debajo de la blusa. La tela, que estaba vieja, se rompió, y las patas del animal salieron por los agujeros. Y así se lo cargó á la espalda y se lo llevó, gruñendo, chillando y dando unos gritos atroces.

—Dí, tú, Elisa, ¿y mis cien sueldos? Porque he ganado.

Ella, por seguir la broma, se los dió, creyendo que no los tomaría. Pero los tomó y los hizo desaparecer en el bolsillo. Todos echaron á andar lentamente con dirección al *Buen Labrador*.

Se acababa el mercado. El dinero brillaba al sol, desparramado por encima de las mesas de las tabernas. A última hora todo se abarataba. En la esquinita de la plaza de San Jorge no quedaban más que algunos animales sin vender. Poco á poco la muchedumbre fluía hacia la calle Mayor, donde los vendedores de frutas y hortalizas iban dejando libres las aceras y recogiendo sus banastas. En el sitio del mercado de aves tampoco quedaban

ya más que paja y plumas. Muchos carros se marchaban; en las posadas todos enganchaban, preparándose á salir. Hacia todas las carreteras, en dirección á todas partes desfilaban multitud de gentes llevando sus bestias del ronزال.

También Lengaigne pasó por allí al trote de su caballo negro, después de haber aprovechado el día y la molestia del viaje comprando una hoz. Macqueron y su hija Berta se entretenían en las tiendas.

La Frimat regresaba á pie y cargada como á la ida, porque había llenado sus banastas de una porción de objetos. En casa del boticario, y en medio del salón lleno de dorados, Palmira, destrozada de cansancio, esperaba á pie á que le hicieran una receta para su hermano que estaba enfermo hacía una semana: una pícara droga que se le llevaba veinte sueldos de los cuarenta que había ganado con tanto trabajo. Pero lo que hizo apresurar el paso á las hijas de Mouche y á las que las acompañaban, fué el ver á Jesucristo borracho como una cuba, que iba dando tumbos de una acera á otra de la calle. Se sabía que había tomado dinero aquel día hipotecando el último pedazo de tierra que le quedaba. Iba riendo sólo y sonando los patacones que llevaba en el bolsillo.

Al llegar al *Buen Labrador*, Buteau dijo con la mayor tranquilidad:

—¿Conque os váis?..... Oye, Elisa, ¿por qué no te quedas tú y tu hermana y tomáramos un bocado?

La joven pareció sorprendida, y al ver su primo que se volvía hacia Juan, añadió en seguida:

—También me alegraría de que se quedase Juan.

Rosa y Fanny cambiaron una mirada. De seguro el muchacho tenía alguna idea: ¿sería que se decidía á casarse después de haber aceptado en casa del notario la escritura de las particiones? Su cara no decía nada. ¡No importa! Es menester no estorbar nunca.

—Bueno; quedaos, y yo me voy con madre, porque nos están esperando.

Francisca, que no había soltado la cuerda de la vaca, declaró secamente:

—Yo también me voy.

Y se empeñó en marcharse, porque se aburría en la posada y estaba deseando llevarse la vaca. De tal suerte se puso fastidiosa y desagradable, que tuvieron los otros que ceder. En seguida que hubieron enganchado el carro, ataron la vaca á la trasera y montaron en él las tres mujeres.

Sólo en aquel instante, Rosa, que aguardaba una confidencia de su hijo, se atrevió á preguntarle:

—¿No tienes nada que decirle á tu padre?

—No, nada—respondió Buteau.

Ella lo miró con fijeza, é insistió:

—¿Es que no hay nada de nuevo?

—Si hay algo nuevo, ya lo sabréis cuando debáis saberlo.

Fanny fustigó al caballo, que salió al paso, en tanto que la vaca, detrás, se dejaba arrastrar alargando el cuello, y Elisa se quedó sola entre Juan y Buteau.

Cuando dieron las seis, los tres se sentaron á la mesa del comedor de la posada que daba al café. Buteau, sin que nadie supiera si iba á convidar, se fué á la cocina á encargar una tortilla y un co-

nejo. Entretanto Elisa había obligado á Juan á que se explicase, para concluir de una vez y para evitarse un viaje. Pero estaban concluyendo de comer la tortilla y se preparaban á emprenderla con el estofado, y aun no había encontrado el muchacho medio de decir una palabra.

El otro no parecía ocuparse en lo más mínimo de todo aquello. Comía bien, reía á carcajadas, y daba rodillazos por debajo de la mesa á la prima y al amigo en prueba de buena amistad. Luego se habló más seriamente, y cayó la conversación sobre Rognes y sobre la nueva carretera; y si bien no fué pronunciada ni una sola palabra sobre la indemnización de los quinientos francos, del mayor valor de los terrenos, en el fondo de la conversación latían aquellas dos noticias. Buteau volvió á las bromas y brindó, en tanto que visiblemente se retrataba en sus ojos la idea de un buen negocio; la consideración de aquel terreno mejorado de precio, el recuerdo de aquella antigua novia, con quien debía casarse ahora que era más rica.

—¡Diablos!—dijo—¿no vamos á tomar café?

—¡Tres cafés!—pidió Juan.

Y pasó otra hora sin que Buteau acabase de declarar su pensamiento. Avanzaba, retrocedía, vacilaba, ni más ni menos que cuando algunas horas antes regateaba la vaca. En el fondo estaba decidido; pero de todas suertes era necesario mirar las cosas despacio. De pronto se volvió bruscamente hacia Elisa, y le dijo:

—¿Por qué no has traído al chico?

Ella se echó á reir, comprendiendo que al fin habían llegado á la explicación, y le dió un pu-

notón por toda respuesta y una sonrisa indulgente, diciendo:

—¡Ah! ¡qué animal es este Buteau!

Y se acabó. Él bromeó también un momento. La boda estaba resuelta.

Juan, turbado hasta entonces, se alegró también como aquel á quien le quitan de encima un pesado fardo. Por fin habló y lo dijo todo.

—Has hecho bien en volver, porque iba yo á tomar tu sitio.

—Sí, me lo han dicho.... ¡Oh! pero yo estaba tranquilo, porque supuse que me avisaríais.

—¡Pues ya lo creo!....—aunque sólo fuese porque es mejor contigo á causa del chiquillo. ¿No ha sido eso lo que hemos dicho siempre, Elisa?

—Siempre; esa es la verdad.

El enternecimiento se retrataba en la fisonomía de los tres; verdaderamente fraternizaban; Juan sobre todo, sin envidia, sin celos, admirado de haberse visto á punto de casarse; y él fué quien pidió que les dieran cerveza, porque Buteau ¡vive Dios! se empeñaba en que bebiesen algo más. Con los codos apoyados en la mesa, Elisa entre los dos, variaron de conversación y empezaron á charlar sobre las últimas lluvias que habían perjudicado á los trigos.

Pero en la sala del café, al lado de ellos, Jesucristo, en la misma mesa que un campesino viejo borracho como él, armaban un escándalo espantoso é intolerable. Todos los concurrentes, de blusa, bebiendo, fumando, escupiendo, envueltos en el humo de los quinqués, no podían hablar ni gritar, y las voces de los dos borrachos dominaban todas las demás. Estaban jugando á las cartas; acababa de

surgir una disputa á propósito de la última jugada entre Jesucristo y su compañero, que mantenía lo que había dicho con aire de tranquila obstinación. Parecía, sin embargo, que no tenía razón. La cosa no acababa. Jesucristo, furioso, llegó á chillar tanto, que intervino el dueño del establecimiento. Entonces se levantó, fué de una mesa á otra con terquedad de borracho, paseando las cartas, para poner por testigo á todo el mundo de la legalidad de su jugada. Cada vez iba estando más furioso; por fin volvió hacia donde estaba el viejo, que decidido á defender su mal derecho, permanecía tranquilo y oyendo estoicamente todas las injurias.

—¡Cobarde! ¡bribón! Sal de ahí un poco, y yo te ajustaré las cuentas.

Luego de pronto Jesucristo volvió á tomar asiento enfrente de su compañero, y ya con calma le dijo:

—Pero, en fin, estoy en juego.... Hay que jugar ¿eh? ¿cuánto vas?

Había sacado un puñado de monedas de cien sueldos, quince ó veinte, y las colocó delante de sí.

—Ya estoy.... Vé tú otro tanto.

El viejo, interesado, sacó su bolsa sin decir una palabra, y puso una pila igual de monedas.

—Bueno; ¡pues ahora cojo yo una de tu montón y mira.

Cogió la moneda, se la puso con mucha seriedad en la lengua, como si fuese una hostia, y la tragó.

—Ahora tú coge otra del montón mío.... y el que más coma se las guarda. Ahí tienes el juego nuevo que he discurrido.

Con los ojos extraviados el viejo aceptó, y con

trabajo hizo desaparecer por su tragadero la primera moneda. Pero Jesucristo, diciendo que no necesitaba apresurarse, iba tragándose tranquilamente las monedas como si fuesen ciruelas. A la quinta vez hubo un gran rumor en el café, y la gente, levantándose de las mesas, empezó á hacer corro alrededor de los dos viejos. ¡Ah condenado! ¡qué garganta tendría, para tragar monedas de aquel modo! El viejo se tragó la cuarta, cuando de pronto cayó hacia atrás, con la cara amoratada, aletargándose sin poder respirar; por un momento lo creyeron muerto. Jesucristo se había levantado muy tranquilo y risueño: llevaba diez en el estómago, según su cuenta, y eso hacía treinta francos.

Buteau, inquieto, temeroso de verse comprometido si el viejo no salía del mal paso, se levantó de la mesa y mandó que engancharan el carro; y al mismo tiempo contemplaba las paredes con aire distraído, sin hablar de pagar, aunque él había sido quien convidara; pero no tuvo más remedio que pedir la cuenta al camarero y pagarla. Esto acabó de poner á Buteau de muy buen humor. En el patio, donde les esperaban los dos carros, cogió á su camarada por los hombros.

—Mira, Juan, que quiero que vengas. La boda será dentro de tres semanas..... He estado en casa del notario y he firmado el acta; todos los papeles están corrientes.

Y haciendo subir á Elisa al carro:

—Vamos, anda; yo te llevaré..... Pasaré por Rognes, aunque tenga que alargar un poco el camino.

Juan se volvió solo en su carro. Encontraba todo aquello natural, y les siguió. Cloyes dormía, vuelto

á su tranquilidad y tristeza de siempre, alumbrado por las amarillentas estrellas de los reverberos; y de todo el estruendo y animación de las horas del mercado, sólo quedaba el paso vacilante de algún campesino borracho que se había retrasado. Luego apareció la carretera obscura y silenciosa. Juan acabó por distinguir á lo lejos el otro carro, el que llevaba al matrimonio. La cosa se había arreglado bien; así era mejor. Y el bueno del antiguo soldado silbaba tranquilamente en su carro, satisfecho de verse libre de un peso extraño.

## VII.

Estaban en la época de la recolección, disfrutando de un cielo muy azul y de una temperatura muy calurosa, pero refrescada por las brisas; habían fijado la boda para el día de San Juan, que aquel año caía en sábado.

Los Fouan habían recomendado mucho á Buteau que empezaran las invitaciones por la Grande, hermana mayor de la familia, que exigía consideraciones y miramientos, como reina rica y temida. Así es que una tarde Buteau y Elisa se fueron á casa de la vieja, los dos vestidos con sus trajecitos de cristianar para rogarle que asistiera á la boda, es decir, á la ceremonia, y luego á la comida que se celebraría en casa de la novia.

La Grande estaba haciendo media, sola en su cocina, y sin disminuir la velocidad de las agujas los miró con fijeza; dejó que se explicaran, que repitieran dos veces las mismas frases, y por fin les contestó con voz agría:

trabajo hizo desaparecer por su tragadero la primera moneda. Pero Jesucristo, diciendo que no necesitaba apresurarse, iba tragándose tranquilamente las monedas como si fuesen ciruelas. A la quinta vez hubo un gran rumor en el café, y la gente, levantándose de las mesas, empezó á hacer corro alrededor de los dos viejos. ¡Ah condenado! ¡qué garganta tendría, para tragar monedas de aquel modo! El viejo se tragó la cuarta, cuando de pronto cayó hacia atrás, con la cara amoratada, aletargándose sin poder respirar; por un momento lo creyeron muerto. Jesucristo se había levantado muy tranquilo y risueño: llevaba diez en el estómago, según su cuenta, y eso hacía treinta francos.

Buteau, inquieto, temeroso de verse comprometido si el viejo no salía del mal paso, se levantó de la mesa y mandó que engancharan el carro; y al mismo tiempo contemplaba las paredes con aire distraído, sin hablar de pagar, aunque él había sido quien convidara; pero no tuvo más remedio que pedir la cuenta al camarero y pagarla. Esto acabó de poner á Buteau de muy buen humor. En el patio, donde les esperaban los dos carros, cogió á su camarada por los hombros.

—Mira, Juan, que quiero que vengas. La boda será dentro de tres semanas..... He estado en casa del notario y he firmado el acta; todos los papeles están corrientes.

Y haciendo subir á Elisa al carro:

—Vamos, anda; yo te llevaré..... Pasaré por Rognes, aunque tenga que alargar un poco el camino.

Juan se volvió solo en su carro. Encontraba todo aquello natural, y les siguió. Cloyes dormía, vuelto

á su tranquilidad y tristeza de siempre, alumbrado por las amarillentas estrellas de los reverberos; y de todo el estruendo y animación de las horas del mercado, sólo quedaba el paso vacilante de algún campesino borracho que se había retrasado. Luego apareció la carretera obscura y silenciosa. Juan acabó por distinguir á lo lejos el otro carro, el que llevaba al matrimonio. La cosa se había arreglado bien; así era mejor. Y el bueno del antiguo soldado silbaba tranquilamente en su carro, satisfecho de verse libre de un peso extraño.

## VII.

Estaban en la época de la recolección, disfrutando de un cielo muy azul y de una temperatura muy calurosa, pero refrescada por las brisas; habían fijado la boda para el día de San Juan, que aquel año caía en sábado.

Los Fouan habían recomendado mucho á Buteau que empezaran las invitaciones por la Grande, hermana mayor de la familia, que exigía consideraciones y miramientos, como reina rica y temida. Así es que una tarde Buteau y Elisa se fueron á casa de la vieja, los dos vestidos con sus trajecitos de cristianar para rogarle que asistiera á la boda, es decir, á la ceremonia, y luego á la comida que se celebraría en casa de la novia.

La Grande estaba haciendo media, sola en su cocina, y sin disminuir la velocidad de las agujas los miró con fijeza; dejó que se explicaran, que repitieran dos veces las mismas frases, y por fin les contestó con voz agría:

—¿A la boda? ¡Ah! ¡no por ciertol.... ¿Qué he de ir á hacer yo á la boda?.... Eso es bueno para los que se divierten.

Habían visto colorearse su cara de pergamino á la idea de aquel convite que no iba á costarle nada: estaban seguros de que aceptaría, pero el uso exigía que se lo rogaran todo mucho.

—¡Tía, la verdad es que no podemos pasar sin que vayáis!

—No, no, esas cosas no son ya para mí. Ni tengo tiempo, ni tengo qué ponerme. Siempre son gastos.... y la verdad, nadie se muere por no ir á una boda.

Tuvieron que repetir veinte veces la invitación, y acabó por decir con tono malhumorado:

—Bueno; puesto que no hay más remedio, iré. Pero os aseguro que sólo por ser vosotros....

Luego, viendo que no se marchaban, empezó á librarse una batalla dentro de sí misma, porque la costumbre exigía que en tales casos se ofreciese una copa de vino. Por fin se decidió; bajó á la cueva aunque había allí una botella de vino comenzada; y es que tenía para tales ocasiones un poco de vino que se le había agriado, y que llamaba el de despedir huéspedes. Llenó dos vasos, y sirvió á su sobrino y á su sobrina, de una manera tal, que no tuvieron más remedio que beberse de un trago para no ofenderla. Se despidieron con la garganta ardiendo.

Aquella misma noche Buteau y Elisa se dirigieron á Rosa Blanca, á casa de los de Charles. Pero llegaron en ocasión de una trágica aventura.

El Sr. Charles se hallaba en su jardín muy agitado y pesoso. Indudablemente acababa de

experimentar una sensación violenta en el momento de poder una enredadera, porque aun estaba con las tijeras en la mano y la escalera apoyada contra la pared por donde trepaba la enredadera. Se contuvo sin embargo, y les hizo entrar en el salón donde se hallaba Elodia bordando con su modesto aire de siempre.

—¡Ah! ¿conque os casáis dentro de ocho días? ¡Muy bien hecho, hijos míos!.... Pero no podremos ir á la boda, porque la señora de Charles se halla en Chartres, y estará allí lo menos dos semanas.

Levantó sus pesados párpados para dirigir una mirada á la joven.

—Sí, en los momentos de más prisa, en las grandes ferias, la señora de Charles se va para ayudar á su hija.... Ya sabéis que el comercio tiene sus exigencias, y hay días que la tienda está completamente llena de gente á todas horas. Por más que Estrella ha cogido el aire, necesita, sin embargo, á su madre en esas ocasiones, sobre todo desde que mi yerno Vancogne no hace nada.... Y además, á la señora de Charles le gusta ver de cuando en cuando la casa. ¿Qué queréis? Hemos vivido treinta años en ella, y eso siempre tira.

El viejo se estremecía, sus ojos se arrasaban en lágrimas al recuerdo del pasado. Y era verdad; su mujer sentía á veces la nostalgia de su casita de la calle de los Judíos, á pesar de hallarse en su agradable retiro burgués, lleno de comodidades, de flores, de pájaros y de sol. Cerraba los ojos y veía al antiguo Chartres desde la plaza de la catedral hasta las orillas del Eure, y con la imaginación llegaba allí, tomaba la calle Pía, la de

Puerta Cenicienta, luego la de los Caballeros, para ir cortando camino; bajaba la escalinata del Pied-Pla, y en el último escalón, al llegar al que hacía esquina á la calle de los Judíos, se le aparecía su casita, con su blanca fachada y sus persianas verdes siempre cerradas. Las dos calles eran muy malas; durante treinta años había podido ver las habitaciones y los habitantes miserables de aquel barrio y el arroyo de la calle arrastrando arroyuelos de agua sucia y negra y mal oliente. ¡Pero cuántas semanas no había pasado dentro de su casita sin salir á la calle, sin ver á nadie! Y estaba orgullosa de los divanes y de los espejos del salón, del palo santo y de la caoba de las alcobas, del roble del comedor, de todo aquel lujo, de aquella comfortable severidad, que era creación de ellos, obra suya, á la cual debían su fortuna. Un desfallecimiento melancólico se apoderaba de ella al recuerdo de ciertos rincones íntimos, del perfume persistente de las aguas de tocador, de aquel olor especial de toda la casa, que había conservado en la piel. Así es que esperaba las temporadas de mucho trabajo extraordinario, y se iba, rejuvenecida, alegre, después de haber recibido de su nieta dos besos muy apretados que prometía transmitir á la madre aquella misma noche.

—¡Ah! es ¡una contrariedad, es una contrariedad! —repetía Buteau, verdaderamente mortificado al pensar que no estarían los señores de Charles en la boda.—¿Y si la prima escribiese á nuestra tía que viniese?

Elodia, que iba á cumplir quince años, levantó su cara de virgen hinchada y clorótica, de cabello escaso y de sangre tan pobre, que hasta el aire

puro del campo parecía contribuir á la anemia.

—¡Oh, nó! —murmuró la joven—la abuela me dijo que lo menos tendría que estar allí dos semanas para la confección de bombones. Hasta me ha dicho que me traería un saco si era buena.

—Pues entouces—propuso al fin Elisa—venid sin ella, venid con la pequeña.

Pero el señor Charles ya no escuchaba; había vuelto á su agitación, y ni oía ni entendía. Iba á la ventana, parecía espiar á alguien y ahogaba en la garganta su cólera pronta á estallar. Hasta que al fin, sin poderse contener más, despidió á la joven con una palabra.

—Vé á jugar un poco por ahí, hija mía.

Luego, cuando Elodia se hubo marchado, acostumbrada á salir siempre que las personas mayores empezaban á hablar algo serio, se colocó en el centro de la habitación, y con los brazos cruzados, con una irritación que hacía temblar todas las facciones de su correcto rostro de antiguo magistrado:

—¡Podéis creerlo! ¡Háse visto jamás una abominación semejante!.... Estaba podando el rosal, me subo en el último escalón; me inclino hacia el otro lado de la tapia maquinalmente: y ¿qué diréis que he visto?.... A Honorina, sí, á mi criada Honorina, con un hombre el uno encima del otro, con las piernas al aire haciendo porquerías.... ¡Ah, cochinos! ¡infames! ¡al pie de las tapias de mi casa!

El viejo, que se ahogaba, se puso á pasear, haciendo gestos de noble maldición.

—¡La espero para echarla á la calle á la muy bribona! ¡Miserable!.... No podemos tener criada;

nos las empuñan á todas. Al cabo de seis meses de estar en casa, ya se sabe, porque es una regla general, ya se hallan en un estado que no les permite servir en una casa honrada..... y ésta la he visto yo mismo..... y de una manera!.... Decididamente, este es el fin del mundo.

Buteau y Elisa, asombrados, participaban de su indignación por deferencia.

—¡Es verdad, eso no está bien!..... ¡No, no está bien!

Pero de nuevo Charles se detenía delante de ellos.

—¡Imagínaros que Elodia se sube en esa escalera por casualidad y descubre esa escena! ¡Ella tan inocente, que no sabe nada de nada, y á la cual vigilamos constantemente hasta en sus pensamientos!..... ¡Se echa uno á temblar de pensarlo!.... ¡Qué golpe para mi mujer si estuviese aquí!

Precisamente en aquel momento, al mirar hacia la ventana, vió á la niña que sin duda cedía á la curiosidad, con un pie puesto en el primer escalón. El viejo se precipitó y le gritó con voz ahogada por la angustia, como si la viera al borde de un precipicio:

—¡Elodia! ¡Elodia! baja, aléjate, por el amor de Dios!

Sentía que le flaqueaban las piernas, y dejándose caer en una butaca, siguió gritando y quejándose de la impúdica desvergüenza de las criadas. ¡Pues no había sorprendido á una enseñándole á la niña cómo tienen hecho el culo las gallinas! Bastante tenía él con cuidarse en la calle de libertarla de las groserías y atrevimientos de los labriegos y del cinismo de los animales, para que también

dentro de su casa tuviera un foco constante de inmoralidad.

—Aquí viene ya—dijo bruscamente.—Ahora veréis.

Tiró de la campanilla y recibió á Honorina sentado, severo, y después de lograr por un gran esfuerzo de voluntad recobrar la calma.

—Señorita, hacel vuestro baul y marchaos enseguida de esta casa; os pagaré los ocho días que lleváis en casa:

La criada, asustada, balbuciente, tartamudeó algunas excusas.

—¡Es inútil, todo lo que puedo hacer es no entregáros á los tribunales por atentado á la moral. Entonces ella se sublevó.

—Oid: ¿es que se me ha olvidado pagar la cama?

El viejo se levantó erguido y la despidió con un gesto soberano, señalando con el dedo hacia la puerta. Luego, cuando se hubo marchado, se desahogó brutalmente.

—¡Habrás visto una puta semejante! ¡Deshonrar así mi casa!

—¡Ah! sí lo es, verdaderamente lo es, dijeron á una Elisa y Buteau.

Y este último añadió:

—¿No es verdad que hemos convenido en que iréis con la niña?

El señor Charles seguía tembloroso. Había ido á mirarse al espejo y volvía satisfecho de sí mismo.

—¿Adónde? ¡Ah! sí, á vuestra boda..... Hacéis muy bien, hijos míos, en casaros..... Contad conmigo; iré, pero no os prometo llevar á Elodia, por-



que ya sabéis que en las bodas suelen decirse bromas.... ¿eh?... ¡Habéis visto cómo he plantado de patitas en la calle á esa bribona! Lo que es á mí no me fastidia ninguna... Hasta la vista; contad conmigo.

Los Delhon me, á casa de quienes se dirigieron desde allí Elisa y Buteau, aceptaron también después de los ruegos de costumbre. Ya no faltaba nadie de la familia más que Jesucristo, á quien invitar. Pero verdaderamente se hacía insoportable, reñido con todos, inventando las mayores porquerías para desconsiderar á los suyos; y se decidieron á prescindir de él, temblando, sin embargo, de que se vengase con alguna nueva maldad.

Rognes en masa esperaba, porque aquella boda tanto tiempo aguardada era un verdadero acontecimiento. Hourdequin, el alcalde, asistió á ella; pero invitado á la comida, tuvo que excusarse, porque tenía necesariamente que dormir aquella noche en Charitres para asistir á la vista de un proceso, y prometió que la señora Santiaguilla asistiría, puesto que tenían la amabilidad de convidarla también. Se pensó al principio en invitar al padre Godard, con objeto de tener en la boda gente de viso; pero el cura se indignó porque fijaban para la ceremonia el día de San Juan. Había misa mayor, una gran fiesta de iglesia en Bazoches-le-Doyen. ¿Cómo había de estar en Rognes por la mañana? Entonces las mujeres, Elisa, Rosa, Fanny, se empeñaron tanto, que no tuvo más remedio que ceder, y fué á mediodía tan furioso, que les soltó la misa en un *santiamén*, lo cual les ofendió muchísimo.

Además, y después de largas discusiones, se convino en que la boda se celebraría con mucha

sencillez, en familia, á causa de la situación de la novia, que tenía un chiquillo de cerca de tres años. Sin embargo, habían ido á la mejor pastelería de Cloyes á encargar una tortada para el postre, resignándose á hacer todo el gasto en ella para demostrar que se sabía tirar el dinero cuando llegaba el caso; había, como en la boda de la hija mayor de Bordier, los ricos cangrejos de Mailleville, un pastel, dos fuentes de natillas y cuatro bandejas de dulces y bombones. En casa comerían una buena sopa, cuatro pollos asados, cuatro conejos en estofado, carne asada y pajaritos. Comida para quince ó veinte personas; aun no se sabía el número fijo. Si quedaba algo aquel día, al siguiente se comerían las sobras.

El cielo, algo cubierto aquella mañana, se había desencapotado, y el día terminaba con un calor agradable. Habían puesto la mesa en el centro de la anchurosa cocina, enfrente del fogón donde se asaban las carnes y donde hervían las marmitas encima de buenas hornilladas de leña. Y aquello caldeaba de tal suerte la habitación, que tuvieron que dejar abiertas de par en par las dos ventanas y la puerta, por las cuales penetraba el buen olor de los trigos recién segados.

Desde el día antes las hijas de Mouche se hacían ayudar por Rosa y Fanny. A las tres tuvieron una emoción cuando apareció el coche de la pastelería, que hacía salir á las puertas de sus casas á todas las comadres del pueblo. En seguida colocaron el postre encima de la mesa para estar viéndolo. Precisamente la Grande llegaba con alguna anticipación: se sentó, colocó el bastón entre las rodillas, y ya no quitó de los platos sus ojos, de mirada

dura y aviesa. ¿Cómo se permitían gastar tanto? Ella no había tomado nada por la mañana, para comer más.

Los hombres, Buteau, Juan que le había servido de testigo, el viejo Fouan, Delhomme, acompañado de su hijo Ernesto, todos de levitón y pantalón negro, con grandes sombreros de copa alta que no se quitaban, jugaban al canet en el corral. El Sr. Charles llegó solo, después de haber llevado el día antes á Elodia á su colegio de Chateaudun, y sin tomar parte en el juego se interesó en la partida y emitió juiciosas observaciones.

Pero á las seis, cuando todo estuvo dispuesto, fué necesario esperar á Santiaguilla. Las mujeres bajaban sus sayas que habían subido sujetándose las con alfileres para no ensuciarse con el fogón. Elisa estaba vestida de azul; Francisca de rosa, vestidos de seda fuerte y fuera de moda, que Lambourdien les había vendido por el doble de su valor, dándoselos como última novedad de París. La abuela Fouan había sacado del fondo del cofre la falda de poplín color violeta, que desde hacía cuarenta años lucía en todas las bodas del pueblo; y Fanny, vestida de verde, llevaba todas sus alhajas, su reloj y su cadena, un alfiler, sortijas y pendientes. Cada minuto salía una de las mujeres á la puerta, corría hasta la esquina de la iglesia para ver si la señora de la granja llegaba al fin. Las salsas estaban hechas, la sopa se enfriaba en los platos, donde habían tenido la imprudencia de servirla ya. Por fin se oyó una exclamación general: — ¡Aquí está! ¡aquí está!

Y apareció el cochecillo. Santiaguilla saltó de él prontamente. Ella estaba contentísima y había te-

nido el buen gusto de vestirse como soltera con un trajecillo de percal blanco con pintas coloradas, y sin ninguna joya, la carne sin más adornos que unos brillantitos en las orejas, un regalo de Hourdequin que había puesto en revolución á las mujeres de las cercanías. Pero todos se quedaron sorprendidos al ver que no despedía al criado que la había llevado, después que le ayudaron á desenganchar el coche. Era un hombre llamado Trou, una especie de gigante, con la piel blanca, el pelo rubio y un aspecto muy animado. Era de Perche y estaba en la Borderie como criado desde hacía un par de semanas.

— Trou se quedará, ¿sabéis? — dijo ella alegremente. — Me acompañará luego.

En Beauce no agradan mucho los percherones, á los cuales se acusa de falsos é hipócritas. Todos se miraron: ¿aquel tonto tan alto y tan rubio sería otro querido de la Santiaguilla? Buteau, que desde por la mañana estaba muy contento y complaciente y bromista, respondió:

— ¡Pues ya lo creo que se queda! ¡Basta que venga con vos!

Y cuando Elisa dijo que la comida aguardaba, todos se sentaron á la mesa, dándose empujones y riendo á carcajadas. Faltaban tres sillas, y fueron á buscar dos taburetes de paja, encima de los cuales colocaron unas tablas. Ya las cucharas golpeaban en firme el fondo de los platos.

La sopa estaba fría y cubierta de grandes ojos formados por la grasa, que se agarraba á la garganta. Esto no importaba; el viejo Fouan manifestó la idea de que ya se derretiría en la barriga, lo cual despertó una verdadera tempestad de risa.

Desde aquel momento aquello fué un ataque formidable: la gente tragaba sin cesar: los pollos, los conejos, la carne, desfilaron, desaparecieron en medio de un ruido terrible de mandíbulas que masticaban. Aquella gente tan sobria en su casa comía á reventar en la del vecino. La Grande, que no hablaba para comer más, no perdía ripio, y era horrible, parecía mentira lo que tragaba aquel cuerpo seco de octogenaria, sin que se hinchase siquiera. Estaba convenido que Fauny y Francisca se ocuparían del servicio, para que la novia no tuviese que levantarse; pero ésta no podía contenerse; dejaba el asiento cada cinco minutos, se remangaba las mangas del vestido y procuraba que éste no se le manchara con el fogón ó con algún plato. Pronto cada cual en la mesa pensó en servirse á sí mismo, y siempre había alguno de pie cortándose pan ó buscando un plato limpio. Buteau, que se había encargado de poner el vino, no daba abasto; había tenido buen cuidado, para no entretenerse luego en destapar botellas, de poner allí cerca un tonel; pero tanto y tanto le pedían, que no le dejaban, y fué preciso que Juan le sustituyese en sus funciones. Delhomme, sentado muy tranquilamente, declaraba con imperturbabilidad inalterable que era necesario líquido para no ahogarse. Cuando presentaron la tortada, tan grande como la rueda de un carro, hubo un momento de recogimiento como si todos se impresionaran; y el Sr. Charles llevó su buena educación hasta jurar por su felicidad, que jamás, ni en Chartres, había visto ninguna tan grande. Entonces el viejo Fouan, que estaba muy animado, exclamó:

—¡Caramba, si le pusieran á uno eso en el trasero, pronto se curarían las almorranas!

Todos los comensales se retorcieron de risa, sobre todo la Santiaguilla, á quien se le saltaron las lágrimas. Y chillaba y añadía multitud de cosas subidas de color que se perdían en medio de las risotadas de los demás.

Los novios estaban colocados uno enfrente de otro, Buteau entre su madre y la Grande, Elisa entre el tío Fouan y el Sr. Charles; y los otros convidados se hallaban á su gusto, cada cual donde quiso sentarse; Santiaguilla al lado de Trou, que la acariciaba con sus dulces y mortecinos ojos; Juan junto á Francisca, separado de ella solamente por Julio, el pequeñuelo de su hermana, del cual los dos habían prometido cuidar; pero al llegar á la torta se declaró en él una indigestión y fué necesario que la novia fuese á acostar á su hijo. Entonces Francisca y Juan quedaron uno al lado del otro. Ella estaba muy inquieta, colorada del calor de la lumbre, rendida de cansancio y sobreexcitada por lo tanto. Él, amable y complaciente, quería levantarse para servirla cada vez que necesitaba algo; pero ella se escapaba y se ocupaba en defenderse contra Buteau, que muy animado y risueño todo el día, no paraba de hacerla rabiar desde que se sentaron á la mesa. Él la pellizcaba al pasar por su lado, y ella le devolvía un manotón tremendo; luego ella se levantaba con cualquier pretexto, como atraída para ser pellizcada y para pegar de nuevo. Se quejaba ya de tener los muslos hechos un puro cardenal.

—¡Estate quieta aquí entonces!—repetía Juan.

—¡Ah! no; es menester que no crea que por

ser mi cuñado va á ser mi marido también.

Cuando se hizo de noche encendieron seis velas. Hacía tres horas que estaban comiendo, cuando al fin, á eso de las diez llegaron á los postres. Luego bebieron café, pero no una taza, sino dos ó tres, á discreción. Las bromas iban acentuándose y subiéndose de color; el café daba nervio y era muy bueno para los hombres que dormían demasiado, y cada vez que alguno de los comensales casados bebía un sorbo, la gente se desternillaba de risa.

—Tienes razón para tomar tanto—dijo Fanny á Delhomme, muy risueña y olvidando su acostumbrada reserva.

El se puso colorado, alegó como excusa el exceso de trabajo, en tanto que su hijo Ernesto, con la boca abierta, reía, en medio de la explosión de gritos y de puñetazos sobre las rodillas que había producido aquella confianza conyugal. El muchacho había comido tanto, que parecía que iba á reventar. Poco después desapareció y ya no lo encontraron hasta la hora de marcharse, durmiendo entre las dos vacas.

La Grande fué la que resistió más tiempo. A las doce de la noche aun arremetía contra los pastelillos con la muda desesperación de quien no puede concluir con ellos. Se habían lamido los platos de natillas y recogido cuidadosamente las migajas de los pasteles, y en el abandono de la creciente embriaguez, los corchetes de los corpiños desabrochados, los botones de los pantalones sueltos, se variaba de sitio, se formaban pequeños grupos alrededor de la mesa, llena de pringue y manchada de vino. Los ensayos de canto no habían pros-

perado; solamente la vieja Rosa, con la faz abotagada, seguía farareando una cancioncilla del siglo pasado, una reminiscencia de su juventud, que se iba acompañando con un acompasado movimiento de cabeza. Tampoco había ganas de bailar; los hombres preferían beber aguardiente y fumar en pipas que golpeaban sobre la mesa para quitarles la ceniza. En un rincón Fanny y Delhomme calculaban al céntimo, delante de Juan y de Trou cuál iba á ser la situación económica de los recién casados y cuáles eran sus esperanzas: aquello duró una eternidad, porque iban estimando uno á uno cada centímetro cuadrado de tierra, porque conocían todas las fortunas de Rognes, hasta en las cantidades representadas por la ropa blanca. En el otro extremo la Santiaguilla se había apoderado del señor Charles, al cual contemplaba con invencible sonrisa y con la curiosidad retratada en sus bellísimos y picarescos ojos. Le estaba haciendo preguntas.

—¿De modo que es bonito Chartres y que tiene muchas diversiones?

Y él respondía haciendo el elogio de la ciudad, de la línea de sus paseos plantados de árboles hermosísimos, que forman á Chartres un cinturón de sombra. Abajo sobre todo, á la orilla del Eure, los bulevares estaban muy frescos en verano. Luego había que ver la catedral, y el anciano se extendía hablando de la catedral, como hombre bien enterado y respetuoso con la religión. Si, uno de los más hermosos monumentos, demasiado grande para la presente época de malos cristianos, casi siempre vacío, edificado en una plaza siempre desierta que durante los días de la semana sólo se

veía cruzada por algunas sombras devotas; y ese aspecto de gran ruina había tenido ocasión de observarlo un domingo que había entrado al pasar casualmente por allí á la hora de vísperas; allí dentro se tiritaba, no se veía claro á causa de los vidrios de colores, tanto que sólo logró distinguir las muchachas de dos colegios de niñas, perdidas allí como si fuesen dos puñados de hormigas, cantando con voz chillona debajo de aquellas vastísimas bóvedas. ¡Ah! ¡verdaderamente entristecía que se abandonaran así los templos por las tabernas!

Santiaguilla, asombrada, seguía mirándolo y sonriendo. Al fin acabó por murmurar en voz baja:

—Bueno, pero las mujeres de Chartres....

El comprendió; se puso muy grave; pero se expandió, sin embargo, influido por la general embriaguez. Ella, muy sonrosada, temblorosa, risueña, se acercaba á él como para entrar en el misterio del roce de muchos hombres cada noche. Pero aquello no era lo que ella creía, y él le hablaba de lo duro del trabajo, porque tenía el vino melancólico y paternal. Luego se animó cuando ella le dijo que se había entretenido en pasar, por el gusto de ver, por delante de una casa que había en Chateaudun, esquina á la calle Davignon y á la calle Loireau, una casita muy mal cuidada, siempre con las persianas caídas cuidadosamente. Por detrás, en un jardín muy mal cuidado también, una gran bola de cristal que había encima de la fuente reflejaba la casa. El día en que ella estuvo, los chiquillos jugaban á la puerta de la casa, y por encima de las tapias del cuartel de caballería, que está contiguo se oían las voces de mando. Él la

interrumpía y se animaba: Sí, sí, conocía aquella casa: dos mujeres feas y estropeadas, y ni siquiera espejos en el cuarto bajo. Esas eran las que deshonrabán el oficio.

—¿Pero qué queréis hacer en una capital de cuarto orden?—dijo por fin calmado y como cediendo á una filosófica tolerancia propia de un hombre superior.

Era la una de la madrugada, y se habló de ir á acostarse. Cuando se había tenido ya un hijo, era inútil ¿no es verdad? andarse con remilgos para meterse debajo de las sábanas. Para ellos no había misterios y lo mejor era dejarse de historias, beber otro trago y... á la cama!

En aquel momento Elisa y Francisca dieron un grito. Por la ventana abierta acababa de penetrar un puñado de basura, estiércol de vaca lanzado con fuerza; y los vestidos de aquellas señoras estaban perdidos, llenos de arriba abajo. ¿Quién sería el puerco que había hecho aquello? Echaron á correr, miraron en la calle, en la plaza, en la carretera, detrás de la tapia de la huerta. Nadie. Además, todos estuvieron acordes en decir que era Jesucristo que se vengaba de que no lo hubiesen convidado.

Los Fouan y los Delhomme se marcharon; el señor Charles también. La Grande daba una vuelta á la mesa á ver si quedaba algo que comer, y se decidió á marcharse después de decir á Juan que los Buteau se morirían de hambre sobre un montón de paja. Por la carretera, mientras los otros muy borrachos se alejaban dando traspiés, se oyó su paso firme y seguro que se alejaba al compás de los golpecitos que daba con su bastón.

Trou enganchaba el carrujillo para la señora Santiaguilla. Esta, ya en el estribo, se detuvo y volvió la cabeza.

—¿Os venís con nosotros Juan? ¿No, eh?

El muchacho, que se preparaba á subir, se detuvo, contento de dejársela á Trou, puesto que ella parecía desearlo. Juan la vió colocarse muy pegada al cuerpo de su nuevo galanteador, y no pudo reprimir la risa viendo el carruaje que se alejaba. Él volvió á pié á la granja y fué á sentarse un momento en el banco de piedra que había en el corral, al lado de Francisca, que se había puesto allí mientras la gente se iba aturdida por el calor y por el cansancio. Los Buteau estaban ya en su cuarto, y ella había prometido cerrarlo todo antes de acostarse.

—¡Ah! qué hermoso está esto! —suspiró la joven después de cinco minutos de silencio.

Y el silencio reinó otra vez. La noche estaba estrellada, fresca, deliciosa. El olor campestre de los trigos subía con tal fuerza desde las praderas del Aigre, que embalsamaba el aire como un perfume de flores.

—¡Ah! sí, muy hermoso —repitió Juan por fin.— Esto alegra el corazón.

Ella no respondió, y él advirtió que dormía escurriéndose del banco y apoyándose en su hombro. Juan permaneció allí una hora todavía, pensando en una porción de cosas confusas. Malos pensamientos le asaltaron, pero se disiparon luego. Ella era demasiado joven y á él le parecía que esperando, Francisca envejecería y se le iría acercando.

—Oye, tú, Francisca, hay que acostarse. Te vas á poner mala.

Ella se despertó sobresaltada.

—¡Toma! pues es verdad que mejor estará una en su cama.... Hasta la vista, Juan.

—Hasta la vista, Francisca.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA  
DIRECCIÓN GENERAL

---

## TERCERA PARTE.

---

### I.

¡Por fin Buteau había conseguido ya apoderarse de aquellas tierras tan codiciadas, que había rechazado durante dos años y medio con rabia mezclada de deseo, de rencor y de obstinación! Él mismo no sabía por qué se había empeñado en hacerse el desdeñoso cuando estaba rabiando por firmar el acta de las particiones, teniendo sin duda que lo engañasen y no pudiendo encontrar consuelo al ver que no era único poseedor de la herencia, de las primitivas diez y nueve tahullas que ahora se hallaban repartidas entre tantos poseedores. Desde que había aceptado su parte sentía la satisfacción de una gran pasión, la feroz alegría de poseerla; y una cosa duplicaba ese gozo: la idea de que su hermano y su hermana resultaban robados ahora, puesto que su lote había alcanzado mayor valor por la construcción de la nueva carretera. No se los encontraba en ninguna parte

sin burlarse de ellos y sonreír entre maliciosos gritos diciendo:

—¡La verdad es que los he fastidiado bien!

Y no era eso todo. Triunfaba también á causa de su boda, tanto tiempo aplazada, porque su mujer le aportaba otras dos hectáreas de tierra que estaban junto á su lote; porque ni siquiera se le ocurría la idea de necesaria partición de lo que era de las dos hermanas, ó por lo menos la imaginaba en una época tan lejana, que esperaba encontrar antes de entonces la manera de sustraerse á esa obligación. Tenía, contando la parte de Francisca, ocho tahullas de tierra de labor, cuatro de prado y unas dos y media de viña, y las conservaría: antes que quitárselas le arrancarían el corazón, y sobre todo, no soltaría el pedazo que lindaba con la carretera que tenía ahora unas tres tahullas. Ni su hermano ni su hermana tenían nada semejante, y hablaba de ello henchido de orgullo y de satisfacción.

Pasó un año, y todo él, como primero de la posesión, fué para Buteau un goce no interrumpido. Jamás cuando había trabajado en haciendas de otro, había labrado tan á conciencia y tan hondo porque ahora la tierra era suya y quería profundizarla y fecundarla hasta el corazón. Por las noches volvía á su casa rendido. En Marzo escardaba sus trigos, en Abril las avenas, multiplicando sus cuidados y prodigándose verdaderamente. Cuando la tierra no exigía ya más trabajo, iba á ella sólo para contemplarla como un enamorado contempla á la mujer objeto de su pasión. Daba una vuelta, se agachaba y cogía un puñado de tierra, un terrón que se complacía en deshacer

y en echar al suelo, considerándose feliz si no lo encontraba ni demasiado seco ni demasiado húmedo y lleno de promesas de una buena recolección.

Así la Beauce exhibía su verdura á sus ojos desde Noviembre á Julio; desde el momento en que aparecían los primeros frutos verdes hasta que lucían las mieses sus dorados reflejos.

Sin salir de su casa podía gozar de aquel espectáculo, porque había quitado las maderas y los cristales á la ventana de la cocina que daba á la llanura, y allí se colocaba, porque sus ojos distinguían diez leguas de campo, una sabana inmensa. Ni un árbol, nada más que los postes telegráficos de la carretera de Chateaudun á Orleans, alineados á lo lejos hasta perderse de vista. Primeramente, en los grandes cuadros de obscura tierra, no se veía más que una sombra verdosa apenas perceptible. Luego, de verde, se acentuaban los tonos casi uniformes. Después los tallos subían y se espesaban; cada planta tomaba un tinte distinto; Buteau distinguía á lo lejos el verde amarillento del trigo, el verde azulado de la avena, el verde gris del maíz, multitud de manchas extendidas en todas direcciones hasta el infinito.

Era la época en que la Beauce muestra toda su belleza juvenil, vestida con su traje de primavera, rizada y fresca á la vista, á pesar de su monotonía. Los tallos crecieron más, y entonces fué aquello la mar, la mar de cereales, inmensa, profunda, sin límites. Por las mañanas, cuando hacía buen tiempo, todo lo envolvía una ligera neblina. A medida que el sol subía, con la atmósfera límpida soplaban ráfagas regulares, una brisa deliciosa-



mente refrescante para los campos, que arrancaba del horizonte y se prolongaba hasta morir en el otro extremo. Continuamente una ondulación de los trigos y los maíces sucedía á otra ondulación; aquello era un eterno flujo y reflujó sin interrupción.

Buteau durante el mal tiempo contemplaba también aquella inmensa Beauce que se extendía á sus piés, de la misma manera que el pescador contempla desde la orilla del mar revuelto la tempestad que le roba el pan. Veía una terrible tormenta; y un día vió llegar una tromba de agua á seis leguas de distancia; al principio una nubecilla ligera, luego una masa bramadora que se acercaba á un galope de monstruo; luego detrás el destrozó de las cosechas, una huella de tres kilómetros de anchura de destrozos sin cuento. Sus tierras no habían sufrido nada, y lamentaba el desastre de los otros con estremecimientos de íntima alegría, y á medida que iba subiendo el trigo iba aumentando su placer. Ya había desaparecido de la vista el islote que formaba á lo lejos un pueblecillo próximo. Ya no se veían más que los techos de la Borderie, que á su vez fueron sumergidos poco después. Sólo se veía un molino con sus aspas que permanecía en pie como si fuese una ruina. Por todas partes trigo, la mar de trigo, invasora, desbordada, cubriendo la tierra con la inmensidad de su verdor.

—¡Ah! ¡demonio!—decía todas las tardes al sentarse á la mesa;—si el verano no es muy seco, vamos á tener mucho pan.

En la casa ya se habían instalado definitivamente. El matrimonio había tomado la sala gran-

de del piso bajo, y Francisca se contentaba con el antiguo cuarto de su padre, blanqueado de nuevo y provisto de una cama, de una cómoda vieja, de una mesa y de dos sillas. Francisca seguía cuidando las vacas y haciendo la misma vida de antes. Sin embargo, en medio de aquella calma aparente dormitaba una causa de disgusto: la partición de los bienes de las dos hermanas, que había quedado en suspenso.

Al día siguiente del matrimonio de la mayor, el viejo Fouan, que era el tutor de la menor, había insistido para que se hiciese la partición, á fin evitar después inconvenientes. Pero Buteau se había opuesto: ¿para qué? Francisca era muy joven y no tenía necesidad de su tierra. ¿Había cambiado algo? Ella vivía en casa de su hermana como antes; la alimentaban, la vestían; en fin, que no podía quejarse. A todas estas razones el viejo movía la cabeza: nunca se sabía lo que podía suceder; lo mejor era tenerlo todo arreglado; y la misma jóven insistía, quería saber cuál era su parte, aunque la dejase al cuidado de su cuñado. Este, sin embargo, venció al fin. No se habló más de ello, y reinó la alegría, viviendo muy unida la familia.

En los primeros diez meses no hubo cuestión entre las dos hermanas ni en el matrimonio; pero al cabo se rompió la buena armonía. Primero malos humores, luego las palabras duras: *lo tuyo* y *lo mio* rompió al fin la amistad.

Verdaderamente Elisa y Francisca no se querían con la gran ternura de otros tiempos. Nadie las encontraba ahora eulazadas por la cintura, envueltas en el mismo mantón, paseando al obscu-

recer. Había entre ellas una frialdad creciente. Desde que había allí un hombre, le parecía á Francisca que le habían robado á su hermana. Ella, que antes participaba de todo con su hermana, no tenía su parte en aquel hombre, que había venido á ser la cosa extraña, el obstáculo que llenaba el corazón donde antes había vivido sola. Por lo demás, cuando Buteau besaba á su hermana, ella se alejaba sin besarla, como si alguien hubiera bebido en su vaso. En materia de propiedad tenía ideas de niña, muy apasionadas; esto es mío, esto es tuyo; y pues que su hermana era de otro, ella la abandonaba y quería lo que era suyo, la mitad de la tierra y de la casa.

En aquella cólera de Francisca había otra causa que ni ella misma habría podido decir. Hasta entonces, helada por la viudez del tío Monche, la casa, donde no se amaba, no había tenido para ella ningún aliento de pasión. Y he aquí que la habitaba un macho, un macho brutal, habituado á atropellar á las muchachas en cualquier parte. Ella lo sabía todo, enseñada por los animales, y estaba irritada. Durante el día prefería salir para dejarlos hacer sus porquerías á sus anchas. Por la noche, si comenzaban á bromear al concluir de cenar, gritábaseles que esperasen á que ella hubiese fregado la vajilla. Y se iba á su alcoba, fuera de sí, cerrando las puertas violentamente y murmurando entre dientes:—¡Cochinos, cochinos!—A pesar de todo, creía oír y comprender todo lo que sucedía debajo de ella. Con la cabeza metida entre las almohadas y la sábana subida hasta los ojos, ardía de fiebre, con los oídos y la vista llenos de alucinaciones, sufriendo sublevaciones de su pubertad.

Lo peor era que Buteau, al verla tan preocupada con estas cosas, le gastaba ciertas bromas. Y bien: ¿qué es lo que ella haría cuando se encontrara en aquel caso? Elisa también se reía, no encontrando en ello ningún mal. Y él entonces explanaba sus ideas sobre el asunto: puesto que Dios había proporcionado á todos este placer que no costaba nada, era permitido apurarlo hasta saciarse. ¡Pero nada de chiquillos! ¡De esto no había necesidad! Cuando no se estaba casado se hacían muchas tonterías. Eso es lo que había pasado con Julio, una verdadera sorpresa que no habían tenido más remedio que tragar. Pero al casarse se hacía uno serio y se castraría antes que hacer otro. ¡Gracias! ¡para que haya otra boca más en la casa, ahora que hay poco pan! Así andaba con mucho cuidado con su mujer, porque, añadía riendo, que él trabajaría mucho, pero nada de sembrar. Trigo, sí; mucho trigo, todo el que el vientre de la tierra pudiera parir; pero nada de chiquillos; esto había concluido para siempre.

Y en medio de estos continuos detalles, de todas aquellas cosas que ella veía y oía, las turbaciones de Francisca iban en aumento. Pretendíase que su carácter cambiaba, que cedía á humores inexplicables, con cambios continuos de la alegría á la tristeza. Por la mañana seguía á Buteau con una sombría mirada cuando él, sin preocuparse de nada, atravesaba la cocina medio desnudo. Entre ella y su hermana estallaban frecuentes disputas por tonterías, porque acababa de romper una taza: ¿qué, no tenía ella la mitad en aquella taza como en todo? Estas disputas sobre propiedad producían odios que duraban muchos días.

Lo peor fué que Buteau cedió también á un humor execrable. La tierra experimentaba una horrible sequía; hacía seis semanas que no había caído ni una gota de agua, y volvía á su casa con los puños apretados, malo, al ver las cosechas comprometidas, el maíz enfermizo, la avena raquitica, los trigos estropeados antes de espigar. Sufecía positivamente, como los mismos trigos, lleno de malestar y rabia. Así, una mañana se enredó con Francisca. Hacía calor y se había dejado la camisa abierta y el calzón desabrochado, después de haberse lavado en la pila; y como se sentase para comer la sopa, Francisca, que le servía, exclamó muy colorada:

—Métete esa camisa; esto es asqueroso.

El estaba de mal humor y se arrebató:

—Qué, ¿has acabado ya de examinarme?..... No mires, si esto no te gusta..... ¿Tantas ganas tienes, que siempre estás pensando en lo mismo?

Francisca se puso más colorada y comenzó á murmurar, mientras que Elisa añadía:

—Tiene razón; ya nos estás fastidiando..... Vete, si es que no ha de poder uno estar con libertad en su casa.

—Sí, me iré—dijo airadamente Francisca, saliendo y dando un portazo.

Pero al día siguiente Buteau se tornó conciliador y amable. Durante la noche el cielo se había encapotado, y desde las doce caía una lluvia fina, tibia, penetrante, una de esas lluvias que regeneran los campos: Buteau había abierto las ventanas, y estuvo allí desde la madrugada mirando caer el agua, radiante de alegría, con las manos en los bolsillos, repitiendo:

—Ya estamos salvados, pues que el buen Dios trabaja para nosotros. Estos días de holgazanería valen más que aquellos en que se rompe uno el alma sin provecho.

Lenta, suave, interminable, la lluvia seguía cayendo, y él oía á la Beauce beber, aquella Beauce sin ríos y sin fuentes. Era un grau murmurio, un gorgoteo universal que producía bienestar. Todo absorbía y se mojaba, todo reverdecía. Los trigos recobraban una salud de juventud, irguiendo sus espigas, que iban á henchirse rebotando barina. Y él, como la tierra, como las mieses, bebía por todos sus poros refrescado, curado, volviendo á plantarse delante de la ventana para gritar:

—¡Anda, anda!..... ¡Caen monedas de cien sueldos!

De pronto oyó que alguien abría la puerta: volvióse, y tuvo la sorpresa de reconocer al viejo Fouan.

—¡Calla, padre! ¡sois vos!..... ¿Venís de coger caracoles?

El viejo, después de cerrar un gran paraguas azul, entró, dejando los zuecos en la puerta.

—¡Famoso chaparrón!—dijo sencillamente.— Falta hacía.

Hacía un año que la partición había sido definitivamente concluida, firmada y registrada, y no tenía otra ocupación que la de ir á ver sus antiguas tierras. Encontrábasele siempre rondando alrededor de ellas, interesándose, triste ó alegre, según el estado de las cosechas. Aquella lluvia también le alegraba á él.

—¿Venís á vernos, al pasar?—preguntó Buteau.

Francisca, callada hasta entonces, se adelantó y dijo con voz muy clara :

—No, es que yo he rogado á mi tío que venga.

Elisa, de pie delante de la mesa, dejó el trabajo que estaba haciendo y esperó como frunciendo el entrecejo. Buteau, que al pronto había apretado los puños, volvió á sonreirse, resuelto á no incomodarse.

—Sí— dijo lentamente el viejo — la pequeña ha hablado ayer conmigo.... Ya véis si yo tenía razón al querer arreglar los asuntos en seguida. Cada uno lo suyo, sin incomodarse; al contrario, esto impide las cuestiones.... Ahora hay que hacerle. Está en su derecho al querer saber qué es lo que le pertenece.... De modo que vamos á fijar un día é iremos todos juntos á casa del señor Baille-hache.

Pero Elisa no pudo contenerse más.

—¿Por qué no llama á los gendarmes? Cualquiera diría que la robamos.... ¿He contado yo acaso, por ahí fuera, que no tiene por dónde cogerla?

Francisca iba á contestar en el mismo tono, cuando Buteau, que la había cogido por detrás como para jugar, exclamó:

—¡Vaya, tonterías!.... Se disputa, pero no deja uno de quererse ¿verdad? Entre hermanas no hay cuestiones.

La joven se había desprendido con una sacudida, y la disputa iba á comenzar de nuevo, cuando todos lanzaron una exclamación al ver abrirse la puerta.

—¡Juan! ¡Y viene hecho una sopa!.... En efecto, Juan que había venido de la granja á la carrera,

como hacía con frecuencia, no había echado más que un saco sobre sus hombros para defenderse, y venía chorreando, pero riéndose. Mientras que se sacudía, Buteau, que había vuelto á la ventana, se alegraba más á cada momento ante aquella lluvia interminable.

—¡Oh! ¡cae que es una bendición!

Después, volviéndose:

—Llegas á tiempo. Estas dos se iban á comer....

Francisca quiere hacer las particiones para abandonarnos.

—¡Cómo! ¡esta chiquilla!—exclamó Juan sobrecogido.

Su deseo se había convertido en una violenta pasión oculta, y no tenía otra satisfacción que verla en aquella casa donde era recibido como amigo. Veinte veces la hubiera pedido en matrimonio, si no se hubiera considerado muy viejo para ella; pero aunque esperaba, no desaparecía aquella diferencia de quince años; en los campos aquello era un obstáculo tal, que nadie parecía sospechar que él pensase en ella; ni ella misma, ni su hermana, ni su cuñado. Por esto le recibía ésta tan cordialmente, sin temor á las consecuencias.

—¡Chiquilla! esta es la verdadera palabra—dijo encogiéndose de hombros de un modo paternal.

Pero Francisca, con la vista en el suelo, se obstinaba.

—Yo quiero mi parte.

—Eso sería lo más prudente—murmuró el viejo Fouan.

Entonces Juan la cogió dulcemente por las mu-

fiecas y la atrajo hacia sí; y teniéndola así, con las manos temblorosas al contacto de su piel, hablaba con voz alterada, á medida que la suplicaba que se quedase. ¿Adónde iba á ir? ¿á casa de algunos extraños, á Cloyes ó á Chateaudun? ¿No estaba mejor en aquella casa donde se había criado, entre gentes que la amaban? Ella escuchaba y se enternecía á su vez, porque aunque no pensaba en ver en él un amante, acostumbraba á obedecerle gustosa, parte por amistad y parte por respeto, encontrándole muy serio.

—Yo quiero mi parte—repetía ella algo quebrantada;—solamente que no digo que me iré.

—Pues bien, tonta—intervino Buteau,—¿qué vas á hacer con tu parte si te quedas? Lo tienes todo como tu hermana, como yo; ¿por qué quieres la mitad? ¡Vamos, es cosa para morirse de risa!.... Oye bien. La partición se hará el día que te cases.

Los ojos de Juan, fijos en ella, vacilaron como si su corazón hubiera desfallecido.

—¿Lo oyes? El día de tu matrimonio.

Ella no contestaba, turbada.

—Y ahora, mi pequeña Francisca, vé á abrazar á tu hermana. Esto será lo mejor.

Elisa no era mala, y lloró cuando Francisca se colgó á su cuello. Buteau, encantado de haber arreglado el asunto, dijo que había que beber un trago. Trajo cinco vasos, destapó una botella y fué á buscar otra. La faz curtida del viejo se había coloreado, mientras que explicaba que para él lo primero era el buen orden y el deber. Todos bebieron, mujeres y hombres, á la salud de todos los presentes.

—Es bueno el vino—exclamó Buteau, dejando sobre la mesa ruidosamente el vaso,—todo lo que queráis; pero es mejor ese agua que cae.... Miradla cómo sigue cayendo.... ¡Qué hermosa!

Y todos delante de la ventana, desvanecidos en una especie de éxtasis religioso, miraban caer la lluvia, lenta, interminable, como si hubieran visto bajo aquella agua bienhechora crecer los hermosos trigos verdes.

## II.

Un día de aquel verano, la vieja Rosa, que se sentía débil, y cuyas piernas flaqueaban, hizo venir á su sobrina Palmira para fregar la casa. Fouan había salido, como de costumbre, á dar una vuelta por los sembrados, y mientras que la miserable, de rodillas, calada de agua, se reventaba frotando, la otra la seguía, hablando siempre de las mismas historias.

Hablóse de la desgracia de Palmira, á la que pegaba ahora su hermano Hilario. Sí, aquel inocente, aquel enfermo se había vuelto malo; y como no conocía las fuerzas de sus puños, capaces de romper las piedras, temía ella siempre que la matase cuando la cogía. Pero ella no quería que se metiera nadie en ello, y llegaba á calmarle con la ternura infinita que guardaba para él. La semana anterior había habido un escándalo del cual hablaba todavía todo Rognes; un estrépito tal, que los vecinos habían acudido y le habían encontrado sobre ella haciendo atrocidades.

—Dime, hija mía—preguntó Rosa para pro-

fiecas y la atrajo hacia sí; y teniéndola así, con las manos temblorosas al contacto de su piel, hablaba con voz alterada, á medida que la suplicaba que se quedase. ¿Adónde iba á ir? ¿á casa de algunos extraños, á Cloyes ó á Chateaudun? ¿No estaba mejor en aquella casa donde se había criado, entre gentes que la amaban? Ella escuchaba y se enternecía á su vez, porque aunque no pensaba en ver en él un amante, acostumbraba á obedecerle gustosa, parte por amistad y parte por respeto, encontrándole muy serio.

—Yo quiero mi parte—repetía ella algo quebrantada;—solamente que no digo que me iré.

—Pues bien, tonta—intervino Buteau,—¿qué vas á hacer con tu parte si te quedas? Lo tienes todo como tu hermana, como yo; ¿por qué quieres la mitad? ¡Vamos, es cosa para morirse de risa!.... Oye bien. La partición se hará el día que te cases.

Los ojos de Juan, fijos en ella, vacilaron como si su corazón hubiera desfallecido.

—¿Lo oyes? El día de tu matrimonio.

Ella no contestaba, turbada.

—Y ahora, mi pequeña Francisca, vé á abrazar á tu hermana. Esto será lo mejor.

Elisa no era mala, y lloró cuando Francisca se colgó á su cuello. Buteau, encantado de haber arreglado el asunto, dijo que había que beber un trago. Trajo cinco vasos, destapó una botella y fué á buscar otra. La faz curtida del viejo se había coloreado, mientras que explicaba que para él lo primero era el buen orden y el deber. Todos bebieron, mujeres y hombres, á la salud de todos los presentes.

—Es bueno el vino—exclamó Buteau, dejando sobre la mesa ruidosamente el vaso,—todo lo que queráis; pero es mejor ese agua que cae.... Miradla cómo sigue cayendo.... ¡Qué hermosa!

Y todos delante de la ventana, desvanecidos en una especie de éxtasis religioso, miraban caer la lluvia, lenta, interminable, como si hubieran visto bajo aquella agua bienhechora crecer los hermosos trigos verdes.

## II.

Un día de aquel verano, la vieja Rosa, que se sentía débil, y cuyas piernas flaqueaban, hizo venir á su sobrina Palmira para fregar la casa. Fouan había salido, como de costumbre, á dar una vuelta por los sembrados, y mientras que la miserable, de rodillas, calada de agua, se reventaba frotando, la otra la seguía, hablando siempre de las mismas historias.

Hablóse de la desgracia de Palmira, á la que pegaba ahora su hermano Hilario. Sí, aquel inocente, aquel enfermo se había vuelto malo; y como no conocía las fuerzas de sus puños, capaces de romper las piedras, temía ella siempre que la matase cuando la cogía. Pero ella no quería que se metiera nadie en ello, y llegaba á calmarle con la ternura infinita que guardaba para él. La semana anterior había habido un escándalo del cual hablaba todavía todo Rognes; un estrépito tal, que los vecinos habían acudido y le habían encontrado sobre ella haciendo atrocidades.

—Dime, hija mía—preguntó Rosa para pro-

vocar sus confidencias,—¿es verdad que te quería forzar el bruto?

Palmira, dejando de frotar, se quedó sin contestar al pronto.

—¿Y qué les importa á los demás? ¿Qué necesidad tenían de entrar á nuestra casa á espiarnos?..... No robamos á nadie.

—¡Demonio!—añadió la vieja;—sin embargo, si como se dice, dormís juntos, eso está muy mal.

Por un momento la infortunada quedó muda, con rostro de pena y la mirada vaga; después siguió fregando, y marcando sus frases con el movimiento de sus brazos, dijo:

—¡Ah! ¡muy mal! ¿y quién lo sabe?..... El cura me ha llamado para decirme que iríamos al infierno, y yo he contestado que es un niño que no sabe más que si sólo tuviera tres días, y que se habría muerto si yo no lo hubiera alimentado, y que apenas ha tenido otra dicha..... Pero eso es cuenta mía. El día en que me estrangule en uno de los accesos de rabia que le acometen en esos momentos, ya veré si el buen Dios quiere perdonarme.

Rosa, que sabía la verdad hacía mucho tiempo, viendo que no sacaría ningún detalle nuevo, concluyó discretamente:

—Seguramente, cuando las cosas son de un modo no son de otro..... No importa; no es vida esa que tú llevas, hija mía.

Y se lamentó de que todo el mundo tenía su desgracia. Así, ella y su marido pasaban grandes miserias desde que habían tenido el buen corazón de sacrificarse por sus hijos. En este punto ya no se detuvo. Era el eterno asunto de sus quejas.

—¡Dios mío! Cuando los hijos son malos, son malos..... Si siquiera pagaran la renta.....

Y explicó por la vigésima vez que sólo Delhomme llevaba sus trimestres de cincuenta francos. ¡Oh! muy puntualmente. Buteau, siempre atrasado, trataba de no pagar dando largas. Cuanto á Jesucristo, la cosa era más sencilla, no daba nada. ¡Pues no había tenido aquella mañana el tupé de enviar á la Trouville á pedir prestados cien sueldos para hacer un puchero á su padre enfermo! ¡Buena estaba la enfermedad: un gran agujero debajo de la nariz! Así había recibido á aquella andrajosa, encargándola que dijera á su padre que si aquella noche no llevaba sus cincuenta francos, le enviaria un alguacil.

—Sólo para asustarlo, porque el pobre muchacho no es malo—añadió Rosa, que se enternecía ya en su predilección por su hijo mayor.

Al obscurecer, habiendo venido Fouan á comer, volvió ella á su tema en la mesa, mientras que él comía con la cabeza baja y sin hablar. ¿Sería posible que de sus seiscientos francos cogiesen sólo los doscientos de Delhomme, apenas ciento de Buteau y nada del otro, lo que apenas sumaba la mitad de la renta?

Palmira que en la obscuridad acababa de fregar la cocina, respondía la misma frase á cada lamentación, como un estribillo de la miseria:

—¡Ah! seguramente, cada cual tiene su desgracia.

Decidióse al fin Rosa á encender luz, cuando la Grande entró con su calceta. En aquellas noches cortas apenas había velada; pero para no gastar luz, venía á pasar á casa de su hermano una hora

antes de ir á acostarse á tuestas. Instalóse en seguida, y Palmira, que todavía tenía sin fregar pucheros y cacerolas, no habló más, sobrecogida delante de su abuela.

—Si tienes necesidad de agua caliente, hija mía, pon un tronco.

Se contuvo un instante, esforzándose por hablar de otra cosa; porque delante de la Grande los Fouan evitaban el quejarse, sabiendo que le proporcionaban un placer; pero la pasión le arrebató.

—Y puedes echar un tronco entero, si es que puedes llamarse así esto. Astillas nada más.... Se está portando Fanny....

Fouan, que se había quedado en la mesa, delante de un vaso lleno, salió entonces del silencio en que parecía querer encerrarse.

—¿Has concluido ya con tu tronco? ¡Ya sabemos que es una porquería!.... ¿Y qué diré yo de esta porquería de vino que me envía Delhomme? Y alzando el vaso lo miró á la luz.

—¡Hein! ¿qué demonios hay aquí dentro? Será cosa del tonel.... ¡Y él es el honrado! Los otros nos dejarían morir de sed sin ir á buscar una botella de agua al río.

Decidióse al fin á beber el vino de un trago. Pero lo escupió violentamente.

—¡Oh! ¡el veneno! ¡Será para hacerme morir más pronto!

Desde aquel momento Fouan y Rosa se abandonaron á su rencor sin reparar en nada. Sus razones ulceradas se consolaban alternando las letanías de sus recriminaciones. Así, de los diez litros de leche por semana no recibían apenas seis; y luego aquella leche debía ser muy buena cris-

tiana aunque no pasara por entre las manos del cura. Cuanto á los huevos, los encargaban expresamente á las gallinas, porque no se encuentran más pequeños en todo el mercado de Cloyes: sí, una verdadera curiosidad, y dados de tan mala gana, que tienen tiempo de podrirse en el camino.

¿Y los quesos? Rosa tenía un cólico siempre que los comía. Fué á buscar uno y se empeñó en que lo probase Palmira. ¡Uf! aquello era un horror. ¿Pues y la harina?.... Pero ya Fouan se lamentaba de verse reducido á no poder fumar más que un sueldo de tabaco por día; pero en seguida ella recordó su café que había tenido que suprimir; y los dos á la vez los acusaron de la muerte del pobre perro, que habían tenido que echar al río la víspera, porque ahora les resultaba muy caro mantenerlo.

—Se lo he dado todo, absolutamente todo—gritó el viejo,—y los muy canallas se burlan de mí.... ¡Ah! ¡esto nos matará de seguro, porque no podemos soportar esta miseria!

Al fin callaron, y la Grande, que no había desplegado los labios, los miró primero á uno, luego á otro, con sus ojazos redondos y mortecinos como los de un mochuelo.

—¡Bien hecho!—dijo.

Pero precisamente en aquel instante entró Buteau. Palmira, que había concluido su trabajo, aprovechó la oportunidad para escapar, escurriéndose por la puerta entreabierta, con los quince sueldos que Rosa acababa de ponerle en la mano. Y Buteau, de pie en medio de la habitación, se mantuvo inmóvil, encerrado en ese prudente silencio del labriego, que nunca quiere ser el primero en



hablar. Transcurrieron dos minutos. El padre se vió obligado á abordar el asunto.

—De modo que al fin te decides..... no está mal.... después de diez días de estarte haciendo esperar.....

El otro tardó en hablar, y al fin contestó:

—Cuando no se puede, no se puede. Cada cual sabe lo que se pesca.

—Es posible; pero por esa cuenta, si eso durase, mientras tú comerías bien, nosotros nos moriríamos de hambre..... Tú has firmado y debes pagar con escrupulosa puntualidad.

Al ver que su padre se enfadaba, Buteau se echó á reír.

—Vamos, pues si llego tarde, me volveré á marchar, y en paz. No creáis que pagar es cosa agradable, y por eso sé yo de alguno que no paga nunca.

Esta alusión á Jesucristo puso con cuidado á Rosa, que sin atreverse á intervenir, sólo se permitió tirar de la blusa á su marido que estaba furioso, y el cual se calmó en efecto.

—¡Bueno, bueno! vengan tus cincuenta francos, que aquí tengo el recibo preparado.

Buteau, sin apresurarse, se metió la mano en el bolsillo. Había mirado á la Grande con cierto aire que demostraba que la presencia de su tía lo contrariaba. La vieja soltaba la media que estaba haciendo y miraba con fijeza, esperando á ver salir el dinero. El padre y la madre también se habían aproximado y no perdían de vista la mano del muchacho.

Y bajo las miradas de aquellos tres pares de ojos desmesuradamente abiertos, se resignó á sacar una primera moneda de cien sueldos,

—Una—dijo, poniéndola sobre la mesa.

Las otras salieron cada cual más lentamente que la anterior. Buteau seguía contándolas en voz alta y cada vez más débil. Después de la quinta se detuvo y necesitó hacer grandes esfuerzos para encontrar otra; luego gritó con voz firme y muy alta:

—¡Y seis!

Los Fouan seguían esperando, pero ya no sacó más.

—¿Cómo seis?—acabó por decir el padre.—Son diez..... ¿Te estás burlando de nosotros? ¡El trimestre pasado cuarenta francos, y éste treinta!

Buteau adoptó en seguida un tono compungido. ¡Ah! todo iba muy mal. El trigo estaba cada vez más barato, las avenas eran muy medianejas. Hasta el caballo lo tenía enfermo, y había tenido que llamar dos veces al Sr. Patoir. En fin, aquello era una ruina, y se tiraba de una oreja sin poder alcanzarse la otra.

—Eso no me importa—repetía el viejo furioso.

—Da los cincuenta francos, ó te llevo á los tribunales.

Pero se calmó con la idea de no recibir las seis monedas más que en calidad de adelanto á cuenta, y habló de rehacer el recibo.

—De modo que me darás los veinte francos la semana que viene, y lo diremos así en el recibo.

Pero ya con mano pronta Buteau había recogido el dinero de encima de la mesa.

—¡No, no; nada de eso!..... Quiero estar liquidado. Dejad el recibo, ó me voy..... ¡Toma! no valdría la pena de sacrificarme, para seguir debiéndonos también!

Y aquello fué terrible; el padre y el hijo se obstinaron, repitiendo incesantemente las mismas palabras, uno exasperado por no recibir el dinero en seguida, el otro apretándole los puños para no dar el dinero sino á toma y daca con el recibo. Por segunda vez la madre tuvo que tirar á su marido de la blusa, y de nuevo cedió.

—¡Toma, maldito ladrón! ¡Ahí está el papell! Debería hacértelo tragar.... Trae el dinero.

Verificóse el canje con todas las precauciones, y cuando esto estuvo hecho, Butean se echó á reír. Se fué alegre y satisfecho, dando las buenas tardes á los presentes. Fouan se había sentado junto á la mesa con aire abatido y cansado. Entonces la Grande, antes de empezar de nuevo á hacer media, se encogió de hombros y le lanzó al rostro estos epitetos:

—¡Animal, mala bestia!

Hubo un momento de silencio; la puerta volvió á ser abierta y apareció Jesucristo. Había sabido por la Trouille que su hermano iba á pagar aquella tarde, y se estuvo esperando su salida para entrar él. La expresión de su semblante era dulce, aunque llevaba impreso un resto de la borrachera del día anterior. Desde el dintel de la puerta sus miradas se dirigieron á las monedas de cien sueldos que Fouan había tenido la imprudencia de volver á colocar encima de la mesa.

—¡Ah! ¡es Jacinto!—exclamó Rosa, muy contenta de verlo.

—Sí, soy yo.... Salud á todos.

Y avanzó sin apartar la vista de las blancas monedas que brillaban como cristal á la luz de la vela. El padre, que había vuelto la cabeza, siguió

su mirada, vió el dinero y se sobresaltó. Rápidamente colocó un plato encima de él para ocultarlo. ¡Era demasiado tarde!

—¡Animal, bestia!—pensó el viejo irritado contra sí mismo por su inadvertencia. La Grande tiene razón.

Luego dijo en voz alta y tono brutal:

—Haces bien en venir á pagarnos, porque tan cierto como que esta luz nos está alumbrando, iba á enviarte el alguacil mañana por la mañana.

—Sí, ya me lo dijo la Trouille—gimió Jesucristo con tono humilde,—y he venido precisamente porque quería deciros que no podéis desear mi muerte, ¿no es verdad?.... ¡Dios mío, pagar! ¡Pagar, con qué? Venid á verlo vos mismo, y os convenceréis de que tengo razón. Yo no tengo ni sábanas en la cama, ni muebles, ni nada.... y además estoy enfermo.

Un gruñido de incredulidad lo interrumpió. Él siguió hablando sin hacer caso.

—Tal vez no lo parezca; pero os aseguro que tengo algo muy malo por dentro. Toso, y creo que voy á morirme.... ¡Siquiera tuviera uno caldo! Pero cuando ni eso se tiene, se revienta y se acabó.... Claro está que os pagaría si tuviese dinero. Decidme dónde hay para que os dé y para que empiece yo por encender lumbre en mi casa. ¡Hace quince días que no he visto la carne! ¡Palabra de honor!

Rosa comenzaba á conmoverse, mientras su marido se enfadaba cada vez más.

—¡Te lo has bebido todo, haragán, tunante! ¡Qué culpa tengo yo! ¡Peor para tí! ¡Tierras hermosísimas que eran de nuestra familia desde tiem-

po inmemorial, las has hipotecado! ¡Si; hace meses que tú y la puta de tu hija os estáis dando la gran vida, y si ya se os ha concluido todo, revienta!

Jesucristo ya no vaciló y comenzó á sollozar.

—Eso que decís no lo dice ningún padre. Es menester ser muy desnaturalizado para renegar de un hijo..... Yo tengo buen corazón y eso me perderá..... ¡Encima de no tener dinero!..... Y cuando un padre lo tiene, ¡le niega una limosna á un hijo!..... ¡Iré á mendigar á otra parte!

Y á cada frase entrecortada por el llanto miraba de reojo al plato que ocultaba el dinero. Luego, fingiendo que se ahogaba, no hizo más que dar lamentos como hombre que ya no puede resistir más.

Rosa, trastornada, convencida por las lágrimas y sollozos, cruzó las manos para suplicar á Fouan.

—Vamos, marido.....

Pero éste se defendía, negándose aún.

—No—dijo;—se ríe de nosotros..... ¿Quieres callarte, animal? ¿Tiene sentido común eso de llorar así? Van á venir los vecinos y nos van á poner enfermos.

Esto no hizo más que redoblar los gritos del borracho, que chilló:

—No lo he dicho todo. El alguacil va mañana á mi casa para embargar. Si, por un recibo que le firmé á Lambourdiou..... Soy un canalla que os deshonoré, y es preciso que esto acabe. ¡Ah, canalla! Lo que merezco es tirarme al Aigre y ahogarme..... ¡Si siquiera tuviese treinta francos!.....

Fouan, aterrado, vencido por aquella escena, se estremeció al oír eso de los treinta francos. Se-

paró el plato. ¿A qué tenerlo allí, si el muy pillo los veía y los contaba de todos modos?

—Lo quieres todo, Dios mío. ¿Es esto razonable? ¡Toma! nos matas sin remedio; llévate la mitad y véte; ¡que no te volvamos á ver!

Jesucristo, curado de repente, pareció consultar consigo mismo, y luego declaró:

—Quince francos no, porque es muy poco y no me saca del apuro..... Dadme veinte y os dejo.

Luego, cuando tuvo en su mano las cuatro monedas de cien sueldos, los alegró á todos contándoles lo que le había hecho á Becú por reirse de él; colar unas cuerdas tan disimuladamente á la orilla del Aigre, que el bueno del guarda tropezó con ellas y se cayó al río. Por fin se fué después de haberse bebido un vaso del vinejo de Delhomme, al cual trató de canalla por su atrevimiento de darle á su padre aquella droga infernal.

—De todos modos, es muy bueno y simpático—dijo Rosa cuando hubo cerrado la puerta.

La Grande se había puesto de pie, recogiendo su media y disponiéndose á marchar. Miró á su cuñada, luego á su hermano, y por fin salió después de haberles gritado, con voz que delataba la cólera, que había estado conteniendo largo rato:

—¡Ni un céntimo, animales! ¡No me pidáis jamás ni un céntimo! ¡Jamás, jamás!

En la calle se encontró á Buteau que volvía de casa de Macqueron, asombrado de haber visto entrar allí á Jesucristo con la cara más alegre que unas pascuas y sonando el dinero que llevaba en el bolsillo.

—¡Si; ese grandísimo canalla se lleva tu dinero y hace gárgaras con él riéndose de tí!

Buteau, fuera de sí, llamó con los dos puños á la puerta de los Fouan. Si no le hubiesen abierto, habría echado la puerta abajo. Los dos viejos estaban acostándose; la madre se había quitado la cofia y el vestido y se hallaba en enaguas con el escaso cabello gris caído á la cara. Y cuando se decidieron á abrir, su hijo cayó entre ellos como una avalancha, gritando con voz rabiosa:

—¡Mi dinero! ¡mi dinero!

Los dos tuvieron miedo, se separaron aturdidos sin saber qué era aquello.

—¿Creéis que yo reviento trabajando para el tumbón de mi hermano? ¿No hace nada y voy yo á mantenerle sus vicios?.... ¡Ah, no! ¡ah, no!

Fouan quiso negar, pero el otro le interrumpió brutalmente.

—¡Eh! ¿qué? ¿vais á mentir ahora?.... Os digo que tiene mi dinero, que lo he oído yo sonar en el bolsillo de ese granuja. ¡El dinero que tanto sudor me ha costado ganar, se lo va á beber él!.... Y si no es verdad, á ver, enseñádmelo. Sí; si aun lo tenéis, enseñadme las monedas.... Yo las conozco, sé cuáles son.... Enseñadme las monedas....

É insistió con terquedad, repitiendo veinte veces la misma frase, como si con ella pudiera mantener viva su cólera. Llegó á dar furiosos puñetazos encima de la mesa, exigiendo que le enseñasen las monedas, diciendo que ya no las quería, pero que era preciso que las viese. Luego, al ver que los viejos temblando balbuceaban de miedo, estalló de nuevo en injurias.

—¡Es claro que no podéis enseñármelas, porque las tiene él!.... ¡El diablo me lleve si vuelvo á traeros un céntimo! Por vosotros al fin y al cabo

puede pasar que uno se sangre; pero por mantener los vicios de ese granuja.... ¡ah! preferiría quedarme manco.

Al fin el padre acabó por enfadarse también.

—¡Vaya, vaya, basta! Esto no se puede sufrir. ¿Qué te importa á tí lo que nosotros hagamos? Ese dinero que tú me traes es mío y muy mío, y puedo hacer con él lo que me dé la real gana.

—¿Qué estáis diciendo?—replicó Buteau furioso, acercándose á él, pálido y con los puños apretados.—Queréis que yo lo suelte todo.... Pues sabed que me parece una cochinería que le saquéis los cuartos á vuestros hijos cuando estamos convencidos de que tenéis de sobra para vivir sin necesidad de eso.... ¡Oh! Ya podéis negar cuanto os dé la gana; estoy seguro de que tenéis una hucha escondida en alguna parte.

El viejo, sorprendido, se enfurecía y tartamudeaba, juntando las manos con desesperación, hablando en voz entrecortada, furioso al ver que había perdido la autoridad que tenía en otro tiempo para echarlo de allí.

—¡Mientes, mientes!—gritó;—no tengo ni un ochavo. ¡A ver! ¡fuera de aquí! ¡véte!

—¡Ah! ¡si yo lo buscara!—repetía Buteau, que ya había empezado á abrir los cajones y á golpear las paredes.

Entonces Rosa, aterrada, temerosa de que hubiese una riña entre el padre y el hijo, se colgó de un hombro de este último, murmurando:

—Desgraciado, ¿quieres matarnos?

Bruscamente el hijo se volvió hacia ella, la cogió por las muñecas y le gritó furioso sin reparar en su blanca cabeza abatida y gastada:

—¡Vuestra, vuestra es la culpa de todo! ¡Vos habéis dado el dinero á Jacinto. ¡A mí no me habéis querido nunca, pícara vieja!

Y la dió un empujón tan violento, que la infeliz, desfalleciente, fué á caer sentada en el suelo. Había dado un sordo quejido. El la miró un momento con los ojos fuera de las órbitas, y luego, con ademanes de loco, se marchó, dando un portazo tremendo y blasfemando.

Al día siguiente Rosa no pudo levantarse de la cama. Llamaron al doctor Finet, que fué tres veces sin conseguir aliviarla. A la tercera visita la encontró en la agonía; llamó aparte á Fouan y le rogó como un favor especial que le dejase extender la certificación de muerte, para evitarse un nuevo viaje, cosa que solía hacer cuando se trataba de gente que vivía muy lejos de su casa. Esto no obstante, duró todavía treinta y seis horas más. Él á las preguntas de todos había contestado que eran los años los que la mataban, que había trabajado mucho y que estaba gastadísima. Pero en Rognes, donde todos sabían la historia, se dijo que había sido un ataque á la cabeza. Hubo mucha gente en el entierro, y Buteau y el resto de la familia se portaron muy bien.

Y cuando hubieron tapado aquel agujero en el cementerio, Fouan se volvió solo á la casa donde habían vivido y sufrido juntos durante cincuenta años. Comió de pie un poco de pan y queso. Luego vagó por las habitaciones y por el jardín desiertos, sin saber cómo matar el tiempo ni su pena. Ya no tenía nada que hacer y se fué á la colina, para contemplar desde allí sus antiguas tierras y ver si crecía el trigo.

## III.

Durante un año entero Fouan vivió así silencioso y solo en aquella casa que parecía abandonada. Sin cesar se le encontraba de pie, yendo y viniendo de una parte á otra, tembloroso y triste, sin hacer nada. Permanecía las horas enteras delante de los pesebres del establo; volvía á pararse á la puerta de la granja, y á menudo pasaba otras cuantas horas allí, como si lo hubieran clavado en el suelo. El jardín lo ocupaba á ratos; pero cada vez se inclinaba más y más hacia la tierra, como si oyese que la tierra le llamaba, y más de una vez le habían encontrado sin sentido y boca abajo en el suelo.

Desde el día en que le dieron los veinte francos á Jesucristo, sólo Delhomme pagaba la renta, pues Buteau se empeñaba en no devolver ni un céntimo más, declarando que prefería ir á los tribunales á ver que su dinero iba á parar al bolsillo del canalla de su hermano. Este último, en efecto, arrancaba aún de vez en cuando una limosna forzada á su padre, á quien enternecían sus lágrimas y lamentaciones.

Entonces fué cuando Delhomme, conmovido ante aquel creciente martirio del pobre viejo, achacoso, débil, explotado, enfermo y solitario, pensó en llevarse consigo. ¿Por qué no había de vender la casa y marcharse á vivir con su hija? Él no carecería de nada y ellos no tendrían que devolver dinero alguno. Al día siguiente, Buteau, que supo

—¡Vuestra, vuestra es la culpa de todo! ¡Vos habéis dado el dinero á Jacinto. ¡A mí no me habéis querido nunca, pícara vieja!

Y la dió un empujón tan violento, que la infeliz, desfalleciente, fué á caer sentada en el suelo. Había dado un sordo quejido. El la miró un momento con los ojos fuera de las órbitas, y luego, con ademanes de loco, se marchó, dando un portazo tremendo y blasfemando.

Al día siguiente Rosa no pudo levantarse de la cama. Llamaron al doctor Finet, que fué tres veces sin conseguir aliviarla. A la tercera visita la encontró en la agonía; llamó aparte á Fouan y le rogó como un favor especial que le dejase extender la certificación de muerte, para evitarse un nuevo viaje, cosa que solía hacer cuando se trataba de gente que vivía muy lejos de su casa. Esto no obstante, duró todavía treinta y seis horas más. Él á las preguntas de todos había contestado que eran los años los que la mataban, que había trabajado mucho y que estaba gastadísima. Pero en Rognes, donde todos sabían la historia, se dijo que había sido un ataque á la cabeza. Hubo mucha gente en el entierro, y Buteau y el resto de la familia se portaron muy bien.

Y cuando hubieron tapado aquel agujero en el cementerio, Fouan se volvió solo á la casa donde habían vivido y sufrido juntos durante cincuenta años. Comió de pie un poco de pan y queso. Luego vagó por las habitaciones y por el jardín desiertos, sin saber cómo matar el tiempo ni su pena. Ya no tenía nada que hacer y se fué á la colina, para contemplar desde allí sus antiguas tierras y ver si crecía el trigo.

## III.

Durante un año entero Fouan vivió así silencioso y solo en aquella casa que parecía abandonada. Sin cesar se le encontraba de pie, yendo y viniendo de una parte á otra, tembloroso y triste, sin hacer nada. Permanecía las horas enteras delante de los pesebres del establo; volvía á pararse á la puerta de la granja, y á menudo pasaba otras cuantas horas allí, como si lo hubieran clavado en el suelo. El jardín lo ocupaba á ratos; pero cada vez se inclinaba más y más hacia la tierra, como si oyese que la tierra le llamaba, y más de una vez le habían encontrado sin sentido y boca abajo en el suelo.

Desde el día en que le dieron los veinte francos á Jesucristo, sólo Delhomme pagaba la renta, pues Buteau se empeñaba en no devolver ni un céntimo más, declarando que prefería ir á los tribunales á ver que su dinero iba á parar al bolsillo del canalla de su hermano. Este último, en efecto, arrancaba aún de vez en cuando una limosna forzada á su padre, á quien enternecían sus lágrimas y lamentaciones.

Entonces fué cuando Delhomme, conmovido ante aquel creciente martirio del pobre viejo, achacoso, débil, explotado, enfermo y solitario, pensó en llevarse consigo. ¿Por qué no había de vender la casa y marcharse á vivir con su hija? Él no carecería de nada y ellos no tendrían que devolver dinero alguno. Al día siguiente, Buteau, que supo

aquel ofrecimiento, acudió á su casa é hizo también lo mismo, invocando todos sus deberes y sus derechos de hijo. Dinero para que lo tirase, no; pero desde el momento en que se trataba de que su padre no viviese solo, podía el viejo ir á su casa, y comer y dormir y vivir tranquilo, porque nada había de faltarle. En el fondo, la verdad era que pensó que su hermana quería llevarse al anciano con el propósito de apoderarse del dinero que tuviese escondido, por más que hasta él mismo comenzaba á desconfiar de la existencia de aquellos ahorros que había buscado por todas partes. Y estaba muy interesado en el asunto, y ofrecía su casa por puro orgullo, esperando que su padre la rehusase y exasperándose á la idea de que acaso aceptara la hospitalidad de su cuñado y de su hermana. La verdad es que Fouan mostró gran repugnancia para aceptar cualquiera de los dos ofrecimientos. ¡No, no! mejor era un pedazo de pan seco en su casa, que carne en la de los otros: lo que comiera le sabría menos amargo. Allí había vivido y allí moriría.

Así fueron las cosas hasta mediados de Julio, hasta el día de San Enrique, que era la fiesta del patrón de Rognes. Un barracón con un toldo de tela, para dar un baile, solía ser instalado todos los años á orillas del Aigre; había además en la carretera, enfrente del Ayuntamiento, tres barracas, un tiro al blanco, un bazar ambulante donde se vendía de todo, desde zapatos hasta sombreros y cintas, un Tío-Vivo y una lotería en la cual eran los premios dulces y buñuelos. Aquel día el señor Bailléhaché, que estaba convidado á almorzar en la Borderie, se detuvo un rato en casa de Delhom-

me, el cual le rogó que le acompañase á casa de Fouan, á ver si lo convencía. Desde la muerte de Rosa, el notario aconsejaba continuamente al anciano que vendiera la casa y se retirase á vivir con su hija tranquilamente y sin cuidados. La casa suya valía muy bien tres mil francos, y hasta se ofrecía á conservar el dinero é irle dando lo que rentase en pequeñas cantidades á medida que las necesitase.

Encontraron al viejo como de costumbre paseando y sin hacer nada, hecho un pobre idiota.

Aquella mañana sus descarnadas manos estaban más temblorosas que de costumbre, porque el día antes había tenido que sufrir un ataque rudo con Jesucristo, que para sacarle veinte francos para divertirse en la fiesta del pueblo había representado una comedia, berreando y llorando como un loco, arrastrándose por el suelo, amenazándole con matarle con una navaja que exprofeso llevaba en el bolsillo. Y él le había dado los veinte francos, según confesó el infeliz notario con tono angustioso.

—¡Decidme si haríais vos otra cosa! Porque yo ya no puedo más.

Entonces el señor Bailléhaché aprovechó la coyuntura.

—Precisamente venía á hablaros de eso. Esto no se puede resistir, y os va á costar el pellejo. A vuestra edad es una imprudencia vivir solo, y si no queréis que se os coman por los pies, debéis oír los consejos de vuestra hija, venderlo todo é ir á vivir con ella.

—¡Ah! ¿es ese vuestro consejo también?—murmuró Fouan, dirigiendo una mirada de reojo á

Delhomme, que permanecía callado, haciendo como que no se mezclaba en nada. Pero cuando observó aquella mirada de desconfianza, ya habló.

—Ya sabéis, padre, que yo no digo nada, porque tal vez creáis que tengo algún interés en que viváis con nosotros.... ¡Diablo, no! para nosotros era un desarreglo.... Pero claro está que me fastidia y me enfada veros tan mal arreglado, cuando viviendo con nosotros podíais vivir tan ricamente.

—Bueno, bueno—replicó el viejo;—es menester pensarlo bien y despacio.... Cuando me decida, ya lo diré.

Y ni el notario ni su yerno lograron arrancarle una palabra más. Se quejaba de que no le dejasen en paz; su autoridad moribunda se refugiaba en esa obstinación de los viejos, que se empeñan muchas veces en cosas que no les convienen.

Apartesu vago terror á la idea de encontrarse sin casa, ya que tanto sufría viéndose sin tierras, se empeñaba en decir que no, por lo mismo que todos se obstinan en que dijese que sí. ¡Aquellos malditos algo irían ganando cuando tanto lo deseaban! Diría que sí cuando le diese la gana.

El día antes Jesucristo, que estaba loco de contento y que había tenido la debilidad de enseñar á la Trouille las cuatro monedas de cien sueldos, no había podido dormirse más que con ellas en la mano; porque la última vez la chicuela le había escondido una en el jergón, aprovechando la circunstancia de que estaba borracho para tratar de convencerle de que la había perdido. Al despertar tuvo un gran susto porque durmiendo se le habían escapado las monedas de la mano; pero se las encontró debajo de las nalgas, muy calientes y esto le

dió una alegría enorme, escupiendo ya á la idea de gastárselas en casa de Lengaigne: ¡el día de la fiesta del pueblo, era un cochino el que volvía á su casa con dinero! En vano anduvo sondeándolo la Trouille toda la mañana para lograr que le diese una moneda, siquiera una, aunque fuera muy pequeña, decía ella. Jesucristo la rechazaba y ni siquiera le agradeció una rica tortilla de huevos frescos que le hizo, á ver si lograba conquistarlo. ¡No, no! no bastaba que quisiera mucho á su padre, porque el dinero se había hecho para los hombres. Entonces ella se vistió, se puso su traje de percal azul, un regalo de los buenos tiempos de su padre, y salió de su casa diciendo que también ella iba á divertirse. Y cuando se hallaba á veinte metros de la puerta, se volvió para gritar:

—¡Padre, padre, mira!

Y con la mano en alto, enseñaba en la punta de sus delgados dedos una hermosa moneda de cien sueldos que brillaba al sol.

Creó que le había robado, y se registró, poniéndose muy pálido. Pero tenía en el bolsillo los veinte francos justos, y por lo visto la bribona había comerciado con sus gansos. El ardid le pareció gracioso, y disimulando una sonrisa de padre cariñoso, la dejó escapar.

Jesucristo no era severo más que en un punto: la moral. Así es que media hora después estaba furiosísimo. Salía de casa, iba á cerrar su puerta, cuando un campesino, vestido con el traje de los domingos, que pasaba por allí, le gritó:

—¡Eh, Jesucristo!

—¿Qué?

—Tu hija está ahí boca arriba.



—¿Y qué?

—Y que tiene un hombre encima.

—¿Dónde?

—Allí, en el foso, al otro lado de la huerta de Guillermo.

Entonces levantó las dos manos al cielo muy furiosamente.

—¡Bueno, gracias, voy por el látigo!.... ¡Ah mala pécora que me deshonra!

Volvió á entrar en su casa para descolgar de detrás de la puerta, á la izquierda, un látigo, del cual se servía en esas ocasiones; y se fué con la tralla en la mano, agachándose detrás de la maleza como si fuera cazando, con objeto de caer sobre los enamorados sin que éstos pudieran verlo.

Pero cuando desembocó á la vuelta de la calle, Ernesto, que estaba en acecho desde lo alto de un montón de piedras, lo vió. Era Delfín el que estaba sobre la Trouille, y cada cual á su vez hacía centinela mientras el otro se divertía.

—¡Alberto!—gritó Ernesto—ahí está Jesucristo.

Había visto el látigo, y escapó como una liebre á través de los campos.

De una sacudida se quitó de encima la Trouille á Delfín. ¡Vaya una suerte! ¡su padre! Tuvo, sin embargo, serenidad bastante para dar al chicuelo la moneda de cien suéldos.

—¡Toma! ocúltala en tu camisa; ya me la devolverás.... ¡Pronto, mueve los pies!

Jesucristo llegaba como un huracán, estremeciendo la tierra con sus pasos y chascando su látigo.

—¡Ah cochina! ahora verás.

En su rabia, cuando reconoció al hijo del guarda de campo, dióle un latigazo que no le alcanzó, mientras que el chicuelo, con los calzones aun sin abrochar, corría á cuatro patas por entre las rocas. Ella, con las ropas por alto y el vientre todavía al aire, no podía negar. De un latigazo que le ciñó las caderas la puso en pié y la echó fuera del foso. Y comenzó la caza.

—¡Toma, hija de puta! Á ver si esto te gusta!

La Trouille, sin decir una palabra, habituada á aquellas carreras, saltaba como una cabra. La táctica ordinaria de su padre era llevarla de aquel modo hasta la casa, donde la encerraba. Por eso trataba ella de escapar hacia la llanura, esperando cansarle. Pero aquella vez le salieron mal las cuentas á consecuencia de un encuentro. Hacía un momento que el señor Carlos y Elodia, á la cual llevaba á la fiesta, estaban allí plantados en medio del camino. Lo habían visto todo; la pequeña con los ojos desencajados de inocente estupefacción; él rojo de vergüenza, lleno de indignación burguesa. Y fué lo peor que aquella desvergonzada Trouille, al reconocerlos, quiso acogerse á su protección. Rechazóla; pero el látigo llegaba, y para escapar á él se puso á dar vueltas alrededor de su tío y de su prima, mientras que su padre juraba más alto, reprochándole su conducta en términos crudos, dando también vueltas y restallando el látigo con toda la fuerza de su brazo. El señor Carlos, aprisionado en aquel abominable círculo, y aturdido, tuvo que resignarse á tapar la cabeza de Elodia con su levita para que no viera ni oyera. Y perdió la cabeza hasta el punto de tornarse también grosero.

—¡Pero queréis dejarnos, perdidos! ¿Quién me habrá metido entre esta gentuza de familia, en este burdel de país?

Descubierta la Trouille, sintió que estaba perdida. Un latigazo la hizo dar vueltas como un trompo; otro la cogió la cabeza, arrancándola un mechón de cabellos. Desde entonces, traída al buen camino, no tuvo más idea que entrar en su cueva lo más pronto posible. Saltó setos, franqueó fosos, atajó á través de las viñas, sin temor á matarse. Pero sus pierrecillas no podían luchar; los golpes llovían siempre sobre sus hombros, sobre sus caderas todavía palpitantes á consecuencia del placer prohibido, sobre todo aquel cuerpo de muchacha precoz, que se burlaba por otra parte y que acababa por encontrar gracioso aquel castigo tan fuerte. Riendo, con una risa nerviosa, entró de un salto, yendo á refugiarse en un rincón donde no podía alcanzarla el látigo.

—Dame los cien sueldos—dijo su padre.—Eso para castigarte.

Ella juró que los había perdido en la carrera. Pero él, no creyéndola, la registró, y como no encontrase nada, se enfureció de nuevo.

—¡Necia! los has dado á tu galán.... ¡Pero qué bestia! ¡Les proporciona el placer y encima les paga!

Y se marchó fuera de sí, encerrándola y gritándola que estaría sola hasta el día siguiente, porque él no contaba volver.

La Trouille, así que él salió, se examinó el cuerpo, señalado sólo con dos ó tres cardenales, y se volvió á peinar y á componerse. En seguida, tranquilamente forzó la cerradura, trabajo que hacía con suma destreza, y escapó sin tomarse el tra-

bajo de cerrar la puerta; ¡buen chasco se llevarían los ladrones si entraban! Sabía dónde encontrar á Ernesto y á Delfin: en un bosquecillo á orillas del Aigre. En efecto, allí la esperaban, y entonces tocó el turno á su primo Ernesto. Él tenía tres francos y el otro seis sueldos. La Trouille, que se había hecho devolver su moneda, decidió que lo gastarían todo como buenos hermanos. Volvieron á la fiesta y compraron macarrones, después de haberse comprado ella un lazo rojo que se puso en la cabeza.

Al llegar Jesucristo á casa de Lengaigne, encontró á Becú y lo apostrofó violentamente:

—Oye, ¿es así como ejerces tu vigilancia?.... ¿Sabes dónde he encontrado al cochino de tu hijo?

—¿Dónde?

—Encima de mi hija.... ¡Voy á escribir al prefecto para que te deje cesante, padre de cochino; cochino tú mismo!

Becú se incomodó.

—¡Tu hija! siempre está con las piernas al aire.... Ella es la que ha pervertido á Delfin.... Yo sí que voy á hacer que la agarren los gendarmes....

—¡Atrévete, bandido!

Los dos hombres se comían con los ojos, pero de pronto se calmó su furor.

—Entremos á beber una copa y hablaremos—dijo Jesucristo.

—No tengo un cuarto—contestó Becú.

Entonces el otro muy alegre sacó una moneda de cinco francos, la hizo saltar y se la colocó en un ojo.

—¡Hein! ¡vamos á cambiarla aquí, tío Ale-

gría!..... ¡Entra, tripa vieja! Ahora me toca á mí; bastantes veces pagas tú.

Y entraron en casa de Lengaigne bromeando y dándose golpecitos muy afectuosos. Aquel año Lengaigne había tenido una idea: como el dueño del baile de la feria no había querido instalar su barraca, porque el año anterior no había sacado ni los gastos, el tabernero se había decidido á instalar un baile en su huerta, contigua á la taberna, y cuya puerta daba al camino: las dos salas se comunicaban. Y aquella idea le atraía la concurrencia de todo el pueblo, haciendo rabiar á su rival Macqueron, que no veía entrar en su casa á nadie.

—¡Dos litros en seguida; uno para cada uno!— gritó Jesucristo.

Pero cuando les servía Flora, radiante de alegría al mirar tanta gente, apercibióse de que había interrumpido la lectura de una carta que Lengaigne declamaba en medio de un grupo de campesinos. Preguntado, contestó dándose importancia, que aquella carta era de su hijo Víctor, escrita desde el regimiento.

—¡Ah! ¡ah! ¡el tunante!—dijo Becú con interés. —¿Y qué cuenta? Comienza otra vez.

Lengaigne volvió á comenzar su lectura.

—«Mis queridos padres, ésta se dirige para decir que estoy en Lilla, en Flandes, hace un mes menos siete días. El país no es malo, pero el vino está caro: á diez y seis el litro.....»

Y la carta, á pesar de sus cuatro carillas, apenas decía más. El mismo detalle se repetía hasta el infinito. Por lo demás, todos hacían grandes exclamaciones sobre el precio del vino: ¡vaya unos

países! Al final, y entre frases cariñosas, pedía doce francos para reemplazar unos zapatos perdidos.

—¡Ah, ah! ¡el tunante!—repitió el guarda de campo.—¡He ahí todo un hombre, voto á.....!

Después de los dos litros, Jesucristo pidió otros dos de vino seco de veinte sueldos; pagaba cada vez para asombrar sonando el dinero en la mesa y revolucionando la taberna; y cuando se hubieron bebido la primera moneda de cinco francos, sacó otra, poniéndola también en el ojo, gritando que cuando se acabase había más todavía. Toda la tarde transcurrió de aquel modo, entre el oleaje de los bebedores que entraban y salían, en medio de la borrachera creciente. Todos, tan prudentes durante la semana, gritaban y daban puñetazos disputando violentamente. Uno tuvo la idea de hacerse afeitar, y Lengaigne en seguida le desolló la piel tan rudamente, que se oía el ruido de la navaja como si hubieran desollado á un cerdo. Ocupó luego otro el sitio, y aquello fué un escándalo. Y las lenguas seguían moviéndose á costa de Macqueron que no se atrevía á salir. No tenía la culpa aquel teniente de alcalde fracasado, si el baile no se había establecido. Con seguridad que más le gustaba votar caminos para hacerse pagar en tres veces su valor los terrenos que cedía. Aquella alusión levantó una tempestad de risas. La gorda Flora, que aquel día debía quedar triunfante, corría á la puerta á pesar del despacho, mostrando una alegría insultante cada vez que veía pasar á través de los cristales de enfrente el verdoso rostro de Celina.

—¡Cigarros, señora Lengaigne!—dijo Jesucristo

con voz tonante.—¡De los buenos! ¡de diez céntimos!

Cuando había ya cerrado la noche y encendían las luces, entró la mujer de Becú á buscar á su marido. Pero se había enredado una partida de juego.

—¿Vienes?—le dijo.—Son más de las ocho, y hay que comer.

Su marido la miró fijamente, y con aire majestuoso de borracho contestó:

—¡Véte al cuerno!

Entonces Jesucristo, rebosando una inmensa alegría, gritó:

—Señora Becú, yo os convido.... Vamos á darnos un atracón los tres.... ¿Oís, señora Lengaigne? traed lo mejor que tengáis, jamón, conejo, postres.... Y no tengáis cuidado.... ¡Mirad!

Y comenzó á registrarse los bolsillos, de los que sacó una tercera moneda que enseñó.

—¡Cucú! ¡ah! ¡vedla!

Todos se echaron á reír. ¡Qué gracioso era aquel Jesucristo!

—Oid, señora Becú—dijo con trabajo,—si su marido quiere, dormiremos juntos.... ¿Qué os parece?

Ella iba muy sucia, porque decía que no pensaba ir á la fiesta, y se reía mientras que Jesucristo la tentaba las pantorrillas por debajo de la mesa. El marido, borracho perdido, bromeaba diciendo que la muy puta no tenía bastante con los dos.

A las diez comenzó el baile. Por la puerta de comunicación veíase flamear las cuatro lámparas colgadas de alambres. Clou, el veterinario, estaba allí con su trombón, acompañado de un muchacho

que tocaba el violín. La entrada era libre y se pagaba dos sueldos por cada baile. El piso acababa de ser regado para que no se levantara polvo. Cuando los instrumentos callaban, oíanse los tiros que sonaban fuera secos y regulares. Y el camino, tan sombrío de ordinario, estaba iluminado por las luces de otras dos barracas.

—¡Calle! ¡la putuela!—exclamó Jesucristo.

Era la Trouille, que entraba en el baile seguida de Ernesto y de Delfín; su padre no parecía sorprenderse de verla allí á pesar de haberla encerrado. Además del lazo rojo que lucía en su cabeza, llevaba al cuello un collar de corales falsos que parecían gotas de sangre sobre su piel morena. Los tres, de tanto picar en todos los puestos, estaban amagados de una indigestión de dulces; Delfín, en blusa, llevaba la cabeza desnuda, una cabeza redonda é inculta de salvajillo. Ernesto, al contrario, atormentado ya por aspiraciones de elegancia burguesa, llevaba un terno comprado en casa de Lambourdien y un sombrero hongo.

—¡Putuela!—llamó Jesucristo.—¡Putuela! ven á probar esto, que es de lo bueno.

Y la hizo beber en su vaso, mientras que la Becú preguntaba severamente á su hijo:

—¿Qué has hecho de tu gorra?

—La he perdido.

—¡Perdido!.... Ven, que te voy á abofetear.

Pero intervino Becú, halagado por las truhanerías precoces de su hijo.

—¡Déjale!.... ¿Conque os divertís juntos, tunantes?.... ¡Los cochinos!

—Idos á jugar—dijo paternalmente Jesucristo,—y tened juicio.

—Están sucios como unos cerdos—murmuró Ernesto con disgusto, volviendo al baile.

La Trouille se echó á reír.

Animábase el baile, y no se oía más que al trombón acompañando al violín.

La tierra, removida y muy rociada, se ponía fangosa bajo los pesados zapatos; y bien pronto, de todas partes y de las blusas y de los corpiños empapados en sudor, desprendíase un fuerte olor nauseabundo, aumentado por el tufo de las lámparas.

Entre dos cuadrillas produjo emoción una entrada, la de Berta, la hija de los Macqueron, vestida lo mismo que las hijas del recaudador de Cloyes el día de San Lubin. ¿Cómo? ¿La habían permitido venir sus padres, ó es que se había escapado? Notóse que bailaba siempre con un mozo que su padre le había prohibido ver por odios de familia.

Se comenzó á murmurar: á lo que parecía, no le gustaba destruirse la salud á solas.

Hacia un instante que Jesucristo, á pesar de estar muy borracho, miraba á Lequeu, que plantado en la puerta de comunicación no quitaba la vista de Berta saltando en brazos de su amante. No pudo contenerse.

—Decid, señor Lequeu, ¿cómo no bailáis con vuestra novia?

—¿Quién es mi novia?—preguntó el maestro de escuela con el rostro verduoso de bilis.

—Aquellos ojos picaruelos que hay allá abajo.

Furioso Lequeu por haber sido adivinado, volvió la espalda y permaneció allí inmóvil en uno de aquellos silencios de hombre superior en que se

encerraba por prudencia ó por desdén. Habiéndose acercado Lengaigne le pinchó Jesucristo. ¿Qué tal las pretensiones de aquel tizna-papeles? ¡Buscaba las muchachas ricas! Y no le importaba que no tuviesen pelos más que en la cabeza, como aquélla. Y aseguraba la cosa como si lo hubiera visto. Esto se decía de Cloyes á Chateaudun. ¡Ni un pelo, palabra de honor! Aquel sitio estaba como la cara de un cura. Asombrados todos de aquel fenómeno, se empinaban para contemplar á Berta, siguiéndola con un ligero gesto de asco.

—Picaro viejo —añadía Jesucristo tuteando á Lengaigne,—á tu hija no le sucede lo mismo.

Este respondió con aire de vanidad:

—¡Ah! seguramente.

Según se decía, Susana estaba ahora en París muy en grande. Él se mostraba discreto, hablando de una buena colocación. Pero seguían entrando campesinos, y uno de ellos pidió noticias de Víctor. Lengaigne sacó de nuevo la carta: «Mis queridos padres: ésta se dirige para decirnos que estamos en Lilla, en Flandes.....» Y le escuchaban gentes que habían oído aquello cinco ó seis veces aquello de ¡diez y seis el litro! Sí, ¡diez y seis sueldos!

—¡Vaya un país!—repitió Becú.

En aquel momento apareció Juan. Fué en seguida á dar un vistazo al baile, como si buscara á alguien. Luego volvió disgustado é inquieto. Hacía dos meses que no se atrevía á hacer tan frecuentes visitas á casa de Buteau, porque advertía que estaba con él frío, casi hostil. Sin duda no había sabido ocultar sus sentimientos por Francisca, aquella amistad creciente que le producía

fiebre ahora, y el compañero se había apercibido. Esto debía disgustarle, porque trastornaba sus cálculos.

— Buenas noches—dijo Juan, acercándose á una mesa donde Fouan y Delhomme bebían una botella de cerveza.

—¿Queréis, Caporal?—ofreció cortésmente Delhomme.

Juan aceptó, y después de haber bebido, dijo:

—Es chocante que no haya venido Buteau.

—Justamente entra ahora—contestó Fouan.

En efecto, Buteau entraba, pero solo, y el rostro de Juan se puso más sombrío. El otro lentamente dió una vuelta por la taberna estrechando manos; luego, al llegar á la mesa de su padre y de su cuñado, se quedó en pie, rehusando sentarse y no queriendo tomar nada.

—¿Elisa y Francisca no bailan?—acabó por preguntar Juan con voz temblorosa.

Buteau le miró fijamente con sus ojillos grises.

—Francisca está acostada, que es lo mejor para las jóvenes.

Pero una escena que se desarrollaba al lado les interrumpió. Era que Jesucristo se peleaba con Flora, que no quería llevarle un litro de ron que le había pedido para hacer un ponche.

—No, ya no más; bastante borracho estás.

—¿Qué? ¿qué es lo que rezas? ¿Es que crees, cochina, que no te voy á pagar? ¿Quieres que te compre tu barraca? ¡Si no tengo más que sonarme!..... ¡Mira!

Había ocultado en su mano la cuarta moneda de cien sueldos, y cogiendo la nariz haciendo como que se sonaba, mostró la moneda.

—¡Mira mis mocos cuando estoy constipado!

Una aclamación conmovió las paredes, y Flora, subyugada, le llevó el litro de ron y azúcar. Aquel perdido de Jesucristo atrajo hacia sí la atención de toda la concurrencia, que le miraba removiéndolo el ponche con los codos en alto, su cara roja iluminada por las llamas que caldeaban más la atmósfera, la opaca niebla de las lámparas y de las pipas. Pero Buteau, á quien la vista del dinero había exasperado, exclamó de repente:

—Gran marrano, ¿no te da vergüenza beberte así el dinero que robas á nuestro padre?

El otro lo tomó á broma.

—¡Ah! ¿qué es eso, pequeño?..... ¿Acaso estás tú en ayunas para decir esas cosas?

—Lo que digo es que eres un borracho que morirás en presidio. Tú eres el que vas á matar á disgustos á nuestra madre.....

El borracho soltó la carcajada.

—¡Eso está bueno!..... ¿Conque soy yo y no tú?.....

—Y añado que tragones como tú no merecen más que paja..... ¡Cuando se piensa que nuestro bien, sí, esta tierra que nuestros viejos nos han dejado con tanta pena, tú la has hipotecado!..... ¡Canalla! ¿qué has hecho de la tierra?

De repente se animó Jesucristo. Su ponche se apagaba, y se irguió en su silla, viendo que todos los bebedores se callaban y escuchaban.

—¡La tierra—gruñó,—la tierra se burla de tí! Tú eres su esclavo, y ella goza tus fuerzas y tu vida, imbécil, y ni siquiera te hace rico!..... Mientras que á mí, que la desprecio, que me cruzo de brazos y que me contento con darle puntapiés, ya

me ves que soy un rentista y que me doy buena vida....

Los campesinos reían, mientras que Buteau, sorprendido por la rudeza del ataque, se contentaba con murmurar:

—¡No sirve para nada el holgazán, y aun se vanagloria de ello!

—La tierra, ¡vaya una papa! —continuó Jesucristo ya disparado. — ¡Verdaderamente que estás aviado!.... ¿Es que existe la tierra? Es tuya, es mía, y no es de nadie. ¿No era de los viejos? ¿Y no ha sido preciso hacerla pedazos para dárnosla? ¿Y tú no la harás pedazos para tus hijos? Entonces, ¿qué? Va y viene, aumenta y disminuye, disminuye sobre todo; te crees un gran señor con tus seis tabullas, cuando el padre tenía diez y nueve.... A mí no me servía de nada tampoco, y me lo he comido todo. Además, yo quiero las posiciones sólidas, y la tierra, ya lo ves, pequeño, cómo se deshace! No quiero fundar nada en ella, porque presiento la catástrofe que nos va á coger á todos.... ¡La bancarota! ¡Todos miserables!

Un silencio de muerte invadía poco á poco la taberna. Nadie reía ya; los rostros inquietos de los campesinos volvíanse hacia aquel demonio que dejaba ver en su borrachera la mezcla confusa de sus opiniones, del guerrillero de Africa, del vago de las ciudades, del político de taberna. Lo que flotaba en todo ello era el hombre de 1848, el comunista humanitario puesto de rodillas ante 1789.

—¡Libertad, igualdad, fraternidad! ¡Hay que volver á la revolución! Se nos ha robado en el reparto; los burgueses lo han tomado todo, y ¡voto

á... ¡se les obligará á devolverlo.... ¡Es que un hombre no vale lo que cualquiera otro? ¡Es que es justo, por ejemplo, que tenga tanta tierra ese canalla de la Borderie, y yo nada?.... Yo quiero mis derechos, quiero mi parte; todo el mundo tendrá su parte.

Becú, muy borracho para defender la autoridad, aprobaba sin comprender. Pero tuvo un relámpago de buen sentido é hizo restricciones.

—Eso sí, eso sí.... Sin embargo, el rey es el rey. Lo que es mío no es tuyo.

Un murmullo de aprobación acogió estas palabras, que eran como la revancha de Buteau.

—No le hagáis caso.

Volvieron á comenzar las risas, y Jesucristo, descompuesto, púsose en pie y agitando los puños exclamó:

—Aguarda á que llegue la gorda.... Ya hablaremos entonces, ¡cobarde....! ¡Galleas ahora porque estás con el alcalde y el teniente y con tu diputado de cuatro sueldos! Le limpias las botas, y eres bastante animal, que él es el más fuerte, y que te ayuda á vender tus cosechas. Pues bien; yo que no tengo nada que vender, os paso por debajo de la pierna á tí, al alcalde, al teniente, al diputado y á los gendarmes.... Mañana llegará la nuestra, y seremos los más fuertes los pobres.... ¡Abajo los propietarios! Les cortaremos el cuello, y la tierra será del que la coja. ¡Ya lo oyes, pequeño! Te cogeré tu tierra y me la pasaré también por debajo de la pierna.

—Ven cuando quieras, y de un tiro te mataré como á un perro,—exclamó Buteau fuera de sí, yéndose y dando un gran portazo.

Antes se había marchado Loqueu, después de haber oído con aire reservado como funcionario que no podía comprometerse.

Fouan y Delhomme, con la nariz metida en su vaso, no decían ni una palabra, avergonzados, comprendiendo que si intervenían, el borracho gritaría más alto.

En las mesas vecinas los campesinos se disgustaban ya. ¡Cómo! ¿sus bienes no eran suyos y se los quitarían? Y murmurando sordamente, iban á caer ya sobre el «comunista» para echarlo á puñetazos, cuando se levantó Juan. No le había quitado la vista, no perdiendo ni una de sus palabras, con el rostro serio, como si pensara en lo que podía haber de razonable en todo aquello.

—Jesucristo — dijo tranquilamente, — hariais bien en callaros..... Todo eso no es para dicho, y si por casualidad tenéis razón, os puede costar caro.

Aquel muchacho tan frío, aquella advertencia tan prudente, calmaron súbitamente á Jesucristo. Volvió á caer en su silla, declarando que después de todo, todo le tenía sin cuidado. Y comenzó otra vez sus bromas, abrazando á la Becú, cuyo marido dormía sobre la mesa, y acabó el ponche bebiendo en la ensaladera. La concurrencia volvió á reír celebrando sus gracias.

El baile continuaba. Clou seguía soplando en su trombón, cuyos trompetazos ahogaban los gemidos del violín. El sudor bañaba los cuerpos, confundíendose su olor con el vapor de las luces. No se veía más que el lazo rojo de la Trouille, que iba de los brazos de Ernesto á los de Delfin, y de éstos á aquéllos. Berta, fiel á su amante, no bailaba más que con éste. En un rincón murmuraban algunos

jóvenes á quienes había desairado: ¡diablo! hacía bien en no soltarlo, porque á pesar de su dinero, no encontraría otro que quisiera casarse con ella.

—¡Vamos á dormir! — dijo Fouan á Juan y á Delhomme.

Ya fuera, cuando Juan se separó de ellos, el viejo andaba en silencio, como rumiando todo lo que acababa de oír; y bruscamente, como si todo aquello le hubiera decidido, se volvió hacia su yerno.

—Voy á vender la casa y me iré á vivir con vosotros. Es cosa resuelta..... ¡Adiós!

Y se dirigió á su casa lentamente. Pero su corazón estaba lleno de pena, y andaba vacilante como si estuviera borracho. Ya no tenía tierras, y bien pronto no tendría casa. Le parecía que las viejas paredes se derrumbaban y que las tejas caían sobre su cabeza. Ya no tenía dónde guarecerse, y erraba por los caminos como un mendigo, día y noche, constantemente; cuando lloviese, la lluvia fría, interminable, caería sobre él.

## IV.

El hermoso sol de Agosto asomaba á las cinco por el horizonte, y la Beauce ofrecía sus mieses maduras bajo un cielo inflamado. Después de las últimas lluvias del estío, la verde superficie, siempre creciente, había tomado tonos amarillos. Era ahora un mar rubio con reflejos de incendio, que parecía un mar cuyas olas de fuego se movían al menor soplo. Nada más que mieses, sin que se apercibiese ni una casa ni un árbol; el infinito de



Antes se había marchado Loqueu, después de haber oído con aire reservado como funcionario que no podía comprometerse.

Fouan y Delhomme, con la nariz metida en su vaso, no decían ni una palabra, avergonzados, comprendiendo que si intervenían, el borracho gritaría más alto.

En las mesas vecinas los campesinos se disgustaban ya. ¡Cómo! ¿sus bienes no eran suyos y se los quitarían? Y murmurando sordamente, iban á caer ya sobre el «comunista» para echarlo á puñetazos, cuando se levantó Juan. No le había quitado la vista, no perdiendo ni una de sus palabras, con el rostro serio, como si pensara en lo que podía haber de razonable en todo aquello.

—Jesucristo — dijo tranquilamente, — hariais bien en callaros..... Todo eso no es para dicho, y si por casualidad tenéis razón, os puede costar caro.

Aquel muchacho tan frío, aquella advertencia tan prudente, calmaron súbitamente á Jesucristo. Volvió á caer en su silla, declarando que después de todo, todo le tenía sin cuidado. Y comenzó otra vez sus bromas, abrazando á la Becú, cuyo marido dormía sobre la mesa, y acabó el ponche bebiendo en la ensaladera. La concurrencia volvió á reír celebrando sus gracias.

El baile continuaba. Clou seguía soplando en su trombón, cuyos trompetazos ahogaban los gemidos del violín. El sudor bañaba los cuerpos, confundíendose su olor con el vapor de las luces. No se veía más que el lazo rojo de la Trouille, que iba de los brazos de Ernesto á los de Delfin, y de éstos á aquéllos. Berta, fiel á su amante, no bailaba más que con éste. En un rincón murmuraban algunos

jóvenes á quienes había desairado: ¡diablo! hacía bien en no soltarlo, porque á pesar de su dinero, no encontraría otro que quisiera casarse con ella.

—¡Vamos á dormir! — dijo Fouan á Juan y á Delhomme.

Ya fuera, cuando Juan se separó de ellos, el viejo andaba en silencio, como rumiando todo lo que acababa de oír; y bruscamente, como si todo aquello le hubiera decidido, se volvió hacia su yerno.

—Voy á vender la casa y me iré á vivir con vosotros. Es cosa resuelta..... ¡Adiós!

Y se dirigió á su casa lentamente. Pero su corazón estaba lleno de pena, y andaba vacilante como si estuviera borracho. Ya no tenía tierras, y bien pronto no tendría casa. Le parecía que las viejas paredes se derrumbaban y que las tejas caían sobre su cabeza. Ya no tenía dónde guarecerse, y erraba por los caminos como un mendigo, día y noche, constantemente; cuando lloviese, la lluvia fría, interminable, caería sobre él.

## IV.

El hermoso sol de Agosto asomaba á las cinco por el horizonte, y la Beauce ofrecía sus mieses maduras bajo un cielo inflamado. Después de las últimas lluvias del estío, la verde superficie, siempre creciente, había tomado tonos amarillos. Era ahora un mar rubio con reflejos de incendio, que parecía un mar cuyas olas de fuego se movían al menor soplo. Nada más que mieses, sin que se apercibiese ni una casa ni un árbol; el infinito de

las mieses. De cuando en cuando en aquella caliginosa atmósfera una pesada calma adormecía las espigas y humeaba, exhalándose de la tierra un olor de fecundidad. Sentíase cómo la hinchada semilla salía de la matriz común en granos tibios y pesados. Y ante aquella llanura acometía al hombre una gran inquietud al mirarse tan pequeño enfrente de aquella inmensidad.

En la Borderie, Hourdequin hacía una semana que había atacado á las mieses. El año anterior su segadora mecánica se había descompuesto; y desesperado por la mala voluntad de sus servidores, llegando hasta á dudar él mismo de la eficacia de sus máquinas, había contratado, para precaverse, una banda de segadores desde la Ascensión. Según costumbre, los había contratado de la Perche, de Mondoubleau: el capataz, otros cinco segadores y seis gavilladoras, cuatro mujeres y dos muchachas. Habían llegado en una carreta á Cloyes, donde fué á tomarlos el carro de la granja. Toda aquella gente dormía en la lechería, desocupada en aquella época, mezclados todos entre la paja, las solteras, las mujeres casadas y los hombres, medio desnudos á causa del gran calor.

Aquella era la época en que Santiaguilla tenía más que hacer. Se trabajaba desde la salida hasta la puesta del sol: á las tres de la madrugada todo el mundo estaba en pie, y se volvía á las pajas á las diez de la noche. Era menester que ella se levantase la primera para la sopa de las cuatro, y que se acostase la última cuando ya había servido la cena de las nueve. Entre estas dos comidas había otras tres, el pan y queso de las ocho, la del mediodía y la merienda: en junto cinco comidas

abundantes, rociadas de vino y de sidra, porque los segadores, que trabajan mucho, son exigentes. Pero ella no sentía la fatiga; en su finura de gata tenía músculos de acero; y era tanto más sorprendente aquella resistencia, cuanto que entonces se entregaba con verdadera furia al amor con Trou, aquel brutazo de vaquero, cuyas ternuras de coloso la volvían loca. Lo había convertido en su esclavo, y se lo llevaba á las granjas, al pajar, á la lechería, ahora que el pastor, cuyo espionaje temía, dormía fuera con sus carneros. Allí tenían, sobre todo por la noche, sus encuentros, de los cuales salía más elástica y más fina y más activa. Hourdequin no veía ni sabía nada. Estaba entregado á la fiebre de la siega, una fiebre especial, la gran crisis anual de su pasión por la tierra, produciéndole la vista de las maduras espigas que caían, un temblor interior, ardores de cabeza, palpitaciones de corazón y sacudimientos de todo su ser.

Aquel año eran las noches tan calurosas, que Juan no podía pasarlas en la cuadra. Salíase de ésta y prefería tenderse vestido sobre las piedras del corral. Y no era solamente el calor vivo é intolerable de los caballos y las emanaciones del establo lo que le arrojaba afuera: era también el insomnio, la eterna imagen de Francisca, la idea fija de que ella venía y de que la cogía y se la comía en un abrazo. Ahora que Santiaguilla, ocupada con otro, le dejaba tranquilo, su amistad por aquella chicuela convertíase en rabioso deseo. Veinte veces en aquel sufrimiento de un sueño agitado, había jurado que iría á buscarla al día siguiente y que la poseería; luego, al despertarse, cuando se había refrescado la cabeza en un cubo

de agua fría, encontraba aquello repugnante, porque era muy viejo para ella; y á la noche siguiente volvía á comenzar el suplicio. Cuando llegaron los segadores, reconoció á una mujer casada con uno de ellos, y á la cual había poseído dos años antes, siendo todavía soltera. Una noche, era tal su tormento, que deslizándose en la lechería, fué á tirarla de los pies entre el marido y un hermano que roncaban con la boca abierta. Ella accedió en seguida allí mismo. Aquello fué una glotonería muda, abrazados en las tinieblas, sobre el suelo removido, que aun conservaba un olor amoniacal tan pronunciado, que irritaba los ojos. Hacía ya veinte días que estaban allí los segadores, y él iba todas las noches.

En la segunda semana del mes de Agosto el trabajo estaba muy adelantado. Los segadores habían comenzado por la piezas del Norte, bajando hacía las que bordeaban el valle del Aigre, y espiga á espiga iba cayendo aquella masa inmensa. Detrás de ellos, en marcha lenta, iba reapareciendo la tierra rasa, y sobre los rastrojos iban de acá para allá las gavilladoras con el talle encorvado. Aquella era la época en que la triste soledad de la Beauce se interrumpía un poco, llena de gente, animada por el continuo movimiento de trabajadores, carros y caballos. Hasta donde alcanzaba la vista, maniobraban las cuadrillas con el mismo movimiento oblicuo, el mismo balanceo de brazos: los unos tan próximos, que se oía el silbido del hierro; los otros en filas negras, parecidos á hormigas, llegando hasta el horizonte. Y por todas partes abríanse claros como en una tela mordida. La Beauce, pedazo á pedazo,

en medio de aquella actividad de hormiguero, perdía su áureo manto de corte, aquella única vestidura de su verano que la dejaba de pronto desolada y desnuda.

Los últimos días fueron de un calor sofocante; sobre todo uno en que Juan, con su carro de dos caballos, acarreaba las garbas, cerca del campo de los Buteau, á una pieza de la granja, donde debía elevarse un gran pajar de ocho metros de altura. Sobre las mieses todavía en pie, inmóviles, el calor flameaba: se habría dicho que ardían con una llama invisible en las vibraciones del sol. Y ni la sombra de una hoja, nada más que la que los hombres proyectaban sobre la tierra. Desde por la mañana, bajo el fuego del cielo, Juan, inundado de sudor, cargaba y descargaba su carro sin hablar, echando una mirada á cada viaje hacia la pieza donde, detrás de Buteau, que segaba, Francisca hacía gavillas lentamente, doblada por la cintura.

Buteau tuvo que tomar á Palmira para que ayudase. Francisca no era bastante, y no podía contar con Elisa, que estaba embarazada de ocho meses. Aquel embarazo lo había exasperado. ¡El que tomaba tantas precauciones! ¿Cómo había podido formarse aquel chiquillo? Y martirizaba á su mujer, acusándola de haberlo hecho expreso, gruñendo horas enteras, como si un pobre, un animal errante se hubiera introducido en su casa para comérselo todo; y desde hacía ocho meses no podía mirar el vientre de Elisa sin insultarla: ¡maldita tripa! ¡ruina de la casa! Por la mañana había venido ella á gavillar, pero él la había despedido furioso por su torpe pesadez. Ella debía volver para traer la merienda.

— ¡Voto al demonio! — dijo Buteau que se empeñaba en acabar un trozo; tengo la espalda cocida y la lengua seca.

Irguióse, con los pies desnudos en los grandes zuecos, vestido sólo con una camisa y unos calzoncillos y dejando ver hasta el ombligo el vello del pecho sudoroso.

— ¡Necesito beber más!

Y fué á coger de debajo de su blusa un frasco de sidra que había escondido allí. Después que se hubo echado dos tragos de aquella bebida templada, pensó en la muchacha.

— ¿No tienes sed?

— Sí.

Francisca cogió la botella y bebió largamente; y mientras que se inclinaba, doblándose de caderas, el pecho en tensión haciendo casi estallar el delgado lienzo, él la miró de reojo. Ella también sudaba, mostrando sus blancas carnes por entre su corpiño desabrochado. Bajo el pañuelo azul que cubría su cabeza y su nuca, sus ojos parecían más grandes en su rostro mudo y ardiente.

Sin añadir una palabra volvió á su trabajo, y ella le seguía haciendo sus gavillas con toda regularidad á cada tres pasos. Cuando se enderezaba para enjugarse la frente con el revés de la mano, y la veía detrás con las nalgas en alto, la cabeza casi rozando el suelo, en aquella postura de hembra que se ofrece, parecía que se le secaba más la lengua.

Palmira, en la pieza próxima, donde desde hacía tres días estaba ya seca la paja de las gavillas, estaba ocupada en atar garbas; y Buteau no la vigilaba porque la había ajustado por cientos de

garbas bajo el pretexto de que ella ya no era muy fuerte, de que estaba muy vieja y muy cansada y perdería si la pagara treinta sueldos como á una joven. Y aun tuvo ella que suplicarle; y él no se había decidido á tomarla sino como resignándose á hacer una buena obra. La miserable levantaba tres, cuatro gavillas, todo lo que sus débiles brazos podían coger; y luego, con una cuerda ya preparada, ataba la garba fuertemente. Este trabajo tan duro que de ordinario se lo reservan los hombres, la fatigaba. Había llevado por la mañana una botella que iba á llenar de cuando en cuando á una charca próxima, fangosa y pestilente, y bebía con ansia, á pesar de la diarrea que le producían aquellos calores y el exceso de trabajo.

El azul del cielo había palidecido con una palidez de rojo, y el sol parecía que despedía brasas. Era, después del almuerzo, la hora pesada de la siesta. Ya Delhomme y su cuadrilla, que trabajaban allí cerca, habían desaparecido, yendo á acostarse en la umbria de algún repliegue del terreno. Todavía un instante después se veía al viejo Fouan de pie; hacía quince días que había vendido su casa y vivía con su yerno, á quien seguía en los trabajos de la siega; después debía haberse acostado, porque ya no se le vió más. No quedó en el horizonte vacío, sobre el fondo de los abrasados pajares, á lo lejos, más que la delgada silueta de la Grande examinando el trabajo de su cuadrilla. Parecía un árbol endurecido por la edad, que no tiene que temer nada del sol, erguida, sin una gota de sudor, indignada contra aquellas gentes que dormían.

—¡Ah! me arde la piel —dijo Buteau.

Y volviéndose hacia Francisca:

—Vamos á dormir.

Buscó con la vista un poco de sombra, pero no la encontró. El sol caía á plomo, y no había allí nada que los resguardase. Al fin vió una especie de pequeño foso, donde la mies todavía en pie proyectaba una línea oscura.

—Di, Palmira —gritó,—¿y tú no te acuestas?

Esta, que estaba á unos cincuenta pasos, contestó con una voz apagada que parecía un soplo:

—No, no tengo tiempo.

Y en toda la abrasada llanura no quedó trabajando nadie más que ella. Si no llevaba sus treinta sueldos, la pegaría Hilario, que no sólo seguía matándola con sus brutales apetitos, sino que también la robaba ahora para beber aguardiente. Pero sus últimas fuerzas la hacían traición. Su cuerpo aplastado, sin pecho ni caderas, crujía como una tabla cada vez que se inclinaba para levantar una hierba. Y con el rostro de color de ceniza, vieja de sesenta años á los treinta y cinco, dejaba que el sol acabara de evaporar su vida en aquel esfuerzo desesperado de bestia de carga que va á morir.

Uno al lado del otro, se habían tendido Buteau y Francisca. Silenciosos, sin moverse, con los ojos cerrados, estaban inundados de sudor. Apoderóse de ellos al fin un pesado sueño y durmieron una hora, y el sudor no cesaba de correr por sus miembros en aquella atmósfera pesada. Cuando Francisca abrió los ojos, vió á Buteau que la miraba con aquella mirada que la turbaba desde hacía algún tiempo. Volvió á cerrar los ojos

fingiendo que dormía. Sin que él la hubiera dicho nada todavía, ella comprendía muy bien lo que él quería, ahora que ya era toda una mujer. Aquella idea la ponía fuera de sí: ¿se atrevería aquel cochino, á quien todas las noches oía divertirse con su hermana? Jamás la había exasperado hasta aquel punto. ¿Se atrevería? Lo esperaba, lo deseaba sin saberlo, decidida, si la tocaba, á estrangularlo.

De pronto, como ella cerrase los ojos, la cogió Buteau.

—¡Cochino, cochino! —gritaba ella rechazándolo.

Pero él, enloquecido, decía muy bajo:

—¡Tonta, déjate hacer!..... Te digo que todos duermen y nadie nos oye.

En aquel momento apareció por encima de las mieses la cabeza agonizante de Palmira, atraída por el ruido. Pero como si nadie viera. Volvióse, en efecto, á sus garbas, indiferente, y se oyó de nuevo el crugido de sus caderas.

—¡Tonta, anda! Elisa no sabrá nada.

Pero al nombre de su hermana, Francisca, á quien ya iba venciendo el deseo, cobró nuevos alientos. Y desde entonces no cedió, dando puñadas y agitando sus piernas desnudas, que él había ya destapado hasta los muslos. ¿Era para ella aquel hombre? ¿Es que se iba á contentar con las sobras de otra?

—¡Vete con mi hermana, cochino! Hazla un hijo todas las noches!

Buteau comenzaba á incomodarse, y creía que sólo temía ella á las consecuencias.

—¡Pero tonta! ¡cuando yo te juro que me qui-

taré á tiempo y que no te haré ningún chiquillo!

Dióle ella patadas entre las piernas y tuvo que soltarla; pero la rechazó tan bruscamente, que la hizo lanzar un grito de dolor.

Ya era tiempo de acabar, porque Buteau, cuando se puso en pie, apercibió á Elisa, que venía á traer la merienda. Fué á su encuentro y la detuvo para dar tiempo á que Francisca se bajase las ropas. La idea de que ella se lo iba á decir todo le hizo sentir no haberla matado de una patada. Pero Francisca no habló, y se contentó con sentarse sobre unas gavillas con aire insolente. Y aunque él se había puesto otra vez á segar, ella siguió ociosa como una princesa.

—¿Qué?—le preguntó Elisa, sentándose también á descansar de su carrera.—¿no trabajas?

—¡No; eso me aburre!—contestó con furia.

Entonces Buteau, no atreviéndose á irritarla más, la emprendió con su mujer. ¿Qué hacía allí tendida, con la tripa al sol? Parecía que la había puesto á madurar. A Elisa le hizo gracia aquella frase: acaso fuera verdad que el sol la madurase; y sacaba al sol aquel vientre que parecía la explosión de un germen levantando la tierra fecunda. Pero Buteau no se reía. La hizo levantarse brutalemente, pretendiendo que le ayudase. Embarada por aquella masa que la caía sobre los muslos, tuvo que ponerse de rodillas y reunir las espigas con un movimiento oblicuo, sofocada y monstruosa, con el vientre fuera de su sitio, inclinado al lado derecho.

—Ya que no haces nada—le dijo á su hermana,—véte á casa á hacer la cena.

Francisca se alejó sin hablar una palabra. A pe-

sar del calor todavía sofocante, la Beauce había vuelto á su actividad, y los pequeños puntos negros de las cuadrillas reaparecían, moviéndose hasta el infinito. Delhomme segaba otra vez con sus dos criados, mientras que la Grande miraba cómo subía su pajar, apoyada en su caña, dispuesta á pegar con ella á los perezosos. Fouan iba á dar también un vistazo, y absorto en el trabajo de su yerno, andaba de acá para allá con el paso vacilante de un viejo entregado á sus recuerdos y á sus tristezas. Francisca, aturdida, no repuesta todavía de la emoción, seguía su camino, cuando una voz la llamó.

—¡Por aquí! ¡ven!

Era Juan, medio oculto detrás de las garbas que desde por la mañana acarreaba de las piezas vecinas. Acababa de descargar una vez más su carro, y los dos caballos esperaban inmóviles al sol. No debían comenzar el gran pajar hasta el día siguiente, y no había hecho más que unos sencillos montones, tres especies de muros entre los cuales se encontraba como en una habitación, un agujero de paja, profundo y oculto á las miradas.

—¡Ven aquí! ¡Soy yo!

Francisca obedeció maquinalmente á aquel llamamiento. Ni siquiera tuvo la desconfianza de mirar hacia atrás. Si se hubiera vuelto, habría visto á Buteau que se empinaba, sorprendido al verla abandonar el camino.

Juan comenzó bromeando.

—Eres tan orgullosa, que pasas sin saludar á los amigos.

—¡Caramba!—respondió ella;—estás tan oculto que no te se ve.

Entonces él se quejó de lo mal que lo acogían en casa de Buteau. Pero Francisca no fijaba la atención en lo que él decía; callábase ó sólo contaba por monosílabos. Habíase dejado caer también sobre la paja, en el fondo del agujero, como rendida de fatiga. Sólo pensaba en una cosa: el ataque de aquel hombre, cuyas manos ardorosas sentía todavía en sus muslos, y parecía como que la seguía su olor, aquel olor á macho, esperado siempre por ella, el aliento entrecortado por las angustias del deseo combatido. Francisca cerraba los ojos, se ahogaba.

Juan, entonces, no habló más. Al verla así, en el suelo, en aquel abandono, sintió latir con fuerza la sangre de sus venas. No había pensado en aquel encuentro, y resistía todavía en su idea de que no estaba bien abusar de aquella niña. Pero los latidos de su corazón le aturdían: ¡la había deseado tanto! Y la imagen de la posesión le enloquecía como en sus noches de fiebre. Tendióse al lado de ella, y se contentó primero con cogerla una mano y luego las dos, estrechándolas y no atreviéndose á llevarlas á la boca. Ella no las retiraba, y abriendo sus ojos de mirar vago, los fijó en él sin una sonrisa, sin ruborizarse y contraído nerviosamente el rostro. Y aquella mirada muda, casi dolorosa, lo echó todo por tierra de un modo brutal. Juan la levantó las ropas y la cogió los muslos como el otro.

—No, no, balbuceó Francisca; yo te lo ruego..... es una porquería.....

Pero no se defendió. No tuvo más que un grito de dolor. Parecióle que el suelo desaparecía de debajo de ella, y en aquel vértigo no tuvo más que

una idea: ¿era el otro que volvía? Encontraba la misma rudeza, el mismo olor á macho, inundado de sudor por el trabajo al sol. Fué tal su confusión, en la ardiente noche de sus ojos obstinadamente cerrados, que se le escaparon involuntariamente estas palabras:

—No me hagas un hijo..... quítate.....

Juan se hizo bruscamente á un lado, y aquella semilla humana, de aquel modo desviada y perdida, cayó en la madura mies, sobre la tierra que nada rehusa y que, eternamente fecunda, abre sus entrañas á todos los gérmenes.

Francisca abrió los ojos sin hablar, sin moverse, como pasmada. ¿Qué? ¿se había acabado ya y ella no había experimentado placer! De aquello sólo la quedaba una sensación de dolor. Y pensó en el otro, con el sentimiento inconsciente de su deseo engañado. Juan, á su lado, le disgustaba. ¿Por qué había cedido? Ella no amaba á aquel viejo que estaba allí inmóvil, como avergonzado de la aventura. Juan hizo al fin un gesto de disgusto y buscó algo que decir, pero no encontró nada. Cada vez más embarazado se decidió á abrazarla; pero ella retrocedía, no queriendo ni aun que la tocara.

—Es menester que yo me vaya—dijo Juan.—Tú, espera un momento.

Ella no contestó, con las miradas perdidas en el vacío.

—¿No es esto? Espera cinco minutos para que no te vean salir al mismo tiempo que á mí.

Sólo entonces se decidió Francisca á desplegar los labios.

—¡Bueno, véte!

Y aquello fué todo. Juan restalló su látigo, gritó á sus caballos y se fué con su carro, con la cabeza baja.

Buteau se asombraba de haber perdido de vista á Francisca detrás de las garbas, y cuando vió á Juan alejarse tuvo una sospecha. Sin decir una palabra á Elisa, partió, agachándose como cazador en acecho. Luego de pronto cayó en medio de las mieses en el agujero. Francisca no se había movido, sumida en un gran entorpecimiento, con las miradas perdidas en el espacio y las piernas todavía destapadas. No era posible negar, y no lo intentó.

—¡Ah puta! ¡ah indecente! ¡conque duermes con ese miserable y á mí me das un puntapié en la barriga, á mí!..... Vamos á vernos las caras.

La cogió, y ella leyó claramente en su rostro congestionado que quería aprovecharse de la ocasión. ¿Por qué no había de hacer á ahora lo que acababa de hacer el otro? Desde que ella sintió de nuevo la quemadura de sus manos, indignóse como antes. Él estaba allí, y á ella no le importaba, no teniendo ni aun conciencia de los movimientos de su voluntad, en la rebelión de todo su ser.

—¿Quieres dejarme, cochino?..... ¡O te muerdo! Por segunda vez tuvo que dejarla. Pero apenas podía hablar, furioso por aquel placer que se había tomado sin él.

—¡Ah! ¡ya sospechaba yo todas estas perquerías vuestras!..... ¡Hace ya mucho tiempo que yo debí echarte á la calle!..... ¡Y que te dejes sobar la piel por ese perdido!

Y continuó lanzando por aquella boca todas las palabras más abominables, hablando del acto con

una crudeza sin igual. Francisca, pálida de rabia, afectaba una gran calma, y á cada desvergüenza contestaba secamente:

—¿Y á tí qué te importa?..... ¿No soy libre para hacer lo que me dé la gana?

—¡Pues bien, te voy á echar á la calle!.... Sí, en seguida, cuando volvamos á casa..... Yo se lo diré todo á Elisa, cómo te he encontrado con la camisa por la cabeza; y te irás á que te hagan eso á otra parte, pues que te divierte.

Ahora la empujaba llevándola hacia donde esperaba su mujer.

—Puedes decirle á Elisa que yo haré lo que me dé la gana..... y que me irá si quiero.

—¡Si tú quieres!..... ¡Eso ya lo veremos!..... ¡A puntapiés!

Para llegar más pronto, la hizo atravesar la pieza que pertenecía á ella y á su mujer, aquella pieza cuya partición iba retrasando; y bruscamente ocurriósele una idea: vió como en un relámpago aquel cuerpo hecho dos, una de cuyas partes se llevaba el amante. Aquella idea lo dejó helado, haciendo caer sus exasperados descos. No, era una tontería echarlo todo á rodar porque una muchacha os despreciase una vez. Esto puede remediarse, y la tierra, cuando se la posee hay que conservarla.

No decía nada y andaba muy despacio, no sabiendo cómo recoger sus violencias antes de reunirse á su mujer. Al fin se decidió á hablar:

—Á mí no me gustan las cuestiones, y me molesta que tengas el aire de estar disgustada conmigo..... Además, no quiero dar un disgusto á Elisa en su estado.....



Francisca se imaginó que él temía ser delatado.

—Puedes estar seguro—le dijo—de que si tú hablas, yo también hablaré.

—¡Oh! ¡no temo nada!.... Diré que mientes para vengarte porque te he sorprendido.

Como ya llegaran, concluyó con rapidez:

—Quede por ahora esto entre los dos.... Es menester que volvamos á hablar.

Elisa quedó asombrada al ver á Francisca volver con Buteau. Éste contó que aquella perezosa había ido á descansar á la sombra de un pajar. De pronto un grito ronco les interrumpió haciéndoles olvidarse de todo.

—¿Qué pasa? ¿Quién ha gritado?

Fue un grito horrible, un suspiro cortado, parecido al gemido de uno que se ahoga, y se desvaneció en la inflamada atmósfera.

—¿Qué será eso? Algún caballo que se ha roto los huesos.

Volviéronse y vieron á Palmira todavía de pie en medio de las gavillas y oprimiendo contra su pecho una garba que se empeñaba en atar. Lanzó un nuevo grito de agonía, y soltándolo todo y girando sobre sí misma, cayó sobre la mies, como herida por aquel sol que la abrasaba hacía doce horas.

Elisa y Francisca corrieron, y Buteau las siguió con paso indolente, mientras que de todas partes acudían también: Delhomme, Fouan que andaba por allí, y la Grande, que iba apartando las piedras con su caña.

—¿Qué sucede?

—Que le ha dado un ataque á Palmira.

—Yo la he visto caer desde allá abajo.

—¡Ah, Dios mío!

Y todos, rodeándola con el misterioso temor que la enfermedad inspira al campesino, la miraban sin atreverse á acercarse. Estaba tendida boca arriba, con los brazos en cruz, como crucificada sobre aquella tierra que la había gastado tan pronto en su dura labor y que la mataba. Debía habersele roto algún vaso, porque de su boca salía un hilo de sangre. Pero se encontraba tan agotada por sus trabajos de bestia atareada y tan reducida á la nada, que parecía un guiñapo, sin carnes, sin sexo, exhalando su último suspiro en medio de aquella fecundidad de la siega.

Sin embargo, la Grande, la abuela que había renegado de ella y que jamás la hablaba, se adelantó al fin.

—Creo que está muerta.

Y la tocó con su caña. Aquel cuerpo, con los ojos abiertos y vacíos en la viva luz y la boca dilatada como recogiendo un soplo de aire, no se movió. Sobre la barba se coagulaba el hilo de sangre. Entonces la abuela añadió:

—Seguramente está muerta.... Mejor es esto que ser una carga para los demás.

Todos, sobrecogidos, no se movían. ¿Acaso podían tocarla antes de que llegase el alcalde? Hablaban en voz baja al principio, y luego se pusieron á dar gritos para entenderse.

—Voy á buscar mi escalera, que está allá abajo, contra el pajar—acabó por decir Delhomme.—Esto servirá de camilla. No está bien dejar á un muerto en el suelo.

Pero cuando volvió con la escalera y quisieron

coger garbas para hacer con ellas un lecho al cadáver, Buteau gruñó.

— ¡Se te devolverá tu mies!

— ¡Eso por supuesto!

Elisa, un poco avergonzada por aquella ruindad, añadió dos gavillas para almohada y depositaron en ellas el cuerpo de Palmira, mientras que Francisca, en una especie de sueño, aturdida por aquella muerte que sobrevénia en medio de su primer choque con el hombre, no podía apartar los ojos del cadáver, llena de tristeza, asombrada sobre todo de que aquello hubiera podido ser una mujer. Fonan también la miraba, como pensando en lo dichosos que son los que se van.

A la puesta del sol, á la hora de abandonar el trabajo, vinieron dos hombres á llevarse la camilla: la carga no era pesada, y no tenían necesidad de que los relevaran. Sin embargo, los acompañaron otros, formándose como un cortejo.

Fueron campo atravesada para evitar las vueltas del camino. El cuerpo se ponía rígido sobre las garbas, y por detrás de la cabeza las espigas colgaban y se balanceaban al movimiento cadencioso de los pasos. Ya no quedaba en el cielo más que un calor bochornoso, opaco y pesado en la azulada atmósfera. En el horizonte, al otro lado del valle del Loir, el sol, envuelto en vapores, ya no lanzaba sobre la Beauce más que unos rayos amarillos al ras del suelo. Todo parecía amarillo, con ese dorado suave de las hermosas tardes de siega. Las mieses no segadas todavía, tenían tonos de llama rosada; los pajares se erizaban de briznas de un rojo brillante; y por todas partes, hasta el infinito, manchando aquel rubio mar, los

montones de mieses parecían agrandarse desmesuradamente, brillando por un lado, oscuros por el otro, proyectando sombras que se prolongaban hasta el otro extremo de la llanura. Llenólo todo una gran calma, interrumpida sólo por el canto de alguna alondra. Nadie hablaba entre los trabajadores, que marchaban como un rebaño con la cabeza baja. No se oía más que el débil chirrido de la escalera bajo el peso de la muerta.

Aquella noche Hourdequin ajustó la cuenta á los segadores que habían terminado el trabajo convenido. Los hombres habían ganado ciento veinte francos, las mujeres, sesenta, por un mes de trabajo. Aquel había sido un buen año de siega sin muchas espigas dobladas, donde se enreda la hoz, y sin una tormenta. En medio de grandes gritos, el capataz, acompañado de su cuadrilla, presentó la tradicional garba, espigas trenzadas en cruz, á Santiaguilla, tratada como ama de la casa, y la cena de despedida fué muy alegre; se comió y se bebió mucho, y todos se fueron á acostar borrachos. Santiaguilla, bastante alegre también, casi fué sorprendida por Hourdequin abrazada á Trou. Juan, aturdido, se había ido á tender ea la paja de la cuadra. A pesar de su fatiga no pudo dormir, atormentado por la imagen de Francisca. Esto le sorprendía y casi sentía cólera, porque había experimentado tan poco placer con aquella muchacha después de haberla deseado tantas noches! Luego se sentía como vacío, y juraba que no volvería á comenzar. Y he aquí que apenas acostado, volvía á verla y la deseaba todavía en una furiosa evocación carnal; reproducíase en su memoria el acto de aquella tarde, aquel

acto en que no había gozado nada, y cuyos menores detalles ahora estremecían su cuerpo. ¿Cómo volverla á ver, dónde cogerla al día siguiente y todas? Estremecióle el roce de una mujer que se deslizaba junto á él; era la percherona, la gavielladora, asombrada de que no fuese á buscarla aquella última noche. Al principio la rechazó; luego la sofocó en un abrazo; si hubiera sido la otra, la habría apretado de aquel modo, pegándose á ella hasta el desvanecimiento.

A aquella misma hora, Francisca despertándose sobresaltada, se levantó y abrió la ventana de su cuarto para respirar. Había soñado que allá abajo se peleaban. Cuando el aire la serenó un poco, le acudió la idea de aquellos dos hombres, el uno que la quería, el otro que la había cogido; y sus pensamientos, sin ir más lejos, no salían de esta idea, sin que ella juzgase ni decidiese nada. Pero aplicó el oído, y.... ¿aquello no era un sueño? Ladraba un perro en la orilla del Aigre. Pero luego se acordó; era Hilario, que desde el obscurerecer andaba dando gritos alrededor del cadáver de Palmira. Habían intentado quitarlo de allí; pero él se había resistido, mordiendo á los que se le acercaban, rehusando abandonar aquellos restos, su hermana, su mujer, su todo, y no acababa sus gritos, que turbaban el silencio de la noche.

Francisca, temblando, escuchó mucho tiempo.

#### V.

—¡Con tal que la Coliche no pára al mismo tiempo que yo! —decía Elisa todas las mañanas.

Y arrastrando su enorme tripa, Elisa se pasaba horas enteras en el establo mirando con inquietud á la vaca, cuya barriga había crecido también desmesuradamente. Jamás animal alguno se había inflado hasta aquel punto. Los nueve meses cumplían precisamente el día de San Fiacro, porque Francisca había tenido el cuidado de apuntar la fecha en que la había llevado al toro. Desgraciadamente Elisa no estaba tan segura de su cuenta. Aquel hijo había sido engendrado tan tontamente, sin querer, que ella no podía saber cuándo. Pero vendría á nacer por los alrededores de San Fiacro, tal vez la víspera, tal vez el día siguiente. Y repetía desolada:

—¡Con tal que la Coliche no para al mismo tiempo que yo!... ¡Sería una extorsión!... ¡Bueno estarial...!

Querían mucho á la Coliche, que estaba en la casa hacía diez años. Habíase acabado por considerarla como una persona de la familia, y los Buteau se refugiaban cerca de ella en invierno, no teniendo otra estufa para calentarse que el calor que se desprendía de ella. Y ella misma se mostraba muy afectuosa, sobre todo con Francisca, á la que no podía mirar sin que los ojos se le pusieran tiernos. Lamblala con su áspera lengua, y le cogía con sus dientes suavemente las ropas para atraerla. Y no se la amaba sólo por ella, sino también por el dinero que representaba, por la leche, por la manteca, los quesos; una verdadera fortuna que se perdería perdiendo á la vaca.

Había transecurrido una quincena después de la siega. Francisca había vuelto á emprender su vida habitual, como si nada hubiera pasado entre ella

acto en que no había gozado nada, y cuyos menores detalles ahora estremecían su cuerpo. ¿Cómo volverla á ver, dónde cogerla al día siguiente y todas? Estremecióle el roce de una mujer que se deslizaba junto á él; era la percherona, la gavielladora, asombrada de que no fuese á buscarla aquella última noche. Al principio la rechazó; luego la sofocó en un abrazo; si hubiera sido la otra, la habría apretado de aquel modo, pegándose á ella hasta el desvanecimiento.

A aquella misma hora, Francisca despertándose sobresaltada, se levantó y abrió la ventana de su cuarto para respirar. Había soñado que allá abajo se peleaban. Cuando el aire la serenó un poco, le acudió la idea de aquellos dos hombres, el uno que la quería, el otro que la había cogido; y sus pensamientos, sin ir más lejos, no salían de esta idea, sin que ella juzgase ni decidiese nada. Pero aplicó el oído, y.... ¿aquello no era un sueño? Ladraba un perro en la orilla del Aigre. Pero luego se acordó; era Hilario, que desde el obscurerecer andaba dando gritos alrededor del cadáver de Palmira. Habían intentado quitarlo de allí; pero él se había resistido, mordiendo á los que se le acercaban, rehusando abandonar aquellos restos, su hermana, su mujer, su todo, y no acababa sus gritos, que turbaban el silencio de la noche.

Francisca, temblando, escuchó mucho tiempo.

#### V.

—¡Con tal que la Coliche no pára al mismo tiempo que yo! —decía Elisa todas las mañanas.

Y arrastrando su enorme tripa, Elisa se pasaba horas enteras en el establo mirando con inquietud á la vaca, cuya barriga había crecido también desmesuradamente. Jamás animal alguno se había inflado hasta aquel punto. Los nueve meses cumplían precisamente el día de San Fiacro, porque Francisca había tenido el cuidado de apuntar la fecha en que la había llevado al toro. Desgraciadamente Elisa no estaba tan segura de su cuenta. Aquel hijo había sido engendrado tan tontamente, sin querer, que ella no podía saber cuándo. Pero vendría á nacer por los alrededores de San Fiacro, tal vez la víspera, tal vez el día siguiente. Y repetía desolada:

—¡Con tal que la Coliche no para al mismo tiempo que yo!... ¡Sería una extorsión!... ¡Bueno estarial...

Querían mucho á la Coliche, que estaba en la casa hacía diez años. Habíase acabado por considerarla como una persona de la familia, y los Buteau se refugiaban cerca de ella en invierno, no teniendo otra estufa para calentarse que el calor que se desprendía de ella. Y ella misma se mostraba muy afectuosa, sobre todo con Francisca, á la que no podía mirar sin que los ojos se le pusieran tiernos. Lamblala con su áspera lengua, y le cogía con sus dientes suavemente las ropas para atraerla. Y no se la amaba sólo por ella, sino también por el dinero que representaba, por la leche, por la manteca, los quesos; una verdadera fortuna que se perdería perdiendo á la vaca.

Había transecurrido una quincena después de la siega. Francisca había vuelto á emprender su vida habitual, como si nada hubiera pasado entre ella

—Pero—hizo notar Francisca—el señor Patoir prohíbe que se rompa. Dice que el agua de que está llena ayuda.

La Frimat se encogió de hombros. ¡Buen animal estaba Patoir! Y de una cuchillada rompió la bolsa. Las aguas cayeron con un ruido de explosión. Un momento la Coliche respiró con más facilidad y la vieja triunfó. Se había frotado la mano derecha con manteca, y la introdujo, tratando de reconocer la posición del feto, maniobrando sin apresurarse. Elisa y Francisca la miraban llenas de ansiedad. Buteau mismo, que no se había vuelto al campo, esperaba inmóvil y sin respirar.

—Siento las patas—murmuró la vieja,—pero no encuentro la cabeza. Mala señal cuando no se encuentra la cabeza.....

Tuvo que sacar la mano. La Coliche experimentó una violenta sacudida é hizo un esfuerzo tan violento, que asomaron las pezuñas. Los Buteau respiraron: les pareció que ya tenían parte de su becerro al ver salir las patas, y desde aquel momento le vieron trabajados por su pensamiento único: tirar para tenerlo en seguida, como si tuvieran miedo de que se volviera hacia adentro y no saliese más.

—Mejor sería no precipitarlo—dijo prudentemente la Frimat.—Él acabará por salir.

Francisca era de la misma opinión. Pero Buteau se agitaba, iba á tocar las patas cada tres minutos, enfadándose porque no se alargaban. De pronto cogió una cuerda larga que ató fuertemente ayudado por su mujer, tan impaciente y temblorosa como él; y como en aquel momento llegaba la mujer de Becú, atraída por la curiosidad, tiraron

todos cogidos á la cuerda, primero Buteau, luego la Frimat, la Becú, Francisca y la misma Elisa, acurrucada la última para que no le hiciesen daño en el enorme vientre, que le llegaba á la boca como se suele decir.

—¡Eh, tira!—gritaba Buteau:—¡todos á una!..... ¡Ah! el muy camello no se ha movido siquiera. ¡Ayuda, ayuda, condenado!

Las mujeres, sudorosas y sin poder respirar, repetían:

—¡Eh..... tiraa!..... ¡Ayuda, condenado!

Pero hubo una catástrofe. La cuerda, que era vieja y estaba medio podrida, se rompió, y todos fueron rodando por el suelo entre el estiércol, dando gritos y juramentos.

—¡Esto no es nada, no hay cuidado!—declaró Elisa, que había rodado hasta la pared, y á quien ayudaban á levantarse.

Sin embargo, apenas se vió de pie, tuvo un desvanecimiento y se vió obligada á sentarse un cuarto de hora; después se sujetaba el vientre; sentía de nuevo los mismos dolores que el día antes, profundos y acentuados á intervalos regulares. ¡Y ella que creía que se había aplazado! ¡Qué maldita casualidad, que la vaca no hubiese ido más de prisa y que se viera ella ahora con los dolores como si fuera á salir del paso antes que el animal! En fin, no había más remedio; estaba visto que las dos iban á parir al mismo tiempo. Elisa daba grandes suspiros que motivaron una cuestión entre ella y su marido. ¿Por qué demonios se había puesto á tirar también de la cuerda? ¿Qué tenía que ver con la barriga de las otras? Bien podía ocuparse solamente de desocupar la suya.

Ella respondía con injurias y groserías, porque sufría mucho: ¡Cochino! ¡indecente! si no le hubiera llenado el saco, no tendría ahora ella que vaciarlo.

—Todo eso—observó la Frimat—son palabras y tonterías que no conducen á nada.

Y la mujer de Becú añadió:

—Pero consuelan.

Eran las tres; esperaron hasta las siete. No se adelantó nada. La casa era un infierno. Por un lado Elisa, que se retorció en una silla, dando gritos y apretándose la barriga. Por el otro la Coliche, que no mugía, pero que se veía acometida cada vez con más frecuencia, de temblores y sudores verdaderamente alarmantes. La otra vaca se había puesto á mugir de miedo. Francisca entonces perdió la cabeza, y Buteau, jurando y blasfemando, se empeñó en tirar otra vez. Fue en busca de dos vecinos y se pusieron á tirar los seis como si fuesen á echar abajo un árbol, y con una cuerda nueva que no había miedo de que se rompiera. Pero la Coliche, destrozada, cayó de costado encima de la paja, estirada, dando resoplidos y en un estado lamentable.

—¡No sacaremos este maldito becerro!—exclamó Buteau, que estaba como loco.

Francisca cruzaba las manos en ademán suplicante.

—¡Oh, ve á llamar al señor Patoir!.... ¡cueste lo que cueste, que vayan á buscar al señor Patoir!

Ya estaba obscuro. Después de otro combate inútil salió de la cuadra, sin decir palabra y enganchó el carro.

La Frimat, que parecía no ocuparse ya de la

vaca desde el momento en que hablaron de la visita del veterinario, pensó entonces en Elisa. También era buena para partos, y todas las vecinas pasaban por sus manos. Y parecía tomarse mucho interés; no ocultaba sus temores á la mujer de Becú, la cual llamó á Buteau, que ya se disponía á montar en el carro.

—Escuchad.... Vuestra mujer no va bien. Deberíais traer también al médico.

Él permaneció mudo, con los ojos fuera de las órbitas. ¿Cómo? ¡Otra que quería morirse! ¡Pues él no tenía dinero para todo!

—Pero si yo no quiero, no quiero—gritó Elisa entre dolores tremendos.—Yo iré adelante. ¡No tenemos dinero para tirar por la ventana!

Buteau se apresuró á fustigar el caballo, y el carro desapareció á lo lejos por la carretera de Cloyes, entre las tinieblas del anochecer.

Cuando dos horas después llegó por fin Patoir, lo encontró todo en el mismo sitio, la Coliche echada de costado y dando resoplidos, y Elisa retorciéndose como un gusano, medio en la silla, medio en el suelo. Hacía veinticuatro horas que duraba aquella situación.

—Vamos á ver, ¿para cuál de las dos me llaman?—dijo el veterinario, que tenía siempre buen humor y ganas de broma.

Y en seguida, tuteando á Elisa,

—Vamos, muchacha—dijo—si no es para tí, hazme el favor de ir á meterte en la cama, que buena falta te hace.

Ella no contestó ni se fué. El veterinario estaba ya examinando la vaca.

—¡Demonio! este animal se halla en un estado

endiablado. Siempre váis á llamarme demasiado tarde..... y habéis tirado, según veo. ¡Eh! ¡Siempre lo mismo, condenados! preferís tener el becerro en dos pedazos, á esperar que venga naturalmente y como Dios manda. ¡Torpes!

Todos escuchaban con cara triste, la cabeza baja, con ademán respetuoso y desesperado; solamente la Frimat se mordía los labios con aire desdenoso y despreciativo. El veterinario se quitó el gabán, se remangó las mangas de la camisa, metió los pies del becerro, después de haberlos atado con un cordel para poder sacarlos cuando conviniere, y metió la mano derecha.

— ¡Demonio! — replicó al cabo de un momento — ¡lo mismo que suponía yo! La cabeza está doblada hacia la izquierda, y aunque hubiéseis estado tirando hasta mañana no hubierais logrado nada..... Y sabed, hijos míos, que está muy malo vuestro becerro. No tengo ganas de romperme los dedos volviéndolo, porque además no conseguiría nada y lastimaría á la madre.

Francisca se echó á llorar.

— Señor Patoir, ¡por Dios, salvad nuestra vaca!..... ¡Pobrecilla Coliche, que me quiere tanto!.....

Y Elisa en medio de sus dolores, y Buteau bueno y sano y tan sensible al mal ajeno, se lamentaba, se enternecía, formulando la misma súplica.

— ¡Salvad nuestra vaca, nuestra vaca vieja, que nos da tan buena leche desde hace no sabemos cuántos años!..... ¡Salvadla, señor Patoir!

— Pero entendámonos; porque no tengo más remedio que destrozar el becerro.

— ¡Ah! bueno; ya tendrá otro..... ¡Pero salvad nuestra vaca, señor Patoir, salvadla!

Entonces el veterinario, que había llevado un gran delantal azul, hizo que le prestasen un pantalón de tela; se desnudó por completo en un rincón detrás de la otra vaca, y se puso luego el pantalón y el mandil encima, atado á la cintura. Cuando se presentó, con su cara de dogo, gordo y pequeñuelo y en aquel traje ligerísimo, la Coliche levantó la cabeza, dejó de quejarse y lo contempló, admirada sin duda. Pero nadie sonrió siquiera; de tal manera la impaciencia y el temor encogían los corazones.

— ¡Encended velas!

Hizo que colocasen cuatro en el suelo, se echó boca abajo, en la paja, detrás de la vaca que ya no podía levantarse. Por un instante permaneció inmóvil, con la nariz metida entre las ancas de la bestia. Luego se decidió á tirar del cordel y sacar de nuevo las patas del becerro, las cuales examinó atentamente. A su lado había puesto una pequeña caja larga y estrecha; se apoyó sobre su codo, y ya tocaba el bisturí cuando un gemido angustioso y profundo le asombró y le hizo sentarse.

— ¡Cómo! ¿todavía estás ahí?..... Bien decía yo que no era la vaca — exclamó dirigiéndose á Elisa.

Esta, acometida por los dolores grandes, hacía fuerzas y empujaba, con las caderas destrozadas ya.

— ¡Demonio! ¡Véte de aquí, sal como puedas del paso, y déjame que salga yo como Dios me dé á entender del mío! ¡Me estorbas porque me pones nervioso; palabra de honor! No des gritos ahí detrás. ¡Vamos, juicio! Lleváosla vosotros de aquí.

La Frimat y la mujer de Becú se decidieron á coger á Elisa cada una por debajo de un brazo y á llevársela á su cuarto. Ella se abandonaba, porque ya no le quedaban fuerzas para resistir. Pero al pasar por la cocina, donde ardía una sola vela, exigió que dejaran todas las puertas abiertas para estar así más cerca.

Ya la Frimat había preparado la cama para el parto, siguiendo la costumbre del campo: una sábana en medio de la habitación sobre un montón de paja y tres sillas boca abajo. Elisa se echó, se espatarró acompañándose en una de las sillas, con un pie en la otra y otro en la tercera. Ni siquiera se había desnudado; sus pies se retorcían dentro de los zuecos, sus medias azules subían hasta las rodillas, y las sayas remangadas hasta la cabeza, no descubrían más que un vientre monstruoso y sus muslos gordos y blancos.

En el establo Buteau y Francisca alumbraban al veterinario en cuclillas, en tanto que Patoir, tendido otra vez en la paja, practicaba con el bisturí una sección en el costado izquierdo. Desprendió la piel y tiró, dejando aquel sitio en carne viva. Pero Francisca, pálida, desfalleciente, dejó caer la vela y escapó gritando:

—¡Pobrecilla Coliche!..... ¡No quiero ver eso! ¡no quiero ver eso!

Patoir se puso furioso, tanto más cuanto que tuvo que levantarse para evitar un principio de incendio determinado en la paja por la caída de la vela.

—¡Maldita muchacha! ¡es nerviosa como una princesa!..... ¡Nos va á ahumar como si fuésemos jamones!

Francisca, sin dejar de correr, había ido á sentarse en una silla en el cuarto donde paría su hermana, cuyos dolores y quejidos no la extrañaban, como si fuesen la cosa más natural del mundo después de lo que acababa de ver. Con un gesto rechazó la visión de aquellas carnes desgarradas, y contó tartamudeando lo que le estaban haciendo á la vaca.

— Eso no puede ser, es necesario que yo vaya — dijo de repente Elisa, — quien, á pesar de sus dolores, hizo un esfuerzo para levantarse de entre las tres sillas.

Pero la Frimat y la Becú enfadadas la tenían á la fuerza en su sitio.

— Vamos, ¿queréis estaros quieta? ¿qué demonios tenéis en el cuerpo?

Y la Frimat añadió:

— ¡Bien! también vos vais á romperos ahora.

Y en efecto, las aguas habían salido con violencia, y empaparon en un momento la sábana y la paja, y los últimos dolores expulsivos comenzaron á ser furiosos. El vientre, desnudo, empujaba á pesar suyo la hinchazón como si fuera á romperse, en tanto que las piernas, metidas en sus medias azules, se replegaban y se abrían con un movimiento inconsciente, parecido al de la rana cuando va á zambullirse en el agua.

— Vamos — replicó la Becú, — para tranquilizarnos iré yo á ver qué pasa y os traeré noticias.

Desde aquel momento no hizo más que correr de la alcoba al establo, y hasta para ahorrarse carreras daba las noticias á grito pelado desde la puerta de la cocina. El veterinario continuaba su operación en medio del estiércol empapado en san-



gre; una operación penosa y sucia, de la que saldría endiabladamente manchado desde los pies á la cabeza.

—Esto va bien, Elisa—gritaba la Becú.—Empujad sin miedo.... Ya va saliendo; ahora van á arrancar la cabeza.... Ya la tiene.... ¡anda, anda, qué cabeza tenía el demonio del becerro!.... Ya se acaba.... ahora sale todo el cuerpo como si fuese una masa....

Elisa acogía cada frase relatando la operación, con un suspiro desgarrador, y no se sabía si sufría por ella misma ó por el becerro.

De pronto apareció Buteau con la cabeza que le quería enseñar. Aquello fué una exclamación general.

—¡Oh! ¡qué becerro tan hermoso!

Ella, sin cesar de trabajar, empujando cada vez con más fuerza, con los músculos en tensión, los muslos hinchados, parecía presa de una desesperación inconsolable.

—¡Dios mío! ¡qué desgracia!.... ¡Oh! ¡qué hermoso becerro, Dios mío!.... ¡Qué desgracia! ¡un becerro tan hermoso como nunca habíamos visto!

Francisca se lamentaba igualmente, y las lamentaciones se volvieron tan agresivas, tan llenas de reticencias hostiles, que Patoir se ofendió. Acudió á la alcoba, aunque por decencia se detuvo en la puerta.

—Oíd, yo os lo advertí á tiempo.... Me suplicasteis que salvara la vaca.... ¡Yo os conozco mucho, bribones! ¡No vayáis á contar por ahí que yo os he matado el becerro, eh!

—No, no por cierto—murmuró Buteau, vol-

viendo al establo con él;—pero, en fin, la verdad es que vos lo habéis hecho pedazos.

En el suelo, Elisa, tendida entre las tres sillas, sentíase por todo el cuerpo un escalofrío que le arrancaba de los costados y recorría sus muslos incesantemente y como si se le fueran á abrir las carnes.

Y Francisca, que en su desolación no había visto nada hasta entonces, se quedó bruscamente estupefacta, en pie delante de su hermana, cuya desnudez le parecía recrudecida y monstruosa por la figura que hacían las piernas abiertas y en medio la enorme bola del vientre hinchado. Todo aquello era tan inesperado, tan desfigurado, tan enorme, que ni siquiera le dió rubor. Jamás se hubiera podido imaginar una cosa semejante; parecía la boca de un enorme tonel desfondado, la ventana abierta de un pajar sombreado por una maleza espesa y muy negra. Luego, cuando observó que otra bola más pequeña, la cabeza de la criatura, salía y entraba á cada nuevo esfuerzo, en un perpétuo juego de escondite, se sintió acometida de unas ganas de reír tan violentas que tuvo que toser para que no sospecharan que tenía mal corazón.

—Un poco de paciencia todavía—declaró la Frimat.—Esto ya viene.

Se había arrodillado entre las piernas, observando á la criatura y dispuesta á recibirla. Pero andaba bromeando, como decía la Becú; hubo un momento en que se marchó del todo como si no pensara volver á salir. Entonces solamente se arrancó Francisca á la fascinación de aquel agujero que tanto la intrigaba, y sintió cierta turbación extraña que le hizo acercarse á su hermana y

cogerle la mano y compadecerse y volver su vista á otra parte.

—¡Pobre Elisa! ¡cuánto sufres!

—Sí, sí, y nadie me compadece..... Si me compadecieran..... ¡Ay! ¡ay! ¡otra vez! ¿No acabará de salir nunca?

La cosa podía durar largo rato todavía, y en eso estaban pensando cuando se oyeron voces que salían del establo. Era Patoir que asombrado de ver que la Coliche se agitaba y se quejaba todavía, había sospechado la presencia de un segundo becerro; y en efecto, metiendo bien la mano había sacado uno, sin dificultad ninguna esta vez, como quien saca un pañuelo del bolsillo. Su alegría de hombre gordo y bromista fué tan grande que, olvidó la decencia y acudió á la alcoba de la parturiente llevando al becerro en brazos y seguido de Bateau que también bromeaba.

—¡Eh, amigas! ¡queríais uno, no es verdad? Pues aquí está ya.

Y reventaba de risa, envuelto en su delantal y casi desnudo, con el cuerpo lleno de estiércol y llevando en los brazos al becerro mojado todavía. El bueno del veterinario parecía borracho.

En medio de la aclamación general, Elisa al verlo fué acometida de un acceso de risa irresistible, interminable.

—¡Oh! ¡qué raro está! ¡oh! ¡qué barbaridad hacerme reír así!..... ¡Oh! ¡ay! ¡ay! ¡Cómo me duele!..... ¡Me muero!..... ¡No, no me hagáis reír más, ó me muero!

La risa hervía en el fondo de su abultado pecho, descendía al vientre y allí rujía como un viento de tempestad. Estaba sin poderse mover, y la ca-

beza de la criatura había recobrado su movimiento de adentro á afuera como una pelota que rebota, disponiéndose á partir como un rayo lanzado contra la pared.

Peró el colmo fué cuando el veterinario, después de colocar el becerro delante de sí, quiso secarse con el revés de la mano el sudor que le inundaba la frente. Se llenó todo de un rastro de estiércol y sangre; todos se desternillaban de risa, y la parturiente se sofocaba dejando escapar gritos agudos parecidos al cacarear de una gallina al poner un huevo.

—¡Me muero, acabad! ¡Maldito bufón, que me hace reír como una local!.... ¡Ah! ¡Dios mío, Dios mío, voy á reventar!.....

El agujero obscuro se agrandó todavía más, hasta el punto de que la Frimat, que seguía arrodillada, parecía en peligro de desaparecer por él; y de un golpe, como si aquella fuese una mujer-cañón, la criatura salió, roja, con las extremidades muy pálidas. Oyóse solamente el ruido de agua que produce al vaciarse una gran tinaja. Luego el recién nacido empezó á chillar, en tanto que la madre con sacudimientos nerviosos reía cada vez más. Por un lado chillidos y por el otro risotadas. Y Bateau se golpeaba los muslos, la Becú se sujetaba los costados, Patoir reía como un loco, y hasta la misma Francisca, á quien su hermana había destrozado la mano en su último esfuerzo, satisfacía á su antojo la contenida curiosidad contemplando aquello que le parecía una verdadera catedral donde debía haber todo el cuerpo del marido.

—Es una niña—declaró la Frimat.

—No, no—dijo Elisa,—no quiero, quiero un muchacho.

—Pues entonces, te la vuelvo á meter y mañana haces un chico.

Las risotadas volvieron á comenzar. Luego la parturiente, que poco á poco iba calmándose al ver allí al becerrillo, dijo:

—¡El otro era muy hermoso..... y además hubiéramos tenido dos!

Patoir se marchó después de hacer beber á la Coliche dos litros de vino con azúcar. En la alcoba la Fimat desnudó y acostó á Elisa, en tanto que la Becú, ayudada por Francisca, quitaba la paja con una escoba. En diez minutos todo quedó en orden, nadie hubiese sospechado que acababa de haber un parto, á no ser por los lloros de la recién nacida, á la cual estaban lavando con agua templada. Poco después de metida en su envoltura fué poco á poco calmándose, y la madre, rendida, se durmió con pesado sueño, con la cara congestionada, casi negra, resaltando sobre el embozo de la sábana de tela morena.

A eso de la media noche, cuando las dos vecinas se hubieron marchado, Francisca dijo á Buteau que lo mejor que podía hacer era ir á descansar un rato al pajar. Ella había echado un colchón en el suelo con objeto de pasar la noche en la alcoba de su hermana. Él no contestó, y acabó de fumar silenciosamente la pipa. Reinó una profunda calma, en medio de la cual sólo se oía la fatigosa respiración de Elisa. Luego, cuando Francisca se arrojaba en el colchón al pie mismo de la cama en un rincón, Buteau, que continuaba silencioso, se levantó y la derribó violentamente, cogiéndola por

detrás. Ella se volvió y lo comprendió todo en un instante, al ver su cara enrojecida y descompuesta.

Sentiase acometido de los mismos deseos otra vez; no había renunciado á poseerla, y era preciso que sus deseos fueran bien vehementes para que se acordase de ellos allí, al pie mismo de la cama de su mujer, después de escenas nada halagüeñas por cierto. Ella le rechazó y le hizo caer al suelo. Hubo una lucha sorda, jadeante.

Él con la voz entrecortada murmuraba:

—Vamos, ¿qué te importa?..... ¿Acaso no sirvo para las dos?

Ella conocía bien y sabía que no gritaría. Y en efecto, Francisca se resistía sin hablar palabra, demasiado orgullosa para llamar á su hermana, no queriendo que nadie, ni aun ella, se mezclase en sus cosas. El la ahogaba y estaba á punto de vencerla.

—¡Sería eso tan buenol..... Puesto que vivían juntos, no habría que separarse nunca más.....

Pero se oyó un grito de dolor. Silenciosamente ella le había clavado las uñas en el cuello; él, furioso entonces, hizo alusiones á Juan.

—¡Si te has creído que te vas á casar con ese cochino, te equivocas..... mientras no seas mayor de edad!

Esta vez, como él la violentaba por debajo del vestido con mano brutal, ella le dió un puntapié tal en el bajo vientre, que Buteau rugió de dolor. De un salto se puso en pie, asustado, mirando á la cama. Su mujer dormía tan profundamente que ni siquiera se había movido. Él se marchó haciendo un gesto terriblemente amenazador.

Cuando Francisca se hubo echado en el colchón, en medio de la tranquilidad que reinaba en la alcoba, permaneció con los ojos muy abiertos. No quería; jamás dejaría que se lo hiciesen, aunque tuviese deseos. Y se admiraba, porque la idea de que se podía casar con Juan no se le había ocurrido nunca.

## VI.

Desde hacía dos días Juan estaba ocupado trabajando en las parcelas que tenía Hourdequin cerca de Rognes, y donde éste había instalado cierta máquina agrícola de vapor, alquilada á un industrial de Chateaudun que la paseaba desde Bonneval á Cloyes. Con su carro y sus dos caballos el joven llevaba las gavillas á las eras cercanas, y luego llevaba el trigo á la granja, en tanto que la máquina, dando resoplidos desde por la mañana hasta por la noche, llenaba el campo de enormes y continuos ronquidos.

Juan estaba malo, rompiéndose la cabeza buscando cómo volver á poseer á Francisca. Hacía precisamente un mes que la había conseguido allí mismo, entre aquellos trigos que estaban segando, y siempre se escapaba llena de miedo. Juan desesperaba de conseguirla nunca más, y por lo mismo era el suyo un deseo creciente, una pasión avasalladora, enloquecedora. Mientras guiaba las caballerías, se preguntaba qué por qué no había de ir derecho á casa de los Buteau para pedir sin ambages á Francisca en matrimonio. Nada todavía le había hecho romper con ellos de una manera os-

tensible y definitiva. Los saludaba al pasar por la casa, y si dejaba de entrar era obedeciendo á un simple escrúpulo de muchacho cogido en falta. Tan pronto como esa idea del matrimonio se le apareció como único medio de poseer á la muchacha, se persuadió de que aquel era su deber y de que sería un mal hombre si no se casaba con ella.

Sin embargo, al día siguiente, cuando Juan volvió al trabajo, le acometió el miedo. Jamás se hubiera atrevido á dar aquel paso si no hubiese visto á Francisca y á Buteau que se iban juntos á trabajar en el campo. Pensó que Elisa siempre le había estimado y que temblaría menos delante de ella, y se escapó un momento, después de haber confiado las caballerías á su compañero.

—¡Hola! ¡sois vos Juan!—exclamó Elisa, que ya estaba levantada después del parto. Ya no se os ve. ¿Qué pasa?

Él se excusó. Luego, apresuradamente, con la brutalidad propia, abordó el asunto; y tan torpemente, que al principio pudo creer que se trataba de una declaración á ella, porque empezó á recordarle que la había amado y que de buena gana la hubiese hecho su esposa. Pero en segunda añadió:

—Por lo cual también me casaría con Francisca si me la diesen.

Elisa le miró tan sorprendida, que él, turbado, empezó á tartamudear.

—¡Oh! Ya sé yo que estas cosas no se hacen así.... Por eso no quería más que hablar de ello.

—¡Diablo!—respondió ella;—me sorprende á causa de la diferencia de edades que hay entre vosotros, y por eso no me lo esperaba.... En primer lugar, habría que saber lo que piensa Francisca.

Cuando Francisca se hubo echado en el colchón, en medio de la tranquilidad que reinaba en la alcoba, permaneció con los ojos muy abiertos. No quería; jamás dejaría que se lo hiciesen, aunque tuviese deseos. Y se admiraba, porque la idea de que se podía casar con Juan no se le había ocurrido nunca.

## VI.

Desde hacía dos días Juan estaba ocupado trabajando en las parcelas que tenía Hourdequin cerca de Rognes, y donde éste había instalado cierta máquina agrícola de vapor, alquilada á un industrial de Chateaudun que la paseaba desde Bonneval á Cloyes. Con su carro y sus dos caballos el joven llevaba las gavillas á las eras cercanas, y luego llevaba el trigo á la granja, en tanto que la máquina, dando resoplidos desde por la mañana hasta por la noche, llenaba el campo de enormes y continuos ronquidos.

Juan estaba malo, rompiéndose la cabeza buscando cómo volver á poseer á Francisca. Hacía precisamente un mes que la había conseguido allí mismo, entre aquellos trigos que estaban segando, y siempre se escapaba llena de miedo. Juan desesperaba de conseguirla nunca más, y por lo mismo era el suyo un deseo creciente, una pasión avasalladora, enloquecedora. Mientras guiaba las caballerías, se preguntaba que por qué no había de ir derecho á casa de los Buteau para pedir sin ambages á Francisca en matrimonio. Nada todavía le había hecho romper con ellos de una manera os-

tensible y definitiva. Los saludaba al pasar por la casa, y si dejaba de entrar era obedeciendo á un simple escrúpulo de muchacho cogido en falta. Tan pronto como esa idea del matrimonio se le apareció como único medio de poseer á la muchacha, se persuadió de que aquel era su deber y de que sería un mal hombre si no se casaba con ella.

Sin embargo, al día siguiente, cuando Juan volvió al trabajo, le acometió el miedo. Jamás se hubiera atrevido á dar aquel paso si no hubiese visto á Francisca y á Buteau que se iban juntos á trabajar en el campo. Pensó que Elisa siempre le había estimado y que temblaría menos delante de ella, y se escapó un momento, después de haber confiado las caballerías á su compañero.

—¡Hola! ¡sois vos Juan!—exclamó Elisa, que ya estaba levantada después del parto. Ya no se os ve. ¿Qué pasa?

Él se excusó. Luego, apresuradamente, con la brutalidad propia, abordó el asunto; y tan torpemente, que al principio pudo creer que se trataba de una declaración á ella, porque empezó á recordarle que la había amado y que de buena gana la hubiese hecho su esposa. Pero en seguida añadió:

—Por lo cual también me casaría con Francisca si me la diesen.

Elisa le miró tan sorprendida, que él, turbado, empezó á tartamudear.

—¡Oh! Ya sé yo que estas cosas no se hacen así.... Por eso no quería más que hablar de ello.

—¡Diablo!—respondió ella;—me sorprende á causa de la diferencia de edades que hay entre vosotros, y por eso no me lo esperaba.... En primer lugar, habría que saber lo que piensa Francisca.

Juan había ido firmemente resuelto á contar todo lo que había sucedido, á fin de hacer indispensable la boda; pero en el momento preciso tuvo escrúpulos y no se atrevió. Si Francisca no se había confesado á su hermana, si nadie sabía una palabra, ¿tendría él derecho á ser el primero en hablar? Esto le desanimó, porque empezó á considerarse en ridículo á causa de sus treinta y tres años.

—Claro está—murmuró Juan—que tendríamos que hablarle de ello, porque no la íbamos á obligar á la fuerza.

Cuando hubo pasado el asombro de Elisa, ésta le miró con aire alegre y amistoso como siempre, porque evidentemente la cosa no le desagradaba; por lo mismo estuvo con él muy amable.

—Ello ha de ser como la muchacha quiera, Juan.... Yo no soy de la opinión de mi marido, que se empeña en decir que es demasiado joven todavía. Va para los diez y ocho años, y está tan desarrollada, que bien podría con dos maridos en vez de uno.... Y además, por mucho que se quieran los hermanos, la verdad es que ahora que ya es una mujer preferiría tener en casa una criada y que ella estuviese siempre con un marido.... Si dice que sí, casaos con ella. Sois un buen sujeto, y además, los gallos suelen ser mejor que los muy pollos para maridos.

Era aquello un eco que se le escapaba á su pesar, de la desunión lenta, pero creciente é invencible, que iba cundiendo entre ella y su hermana menor; esa hostilidad agravada por los pequeños rozamientos diarios de la vida en común; un sordo fermento de celos y de odio que laboraba en el interior de aquella casa desde que había allí un

hombre con sus voluntades y sus apetitos de macho.

Juan, muy contento, la abrazó y le dió un beso sonoro en cada mejilla, cuando Elisa añadió:

—Precisamente hoy es el bautizo de mi niña, y tendremos aquí la familia á comer.... Os convidó, y la pediréis al tío Fouan, que es el tutor, si Francisca acepta vuestras proposiciones.

—¡Convenido!—contestó él;—¡hasta la tardel  
Y fué á reunirse con sus caballerías á paso ligero, y las hizo trabajar todo el día á latigazo limpio, como si estuviese impaciente y creyera que de aquel modo iba á durar menos la jornada.

Los Bateau, con efecto, bautizaban aquel día á su hija, después de muchos retrasos y aplazamientos. En primer lugar, Elisa había exigido que no se hiciese hasta que ella estuviese fuerte del todo, porque quería despacharse á su gusto en la comida. Luego, trabajada por una idea de ambición, se había obstinado en que el Sr. Charles y su mujer fuesen el padrino y la madrina, y como éstos por condescendencia habían aceptado, fué necesario esperar á la señora de Charles, que acababa de marcharse á Chartres á dar una vuelta al establecimiento de su hija; estaban en la feria de Septiembre, y la tienda de la calle de los Judíos se veía constantemente llena de gente. Además, según Elisa había dicho á Juan, iban á estar enteramente en familia: Fouan, la Grande, los de Delhomme, además del padrino y la madrina.

Pero en el momento preciso se presentaron serias dificultades con el cura, el padre Godard, que estaba ya cansado de Rognes. Habíase resignado á todo con paciencia: al paseo de seis kilómetros

que le costaba cada misa, á las inaguantables exigencias de un pueblo que no tenía verdaderos sentimientos religiosos, en tanto que había esperado que el Ayuntamiento se decidiera á permitirse el lujo de tener parroquia. Pero ya no podía tener más paciencia, en vista de que el Ayuntamiento se obstinaba en no hacer obra en la iglesia, y de que el alcalde Hourdequin declaraba sin cesar que el presupuesto municipal estaba harto recargado. Solamente el secretario Macqueron transigía con los curas, con sus sordas miras ambiciosas. Y el abate, que ya no tenía para qué guardar consideraciones ni disimulos, trataba á Rognes con mucha dureza, no le concedía más culto que el estrictamente necesario, sin gangas de oraciones demás, ni funciones extraordinarias, ni velas ni incienso quemados sin precisión. Así es que vivía en perpetua guerra con las mujeres del pueblo. En Junio, sobre todo, había sido librada una verdadera batalla reñidísima á propósito de la primera comunión.

Cinco chicos, dos niñas y tres muchachos asistían á la clase de catecismo que él explicaba los domingos después de misa; y en vez de haber ido él mismo á confesarlos como era natural, se empeñó en que los muchachos fueran á Bazoches-le-Doyen. Aquello fué motivo para el primer levantamiento femenino: ¡muchas gracias! ¡tres cuartos de hora para ir y otro tanto para volver! ¿quién sabe lo que podía suceder dejando ir así solos á los chicos con las chicas? Luego surgió la revolución tempestuosa, terrible, cuando se negó terminantemente á celebrar en Rognes la ceremonia de la misa mayor cantada y todo lo demás. Se empe-

ñaba en celebrarla en su parroquia, y los cinco chicos podían ir si querían, y si no, que lo dejaran. Durante quince días, en la fuente, todas las mujeres chismorrearon de lo lindo á propósito de esto: — ¡Cómo! ¡los bautizaba, los casaba, los enterraba en su pueblo, y luego no podía darles la comunión como Dios manda y como debe hacerse! — El cura se obstinó; no dijo más que una misa rezada, y despachó á los cinco nuevos comulgantes, sin añadir ni una flor, ni un *Oremus* de consuelo; y cuando las mujeres, llorosas de rabia al ver de qué modo se las trataba, le suplicaron que por lo menos cantase las vísperas por la tarde, el padre Godard se puso furioso. — ¡No por cierto! les daría lo que les debía: hubieran tenido misa mayor y vísperas y todo en Bazoches, si sus malas cabezas no les hubieran puesto en rebelión contra el mismo Dios. — Después de estos incidentes era inminente el rompimiento entre el padre Godard y el pueblo de Rognes; el rozamiento más insignificante determinaría la catástrofe.

Cuando Elisa fué á ver al cura para lo del bautizo de su hija, él habló de hacerlo el domingo después de misa. Pero ella le suplicó que volviese el martes á las dos, porque la madrina no estaría de vuelta de Chartres hasta ese día por la mañana, y el cura acabó por consentir, recomendando mucho que fuesen muy exactos, porque estaba decidido á no esperar ni un segundo.

El martes, á los dos de la tarde en punto, el padre Godard estaba en la iglesia, sofocado por la carrera que había dado, y hecho una sopa á causa de la lluvia que le había sorprendido en el camino. Nadie había llegado todavía. No se veía más que

á Hilario á la entrada de la nave principal, bariendo un rincón de la capilla bautismal que estaba lleno de basuras y de pedazos de madera vieja. Desde la muerte de su hermana el enfermo vivía de la caridad pública, y el cura, que de vez en cuando le daba monedas de veinte sueldos, había tenido la idea de ocuparlo en aquella limpieza, cien veces decidida y otras tantas aplazada. Durante algunos minutos estuvo viendo con interés aquel trabajo. Luego sintió los primeros síntomas de mal humor, después se puso furioso.

—¡Ah! ¿qué es eso? ¿se estarán burlando de mí? Ya son las dos y diez.

Al asomarse á la puerta para mirar á la casa de los Buteau, silenciosa y cerrada, vió al guarda de campo que esperaba bajo el porche fumando tranquilamente su pipa.

—¡Tocad, Becú!—gritó el cura.—Eso les hará venir á esos tunantes.

Y Becú, borracho como siempre, se colgó de la cuerda de la campana. El cura había ido á ponerse la sobrepelliz. Desde el domingo antes tenía preparada el acta en el libro de registro, y pensaba despachar la ceremonia él solo, sin ayuda de monaguillos, que le hacían siempre rabiar. Cuando todo estuvo dispuesto, se impacientó de nuevo. Habían transcurrido otros diez minutos: la campana seguía tocando monótona, terca, desesperante, en medio del silencio profundo que reinaba en la aldea.

—¿Pero qué demonios hacen? ¡Es cosa de ir á buscarlos con un palo!

Al fin vió salir de casa de Buteau á la Grande, que caminaba con su aspecto majestuoso de Reina,

tan derecha y seca como un palo, á pesar de sus ochenta y cinco años. La familia tenía un verdadero disgusto: todos los convidados estaban allí, á excepción de la madrina, á quien desde por la mañana estaban esperando inútilmente, y el señor Charles, confuso y turbado, repetía sin cesar que era aquello muy extraño; que había tenido carta precisamente la noche antes, y que de seguro la señora de Charles, que sin duda se habría detenido sabe Dios por qué en Cloyes, debía llegar por fuerza de un momento á otro.

Elisa, inquieta, sabiendo que al cura no le gustaba esperar á nadie, había tenido la idea de enviarle á la Grande para conseguir que tuviese un poco de paciencia.

—¿Qué pasa?—le preguntó él desde lejos.—¿Va á ser hoy, ó mañana?.... Sin duda os habéis figurado que Dios está á vuestras órdenes.

—Ya vienen, señor cura, ya vienen—respondió la anciana con calma impasible.

Precisamente Hilario sacaba en aquel momento la última espuerta de basura. Balanceábase sobre sus piernas temblonas, pero no se doblaba á pesar de ir tan cargado, porque era más sólido que una peña y tenía una fuerza muscular capaz de vencer la de un toro. Su hocico de conejo salivaba sin que ni una sola gota de sudor mojara su piel ne-gruzca.

El padre Godard, indignado por la flemma de la Grande, cayó sobre ella.

—Vamos á ver, Grande; ahora que os tengo aquí, decidme si es caritativo que vos que sois rica y no tenéis más que ese nieto le dejéis pidiendo limosna por esos caminos de Dios.



Ella replicó con dureza:

—La madre me desobedeció, y su hijo no me toca nada por lo tanto.

—Pues bien; ya os he dicho, y os lo repito ahora, que iréis al infierno si tenéis tan mal corazón.... El otro día, á no ser por mí, se hubiese muerto de hambre, y hoy me he visto obligado á inventar un trabajo para él.

Al oír la palabra infierno, la Grande hizo una mueca desdenosa. Como ella decía siempre, el infierno está en este mundo para los pobres. Pero la vista de Hilario llevando espuertas de escombro la hacía reflexionar mucho más que las amenazas del cura. La vieja estaba sorprendida, porque nunca hubiera creído que aquel patizambo tuviese tanta fuerza.

—Si quiere trabajo—replicó la vieja por fin,—puede ser que se lo encontremos.

—Su sitio está en vuestra casa; lleváoslo, Grande.

—Ya veremos; que vaya mañana.

Hilario, que había comprendido, se puso á temblar tan terriblemente, que por poco se rompe los dos pies al dejar caer un escombro enorme que se salió de la espuerta. Al marcharse dirigió una mirada furtiva á su abuela, una mirada de animal castigado, medroso y sometido.

Pasó otra media hora. Becú, cansado de tocar, fumaba otra vez al sol. Y la Grande, silenciosa, imperturbable, permanecía allí como si con su presencia estuviesen cumplidos los deberes de cortesía que todos tenían con el cura; en tanto que éste, cada vez más exasperado, iba á cada momento á la puerta de la iglesia con objeto de lan-

zar á través de la plaza desierta una mirada furiosa á la casa de los Buteau.

—¡Tocad otra vez, Becú!—gritó de repente.—¡Si dentro de tres minutos no están aquí, me voy!

Entonces, en el volteo enloquecedor de la campana, que hizo salir volando precipitadamente á los cuervos que cuidaban en el campanario, vanse á los Buteau que salían uno á uno y empezaban á cruzar la plaza. Elisa estaba consternada porque la madrina no llegaba, y habían decidido encaminarse poquito á poco á la iglesia, con la esperanza de que mientras tanto llegaría. No había más que cien metros de distancia, y el padre Godard les metió prisa.

—¡Preguntadles si se están burlando de mí! Soy demasiado complaciente, y hace media hora que estoy aquí.... ¡Vamos, pronto, pronto!

Y como ya habían llegado, á empujones los metió en la iglesia, á la madre que llevaba en brazos á la recién nacida, al padre, al abuelo Fouan, al tío Delhomme, á la tía Fanny y hasta al Sr. Charles, que iba muy digno y vestido de levita negra, cual corresponde á un padrino.

—Señor cura—dijo Buteau con un tono de humildad exagerada, en el cual se transparentaba cierta malicia,—si fueseis tan amable que nos hicieseis la bondad de esperar un poquito....

—Esperar, ¿á quién?

—Pues á la madrina, señor cura.

El padre Godard se puso colorado como una amapola, y ahogado por la rabia balbuceó:

—¡Buscad otra!

Todos se miraron; Delhomme y Fanny menearon la cabeza, en tanto que Fouan declaró:

—Eso no puede ser; sería una tontería.

—Mil perdones, señor cura—dijo el señor Charles, que creyó deber intervenir, explicando las cosas como hombre de buena educación,—tenemos la culpa y no la tenemos.... Mi mujer nos había escrito formalmente que vendría anoche ó esta mañana. Está en Chartres....

El padre Godard tuvo un sobresalto, y fuera de sí, olvidándose por completo de todas las conveniencias:

—¡En Chartres, en Chartres!—exclamó.—Siento por vos que intervengáis en esto, señor Charles. Pero así no podemos continuar; no, no he de tolerar por más tiempo....

Y se puso cada vez más furioso.

—Aquí no se sabe cómo ofender á Dios en mi persona; esto es un nuevo bofetón como los que llevo cada vez que vengo á Rognes.... Pero ahora voy á cumplir las amenazas que he formulado otros días, y me voy para no volver jamás. Decidle eso al alcalde; buscad un cura y pagadlo si queréis tenerlo.... Yo por mi parte hablaré á Monseñor, le contaré quién sois vosotros, y estoy seguro que me dará la razón.... Sí, ya veremos quién será el castigado. Vais á vivir sin cura como los animales....

Todos le escuchaban con curiosidad, pero en el fondo con la perfecta indiferencia de las gentes prácticas que maldito si creen en el Dios de las cóleras y de los castigos. ¿Á qué venía apurarse ni abatirse, ni comprar el perdón de sus pecados, puesto que la idea del diablo sólo les hacía reír, y puesto que habían dejado de creer que el viento y el granizo y el rayo estuviesen en manos de un

amo vengador? Todo eso era perder tiempo; mejor era guardar sus respetos y sus temores para los gendarmes del Gobierno, que eran los más fuertes.

El padre Godard vió á Buteau burlón, á la Grande desdenosa, Delhomme y Fonan muy fríos, y se enfureció al considerar que aquella gente no tenía temor de Dios.

—¡Ya sé yo que vuestras vacas tienen más religión que vosotros!.... ¡Adiós! y meted al chiquillo en el río si queréis bautizarlo, salvajes!

Corrió á la sacristía á arrancarse rápidamente la sobrepelliz, volvió á cruzar la iglesia y se fué hecho una turia y tan bestialmente, que las gentes que estaba allí para asistir al bautizo no tuvieron tiempo de decir una palabra y se quedaron con la boca abierta y los ojos espantados.

Pero lo peor fué que en aquel momento, mientras el cura se encontraba en la calle Nueva con Macqueron, vióse llegar por la carretera un cochecillo donde venían la señora de Charles y Elodia. La primera dijo que se había detenido en Chateaudem deseosa de abrazar á su nieta y que la habían permitido salir del colegio para pasar dos días con ella. La buena señora se mostraba desolada por haber hecho esperar con su tardanza, y declaró que ni siquiera había querido pasar por Roseblanche á dejar su maleta.

—Es menester alcanzar al cura, dijo Elisa, porque solamente á los perros no se les bautiza.

Buteau echó á correr; pero el padre Godard le llevaba mucha delantera, había pasado el puente y subido la colina, y ya no se le veía más que en lo alto del montecillo.

—¡Señor cura, señor cura!

Éste acabó por volver la cabeza y detenerse.

—¿Qué?

—Ahí está la madrina.... El bautismo no se le niega á nadie.

Por un instante permaneció inmóvil. Luego, con el mismo paso precipitado, comenzó á bajar la falda de la colina siguiendo al labrador, y así llegaron los dos á la iglesia sin haber cruzado una sola palabra. La ceremonia fué muy precipitada; el cura no dejó concluir el *Credo* á los padrinos, ungió á la criatura, le aplicó la sal y le echó el agua con ademán violento. Ya estaba haciendo que firmasen en el libro del registro, cuando la señora de Charles le dijo:

—Señor cura, os traigo una caja de dulces, pero la traigo en la maleta.

Él hizo un gesto para dar las gracias y se fué después de repetir, volviéndose hacia todos:

—¡Y adiós para siempre!

El matrimonio Buteau y su familia, sofocados por las prisas con que les habían hecho hacer todo, le vieron desaparecer por la esquina de la plaza envuelto en su negra sotana. Toda la gente de la aldea estaba en el campo; en la plaza sólo se veían tres chiquillos jugando, y á lo lejos oíase sin cesar el resoplido de la trilladora de vapor, que no cesaba de trabajar un momento.

Cuando se encontraron en casa de Buteau, á la puerta de la cual esperaba el cochecillo con la maleta de la señora de Charles, todos convinieron en beber una copa y volver á la tarde para comer reunidos. No eran más que las cuatro, y ¿qué se iban á hacer hasta que diesen las siete? Entonces, cuando las copas y los jarros de á litro estuvieron

encima de la mesa de la cocina, la señora de Charles se empeñó en que le llevasen su maleta para distribuir los regalos. La abrió y sacó la envoltura y la gorrita, que llegaban un poco tarde, y después sacó las seis cajas de dulces que destinaba á la madre.

—¿Es esto de la confitería de mamá?—preguntó Elodia que los miraba con curiosidad.

La señora de Charles tuvo un momento de turbación. Después, tranquila ya, contestó:

—No, hija mía; tu madre no tiene esta especialidad.

Y volviéndose hacia Elisa:

—Sabes que también he pensado en tí para ropa blanca.... No hay cosa más útil en una casa que la ropa blanca vieja.... Se la he pedido á mi hija y he desvalijado el fondo de sus armarios.

Al oír hablar de ropa blanca todos se habían acercado: Francisca, la Grande, el matrimonio Delhomme, hasta el mismo Fouan, y formando círculo alrededor de la maleta, vieron á la anciana sacar un lío tremendo de trapos recién lavados que exhalaban, á pesar del olor de la lejía, marcado aroma de almizcle. Primero salieron sábanas finas hechas jirones, luego camisas, casi todas de mujer, desgarradas, y á las cuales evidentemente había arrancado los encajes y bordados del canesú y de las mangas.

La señora de Charles las desdoblaba, las sacudía y daba explicaciones.

—¡Caramba! Las sábanas no están nuevas, porque tienen cinco años de uso, y al fin y al cabo el roce del cuerpo las rompe. Ya veis, todas tienen un agujero muy grande en medio; pero los lados

están muy buenos y se puede cortar de ellas una multitud de cosas.

Todos se acercaban para verlas y tentarlas, haciendo movimientos de cabeza aprobatorios, las mujeres sobre todo, la Grande y Fanny, cuyos labios apretados delataban claramente la envidia que sentían. Buteau sonreía en silencio en tanto que Fouan y Delhomme denotaban con su actitud el respeto que les merecía la ropa blanca, que para ellos era la mayor riqueza del mundo, después de la tierra.

—Cuanto á las camisas—siguió diciendo la señora de Charles desdoblandolas á su vez,—miradlas; no están viejas del todo.... ¡Ah! eso sí, desgarrones no faltan, ¡un verdadero destrozo! y como no siempre se las puede zurcir, porque los zurcidos molestan y además les quitan mérito, las tiran á la ropa vieja.... Pero tú, Elisa, puedes componerlas muy bien....

—Ya lo creo que me las pondré,—dijo la campesina;—á mí no me importa llevar camisas zurcidas.

—Y yo—contestó Buteau con su aire malicioso de siempre y guiñándole el ojo,—me alegraré mucho que me hagas algunos pañuelos con ellas.

Esta vez todos rieron mucho cuando la joven Elodia, que había seguído con la vista cada sábana y cada camisa, exclamó:

—¡Oh! ¡qué olor más raro echa esta ropa.... y qué fuerte! ¿Es que toda esta ropa es de mamá?

La señora de Charles no titubeó.

—Pues es claro, hija mía.... Es decir, es la ropa de sus oficialas. Tienen que tenerla así las que se dedican al comercio.

Cuando Elisa lo hubo guardado todo en su armario con ayuda de Francisca, se brindó por fin, bebiendo á la salud de la chiquilla bautizada, á la cual la madrina había puesto de nombre Laura, que era el suyo también. Luego charlaron un rato y oyeron al señor Charles sentado en la maleta interrogando á su mujer sin esperar á verse sólo con ella, á causa de la impaciencia que sentía por saber cómo iban las cosas en Chateaudun. Aun se apasionaba con los negocios, aun pensaba en aquella casa, fundada á fuerza de energía y de trabajo y jamás olvidada. Las noticias no eran buenas. Ciertamente su hija Estrella tenía manos y buena cabeza; pero decididamente su yerno Vancogne no lo secudaba. Pasaba el día fumando y dejaba que todo se marchase y que todo se rompiera: así las cortinas del número 3 tenían muchas manchas, el espejo del saloncito rojo se hallaba con el azogue corrido, todas las cubetas y jarros de los lavabos se salían, y ni siquiera se ocupaba en esas cosas; ¡y era tan necesario el brazo de un hombre para que se respetase el mobiliario de la casa! Á cada nuevo destrozo de que el señor Charles tenía noticia, daba un suspiro, sus brazos caían y su rostro se ponía más pálido. Una última queja, murmurada en voz baja al oído fué para él el colmo.

—En fin, el mismo se ocupa con la del número 5, una gorda....

—¿Qué estás diciendo?

—Sí, estoy segura, porque los he visto.

El señor Charles temblando cerró los puños en un momento de exasperada indignación.

—¡Miserable! ¡cansar así á su personal! ¡co-

merse de ese modo el establecimiento!..... ¡Ah! eso es lo último!

Con un gesto, la señora de Charles le hizo callar, porque Elodia volvía del corral donde había ido á ver las gallinas. Bebieron otro poco de vino, cargaron la maleta en el cochecillo, y el matrimonio Charles y su nieta siguieron á pie hasta su casa. Los demás se fueron cada cual á dar una vuelta por su casa, esperando la hora para volver á comer.

Cuando se vió solo Buteau, descontento de aquella tarde perdida, se quitó la americana y se puso á machacar trigo en un rincón en el patio, porque necesitaba un saco para el día siguiente. Pero pronto se cansó de hacerlo solo, sin duda porque para animarse necesitaba la acostumbrada cadencia del golpeteo de las dos mazas y llamó á Francisca, quien á menudo le ayudaba en esa tarea, porque tenía los riñones fuertes y los puños tan duros como los de un muchacho. Á pesar de la lentitud y de la fatiga de aquel sistema primitivo se había negado siempre á emplear las trillas ordinarias, diciendo como todos los pequeños propietarios, que prefería hacerlo todos los días, sin atender más que á sus necesidades cotidianas.

—¡Eh Francisca!..... ¿Vienes?

Elisa, ocupada en otras cosas de la cocina, quiso impedir que su hermana obedeciese; pero Buteau se enfadó y habló de pegarlas á las dos.

—¡Malditas hembras! Si voy ahí, salen rodando todas las cazuelas, y vosotras con una patada en el trasero!..... Es preciso ganarse el pan, puesto que también sabéis coméroslo!

Francisca, que se había quedado ya en refajo

por miedo á coger manchas en el vestido, tuvo que obedecer, y uno y otro se pusieron á trabajar afanosos. Al cabo de un cuarto de hora, Francisca estaba con las mejillas muy coloradas, las muñecas hinchadas, toda la piel ardorosa y por entre sus labios salía fatigosa y jadeante la respiración. Y á cada golpe de maza su rodilla derecha estiraba el refajo; la cadera y el seno se hinchaban como si fueran á romper la tela; todas sus líneas se marcaban rudamente como para enseñar la desnudez de su cuerpo de mujer robusta. Se arrancó un botón del corpiño, y Buteau vió la carne blanca bajo la correcta línea del cuello que subía y bajaba acompasadamente cada vez que jugaban los músculos del brazo.

Á las siete menos cuarto, cuando comenzaba á oscurecer, se presentaron Fouan y el matrimonio Delhomme.

—¡Es menester que acabemos antes de comer!—les gritó Buteau.—¡Allá vamos! ¡Anda Francisca, valiente!

Trabajando, pues, con ardor les encontró Juan, que á su vez llegaba después de haber pedido permiso en la granja para comer fuera. Sintió celos al verlos ocupados en aquella operación, tan acompasados, tan iguales en levantar y bajar las mazas, que cualquiera les hubiese creído ocupados más en plantar un hijo que en machacar trigo.

—¿Qué vienes tú á hacer aquí?

Pero precisamente bajaba Elisa con Fouan y los Delhomme, con los cuales se acercó, diciendo sonriente:

—¡Toma, pues si es verdad que no te lo he dicho!..... Le ví esta mañana y le convidé á comer.

La cara de su marido adquirió una expresión tal de ferocidad, que Elisa se apresuró á añadir:

—¡Creo, tío Fouan, que tiene que pedirnos algo!

—¿El qué?—preguntó el viejo.

Juan se ponía colorado y balbuciente, muy contrariado al ver que la cosa se planteaba así, tan de prisa y delante de todos. Además Buteau le interrumpió violentamente, porque la mirada maliciosa que su mujer dirigía á Francisca se lo hizo comprender todo.

—¡Quieres no fastidiarnos! ¡No se ha hecho esta miel para tu boca de asno, animal!

Esta acogida brutal devolvió á Juan su valor acostumbrado. Volvió la espalda, y dirigiéndose al viejo:

—La cosa—dijo—es muy sencilla, tío Fouan..... Como sois el tutor de Francisca, tengo que pedirros la para casarme con ella, ¿no es verdad?..... Si ella me quiere, yo á ella también. Quiero casarme.

Francisca, que aun tenía la maza en la mano, la dejó caer sorprendida y asombrada. Debía, sin embargo, esperárselo, pero no creía que Juan se atreviese á pedirla así, tan de prisa y tan de pronto.

Buteau no dió tiempo á que contestase Fouan.

—¡Bah! ¡Vaya un tupé que tienes! dijo..... Un viejo de treinta y tres años casarse con una chiquilla de diez y ocho!..... ¡Vaya, hombre, pues no faltaba más!.....

Juan comenzaba á enfadarse.

—¿A tí qué te importa si ella me quiere y yo la quiero á ella?

Y miraba á Francisca para que le ayudase; pero la muchacha continuaba sorprendida, asustada, sin atreverse á desplegar los labios. No podía de-

cir que no, y no decía tampoco que sí sin embargo. Buteau la miraba como si con la energía de sus ojos quisiera meterle el sí dentro del cuerpo, para que sus labios no lo pronunciaran. Si se casaba la perdía, y perdía además sus tierras. La idea brusca de esta consecuencia acabó de sulfurarle.

—¡Vamos á ver, padre—exclamó,—vamos á ver, Delhomme, si esto no es asqueroso! ¿Cómo hemos de darle esta chiquilla á ese viejo de colmillo retorcido que ni siquiera es de aquí, y que ha venido al pueblo sabe Dios cómo ni en dónde?

—¿Y qué más?—interrumpió Juan,—si ella me quiere y yo la quiero? Vamos Francisca, habla tú, mujer.

—Pues es verdad—interrumpió Elisa, que deseaba que su hermana se casase por no verla en su casa.—Si se convienen, ¿á nosotros qué nos importa? Ella no necesita de tu consentimiento y bastante hace con no mandarte á paseo..... ¡Vaya una ocurrencia la tuya!

Entonces Buteau comprendió que la cosa se lucía si la joven hablaba, porque estaba temeroso de que si sabía lo ocurrido entre ellos, todos encontrarán razonable la boda. Precisamente en aquel momento entraba la Grande en el corral, y detrás el matrimonio Charles con Elodia. Buteau los llamó por señas, sin saber aún lo que iba á decirles. Luego, con la cara apoplética, furioso, con el puño amenazando á su mujer y á su cuñada,

—¡Malditas vacas!..... Sí, las dos sois dos vacas, cochinas..... ¿Queréis saber lo que sucede? Pues que me acuesto con las dos y por eso se bur-

lan de mí las muy puercas..... ¡Con las dos!.....  
¡Sí, os digo que son unas putas!.....

Charles y su mujer, con la boca abierta, recibieron aquel chaparrón de injurias sin saber por dónde les venía. Laura se precipitó hacia Elodia, que escuchaba, como si quisiera esconderla con su cuerpo; luego la empujó hacia la huerta gritándole:

— ¡Vé á ver las lechugas y las coles!..... ¡Oh qué coles tan hermosas!

Buteau seguía inventando horrores y diciendo cuantas infamias se le venían á la boca.

Elisa, sorprendida sencillamente de aquel acceso brusco, se contentaba con encogerse de hombros repitiendo:

— ¡Está loco! ¡Hay que dejarlo! ¡Está loco!

— ¡Díle que miente! — gritó Juan á Francisca.

— ¡Pues es claro que miente! — contestó la joven con perfecta tranquilidad.

— ¡Ah! ¡conque miento!..... ¡Ahora veréis cómo os echo de aquí á las dos, bribonas!

Aquella audacia furiosa paralizaba á Juan que no sabía qué hacer. ¿Cómo había de confesar ahora que Francisca se le había entregado?

Buteau se sintió victorioso por esa indecisión y por la actitud reservada de los demás, y volviéndose hacia Juan,

— ¡Y tú, tunante, cuidado con volver á fastidiarme en mi casa!..... Ahora lo primero que haces es plantarte en la calle..... ¿oyes? ¿Que no?..... ¡Pues espera, espera!.....

Y recogió la maza del suelo y la levantó en el aire con tanta rapidez, que Juan no tuvo tiempo más que para coger la otra maza, la de Francis-

ca, y defenderse con ella. Hubo gritos, quisieron interponerse, pero estaban tan terribles que todos retrocedieron. En medio del corral quedó un gran espacio vacío; los dos combatientes ensanchaban cada vez el círculo que formaban con sus terribles molinetes. Ninguno de los dos hablaba; los dos tenían los dientes apretados y las facciones contraídas. No se oía más que el golpear seco de las mazas cada vez que chocaban en una parada en firme. La lucha no podía durar; el primer golpe sería por fuerza mortal.

Delhomme, Fouan, se precipitaron hacia ellos al oír gritar á las mujeres. Juan acababa de rodar por la paja, acometido traídoramente por Buteau, que bajando la maza á nivel del suelo, le había dado en las piernas. Juan se levantó en seguida sin hablar una palabra, sin soltar la maza de la mano y blandiéndola con más furor que nunca. El arma describió un ancho círculo y cayó á la derecha, cuando el otro la esperaba por la izquierda. Unas líneas más, y el cráneo hubiera saltado hecho pedazos. No tuvo más que una rozadura en la oreja, pero el golpe fué á dar en el brazo, que quedó roto. Oyóse el ruido de un cristal cuando se rompe. La mano quedó como muerta y soltó la maza.

— ¡Ay! ¡asesino, me ha matado! — gritó Buteau.

Juan, con los ojos inyectados en sangre, dejó el arma también. Luego los miró á todos como si se hubiera vuelto idiota por las cosas que acababan de suceder tan rápidamente allí, y se fué cojeando y con un gesto de furiosa desesperación.

Cuando salió de la casa vió á la Trouille, que había presenciado el combate por encima de la tapia del corral. Aun se reía de ver en lo que acababa aquel bautizo, al que ni ella ni su padre habían sido invitados. ¡Cómo se divertiría Jesucristo al saberlo, al saber que á su hermano le habían roto una pata!

Juan, desesperado, se alejaba pensando en que ya era imposible Francisca para él.

La Trouille, oseando sus gansos, caminaba detrás de él sin hablar una palabra.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



